

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL HOMBRE HUECO

POR
J. DICKSON CARR



Lectulandia

En «El hombre hueco» de John Dickson Carr, una de las mejores novelas policiacas que se han escrito, un personaje identifica al género policial con la magia y pasa a describir cómo puede hacerse desaparecer a una persona, al aire libre, sin los trucos a los que recurren los profesionales en el teatro: a un campo abierto llega un jinete ataviado llamativamente y acompañado de un grupo de ayudantes a pie uniformados como pajes; éstos, en un momento, forman un círculo alrededor del caballero quien, cuando se separan, ha desaparecido. La ejecución es muy simple: el traje del caballero es de papel y, al cubrirlo sus ayudantes, se lo quita, lo dobla y lo esconde en sus ropas que son el mismo uniforme de los demás, a los que se une. Así se «desvanece en el aire» ante los espectadores. Éstos, comenta Carr, no alabarían el ingenio del truco sino que se sentirían «defraudados» de saberlo, sensación parecida a la que experimentan algunos lectores cuando en el capítulo final se da la solución a un problema embrollado.

El profesor Charles Grimaud se encontraba en una taberna contando a unos amigos qué había de cierto detrás de la antigua superstición que hablaba de hombres saliendo de sus ataúdes. En ese momento un desconocido ingresó a la taberna y cuestionó el escepticismo del profesor...

Lectulandia

John Dickson Carr

El hombre hueco

Gideon Fell - 6

El séptimo círculo - 40

ePub r1.4

Titivillus 26.09.15

Título original: *The Hollow Man*

John Dickson Carr, 1935

Traducción: Aída Aisenson

El séptimo círculo n.º 40

Portada de José Bonomi, retocada por Piolin

Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

John Dickson Carr



El hombre hueco

John
Dickson
Carr



EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**



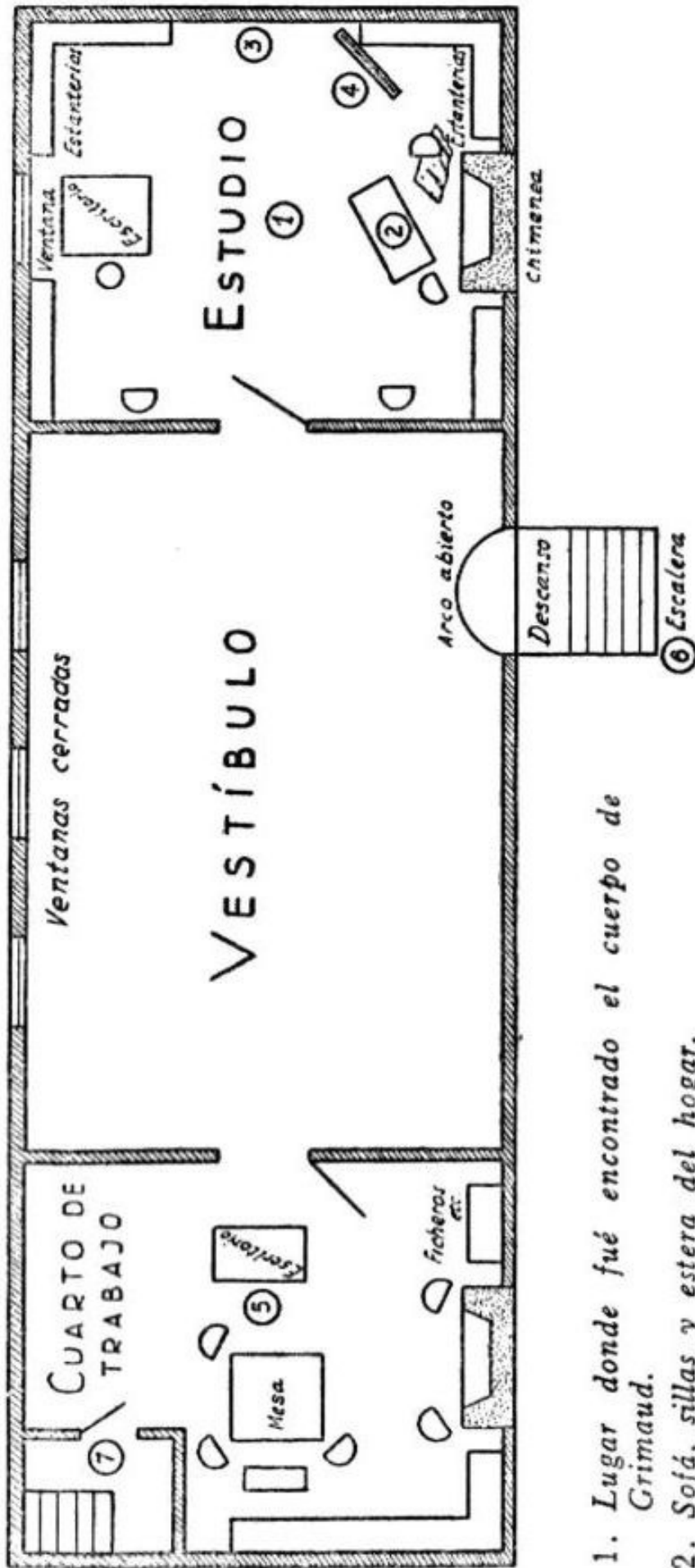
NOTICIA

JOHN DICKSON CARR nació en Pensilvania, Estados Unidos de Norte América, en 1905. Por el lugar de su residencia y por el escenario de sus novelas se le considera, sin embargo, un escritor inglés. Es secretario del Detection Club, de Londres.

It walks by night, su primera novela policial, data de 1930 (antes había intentado los estudios jurídicos, el periodismo y la novela histórica, «abrumada de arcaísmos y espadachines»). Sus obras policiales, que ya pasan de treinta, combinan hábilmente la rapidez de la escuda americana con el rigor intelectual de la escuela inglesa. Se distinguen por un planteo increíble, por un desarrollo ortodoxo y por una solución impecable; su ambiente fantasmagórico suele recordar las New Arabian Nights de Stevenson, y las invenciones de Chesterton.

Del vasto catálogo de sus obras mencionaremos: The Black Spectacles^[1], The Waxwork Murders^[2], The Eight of Swords^[3], Till Death do us Part^[4], The Seat of the Scornful^[5], The Blind Barber, The Four False Weapons. Bajo el seudónimo de Carter Dickson ha publicado The Judas Window, The Magic Lantern Murders, The Gilded Man, The Unicorn Murders.

PLANO DE LAS HABITACIONES TRASERAS DEL PISO ALTO



1. Lugar donde fué encontrado el cuerpo de Grimaud.
2. Sofá, sillas y estera del hogar.
3. Espacio libre de la pared donde debía colocarse el cuadro.
4. Cuadro, apoyado al sesgo contra las estanterías.
5. Lugar donde estaba sentado Mills.
6. Lugar donde se hallaba la señora de Dumont.
7. Puerta conducente a la escalera que comunica con la trampa del tejado.

Primer ataúd

EL PROBLEMA DEL
ESTUDIO DEL SABIO



CAPÍTULO I

LA AMENAZA

AL ASESINATO del profesor Grimaud y, después, al crimen no menos increíble de la calle Cagliostro, muchos epítetos fantásticos podrían justicieramente aplicarse. Aquellos amigos del doctor Fell que gustan de situaciones imposibles no hallarán en su archivo ningún problema tan desconcertante ni tan pavoroso. Dos asesinatos se cometieron de tal manera que el asesino debió ser no sólo invisible, sino más liviano que el aire. Según las pruebas, esta persona mató a su primera víctima y, literalmente, desapareció. También, según las pruebas, mató a la segunda víctima en medio de una calle desierta, con observadores en cada extremo; pero nadie lo vio y en la nieve no había pisadas.

Por supuesto que el comisario Hadley jamás, ni por un momento, creyó en duendes ni en hechicerías. Y tenía perfecta razón..., a menos que se llame magia a lo que será explicado de un modo natural y a su debido tiempo en este relato. Pero algunas personas empezaron a preguntarse si la figura que fue protagonista de este caso no sería una envoltura hueca; comenzaron a preguntarse si no sería posible que, quitando la gorra, la capa negra y la careta de niño, no se descubriera nada en el interior, como ocurre con el hombre de cierta conocidísima novela de H. G. Wells. Fuese como fuese, el personaje resultaba hartamente espantoso.

Se suele emplear las palabras «conforme a los testimonios». Hay que tener mucho cuidado con los testimonios cuando no son directos. Y en este caso debe advertirse al lector desde el mismo comienzo en qué testimonios puede confiar absolutamente a fin de evitar inútiles confusiones. Es decir, debe darse por supuesto que *alguien* dice la verdad...; en caso contrario no hay misterio legítimo ni, en consecuencia, posibilidad de relato alguno.

Así, dejaremos sentado que el señor Stuart Mills no mintió en casa del profesor Grimaud, no omitió ni agregó nada, sino que refirió los sucesos tal como los vio. Dejaremos sentado, también, que los tres testigos de la calle Cagliostro (los señores Short y Blackwin y el agente de policía Withers) dijeron la pura verdad.

Adelantado esto, pasamos a relatar, con cierta amplitud, uno de los hechos que condujeron al crimen. Fue la piedra angular, el golpe de fusta, el desafío. Lo contamos basándonos en las notas del doctor Fell que, en lo esencial, coinciden exactamente con lo que Stuart Mills relató más tarde al mismo doctor Fell y al

comisario Hadley. Acaeció la noche del miércoles 6 de febrero, tres días antes del crimen, en el salón interior de la cervecería Warwick, de la calle del Museo.

El doctor Charles Vernet Grimaud había vivido en Inglaterra durante casi treinta años y hablaba el inglés sin acento extranjero. Exceptuando algunas breves muletillas cuando estaba excitado, su costumbre de llevar un lazo negro a guisa de corbata y un anticuado sombrero de copa, era más británico aún que sus amigos. Nadie conocía gran cosa acerca de su vida anterior. Poseía recursos suficientes para llevar una existencia ociosa, pero había preferido tener una «ocupación», de la que no dejaba de sacar apreciables provechos materiales. El profesor Grimaud había sido maestro, escritor y popular conferenciante. Últimamente, sin embargo, trabajaba poco. Desempeñaba un indefinido cargo honorario en el Museo Británico, que le daba acceso a lo que él llamaba los manuscritos de magia menor. La magia menor —todas las formas de la demonología pintoresca y sobrenatural, desde el vampirismo hasta la misa negra, ante las cuales movía la cabeza y reía para sí con infantil goce— era una manía de la que había obtenido grandes beneficios... y por la cual recibió también una bala en los pulmones.

Era persona de sólido sentido común el tal doctor Grimaud, y en sus ojos brillaba una chispa de burla. Hablaba con frase brusca y malhumorada, que le salía de lo más hondo de la garganta, y tenía el hábito de reír para sí, con los dientes apretados. Era de talla mediana, pero tenía un pecho poderoso y un extraordinario vigor físico. Todos los habitantes de las inmediaciones del Museo conocían su barba negra, recortada hasta el punto de semejarse a un grisáceo rastrojo, sus convexos lentes, su andar erguido, de paso rápido y breve, y su manera de levantar cortésmente el sombrero o hacer ademanes de semáforo con su paraguas.

Vivía muy cerca del Museo, en una sólida y vieja casa del lado oeste de la plaza Russell. Los demás ocupantes de la casa eran: su hija Rosette; su ama de llaves, la señora de Dumont; su secretario, Stuart Mills, y un ex maestro venido a menos, apellidado Drayman, a quien conservaba en calidad de empleado para que cuidara de sus libros.

Pero sus pocos amigos de verdad se encontraban en una especie de club que habían fundado en la cervecería Warwick, de la calle del Museo. Se reunían cuatro o cinco noches por semana, en cónclave no oficial, en el comfortable cuarto interior reservado para tal propósito. Aunque no era expresamente una habitación privada, pocos cometían la torpeza de introducirse en ella; pocos, también, eran bien recibidos en caso de hacerlo. Los concurrentes más asiduos eran el inquieto y pequeño Pettis, de cabeza calva, la autoridad en historias de fantasmas; Mangan, el periodista, y Burnaby, el pintor; pero el profesor Grimaud era el indiscutido doctor Johnson del grupo.

Era el jefe. Casi todas las noches —excepto los sábados y domingos, que consagraba al trabajo— se encaminaba a la cervecería acompañado de Stuart Mills. Se sentaba ante el llameante fuego en su favorito sillón de caña, con un vaso de ron

caliente y agua en la mano, y exponía autocráticamente sus opiniones. Las discusiones, dice Mills, eran con frecuencia brillantes, aunque nadie, fuera de Pettis o Burnaby, presentaba jamás seria batalla al profesor Grimaud. Éste, a pesar de su afabilidad, era de carácter violento. Por lo general se contentaban con escucharlo cuando se explayaba en sus múltiples conocimientos sobre brujería real y simulada, en que los crédulos eran engañados con artificios; y cuando, llevado de su amor infantil por el misterio y el drama, contaba una historia medieval, explicando, al terminar, todos los enigmas a la manera de una novela policíaca. Eran veladas entretenidas que evocaban un tanto las posadas rurales, aunque se desarrollaban detrás de las lámparas de gas de Bloomsbury^[6]. Eran veladas entretenidas... hasta la noche del 6 de febrero, en que el presentimiento del terror entró tan súbitamente como una ráfaga al abrir una puerta.

Un viento áspero y cortante soplaba aquella noche —cuenta Mills—, y había una amenaza de nieve en el aire. Además del mismo Mills y Grimaud, sólo se hallaban reunidos en torno de la lumbre Pettis, Mangan y Burnaby. El profesor Grimaud había estado hablando —acentuando sus palabras con marcados ademanes de su cigarro— sobre la leyenda del vampirismo.

—Sinceramente —dijo Pettis—, lo que me admira es su actitud respecto de todo esto. Yo, por mi parte, sólo estudio literatura; historias de fantasmas que jamás ocurrieron. Sin embargo, en cierto modo, creo en los fantasmas. Pero usted es una autoridad en sucesos comprobados, en cosas que nos vemos precisados a llamar hechos, a menos que podamos desmentirlas. Y sin embargo, no cree usted una palabra de lo que ha convertido en la cosa más importante de su vida. Es como si Bradshaw hubiera escrito un tratado para probar que la locomoción por vapor es imposible, o el editor de la *Enciclopedia Británica* insertado un prefacio explicando que no hay un solo artículo digno de fe en toda la obra.

—Bueno, ¿y por qué no? —dijo Grimaud con aquel áspero y rápido ladrido que le era característico y que, al parecer, emitía sin despegar los labios—. Ve usted la moraleja, ¿verdad?

—¿«El excesivo estudio lo volvió loco», quizá? —sugirió Burnaby.

Grimaud continuó con la vista clavada en el fuego. Mills dice que parecía más furioso de lo que hubiera justificado la impremeditada broma. Tenía el cigarro exactamente en mitad de la boca, y lo chupaba como hacen los niños con las barritas de menta.

—Yo soy el hombre que sabía demasiado —dijo después de una pausa—. Y no hay constancia de que el sacerdote del templo haya sido siempre un creyente muy devoto. Como quiera que sea, esto se aparta de la cuestión. Lo que me interesa son las causas que se esconden detrás de estas supersticiones. ¿Cómo nació la superstición? ¿Qué es lo que le dio impulso, de modo que los ingenuos pudieran creer en ella? Por ejemplo: hablamos de la leyenda de los vampiros. Ahora es una creencia que prevalece en tierras eslavas. ¿De acuerdo? Alcanzó firme arraigo en Europa cuando,

proveniente de Hungría, la barrió como una ráfaga entre 1730 y 1735. Bien, ¿cómo obtuvo Hungría la prueba de que los muertos podían abandonar sus ataúdes y flotar en el aire en forma de briznas de paja o pelusa hasta adoptar la forma humana para el ataque?

—¿Hubo tal prueba? —preguntó Burnaby.

Grimaud se encogió de hombros con un amplio ademán.

—Desenterraron cadáveres de los cementerios. Encontraron algunos en posiciones retorcidas, con sangre en la cara, manos y mortajas. Ésa fue su prueba... Pero ¿por qué no habían de encontrarse con eso? Aquéllos fueron años de peste. Piensen ustedes en todos los pobres diablos que fueron enterrados vivos tomándolos por muertos. Piensen en cómo habrán luchado por salir del ataúd antes de morir de verdad. ¿Comprenden, señores? Esto es lo que entiendo por causas que se esconden detrás de las supersticiones. Esto es lo que me interesa.

—*También a mí me interesa* —dijo una nueva voz.

Mills asegura que no oyó entrar al hombre, aunque le pareció sentir que una corriente de aire penetraba por la puerta abierta. Es posible que los sobresaltara la mera intrusión de un extraño en una habitación donde rara vez se entremetía nadie; o si lo hacía, jamás hablaba. O puede haber sido la voz del hombre, que era áspera, ronca, tenía un acento débilmente extranjero y un socarrón tonillo de triunfo. El caso es que lo súbito de la intromisión hizo que todos se volvieran bruscamente.

No había nada de notable en él, dice Mills. Estaba más allá de donde alcanzaba la luz de la lumbre, con el cuello de su raído abrigo negro levantado y el ala de su astroso sombrero blando gacha. Y lo poco que hubiera podido verse de su cara estaba oculto por la mano enguantada con que se acariciaba la barbilla. Salvo que era alto, cenceño y andrajoso, Mills no pudo agregar nada. Pero en su voz o porte, o tal vez en algún ademán peculiar, se percibía algo vagamente familiar, que al mismo tiempo seguía siendo extraño.

Volvió a hablar. Su discurso tenía un matiz de tiesura y de pedantería, como si fuera una parodia del de Grimaud.

—Deben ustedes disculparme, señores —dijo, y el tonillo de triunfo se acentuó—, por haberme inmiscuido en su conversación. Pero me gustaría hacer una pregunta al famoso profesor Grimaud.

A nadie se le ocurrió no hacerle caso, dice Mills. Estaban todos atentos; había en el hombre una especie de fuerza lúgubre que creó una atmósfera de desasosiego en la cómoda estancia iluminada por el fuego. Hasta Grimaud, oscuro, sólido y feo como una figura de Epstein, con el cigarro a medio camino de la boca y los ojos fulgurantes detrás de los delgados lentes, estaba atento. Se limitó a ladrar:

—¿Y bien?

—¿Usted no cree, entonces —prosiguió el otro, apartando su enguantada mano de la barbilla sólo lo indispensable para señalar con un dedo—, que un hombre puede salir de su ataúd, que puede hacerse invisible, sin que cuatro paredes signifiquen nada

para él, y que puede volverse tan peligroso como el mismo demonio?

—No —replicó Grimaud ásperamente—. ¿Y usted?

—Yo, sí; yo he hecho eso. Más aún: tengo un hermano que puede hacer mucho más que yo y es muy peligroso para usted. Yo no quiero su vida; él, sí. Si *él* le hace una visita...

La extravagante plática llegó a su culminación estallando como un trozo de pizarra en el fuego. El joven Mangan, ex jugador de fútbol, se puso en pie de un salto. El pequeño Pettis echó una inquieta mirada a su alrededor.

—Escuche, Grimaud —dijo Pettis—, este hombre está loco de remate. ¿Llamo...?

Hizo un vago ademán en dirección al timbre, pero el desconocido se interpuso.

—Mire al profesor Grimaud antes de hacerlo —dijo.

Grimaud estaba contemplándolo con grave y solemne desprecio.

—¡No, no, no! ¿Me oye? Déjelo en paz. Deje que hable de su hermano y sus ataúdes...

—Tres ataúdes —indicó el desconocido.

—Tres ataúdes —convino Grimaud con suavidad cargada de irritación—, si así le place. ¡En nombre de Dios, tantos como quiera! Ahora quizá nos dirá quién es usted.

El desconocido sacó su mano izquierda del bolsillo y depositó una sucia tarjeta sobre la mesa. De algún modo, la visión de esa prosaica tarjeta de visita pareció restablecer la cordura; hizo que toda la ilusión se disipara por la chimenea como una broma, y convirtió al visitante de la voz bronca en un mero espantajo de actor algo tocado de la cabeza; pues Mills vio que la tarjeta rezaba así: *Pierre Fley, ilusionista*. En un ángulo estaba impreso: *Calle Cagliostro 2 B, W. C.*^[7], y encima habían garabateado: *o c/o Teatro Academia*. Grimaud soltó la carcajada; Pettis lanzó un juramento y llamó para que viniera el mozo.

—De modo que era esto —observó Grimaud, golpeteándose el pulgar con la tarjeta—. Ya sabía yo que al final se trataría de algo semejante. ¿Así que es usted prestidigitador?

—¿Acaso dice eso la tarjeta?

—Bueno, bueno, si la prestidigitación es un grado profesional inferior le pido perdón —se excusó Grimaud con una inclinación de cabeza. Una suerte de asmático regocijo resopló en las ventanas de su nariz—. No creo que podamos presenciar uno de sus números, ¿verdad?

—Sí, con mucho gusto —respondió Fley inopinadamente.

Su movimiento fue tan rápido que nadie lo previó. Parecía un ataque, pero no fue nada de eso..., en el sentido físico. Se inclinó sobre la mesa en dirección a Grimaud, y con sus manos enguantadas se bajó el cuello del abrigo y volvió a subírselo antes de que ningún otro alcanzara a divisarle el rostro. Pero Mills tuvo la impresión de que sonreía sarcásticamente. Grimaud permaneció inmóvil y rígido. Sólo su barbilla pareció sobresalir y alzarse, de modo que la boca era un arco despreciativo en medio

de la recortada barba. Además se le había encendido el rostro, aunque continuaba golpeteándose tranquilamente el pulgar con la tarjeta.

—Y ahora, antes de irme —dijo Fley brevemente—, tengo una última pregunta que formular al famoso profesor. Alguien le hará una visita una de estas noches. Yo también estoy en peligro cuando me asocio con mi hermano, pero me siento dispuesto a correr el riesgo. Alguien, repito, le hará una visita. ¿Preferiría usted que fuera yo..., o envíe a mi hermano?

—Envíe a su hermano —gruñó Grimaud poniéndose súbitamente en pie—, ¡y que el demonio lo lleve!

La puerta se cerró tras de Fley antes de que nadie se hubiera movido o hablado. Y se cerró también tras de la única visión clara que poseemos de los acontecimiento que condujeron a la noche del sábado 9 de febrero. El resto yace entre destellos y vislumbres fugaces y debe ser ordenado al modo de las piezas de un rompecabezas, tal como el doctor Fell combinó más tarde los fragmentos carbonizados entre los trozos de vidrio. El paseo mortal del hombre hueco tuvo lugar la noche últimamente mencionada, cuando las callejuelas de Londres dormían bajo la nieve; y los tres ataúdes de la profecía fueron al fin llenados.



CAPÍTULO II

LA PUERTA

AQUELLA NOCHE reinaba un bullicioso buen humor en torno al fuego de la biblioteca del doctor Fell, en Adelphi Terrace n.º 1. El doctor hallábase entronizado, rubicundo, en su sillón más amplio, cómodo y decrepito, cuyo tapizado estaba hundido y reventado del único modo que hace confortable un sillón aunque, por alguna causa, enfurece a las esposas. Resplandeciente en toda su vastedad detrás de los lentes sujetos por una cinta negra, el doctor Fell, mientras sonreía, golpeaba con su bastón la esterilla de la chimenea. Estaba de fiesta. Gustaba de festejar la llegada de sus amigos o, a decir verdad, cualquier otra cosa. Y aquella noche había doble motivo de jarana.

Por un lado, sus jóvenes amigos Ted y Dorothy Rampole habían regresado de América con el mejor y más entusiasta de los ánimos; por otro, su amigo Hadley — ahora, no olvidarlo, comisario del C.I.D.^[8]— había finalizado recientemente un brillante trabajo sobre el caso de la falsificación de Bayswater, y se estaba tomando un descanso. Ted Rampole se había sentado a un lado de la lumbre; frontero a él se hallaba Hadley, y el doctor, entre ambos, presidía la reunión ante una humeante ponchera. En el piso superior, las señoras de Fell, Hadley y Rampole departían sobre algún asunto, y abajo los señores Fell y Hadley se habían enredado en una discusión sobre algún otro, de modo que Ted Rampole se hallaba en su elemento.

Perezosamente hundido en el profundo sillón, rememoraba los viejos tiempos. Frente a él, el comisario Hadley, con su recortado bigote y su cabello color de acero, sonreía y hacía satíricas observaciones contemplando su pipa. El doctor Fell blandía enérgicamente el cucharón del ponche.

Hablaban, al parecer, sobre criminología científica, en particular sobre fotografía. Acerca de esto, Rampole recordó algo que, no hacía mucho tiempo, había suscitado el irreverente regocijo del C. I. D. Durante uno de esos períodos en que el doctor Fell se dedicaba a la ociosa búsqueda de un pasatiempo, su amigo el obispo de Mappleham lo había inducido mañosamente a que leyera a Gross, Jesserich y Mitchell, y él mordió el anzuelo. Ahora bien, no obstante no tener el doctor Fell, a Dios gracias, lo que se llama una mente científica, sus investigaciones químicas no hicieron nunca volar el techo; porque afortunadamente, siempre se las arregló para destrozarse el aparato antes de dar comienzo al experimento. Fuera de incendiar las cortinas con un mechero de Bunsen, ocasionó pocos daños. Sus trabajos en fotografía

—dijo— habían dado muy buenos resultados. Había adquirido una cámara microscópica Davontel, con una lente acromática, y sembrado la habitación de lo que parecían impresiones radiográficas de un estómago particularmente dispéptico. A más de eso, pretendía haber perfeccionado el método del doctor Gross para descifrar lo escrito sobre papeles quemados.

Al tiempo que oía a Hadley burlarse de todo esto, Rampole dejó que su mente vagara soñolienta a la deriva. Podía ver fluctuar el resplandor del fuego sobre las paredes cubiertas de libros y oír el golpeteo de los menudos copos de nieve contra las ventanas, detrás de los corridos cortinajes. Sonrió para sí con satisfacción. Nada había en este excelente mundo que pudiera conturbarlo..., ¿o acaso, sí, lo habría?

Cambió de posición y fijó la vista en el fuego. Fastidiosos recuerdos saltaban como muñecos de resortes para pincharle cuando más cómodo estaba.

¡Casos criminales! ¡Claro que no había nada de eso! Sólo se trataba de la ansiedad de vampiro de Mangan por adornar un buen relato. De todos modos...

—Me importa un comino lo que dice Gross —declaraba Hadley, dando una palmada en el brazo del sillón—. La gente parece pensar que un hombre está en lo cierto sencillamente porque es concienzudo. En la mayor parte de los casos las palabras escritas en papeles quemados ni siquiera se notan.

Rampole se aclaró calmosamente la garganta.

—A propósito —dijo—, ¿significan algo para ustedes las palabras *tres ataúdes*?

Se produjo un súbito silencio, tal como lo había esperado. Hadley lo observó con recelo. El doctor Fell parpadeó por encima del cucharón con aire perplejo, como si vagamente asociara las palabras con una marca de cigarrillos o el nombre de un bar. De pronto se encendió una chispa en sus ojos.

—¡Je! —rió, frotándose las manos—. ¡Je, je, je! Poniendo paz, ¿eh? ¿O es que por casualidad habló en serio? ¿Qué ataúdes son éstos?

—Bien —dijo Rampole—, yo no lo llamaría exactamente un caso criminal...

Hadley dejó escapar un silbido.

—... pero es un asunto raro, a menos que Mangan haya exagerado las cosas. Conozco muy bien a Boyd Mangan; vivió enfrente durante un par de años. Es un excelente sujeto. Ha rodado mucho por el mundo y tiene una imaginación demasiado céltica.

Hizo una pausa, recordando la hermosa estampa morena de Mangan y su aire displicente y bastante frívolo; sus lentos ademanes, pese a su temperamento excitable, su pronta generosidad y simpática sonrisa.

—Sea como fuere, ahora está aquí, en Londres, trabajando para el *Evening Banner*. Lo encontré esta mañana en el Haymarket^[9]; me arrastró a un bar y me espetó toda la historia. Después —prosiguió Rampole quemando incienso—, cuando supo que yo conocía al gran doctor Fell...

—¡Pamplinas! —exclamó Hadley mirándolo de ese modo penetrante y atento que lo caracterizaba—. Volvamos a los hechos.

—¡Je, je, je! —volvió a reír el doctor Fell, sumamente satisfecho—. Vamos, Hadley, cállese la boca. Esto parece interesante, muchacho. ¿Qué más?

—Bien, parece que es un gran admirador de un conferenciante o escritor llamado Grimaud. Además, está muy enamorado de la hija de Grimaud, lo que lo convierte en admirador más ferviente aún del padre. Éste y algunos amigos suelen frecuentar un bar próximo al Museo Británico, y hace unas noches sucedió algo que impresionó a Mangan más de lo que justificarían las ridiculeces de un lunático cualquiera. En tanto que el anciano discurría sobre cadáveres que abandonan sus tumbas, o algún divertido tema por el estilo, hizo su aparición un tipo alto, de aspecto raro, que empezó a mascullar algo así como que él y su hermano eran capaces de salir de sus tumbas y flotar en el aire como briznas de paja.

Al llegar a este punto de la exposición de Rampole, Hadley contrajo los labios con un ruido de fastidio y dejó de prestar atención; pero el doctor Fell, lleno de curiosidad, continuó mirando al joven.

—En suma —prosiguió Rampole—, parece que hubo una especie de amenaza contra el profesor Grimaud. Por último el desconocido le advirtió que su hermano iría a visitarlo sin tardanza. Lo extraño es que, aunque a Grimaud no se le movió un pelo, Mangan jura que en realidad estaba verde de miedo.

Hadley gruñó:

—Esto es literatura para usted. Pero ¿qué hay con ello? Cualquiera que tenga un temperamento de vieja asustadiza...

—Ése es el quid —refunfuñó el doctor Fell frunciendo el entrecejo—. Grimaud no es así; yo lo conozco bien. Sostengo, Hadley, que no es posible apreciar lo insólito del caso a menos que uno conozca a Grimaud. ¡Hum!... ¡Ja! Continúe, hijo. ¿Cómo terminó eso?

—Grimaud no pronunció palabra. De hecho logró convertir todo en una broma y crear un clima que disipó perfectamente el ambiente de locura. Inmediatamente después de haberse marchado el desconocido, se detuvo frente a la puerta del bar un músico callejero que tocó *El intrépido joven del trapecio volante*. Todos soltaron la carcajada y volvió a reinar la cordura. Grimaud sonrió y dijo: «Bien, caballeros, nuestro cadáver resucitado tendrá que ser más ágil todavía si espera salir volando por la ventana de *mi estudio*».

«Después de esto se cambió de tema. Pero a Mangan le había despertado curiosidad el visitante, ese extraño “Pierre Fley”. Fley había dado a Grimaud una tarjeta que llevaba escrito el nombre de un teatro. Así, pues, al día siguiente Mangan prosiguió interesándose en el asunto, con el pretexto de conseguir un artículo para su diario. El teatro resultó ser un *music-hall* del East End, bastante destartado y de dudosa reputación, donde representaban por las noches actos de *variétés*. Mangan no quería toparse con Fley. Entabló conversación con el portero de la entrada para artistas, quien lo presentó a un acróbata mientras se desarrollaba el número anterior al de Fley. Este acróbata —Dios sabe por qué— se da a sí mismo el nombre de

“Pagliacci el Grande”, azoque lo cierto es que se trata de un irlandés y de los listos. Contó a Mangan cuanto sabía.

»Fley es conocido en el teatro bajo el nombre de “Loony”^[10]. Allí no saben nada de él; Fley no habla con nadie y siempre se escabulle rápidamente después de la función. Pero —y he aquí lo importante— es *bueno*. El acróbata no se explicaba que ningún empresario lo hubiera advertido todavía, a menos que Fley fuera poco ambicioso. Es una especie de superprestidigitador, especialista en desapariciones...».

Hadley volvió a gruñir, burlonamente.

—No —insistió Rampole—, por lo que puedo juzgar no se trata meramente de los trucos archiconocidos. Mangan dice que trabaja sin ayudante y que todos sus trabajos escénicos juntos podrían caber en una caja del tamaño de un ataúd. Si saben ustedes algo acerca de magia, podrán apreciar lo extraordinario de esto. De hecho, el hombre parece quedar deprimido en cuanto toca el tema ataúdes. Pagliacci el Grande le preguntó una vez la causa y se llevó un susto que no esperaba. Fley lo encaró con una amplia sonrisa y explicó: «Tres de nosotros fuimos enterrados vivos en una oportunidad. Sólo uno logró escapar». «¿Y cómo lo consiguió usted?», le preguntó entonces Pagliacci. A lo que Fley repuso con toda calma: «Vea usted, yo no lo conseguí. Yo fui uno de los que no lograron escapar».

Hadley se daba tirones del lóbulo de la oreja. Se había puesto serio.

—Oigan —dijo con bastante embarazo—, esto puede ser más importante de lo que pensaba. El tipo está loco, no cabe duda. Si tiene algún imaginario motivo de rencor... ¿Dijo usted que es extranjero? Podría llamar al Ministerio del Interior y pedir que investiguen. Entonces, si trata de molestar a su amigo...

—¿Ha intentado hacerlo? —interrogó el doctor Fell.

Rampole se revolvió en su asiento.

—El profesor ha estado recibiendo ciertas cartas desde el miércoles. Las rompió sin decir nada, pero alguien contó a su hija el incidente del bar, y ella comenzó a inquietarse. Por último, para rematar el asunto, el propio Grimaud empezó a obrar en forma rara.

—¿Cómo? —preguntó el doctor Fell. Apartó la mano con que había estado haciéndose sombra a los ojos. Al fijarse en Rampole, sus ojillos parpadearon con sorprendente vivacidad.

—Anoche llamó a Mangan por teléfono y le dijo: «Quiero que esté usted en mi casa el sábado por la noche. Alguien me amenazó con hacerme una visita». Naturalmente, Mangan le aconsejó que avisara a la policía; pero Grimaud ni quiso oír hablar de ello. Entonces Mangan insistió: «Pero, maldito sea, ese tipo está rematadamente loco y puede resultar peligroso. ¿No tomará usted *ninguna* precaución para defenderse?». A lo que el profesor respondió: «¡Oh, sí, cómo no! Compraré un cuadro».

—¿Qué? —inquirió Hadley enderezándose en su asiento.

—Un cuadro para colgar en la pared. No, no estoy bromeando. Parece que lo

compró, efectivamente, es una especie de paisaje; algo fantasmagórico, con árboles y tumbas... Un paisaje endemoniado y, además, tan grande, que tuvieron que subirlo dos hombres. Digo un paisaje endemoniado por lo que me contaron; yo no lo he visto. Lo pintó un artista llamado Burnaby, que es miembro del club y criminalista aficionado... En fin, así es como piensa defenderse Grimaud.

Recalcó estas últimas palabras, violento porque, nuevamente, Hadley le clavaba los ojos con recelo. Ambos se volvieron para mirar al doctor Fell. Éste resoplaba sobre su papada, con la voluminosa cabellera en desorden y las manos cruzadas sobre el bastón. De pronto dejó caer la cabeza, con la mirada fija en el fuego, y cuando rompió a hablar la habitación pareció tornarse menos confortable.

—¿Sabe usted la dirección de la casa, muchacho? —preguntó con voz apagada—. Bien, mejor será que vaya a calentar el motor, Hadley.

—Pero dígame...

—Cuando un presunto loco amenaza a un hombre cuerdo —dijo el doctor Fell volviendo a bajar la cabeza—, puede uno inquietarse o no. Pero cuando un hombre cuerdo comienza a actuar exactamente igual que el loco, yo, por lo menos, me siento sumamente inquieto. Puede quedar en nada, pero el asunto no me gusta.

Resollando, se puso en pie.

—Vamos, Hadley —instó—. Iremos por allí para echar un vistazo a la casa; aunque sólo sea para dar una vuelta.

Un viento cortante barría las angostas callejuelas de Adelphi Terrace; la nieve había cesado de caer. Cubría blanca e irreal la pendiente y, abajo, los jardines del Dique. En el Strand, brillante y desierto a la hora de los teatros, se había endurecido y formaba sucias rodadas. Un reloj señalaba la diez y cinco cuando torcieron en dirección de Aldwych. Hadley permanecía silencioso frente al volante, con el cuello del gabán levantado. Ante el bramido con que el doctor Fell exigió mayor velocidad, miró primero a Rampole y luego al doctor, acurrucado en el asiento de atrás.

—Todo esto son puras tonterías —barbotó malhumorado—. Y no es asunto de nuestra incumbencia. Además, si es que ha habido algún visitante, lo probable es que a estas horas ya se haya ido.

—Sí —dijo el doctor Fell—, es lo que temo.

El auto se lanzó por Southampton Row. Hadley no cesaba de tocar la bocina, como si quisiera expresar de ese modo sus sentimientos..., pero iban cada vez más de prisa. La calle, que parecía un lúgubre desfiladero, desembocaba en la plaza Russell, más lúgubre todavía. Del lado oeste se veían pocas huellas de peatones, y menos aún marcas de vehículos. Quien conozca la casilla de teléfonos del extremo norte, inmediatamente después de la calle Keppel, habrá visto la casa de enfrente, aunque no haya reparado en ella. Rampole se encontró ante una fachada desnuda, ancha, de tres pisos; la planta baja era de piedra pintada de color pardo y las demás de ladrillo rojo. Seis peldaños conducían a una amplia puerta de entrada, en la que había un buzón con ranura de bronce y un picaporte, de bronce también. Salvo dos ventanas de

la planta baja, sobre el patiecillo hundido del frente, en las que se veía luz detrás de las cerradas persianas, todo el edificio estaba a oscuras. Parecía la casa más prosaica imaginable de un barrio prosaico. Pero no lo sería por mucho tiempo.

Una persiana se abrió bruscamente. En el preciso momento en que su errar los llevaba frente a ella, una de las ventanas iluminadas se levantó con estrépito. Una figura trepó al antepecho, se recortó sobre la rechinante persiana y saltó. El salto la llevó más allá de las puntiagudas rejas del patiecillo. Cayó en la acera, sobre una sola pierna, resbaló en la nieve y dio con la cabeza contra el encintado de granito, casi bajo las ruedas del automóvil.

Hadley apretó los frenos. Estaba ya fuera del coche cuando éste patinó contra el encintado, y antes de que el individuo hubiera tenido tiempo de ponerse de pie lo tenía sujeto del brazo. Rampole alcanzó a distinguir el rostro del hombre a la luz de los faros delanteros.

—¡Mangan! —exclamó—. ¿Qué demonios...?

Mangan no llevaba ni sombrero ni abrigo. Sus ojos brillaban como los vítreos trocitos de nieve que salpicaban sus brazos y manos.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz ronca—. No, no, yo estoy bien. ¡Suélteme, demonio! —Se libró de un tirón de Hadley y comenzó a frotarse las manos en la chaqueta—. ¿Quién...? ¡Ted! Escucha, llama a alguien. Ven tú mismo. Pronto. Nos encerró. Sonó un tiro arriba; acabamos de oírlo. Nos encerró, ¿sabes...?

Al dirigir la vista más allá de su amigo, Rampole divisó una silueta femenina que se perfilaba sobre la ventana. Hadley interrumpió estas palabras incoherentes.

—Serénese. ¿Quién los encerró?

—Él. Fley. Todavía está dentro. Oímos el tiro, pero la puerta es demasiado gruesa para derribarla. Bueno, ¿vamos?

Corrió hacia los escalones del frente; Hadley y Rampole lo siguieron. Ninguno de estos últimos esperaba que la puerta no estuviera cerrada con llave; pero no bien Mangan oprimió el picaporte se abrió de par en par. El alto zaguán interior estaba sumido en la oscuridad, excepto la luz que arrojaba una lámpara de una mesa del fondo. Alguien estaba allí, mirándolos, al parecer con cara más grotesca que cualquiera que hubieran podido imaginar en Pierre Fley; y de pronto Rampole advirtió que sólo se trataba de una armadura japonesa, completada por su diabólica máscara. Mangan se precipitó hacia una puerta de la derecha e hizo girar la llave que estaba en la cerradura. La puerta fue abierta desde el interior por la muchacha cuya silueta habían visto en la ventana, pero Mangan extendió el brazo y le impidió avanzar. Desde arriba llegaba un ruido de pesados golpes.

—¡Calma, Boyd! —exclamó Rampole, sintiendo que el corazón se le subía a la garganta—. Éste es el comisario Hadley; ya te hablé de él. ¿Qué pasó? ¿Dónde?

Mangan señaló la escalera.

—Sigan. Yo cuidaré de Rosette. Todavía está arriba. No puede haber salido. ¡Por amor de Dios, tengan cuidado!

Mientras los demás subían la escalera, cubierta por una espesa alfombra, Mangan trataba de asir una incómoda arma que pendía de la pared. El primer piso estaba envuelto en tinieblas y parecía desierto, pero en un nicho del otro tramo de la escalera brillaba una luz. Los golpes se habían transformado en una serie de ruidos sordos.

—¡Doctor Grimaud! —gritaba una voz—. ¡Doctor Grimaud! ¡Contésteme, por favor!

Rampole no tuvo tiempo de analizar la extraña y sombría atmósfera del lugar. Se precipitó tras de Hadley por el segundo tramo de la escalera; atravesó luego un arco que se hallaba en lo alto de la misma y penetró en un amplio vestíbulo que corría a lo ancho de la casa. Estaba revestido de roble hasta el cielo raso; tres ventanas con cortinas se abrían sobre el largo lado de este cuadrilongo próximo a la escalera, y la tupida alfombra negra que cubría el piso ahogaba el ruido de las pisadas. En los extremos angostos del vestíbulo había dos puertas, situadas una frente a la otra. La que tenían a mano izquierda, la más alejada, estaba abierta; la de la derecha, separada tan sólo unos tres metros de la escalera, permanecía cerrada, pese a los esfuerzos de un hombre que le daba recios puñetazos.

Este hombre giró rápidamente sobre sus talones al oír que alguien se aproximaba. Aunque el vestíbulo no tenía sus luces encendidas, estaba iluminado por una claridad amarillenta que a través del arco llegaba desde el estómago de un gran Buda de bronce que ocupaba el nicho de la escalera; de modo que todo se veía claramente. A plena luz se hallaba un hombrecillo jadeante que accionaba con aturdimiento. Enormes greñas, tupidas como las de un duende, cubríanle la enorme cabeza, y al oír ruido atisbó con recelo detrás de unas enormes gafas.

—¿Boyd? —gritó—. Drayman, ¿es usted? ¿Quién está allí?

—La policía —dijo Hadley, y de dos zancadas estuvo junto al hombrecillo, que dio un salto hacia atrás.

No se puede entrar —dijo, haciendo crujir las articulaciones de sus dedos—. Le han echado la llave a la puerta desde adentro. Alguien está allí con Grimaud. Dispararon un tiro... No contesta. ¿Dónde está la señora de Dumont? ¡Llamen a la señora de Dumont! ¡Les digo que ese individuo está ahí dentro todavía!

Hadley se volvió irritado.

—Déjese de dar saltos y vea si puede conseguir un par de pinzas. La llave está en la cerradura; la haremos girar desde afuera. ¡Necesito un par de pinzas! ¿Puede conseguírmelas?

—Yo..., realmente, no sé dónde...

Hadley miró a Rampole.

—Vaya en una corrida hasta el coche. La caja de herramientas está debajo del asiento trasero. Traiga las pinzas más chicas que encuentre, y además podría subir un par de llaves de tuerca bien pesadas. Si este sujeto está armado...

Rampole se volvió y vio surgir al doctor Fell por el arco, respirando con dificultad. El doctor no habló, pero su rostro no estaba tan rubicundo como antes.

Rampole bajó los escalones de tres en tres. Infructuosamente revolvió entre las herramientas durante algún tiempo, que le pareció interminable, antes de dar con las pinzas. Al volver pudo oír la voz de Mangan y los acentos histéricos de una muchacha detrás de la puerta cerrada de la habitación del piso bajo.

Hadley, impasible aún, introdujo suavemente las pinzas en la cerradura. Las empuñó luego con sus fuertes manos y comenzó a hacerlas girar hacia la izquierda.

—Algo se mueve allí —dijo el hombrecillo.

—¡Ya está! —anunció Hadley—. ¡Atrás!

Se calzó un par de guantes, y afirmándose sobre los tacones empujó la puerta hacia adentro. Ésta pegó contra la pared con tanta violencia, que arrancó tintineos a la araña. Nadie apareció, pero advirtieron que alguien se movía. Un cuerpo, sobre el cual Rampole pudo ver una buena cantidad de sangre, trataba penosamente de avanzar por la alfombra negra, arrastrándose sobre las manos y las rodillas. Tuvo un ahogo, rodó sobre un costado y quedó inmóvil. Excepto esto, la iluminada habitación estaba vacía.



CAPÍTULO III

LA CARETA

DOS DE USTEDES quédense en la puerta —dijo Hadley brevemente—, y si alguien tiene los nervios flojos que no mire.

El doctor Fell lo siguió y Rampole permaneció en el vano de la puerta, obstruyéndolo con un brazo. El profesor Grimaud era pesado, y Hadley no se atrevía a forcejear para darle vuelta. Su esfuerzo por arrastrarse hasta la puerta le había producido una hemorragia y mantenía los dientes apretados para contener la sangre. Hadley lo incorporó, apoyándolo contra una rodilla. El rostro tenía un tinte azulado bajo la oscura barba gris; los ojos estaban cerrados y hundidos, y trataba todavía de apretar un pañuelo empapado contra el orificio que la bala le había abierto en el pecho. Su respiración se volvía débil y entrecortada por momentos. A pesar de la corriente de aire, una picante nube de humo de pólvora llenaba aún el cuarto.

—¿Está muerto? —murmuró el doctor Fell.

—Agonizante —dijo Hadley—. Fíjese en el color que tiene. La bala le atravesó un pulmón.

Giró en dirección del hombrecillo plantado en la puerta y ordenó:

—Pida una ambulancia por teléfono. ¡Pronto! No hay ninguna esperanza, pero quizá pueda decir algo antes de...

—Sí —dijo el doctor Fell con una especie de sombría fiereza—; es lo que más nos importa, ¿verdad?

—Sí, es lo único que podemos hacer —repuso Hadley con frialdad—. Tráigame algunos cojines de ese sofá. Pongámoslo lo más cómodo posible.

Cuando la cabeza de Grimaud estuvo reclinada sobre un cojín, Hadley se inclinó hacia él y llamó:

—¡Doctor Grimaud! ¡*Doctor Grimaud!* ¿Me oye?

Los párpados de cera se agitaron. Grimaud movió los ojos, apenas entreabiertos, de un modo raro, impotente, sorprendido: parecían los ojos de un niño en un rostro que se describiría más bien como «listo» o «avisado». No daba en absoluto la impresión de que comprendía lo ocurrido. Sus lentes pendían de un cordón atado a su bata. Movía dificultosamente los dedos, como si intentara enderezarlos. Su abombado pecho alentaba aún débilmente.

—Soy de la policía, doctor Grimaud. ¿Quién es el culpable de esto? No se

esfuerce por contestar si no puede. Hágame señas con la cabeza. ¿Fue ese hombre Pierre Fley?

Una débil mirada de inteligencia fue seguida de una expresión de asombro. Luego Grimaud hizo un claro signo de negación con la cabeza.

—¿Quién fue entonces?

Grimaud estaba ansioso; demasiado ansioso, porque su ansiedad lo aniquiló. Habló por primera y última vez. Sus labios tartamudearon esas palabras cuya interpretación, y aún su misma reproducción exacta, había de resultar después tan difícil. Luego se desmayó.

La ventana de la pared de la izquierda estaba subida algunos centímetros, y por ella se colaba una corriente fría. Rampole se estremeció. Lo que había sido un hombre de mente brillante yacía inerte sobre un par de cojines, extendido y desgarrado como un saco y con algo que, para indicar que vivía, producía en su interior un ruido acompasado, como el tictac de un reloj, pero nada más. Había demasiada sangre en el plácido e iluminado aposento.

—¡Dios mío! —exclamó Rampole sin poder contenerse—. ¿No podemos *hacer* absolutamente nada?

Hadley se mostró áspero.

—Nada, fuera de ponernos a trabajar. ¿Piensan que todavía está en la casa? ¡Buen hatajo de tontos!... ¡Oh, incluyéndome!

Señaló la ventana parcialmente abierta y agregó:

—Claro está que el individuo se había fugado ya antes de que nosotros entráramos siquiera, y por cierto que no está aquí ahora.

Rampole miró en derredor. La nube picante de humo de pólvora iba desapareciendo de su vista así como del cuarto, y pudo entonces observarlo claramente por primera vez.

Era una habitación de unos cuatro metros y medio de lado, con paredes revestidas de roble y una gruesa alfombra extendida sobre el piso. En la pared de la izquierda (mirando desde la puerta) estaba la ventana, con sus cortinas de terciopelo de color castaño agitadas por el viento. A cada lado de la ventana se extendían altas estanterías para libros, coronadas de bustos de mármol, y frente a ella, situado para recibir la luz de la izquierda, había un gran escritorio de tapa plana profusamente cubierto de tallas estilo «chipendale». La silla tapizada que le correspondía había sido apartada, y en el extremo izquierdo se encontraba una lámpara de mosaicos de vidrio y un cenicero de bronce en el que había estado consumiéndose un cigarro hasta quedar reducido a un largo cilindro de ceniza. Sobre el papel secante, donde habían depositado un libro cerrado, encuadernado en piel de becerro, no había más que una bandeja llena de plumas y un taco de papel sujeto por una curiosa estatuilla: un búfalo tallado en jade amarillo.

Rampole miró a través de la estancia hacia el lado directamente opuesto a la ventana. En esa pared había una gran chimenea de piedra, flanqueada también por

estanterías y bustos. Sobre la chimenea pendían cruzados dos floretes, detrás de un escudo de armas blasonado que Rampole no examinó entonces. Sólo en ese extremo del cuarto estaban desordenados los muebles. Habían movido un largo sofá de cuero pardo que se hallaba delante del fuego y una silla de cuero había rodado hacia atrás, sobre una arrugada esterilla, situada frente a la chimenea. En el sofá había sangre.

Por último, próximo a la pared opuesta a la puerta, Rampole vio el cuadro. Entre los anaqueles de esta pared había un amplio espacio libre, dejado por algunas estanterías que, evidentemente, habían sido retiradas hacía poco tiempo, pues aún estaban impresas en la alfombra las huellas de sus bases. El espacio estaba destinado al cuadro que Grimaud ya no podría colgar.

Ese cuadro aparecía sobre el piso con la pintura hacia arriba, no lejos del sitio donde yacía el mismo Grimaud, y lo cruzaban dos extensos desgarrones de arriba abajo hechos con un cuchillo. Incluyendo el marco, medía cumplidamente dos metros de ancho por más de uno de alto; era tan grande que Hadley tuvo que empujarlo hasta el espacio libre del centro de la estancia antes de poder alzarlo para verlo bien.

—Y éste es el cuadro que compró para *defenderse* —dijo Hadley apoyándolo contra el respaldo del sofá—, ¿no es cierto? Dígame, Fell, ¿no cree usted que Grimaud estaba tan loco como ese sujeto Fley?

El doctor Fell, que había estado contemplando con aire grave la ventana, se volvió pesadamente.

—Como Pierre Fley —tronó, echándose atrás el sombrero de teja—, que *no* cometió el crimen. ¡Hum! Dígame, Hadley, ¿ve usted algún arma?

—No. En primer lugar, no hay ninguna pistola; una automática de gran calibre es lo que tendríamos que encontrar, y además no aparece ningún cuchillo con el que hayan podido hacer trizas esto. Mírenlo. A mí me parece un paisaje como todos.

No era exactamente como todos, pensó Rampole. Había en él una especie de tempestuoso vigor, como si el artista hubiera pintado en un acceso de furor y aprisionado en óleo el viento que azotaba aquellos árboles retorcidos. La impresión era de lobreguez y terror. El colorido era sombrío, con un tinte verdoso subyacente bajo grises y negros, excepto unas bajas montañas blancas del fondo. En primer plano, a través de las ramas de un árbol encorvado, se veían tres lápidas funerarias en medio de un crecido césped. En cierto modo la atmósfera del cuadro era semejante a la de la habitación, sutilmente extraña, pero tan difícil de precisar como una tenue fragancia. Las lápidas se estaban viniendo abajo; en cierto sentido uno las veía caer, y se producía la ilusión de que caían porque los túmulos sepulcrales habían comenzado a alzarse y agrietarse. Ni siquiera los desgarrones del lienzo desvanecían esa ilusión.

Rampole se estremeció ligeramente al oír las pisadas de alguien que subía las escaleras en dirección al vestíbulo. Un minuto después Boyd Mangan, más descarnado y desordenado de lo que Rampole recordaba haberlo visto nunca, hizo irrupción en el cuarto. Hasta su cabello negro, que se le adhería al cráneo en rizos como de alambre, parecía desgredado. Echó una rápida mirada al hombre tendido en

el piso, y comenzó a restregarse una mejilla, que parecía de pergamino. En verdad tenía la edad de Rampole, pero las líneas oblicuas que le surcaban la piel debajo de los ojos lo hacían aparecer diez años mayor.

—Mills me lo dijo —explicó—. ¿Está...?

Hizo un rápido movimiento de cabeza indicando a Grimaud.

Hadley no prestó atención a la pregunta.

—¿Consiguió la ambulancia? —interrogó.

—Ahora vendrán unos hombres con una camilla. El barrio está plagado de hospitales, pero nadie sabía dónde llamar. Me acordé de un amigo del profesor que tiene un sanatorio a la vuelta de la esquina. Ahí vienen...

Se apartó para dejar paso a dos camilleros uniformados y a un plácido hombrecillo, de rostro rasurado y cabeza calva, que los seguía. Después hizo las presentaciones:

—El doctor Peterson... la policía. Éste es su... paciente.

El doctor Peterson contrajo el rostro y se apresuró a entrar en funciones.

—La camilla, muchachos —dijo después de una breve mirada—. No le extraeré la bala aquí. Tengan cuidado.

Frunció el ceño y miró con curiosidad en tanto retiraban la camilla.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó Hadley.

—Puede durar un par de horas; no más, y probablemente aún menos. Si no tuviera la constitución de un toro, ya estaría muerto. Da la impresión de que se hizo otra lesión en el pulmón al esforzarse... Se lo desgarró en sentido transversal.

El doctor Peterson hurgó en su bolsillo.

—Querrán ustedes enviar al cirujano de la policía, ¿verdad? —continuó—. Aquí está mi tarjeta. Guardaré la bala. Yo diría que se trata de un proyectil calibre 38, disparado desde una distancia de tres metros. ¿Puedo preguntar qué ocurrió?

—Un asesinato —dijo Hadley—. Que se quede una enfermera con el herido, y si dice algo anótenlo palabra por palabra.

Mientras el doctor salía apresuradamente, Hadley garabateó algo en una hoja de su libreta de notas y se la alargó a Mangan.

—¿Tiene la cabeza firme? Bien. Quiero que telefonee usted al puesto de policía de la calle Hunter con las siguientes instrucciones (ellos se comunicarán con Scotland Yard): el doctor Watson debe ir al sanatorio y los demás deben venir aquí; dígales lo que ha ocurrido, si le preguntan. ¿Quién es ese señor que está en la puerta?

El hombre que estaba en el umbral era el joven pequeño, delgado y de cabeza desproporcionada que anteriormente había estado golpeando en la puerta.

A plena luz, Rampole vio unas enormes greñas rojas, como las de un duende. Vio también unos apagados ojos castaños, agrandados por unas gruesas gafas con armazón de oro, y una cara huesuda, ancha, con una boca grande y desdibujada, así conformada, hubiérase dicho, por el mucho hablar. Pronunciaba las palabras con sonora precisión, lo que lo obligaba a un movimiento de labios, semejante al de un

pez, que dejaba al descubierto sus separados dientes. Cada vez que decía algo daba la impresión de dirigirse a un auditorio, y alzaba y bajaba la cabeza como si consultara notas, hablando con aguda canturía hacia un punto situado por encima de las cabezas de sus oyentes. Uno hubiera fallado: bachiller en ciencias de tendencias socialistas, y habría acertado. Su traje era de una tela rojiza a cuadros. Tenía los dedos entrelazados ante sí. Su anterior espanto se había trasmutado en una calma inescrutable. Hizo una ligera inclinación y repuso con voz inexpresiva:

—Soy Stuart Mills. Soy, o era, el secretario del doctor Grimaud. —Sus grandes ojos se pasearon en derredor—. ¿Puedo preguntar qué pasó con el criminal?

—Es de presumir —dijo Hadley— que huyó por la ventana, a pesar de que todos estábamos tan seguros de que no podría salir. Ahora bien, señor Mills...

—Perdón —lo interrumpió la monótona voz con una especie de aéreo desasimiento—. Debe de ser un hombre extraordinario si ha hecho eso. ¿Han examinado ustedes la ventana?

—Tiene razón, Hadley —dijo el doctor Fell bufando trabajosamente—; mírela. Este asunto empieza a preocuparme. Le digo con toda seriedad que si nuestro hombre no salió de aquí por la puerta...

—Por la puerta no salió. No soy el único que puede atestiguarlo —anunció Mills, y se sonrió—. Lo vi todo desde el principio hasta el fin.

—... para salir por la ventana debió haber sido más liviano que el aire. Abra la ventana y mire. ¡Hum! Espere; mejor será que primero registremos la habitación.

No encontraron a nadie. Luego, refunfuñando, Hadley levantó la ventana. Nieve intacta, que se extendía plana hasta el marco, cubría en su totalidad el amplío alféizar. Rampole se asomó y miró en derredor.

Una radiante luna refulgía en el Oeste, y cada detalle se destacaba con nitidez, como los de un grabado en madera. Había unos buenos quince metros hasta el suelo; la pared, de piedra, descendía lisa y húmeda. Exactamente debajo de la ventana había un patio trasero, semejante al de todas las casas de la manzana, rodeado por una tapia baja. La nieve cubría impoluta este patio, lo mismo que todos los que se podían divisar, y el canto superior de las tapias. En todo ese lado de la casa no había ninguna otra ventana debajo de la que Hadley había levantado. Las únicas eran las de este último piso; y la más próxima al estudio pertenecía al vestíbulo de la izquierda y distaba unos holgados nueve metros. A la derecha, la ventana más cercana debía de pertenecer a la casa contigua, y estaba a igual distancia. Al frente se extendía un vasto tablero de ajedrez formado por los patios colindantes de las casas de la manzana, de modo que la casa más próxima estaba a varios centenares de metros. Finalmente, por encima de esa ventana subía hasta el techo una lisa escarpa de piedra de unos cuatro metros y medio que no ofrecía asidero para los dedos ni salientes donde sujetar una cuerda.

Pero Hadley, estirando la cabeza, observó con malignidad:

—Sea como sea, ya está aclarado. ¡Atiendan! Supongamos que primero ató una

cuerda a una chimenea o algo por el estilo y la dejó colgando frente a la ventana mientras hacía su visita. Mató a Grimaud, saltó afuera, trepó al borde del tejado, se arrastró por él para ir a desatar la cuerda de la chimenea y se fue. De esto sí que habrá bastantes huellas, con toda seguridad. De modo que...

—Sí —dijo la voz de Mills—, por lo mismo debo decirle que no hay ninguna.

Hadley miró a su alrededor. Mills había estado examinando la chimenea, pero ahora los contemplaba con una tranquila sonrisa que descubría sus dientes separados, aunque sus ojos denotaban nerviosidad y gotas de sudor le perlaban la frente.

—Vean ustedes —continuó, alzando una mano con el índice levantado—, tan pronto como advertí que el hombre de la careta había desaparecido...

—¿Qué? —exclamó Hadley.

—El hombre de la careta. ¿Quieren que aclare?

—No. Más tarde trataremos de encontrarle algún sentido a todo esto, señor Mills. Entretanto, ¿qué hay de ese asunto del tejado?

—No aparecen en él huellas ni señales de ninguna especie, ¿saben? —respondió el otro con una radiante expresión en los ojos grandemente abiertos.

Éste era otro de sus gestos característicos: sonreír y abrir los ojos desmesuradamente, como inspirado, bien que a veces su inspiración no parecía muy brillante. Volvió a alzar el índice.

—Repito, señores; cuando advertí que el hombre de la careta había, como era evidente, desaparecido, preví dificultades para mí mismo...

—¿Por qué?

—Porque yo estaba vigilando esta puerta, y me vería obligado a afirmar que el hombre no había salido. Muy bien. Debía deducirse entonces que se había dirigido: a) por medio de una soga, al tejado; b) trepando por el interior de la chimenea, al tejado. Esta era una simple evidencia matemática.

—¿Ah, sí? —dijo Hadley con reserva—. ¿Y bien?

—Al final de este vestíbulo que ven aquí (es decir, que podrían ver si la puerta estuviera abierta) —prosiguió Mills con incommovible precisión—, está mi cuarto de trabajo. En él hay una puerta que lleva al desván, donde existe a su vez una trampa que da al tejado. Levantando la trampa pude ver claramente ambos lados del techo de esta habitación. La nieve no presentaba huellas de ninguna clase.

—¿No subió usted al tejado? —inquirió Hadley.

—No. No hubiera podido mantenerme de pie allí. A decir verdad, todavía no veo cómo es posible hacerlo, aun estando seco el tiempo.

El doctor Fell volvió el rostro radiante. Parecía luchar contra el deseo de levantar a Stuart Mills y columpiarlo en el aire, como si se tratara de un muñeco.

—¿Y entonces, hijo? —inquirió afablemente—. Quiero decir, ¿qué pensó usted cuando su «evidencia matemática» quedó desbaratada?

Mills permaneció sonriente e inflexiblemente profundo.

—Ah, esto hay que verlo todavía. Soy un matemático, señor. Jamás me permito

pensar. Pero deseaba atraer la atención de ustedes sobre esto, señores, a pesar de mi afirmación de que el hombre no salió por la puerta.

—¿Por qué no nos cuenta exactamente qué ocurrió aquí esta noche? —instó Hadley, pasándose la mano por la frente.

Se sentó en el escritorio y sacó su libreta.

—Vayamos despacio ahora. Llegaremos a eso paulatinamente. ¿Cuánto hace que trabaja usted para el profesor Grimaud?

—Tres años y ocho meses —dijo Mills, con un castañeteo de dientes.

Rampole advirtió que dentro de la atmósfera de legalidad creada por la libreta de Hadley, Mills se limitaba a dar respuestas breves.

—¿Cuáles son sus obligaciones?

—En parte, atender la correspondencia y cumplir trabajos generales de secretario. En mayor medida, ayudar al profesor en la preparación de su nueva obra: *Origen e historia de las supersticiones de la Europa medieval, juntamente con...*

—Está bien. ¿Cuántas personas viven en la casa?

—Además del doctor Grimaud y yo, cuatro.

—¡Ajá! ¿Y bien?

—¡Ah, ya veo! Quiere usted que le dé sus nombres. Rosette Grimaud, hija del doctor; la señora de Dumont, ama de llaves; un amigo del doctor Grimaud, de cierta edad, Drayman, y una criada para todo trabajo, cuyo apellido nunca supe y a quien llamamos Annie.

—¿Quiénes estaban aquí esta noche cuando ocurrió el hecho?

Mills adelantó un pie y empezó a oscilar contemplando con fijeza la punta de su zapato, lo cual constituía otro de sus hábitos.

—Naturalmente, no puedo responder a esto con certeza. Le diré lo que sé. —Se mecía hacia atrás y hacia adelante—. Al terminar la comida, a las siete y media, el doctor Grimaud subió aquí para trabajar. Es lo que acostumbra hacer los sábados por la noche. Me dijo que no deseaba ser interrumpido hasta las once; esto también es costumbre inveterada. Añadió, no obstante —de pronto volvieron a aparecer gotas de transpiración en la frente del joven, aunque permaneció impassible—, que tal vez tendría una visita a eso de las nueve y media.

—¿Dijo de quién se trataba?

—No.

Hadley se inclinó hacia delante.

—¡Vamos, señor Mills, vamos! ¿Usted no estaba enterado de que lo habían amenazado? ¿No sabía lo que ocurrió el miércoles por la noche?

—Yo... pues... yo estaba informado de eso, señor, desde luego. A decir verdad, yo mismo estuve en la cervecería Warwick. Supongo que Mangan se lo ha contado, ¿no es así?

Con desasosiego, pero de modo sorprendentemente vivido, hizo un somero relato de lo ocurrido. Entretanto, el doctor Fell se había apartado un poco, dedicándose a un

examen que practicó varias veces esa noche. Parecía singularmente interesado en la chimenea. Rampole, como ya había oído un relato del incidente de la cervecería, no prestó atención a las palabras de Mills; observaba al doctor Fell. El doctor inspeccionaba las salpicaduras de sangre de la parte superior y el brazo derecho del sofá. En el suelo, frente al hogar, había más manchas de sangre, aunque se las distinguía con dificultad sobre la alfombra negra. ¿Habría habido una lucha allí? Sin embargo Rampole vio que los utensilios del hogar estaban debidamente colgados en su soporte, en una posición tal que una lucha delante del fuego los hubiera arrojado lejos de allí, estrepitosamente. Un pequeño fuego de carbón ardía casi sofocado bajo un montón de papeles quemados.

El doctor Fell murmuraba para sus adentros. De pronto retrocedió para examinar el escudo de armas. Rampole, que no era versado en heráldica, vio un escudo partido, en rojo y azul y plata, con un águila negra y una luna creciente en la parte superior, y en la inferior algo así como unas torres de ajedrez sobre un tablero. Aunque sus colores estaban oscurecidos, refulgía con tosca suntuosidad en aquella habitación extraña y magníficamente tosca.

El doctor Fell gruñó, aunque no dijo nada hasta que comenzó a examinar los libros de los anaqueles situados a la izquierda de la chimenea. A la manera de los bibliófilos, echó primero una ojeada al conjunto, y luego empezó a sacarlos uno a uno; miró detenidamente las portadas y volvió a colocarlos en su lugar. Había tomado los libros de peor aspecto. Su actividad levantaba polvo y producía bastante ruido, y este ruido se mezclaba discordantemente con la monótona narración de Mills. Después se puso en pie, y con excitada resolución agitó ante ellos algunos libros.

—Hadley, lamento interrumpirlos, pero esto me parece muy extraño y muy revelador. Gabriel Dobrenti, *Yorick et Eliza levelei*, dos tomos. *Shakspere Minden Munkái*, nueve tomos en diferentes ediciones. Y aquí hay un nombre... —se detuvo—. ¡Hum!... ¡Ja! ¿Sabe usted algo acerca de estos libros, señor Mills? Son los únicos de esta sección a los que no se ha quitado el polvo.

Mills, sorprendido, se detuvo en seco en mitad de su relato.

—Yo... yo no sé nada. Creo que pertenecen a una partida que el doctor Grimaud destinaba al desván. El señor Drayman los encontró apartados, detrás de los demás, cuando sacó anoche algunas estanterías del cuarto, a fin de dejar un espacio libre para el cuadro... ¿Dónde estábamos, señor Hadley? ¡Ah, sí! Bien, cuando el doctor Grimaud me dijo que era posible que tuviera una visita esta noche, yo no tenía por qué suponer que se refería al hombre de la cervecería Warwick. No dijo que sería él.

—¿Qué dijo exactamente?

—Yo..., vea usted, después de la comida yo estaba trabajando en la biblioteca grande, abajo. El doctor me sugirió que subiera a mi cuarto de trabajo a las nueve y media, que dejara la puerta abierta y que... *vigilara esta habitación*, por si acaso...

—¿Por si acaso qué...?

—No especificó.

—¿Le dijo a usted todo esto —exclamó Hadley—, y usted sin embargo no sospechaba quién podría venir?

—Creo que yo puedo explicar el pensamiento de nuestro joven amigo —intervino el doctor Fell, resoplando suavemente—. Debe de haber sido un verdadero conflicto. Mills quiere decir que a pesar de sus más sólidas convicciones de joven bachiller en ciencias, a pesar de todas las ecuaciones habidas y por haber, tenía aún suficiente imaginación para sentirse alarmado por la escena de la cervecería Warwick. Y prefería no saber más de lo que su deber le ordenaba. ¿No es así?

—No lo admito, señor —repuso Mills, aunque su voz reflejaba alivio—. Mis razones nada tienen que ver con los hechos. Observará usted que cumplí las órdenes fielmente. Subí aquí precisamente a las nueve y media.

—¿Dónde estaban los otros a esa hora? Con tranquilidad —instó Hadley—. No diga que no puede responder con certeza; díganos sencillamente dónde *creo* que estaban.

—Al menos por lo que yo sé, la señorita Grimaud y Mangan se hallaban en la sala, jugando a las cartas. Drayman me había dicho que saldría; no lo vi.

—¿Y la señora de Dumont?

—Me encontré con ella al subir. Salía de la habitación del doctor Grimaud con el café; es decir, con lo que quedaba de él... Me encaminé a mi cuarto de trabajo, dejé la puerta abierta y aparté la mesita de la máquina de escribir para tener enfrente el vestíbulo mientras trabajaba. Exactamente a las... —cerró los ojos un segundo y luego volvió a abrirlos—... exactamente a las diez menos cuarto sonó el timbre de la puerta de la calle. La campanilla eléctrica está en el segundo piso, de modo que pude oírla claramente. Dos minutos después apareció la señora de Dumont en lo alto de la escalera. Traía una de esas bandejas en que se acostumbra depositar las tarjetas de visita. Estaba a punto de llamar a la puerta cuando me sobresalté al ver al... al hombre alto, que había subido detrás de ella. La señora de Dumont dio media vuelta y lo vio. Dijo al verlo algo que no podría repetir textualmente ahora, pero cuyo propósito era preguntarle por qué no había esperado abajo; parecía nerviosa. El... el hombre alto no respondió. Avanzó hasta la puerta, se levantó pausadamente el cuello y se quitó la gorra, que metió en el bolsillo de su abrigo. Me parece que se rió y que la señora de Dumont gritó algo, retrocedió hasta la pared y se apresuró a abrir la puerta. El doctor Grimaud apareció en el umbral, evidentemente un tanto fastidiado; pronunció exactamente estas palabras: «¿A qué demonios se debe este barullo?». Después permaneció completamente inmóvil, con la vista clavada en el hombre alto, y dijo: «En nombre de Dios, ¿quién es *usted?*».

La voz monótona de Mills iba lanzando las palabras con creciente rapidez; su sonrisa se había tornado bastante lúgubre, aunque trataba de hacerla aparecer alegre.

—Con calma, señor Mills. ¿Pudo usted ver bien al hombre alto?

—Bastante bien. Al cruzar el arco de la escalera echó una mirada hacia donde yo estaba.

—¿Y qué más?

—Tenía el cuello del abrigo levantado y la gorra le cubría la frente. Pero yo, señores, padezco de lo que se denomina hipermetropía, y pude observar distintamente la conformación y el color de la nariz y de la boca. Usaba una careta de niño, una especie de máscara de papel *mâché*. Tengo la impresión de que era larga, de color rosado, y tenía la boca muy abierta. Y, al menos por lo que pude observar, no se la quitó. Creo que puedo afirmar con toda seguridad que...

—Por lo general está usted en lo cierto, ¿no es verdad? —preguntó una voz fría desde el vano de la puerta—. Si, era una careta. Y, desgraciadamente, no se la quitó.



CAPÍTULO IV

LO IMPOSIBLE

ESTABA DE PIE en el vano de la puerta, dirigiendo alternativamente la mirada a cada uno de los presentes. Rampole tuvo la impresión de hallarse ante una mujer extraordinaria. No había nada de notable en ella, salvo una cierta brillantez y vivacidad en los ojos negros, que parecían irritados, enrojecidos, como si sufrieran un intenso dolor sin lágrimas. Parecía la imagen de la contricción. Su figura era baja y pesada, y tenía cara ancha, de pómulos abultados y piel lustrosa; sin embargo, Rampole experimentó la curiosa impresión de que podría ser hermosa si se lo propusiera. Llevaba el pelo castaño oscuro recogido flojamente encima de las orejas, y usaba un sencillísimo vestido oscuro acuchillado de blanco en el pecho; pero no resultaba mal.

Porte, energía, apostura, ¿qué era aquello? La palabra *eléctrico* no significa nada, y sin embargo traduce la conmoción que produjo su presencia; algo cálido y poderoso como una ráfaga los envolvió a todos. Avanzó hacia ellos haciendo crujir sus zapatos y restregándose las manos. Los prominentes ojos oscuros, con una ligera desviación hacia los ángulos externos, buscaron a Hadley. Rampole percibió dos cosas: que el asesinato del profesor Grimaud había sido para ella un golpe del que jamás se recobraría, y que la hubieran encontrado aturdida y llorosa si no fuera porque un fuerte deseo la animaba.

—Soy Ernestine Dumont —dijo, como interpretando el pensamiento de los presentes—. He venido para ayudarles a descubrir al hombre que hirió a Charles.

Su acento extranjero era ligerísimo, pero omitía a veces algunas silabas; su tono era apagado, y continuaba restregándose las manos.

—Cuando oí lo que ocurría no pude subir... al momento. Después intenté acompañarlo en la ambulancia, pero el doctor no me lo permitió. Dijo que la policía querría hablar conmigo. Sí, supongo que tenía razón.

Hadley se puso en pie y empujó, ofreciéndosela, la silla en que había estado sentado.

—Haga el favor de tomar asiento, señora. Nos gustaría oír su declaración en seguida. Debo rogarle que escuche atentamente lo que está diciéndonos el señor Mills, por si acaso debemos pedirle que corrobore sus palabras.

El frío que entraba por la ventana abierta la hizo estremecerse; el doctor Fell, que

había estado escrutándola con atención, se encaminó pesadamente a cerrarla. La mujer echó entonces una mirada a la chimenea, en donde la masa de papeles quemados casi había extinguido el fuego. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, en respuesta a las palabras de Hadley. Miró luego a Mills con aire ausente, con una especie de abstraído afecto que casi se manifestó en una sonrisa.

—Sí, claro. Stuart es un pobre muchachuelo, bueno y tonto; pero tiene las mejores intenciones del mundo. ¿No es cierto, Stuart? Pero debe continuar. Yo... observaré.

Mills no demostró ningún enojo, si es que lo sintió. Parpadeó varias veces seguidas y se cruzó de brazos.

—Si la Pitonisa encuentra placer en pensar de ese modo —continuó imperturbable—, no me opongo a que lo haga. Pero mejor será que continúe. Bien..., ¿dónde estaba?

—Nos dijo que las palabras que pronunció el doctor Grimaud al ver al visitante fueron éstas: «En nombre de Dios, ¿quién es usted?». ¿Y luego?

—¡Ah, sí! No tenía puestos los lentes, que colgaban de su cordón; sin ellos no ve bien, y tengo la impresión de que tomó la máscara por un rostro verdadero. Pero antes de que pudiera llevárselos a los ojos el desconocido hizo un movimiento tan rápido que no pude comprender qué pasaba, y se precipitó a la puerta. El doctor Grimaud intentó detenerlo, pero el otro fue demasiado veloz. Luego lo oí reír. Cuando entró...

Mills se detuvo, al parecer sorprendido.

—Esto es de lo más extraordinario —continuó—. Tengo la impresión de que la señora de Dumont, aunque retrocedía hacia la pared, cerró la puerta tras él. Recuerdo que tenía la mano sobre el picaporte.

A Ernestine Dumont se le encendió el rostro.

—¿Qué quiere dar a entender con esto, muchacho? —preguntó—. No sea tonto y tenga cuidado con lo que dice. ¿Cree usted que hubiera querido dejar a Charles a solas con ese hombre? Él cerró la puerta de un puntapié al entrar, y después echó la llave.

—Un momento, señora... ¿Es cierto esto, señor Mills?

—Quiero dejar claramente establecido —canturreó Mills— que trato simplemente de hacer constar cada hecho y aun cada impresión. No quise dar a entender nada. Acepto la corrección. Echó la llave, efectivamente, como dice la Pitonisa.

—Esto es lo que él llama su «bromita»: darme el nombre de *Pitonisa* —dijo la señora de Dumont con fiereza—. ¡Ah, bah!

Mills se sonrió.

—Volviendo al tema, señores, no me cuesta creer que la Pitonisa estaba agitada. Comenzó a llamar al doctor Grimaud por su nombre de pila y a zarandear el picaporte. Oí voces en el interior, pero yo me hallaba a cierta distancia, y según podrán ver ustedes, la puerta es muy gruesa —afirmó señalándola—. No pude

entender nada hasta que, después de un intervalo de unos treinta segundos, durante el cual es de presumir que el hombre alto se quitó la máscara, el doctor Grimaud gritó a la Pitonisa, más bien con enojo: «¡Vete de aquí, tonta! ¡Ya me las arreglaré!».

—Ya veo. ¿Parecía asustado... o algo por el estilo?

El secretario reflexionó.

—Al contrario, hubiera dicho que en cierto sentido parecía aliviado.

—Y usted, señora, ¿obedeció y se retiró sin preocuparse más...?

—Sí.

—Supongo, sin embargo, que no es corriente que un bromista venga de visita con careta y obre de ese modo estrafalario —dijo Hadley con suavidad—. Conocía usted la amenaza hecha a su patrón, ¿verdad?

—He obedecido a Charles Grimaud durante más de veinte años —dijo la mujer con voz serena. La palabra «patrón» la había ofendido cruelmente. Sus ojos, enrojecidos, irritados, miraban con fijeza— y jamás he sabido de una situación en que *no* pudiera arreglárselas. ¿Que si obedecí? ¡Claro que lo hice! Hubiera obedecido siempre. Además, ustedes no comprenden nada de este asunto. Lo que me han preguntado es una tontería. —El desprecio se transmutó en una semisonrisa—. Pero esto es muy interesante... psicológicamente, como diría Charles. No le han preguntado a Stuart por qué obedeció él y no armó alboroto. Esto se debe, evidentemente, a que piensan que él tenía miedo. Les agradezco el cumplido implícito. Por favor, continúen.

Rampole tuvo la sensación de estar observando la ágil muñeca de un esgrimista. Hadley parecía compartir en sensación; pero cuando habló se dirigió al secretario.

—¿Recuerda usted, señor Mills, la hora en que el hombre alto penetró en la habitación?

—Eran las diez menos diez. Hay un reloj sobre la mesa de mi máquina de escribir, ¿sabe usted?

—¿Y cuándo oyó el tiro?

—Exactamente a las diez y diez.

—¿Y dice usted que estuvo vigilando la puerta todo ese tiempo?

—Por cierto que sí. —Mills se aclaró la garganta—. A pesar de lo que la Pitonisa llama timidez, fui el primero en llegar a la puerta cuando dispararon el tiro. Todavía tenía echada la llave por dentro, como pudieron ver, señores... Ustedes mismos llegaron muy poco después.

—Durante los veinte minutos en que los dos hombres estuvieron juntos, ¿oyó usted voces, movimientos, algún sonido?

—En un momento me pareció oír voces excitadas y algo que sólo puedo describir como semejante a un baque. Pero me hallaba a cierta distancia... —Nuevamente comenzó a mecerse. Al encontrarse con la fría mirada de Hadley abrió los ojos desmesuradamente. Volvió a brotarle el sudor—. Comprendo, por supuesto, que ahora me veo en la necesidad de contarles lo que debe parecer una historia

absolutamente increíble. —De pronto levantó un puño regordete y alzó la voz—: Sin embargo, señores, ¡juro...!

—No se inquiete, Stuart —dijo la mujer suavemente—. Yo podré corroborar lo que usted diga.

Hadley estaba levemente ceñudo.

—Eso estaría muy bien. Una última pregunta, señor Mills. ¿Puede hacernos usted una descripción exacta del visitante...? ¡Un momento, señora! —se interrumpió bruscamente, volviéndose con rapidez—. Cada cosa a su tiempo. ¿Y bien, señor Mills?

—Puedo afirmar con certeza que llevaba un largo abrigo negro y una gorra de tela pardusca. Los pantalones eran oscuros. En los zapatos no me fijé. Su cabello, cuando se quitó la gorra... —Mills se detuvo—. Esto es extraordinario. No quiero pecar de fantaseador, pero ahora que lo recuerdo, su pelo parecía pintado; era oscuro, reluciente; no sé si me explico; parecía que toda la cabeza estuviese hecha de papel mâché.

Hadley, que había estado paseándose de arriba abajo frente al cuadro, se volvió tan bruscamente hacia Mills, que le arrancó un débil chillido.

—¡Señores! —exclamó—, ustedes me pidieron que les contara lo que vi. Y esto es lo que vi. Estoy diciendo la verdad.

—Continúe —dijo Hadley torvamente.

—Creo que llevaba guantes, aunque se metió las manos en los bolsillos, de modo que no puedo tener absoluta seguridad. Era alto, unos ocho o diez centímetros más alto que el doctor Grimaud, y de mediana conformación anatómica. Esto es todo cuanto puedo afirmar con precisión.

—¿Se parecía a ese sujeto Pierre Fley?

—Bueno..., sí. Es decir, en cierto sentido sí, y en otro no. Yo diría que este hombre era más alto aún que Fley, y no tan delgado, pero no podría jurarlo.

Durante este interrogatorio Rampole había estado observando al doctor Fell con el rabillo del ojo. El doctor, con su gran capa echada sobre la encorvada espalda y el sombrero de teja bajo el brazo, se paseaba pesadamente por el estudio, hundiendo con fastidio su bastón en la alfombra. Se inclinaba sobre las cosas para examinarlas, parpadeando, hasta que los lentes se le caían de la nariz. Observó el cuadro, las hileras de libros, el búfalo de jade del escritorio. Se dirigió jadeante a la chimenea, la miró con atención, y luego volvió a empinarse para estudiar el escudo de armas que la coronaba. Al cabo pareció tornarse vagamente afable..., y sin embargo Rampole pudo notar que en ningún momento dejó de vigilar a la señora de Dumont. Parecía fascinarlo. Había algo en cierto modo terrible en los pequeños ojos relucientes que volvía prestamente hacia ella apenas acababa de examinar algún objeto. Y la mujer lo sabía. Tenía las manos entrelazadas sobre la falda. Trataba de no prestar atención al doctor, pero su mirada volvía a clavarse en él una y otra vez. Era como si ambos estuvieran librando una batalla incorpórea.

—Quiero hacerle otras preguntas, señor Mills —dijo Hadley—; particularmente acerca de ese asunto de la cervecería Warwick y del cuadro. Pero esas preguntas pueden esperar hasta que veamos las cosas con alguna claridad... ¿Tendría usted la bondad de bajar y pedir a la señorita Grimaud y al señor Mangan que vengan aquí? También al señor Drayman, si es que ha vuelto... Muchas gracias. Espere un momento, ¿quiere usted hacerle alguna pregunta, Fell?

El doctor Fell meneó negativamente la cabeza, con amabilidad. Rampole vio que los blancos nudillos de la mujer se ponían tensos.

—¿Es *necesario* que su amigo se pasee de este modo? —gritó ella bruscamente—. Es para volverse loca. Es...

Hadley la observó con atención.

—Comprendo, señora; pero es su costumbre.

—¿Quiénes son, pues, ustedes? Entran en mi casa...

—Mejor será que se lo explique. Yo soy el comisario jefe del Departamento de Investigación Criminal. Éste es el señor Rampole. Y este otro señor, de quien quizá haya oído hablar, es el doctor Gideon Fell.

—Sí, sí; ya me parecía. —Hizo un ligero saludo y después dio unas palmadas sobre el escritorio, que tenía a su lado—. ¡Muy bien! De todos modos, no tiene por qué olvidar las buenas maneras, ¿verdad? No tiene por qué helar la habitación manteniendo las ventanas abiertas. Por lo menos podríamos encender el fuego.

—Yo no lo aconsejo, ¿sabe usted? —dijo el doctor Fell—. Es decir, tenemos que ver primero qué papeles se han quemado allí. Debe de haber sido una buena fogata.

Ernestine Dumont exclamó con fatiga:

—¡Oh! ¿Por qué serán ustedes tan tontos? ¿Por qué se quedan aquí sentados? Saben perfectamente que el culpable es ese individuo Fley. ¿Y bien?, ¿por qué no van a buscarlo? ¿Por qué se quedan aquí sentados cuando yo les digo que él es el culpable?

Una mirada como de trance, una mirada de odio gitano brilló en sus ojos. Parecía estar viendo descender sobre Fley el lazo de una horca.

—¿Conoce usted a Fley? —inquirió Hadley de pronto.

—¡No, no; nunca lo he visto antes de ahora! Pero sé lo que Charles me dijo.

—¿Qué le dijo?

—¡Ah, *zut*^[11]! Este Fley es un chiflado. Charles no lo conocía, pero sabía que se le había metido en la cabeza la descabellada idea de que él se burlaba del ocultismo. Tiene un hermano que está igual. —Se llevó el índice a la sien—. ¿Me explico? Bien, Charles me dijo que era posible que se presentara aquí a las nueve y media. Si venía, yo debía hacerlo pasar. Pero cuando fui a bajar la bandeja del café, a las nueve y media, Charles se rió y dijo que, si el hombre no había llegado, ya no vendría. «La gente que nos tiene inquina es puntual», agregó. —La mujer se echó hacia atrás en su asiento y levantó los hombros—. Bien, estaba equivocado. El timbre sonó a las diez menos cuarto. Fui a abrir. Había un hombre en el umbral. Me alargó una tarjeta de

visita y dijo: «Hágame el favor de llevarle esto al profesor Grimaud y preguntarle si quiere recibirme».

Hadley se apoyó contra el sofá de cuero y la observó atentamente.

—¿Qué nos dice usted de la careta, señora? ¿No le pareció un poco raro eso?

—¡No vi la careta! ¿Han reparado ustedes en que sólo hay una luz en el zaguán? Bien, detrás de él había un farol, y todo lo que pude distinguir de su persona fue su silueta. Como habló con tanta amabilidad y me entregó esa tarjeta, en el primer momento no me di cuenta de que...

—Un momento, por favor. ¿Reconocería usted esa voz si volviera a oírla?

La mujer movió los hombros como para cambiar de lugar una carga que llevara a la espalda.

—¡Sí! No sé... ¡Sí, sí! Pero no se oía claramente, ¿sabe usted?; estaba ahogada por esa máscara, se me ocurre ahora. ¡Ah! ¿Por qué serán los hombres tan...? —Se apoyó contra el respaldo de la silla, y sin razón aparente sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo no comprendo esas cosas. Yo soy sincera, honrada. Si alguien le causa a usted un daño, bien, usted lo acecha y lo mata. Después sus amigos comparecen ante el tribunal y juran que usted se hallaba en otra parte. Pero nadie se pone una máscara pintada, igual a las que usa el viejo Drayman para divertir a los niños la noche de Guy Fawkes^[12], ni entrega su tarjeta para matar a un hombre y desaparecer luego por la ventana, como ese horrible individuo. Parece una de esas leyendas que nos contaban cuando yo era niña... —Su cínico autodomínio estalló en histeria—. ¡Oh, Dios mío! ¡Charles, mi pobre Charles!

Hadley esperó, muy tranquilo. Ella se recobró en un momento; ahora se mostraba más tranquila y tan extraña e inexplicable como la gran pintura que la enfrentaba, con su atmósfera torturada y sombría, desde el otro extremo de la habitación. El arrebató de emoción la dejó aliviada y alerta, aunque respiraba anhelosamente. Se oía el ruido de sus uñas que arañaban los brazos del sillón.

—El hombre dijo —le apuntó Hadley—: «Hágame el favor de llevarle esto al profesor Grimaud y preguntarle si quiere recibirme». Muy bien. Tenemos entendido, además, que en ese momento la señorita Grimaud y el señor Mangan estaban abajo, en la sala próxima a la puerta de la calle, ¿verdad?

La mujer lo miró con curiosidad.

—He aquí una pregunta extraña. Me pregunto por qué me la hace usted. Sí... sí; supongo que estaban allí. No me fijé.

—¿Recuerda usted si la puerta de la sala estaba abierta o cerrada?

—No sé. Pero yo diría que estaba cerrada, pues de lo contrario hubiera habido más luz en el vestíbulo.

—Continúe, por favor.

—Bien, cuando el hombre me entregó la tarjeta, yo pensaba decir: «Haga el favor de pasar, e iré a ver», cuando de pronto comprendí. No podía hacerlo pasar y dejarlo solo, a él, un loco. Me pareció que sería mejor hacerlo esperar afuera mientras yo

consultaba a Charles, de manera que dije: «Espere aquí, e iré a ver». Y le cerré la puerta en la cara, de modo que quedara cerrada con llave y él no pudiera entrar. Después me encaminé hacia la lámpara y miré la tarjeta. Todavía la tengo; no tuve la oportunidad de entregarla. Estaba en blanco.

—¿En blanco?

—No tenía absolutamente nada impreso ni escrito. Subí para mostrársela a Charles y rogarle que bajara. El pobre Mills les ha contado ya lo que ocurrió. Estaba para llamar a la puerta, cuando oí que alguien subía detrás de mí. Miré, y allí estaba él, alto y delgado, siguiéndome. Pero lo juro, lo juraría ante la cruz, que había dejado cerrada con llave la puerta de abajo. Bien, ¡yo no le tenía miedo! Le pregunté qué significaba aquello de subir así. Y sin embargo, ni siquiera entonces pude verle la careta; porque tenía a la espalda la fuerte luz de la escalera que ilumina todo este extremo del vestíbulo y la puerta de Charles. Pero él dijo, en francés: «*Señora, no puede usted dejarme fuera de este modo*», y se bajó el cuello y se metió la gorra en el bolsillo. Quise abrir la puerta, porque sabía que no se atrevería a enfrentarse con Charles, pero en aquel momento Charles la abrió desde el otro lado. Entonces vi la máscara, que era de un tono rosado, como el de la piel. Y antes de que yo pudiera hacer nada, el hombre dio un horrible salto hacia adentro, cerrando la puerta de un puntapié y echándole la llave.

Se detuvo, como si hubiera terminado con la parte dificultosa de su relato y ahora pudiera respirar con mayor facilidad.

—¿Y luego?

Ella repuso, con voz apagada:

—Entonces me fui como Charles me lo ordenó. No alboroté ni hice escena alguna; pero no me aleje mucho. Bajé unos cuantos peldaños, hasta una altura desde donde podía ver la puerta de esta habitación, y no abandoné mi puesto más de lo que el pobre Stuart el suyo. Era... horrible. Yo no soy una jovencita, ustedes comprenden. Estaba allí cuando sonó el tiro; estaba allí cuando Stuart acudió corriendo y se puso a aporrear la puerta; estaba allí cuando, ustedes empezaron a subir. Pero no pude resistir más. *Sabía* lo que había ocurrido. Sentí que me iba a desmayar, y tuve el tiempo justo de llegar a mi habitación, al pie de este tramo de la escalera, cuando me sentí... enferma. Suele ocurrirle a las mujeres. —Los pálidos y temblorosos labios se entreabrieron, y una sonrisa se esbozó en aquel rostro grasiento—. Pero Stuart tiene razón; nadie salió de este cuarto. Así Dios nos ayude como que estamos diciendo la verdad. Sea cual sea el modo en que ese espanto abandonó la habitación, no lo hizo por la puerta. Y ahora, por favor, por favor, ¿me dejarán ir al sanatorio para ver a Charles?



CAPÍTULO V

LAS PIEZAS DEL ROMPECABEZAS

FUE EL DOCTOR Fell el que respondió. La vasta figura de esclavina negra estaba de espaldas a la chimenea y bajo los floretes y el escudo de armas. Parecía hallarse en su lugar allí, semejante a un barón salido del feudalismo, con los anaqueles y los bustos blancos que se alzaban a ambos lados. Pero no daba la impresión de ser un *Front de Boeuf* muy terrible. Se le torcieron los lentes sobre la nariz cuando mordió la punta de un cigarro. Giró sobre sus talones y la escupió limpiamente en la chimenea.

—Señora —dijo, volviendo a su posición anterior y lanzando por la nariz un prolongado resoplido de desafío semejante a un grito de batalla—, no la detendremos mucho. Considero de estricta justicia decirle que su relato me parece creíble, por lo menos tan creíble como el del señor Mills. Antes de adentrarnos en el asunto le demostraré que creo lo que usted nos ha dicho... ¿Recuerda usted la hora en que dejó de nevar esta noche?

La mujer lo miró con ojos duros y relucientes, a la defensiva. Evidentemente había oído hablar del doctor Fell.

—¿Tiene eso importancia? Creo que fue alrededor de las nueve y media. ¡Sí! Me acuerdo, porque al venir a recoger la bandeja del café miré por la ventana y noté que había cesado de nevar. Pero ¿qué importancia puede tener eso?

—¡Oh, mucha, señora! De lo contrario sólo resultaría imposible la mitad de la situación... Y tiene usted perfecta razón. ¡Hum! ¿Recuerda, Hadley? Eran las nueve y media, poco más o menos, cuando la nieve dejó de caer. ¿No es así?

—Sí —admitió el comisario. También él miraba al doctor Fell con recelo. Había aprendido a desconfiar de aquella mirada que se perdía en el vacío—. Admitiendo que fue a las nueve y media, ¿que hay con eso?

—No sólo había dejado de nevar unos buenos cuarenta minutos antes de que el visitante se fugara de esta habitación —prosiguió el doctor con aire meditativo—, sino también quince minutos antes de que llegara siquiera a esta casa. ¿Es cierto, señora? Tocó el timbre a las diez menos cuarto, ¿no? Bien... Ahora dígame, Hadley, ¿notó usted que cuando llegamos nosotros *no había una sola señal de pisadas en la escalinata que conduce a la puerta de la calle, ni siquiera en el trecho de acera que*

conduce a la escalinata? Yo sí lo noté. Me quedé atrás para cerciorarme.

Hadley se enderezó con una especie de rugido ahogado.

—¡Por Dios, es cierto! Toda la acera estaba limpia.

Es... —Se detuvo y giró lentamente en redondo hasta enfrentar a la señora de Dumont—. ¿De modo que ésa es su prueba para dar fe al relato de la señora? Fell, ¿se ha vuelto loco usted también? Oímos una historia de cómo un hombre tocó el timbre y pasó a través de una puerta cerrada con llave quince minutos después de que dejara de nevar, y sin embargo...

El doctor Fell abrió los ojos. Luego una serie de risas ahogadas recorrió los pliegues de su chaleco.

—Dígame, hijo, ¿por qué está usted tan pasmado? Al parecer salió de aquí sin dejar una sola señal. ¿Por qué lo trastorna tanto saber que entró de la misma manera?

—Puede ser —admitió el otro—. Pero ¡maldito sea!, me trastorna, sí. En la experiencia que he recogido de crímenes cometidos en cuartos cerrados entrar y salir son dos cosas muy distintas. Desequilibraría todo mi sistema encontrarme ante una situación que resultara imposible en ambas circunstancias. ¡Pero no importa! Decía usted que...

—Por favor, escuchen ustedes —intervino la señora de Dumont, pálida y con los músculos de la cara contraídos—. Les aseguro que estoy diciendo la pura verdad; así Dios me salve.

—Yo la creo —dijo el doctor Fell—. No debe dejar usted que la atemorice el rígido sentido común escocés de Hadley. Él también la creerá una vez que yo le explique. Pero para mí lo fundamental es esto, le he demostrado, ¿no es cierto?, que deposito gran confianza en usted. Ahora sólo me resta aconsejarle que no destruya esa confianza. Ni en sueños dudaría de lo que ha manifestado usted hasta ahora; pero imagino que abrigaré fuertes dudas acerca de lo que me dirá dentro de unos instantes.

Hadley entornó los ojos.

—Ya me lo esperaba —dijo—. Siempre me entra miedo cuando comienza usted a lanzar sus malditas paradojas. En serio, ahora...

—Por favor, prosiga —interpuso la mujer, impasible.

—¡Hum! ¡Ejem! Gracias. Ahora bien, señora, ¿cuánto hace que es usted ama de llaves de Grimaud? No; lo diré de otro modo. ¿Cuánto hace que está usted con él?

—Arriba de veinticinco años —respondió ella—. Fui algo más que su ama de llaves... en otro tiempo.

Hasta entonces había estado mirándose los dedos entrelazados, que abría y cerraba alternativamente, pero ahora alzó la cabeza. Sus ojos tenían un resplandor feroz, resuelto, como si se maravillara de lo mucho que se atrevía a decir. Era la expresión de quien acecha desde una esquina a un enemigo, pronto a huir en cualquier momento.

Les digo esto —continuó serenamente— en la creencia de que me guardarán el secreto. De cualquier manera lo encontrarían en los registros de extranjeros de la

calle Bow, y perderían el tiempo innecesariamente con algo que nada tiene que ver con este asunto. No lo digo por mí, ¿comprenden? Rosette Grimaud es hija mía. Nació aquí, y tenía que haber una constancia. Pero ella no lo sabe... Nadie lo sabe. Por favor, ¿puedo confiar en que guardarán el secreto?

Un nuevo resplandor brillaba ahora en sus ojos. No había elevado la voz, pero se percibía en ella una terrible ansiedad.

—Señora —dijo el doctor Fell arrugando la frente—, no veo que sea éste asunto de nuestra incumbencia, ¿no le parece? Por cierto que no contaremos nada.

—¿Lo dice sinceramente?

—No conozco a la señorita —dijo el doctor con suavidad—, pero le apostaría medio chelín a que se aflige usted sin motivo, a que ambas han estado afligiéndose sin motivo durante años. Seguramente ella lo sabe. Los hijos suelen saber estas cosas. Y ha de tratar de ocultárselo a usted. El mundo entero anda al revés porque nos gusta creer que quienes tienen menos de veinte años jamás deben experimentar una emoción, y que quienes tienen más de cuarenta jamás han experimentado alguna.

¡Hum! Olvidemos esto —añadió con afabilidad—. Volvamos a lo que quería preguntarle: ¿dónde conoció usted a Grimaud? ¿Fue antes de venir a Inglaterra?

La mujer respiró hondo. Con aire ausente, como si estuviera pensando en otra cosa, contestó:

—Sí, en París.

—¿Es usted parisiense?

—¿Qué dice? ¡Ah, no! No, de nacimiento no. Soy de las provincias. Pero trabajaba allí cuando lo conocí en la sastrería de la Ópera.

Hadley levantó la vista de la libreta en que escribía.

—¿En la sastrería de la Ópera? —repitió—. ¿Quiere usted decir que era modista?

—No, no. Quiero decir lo que digo. Era una de las mujeres que confeccionaban los trajes para las óperas y bailables. Trabajábamos en la misma Ópera. Les será muy fácil comprobarlo. Y para ahorrarles tiempo les diré que nunca me casé y que mi nombre de soltera es Ernestine Dumont.

—¿Y Grimaud? —prosiguió vivamente el doctor Fell—, ¿de dónde era?

—Del sur de Francia, creo. Pero estudió en París. Todos los miembros de su familia han muerto, de modo que no encontrarán nada por ese lado. Él heredó sus fortunas.

Se percibía en el ambiente una tensión que estas preguntas indiferentes no parecían justificar. Las tres preguntas que el doctor Fell formuló a continuación fueron tan extraordinarias, que Hadley levantó la vista de la libreta y le clavó los ojos; mientras Ernestine Dumont, que había recobrado su presencia de ánimo, se agitó inquieta con un brillo receloso en la mirada.

—¿Qué religión profesa usted, señora?

—Soy unitaria. ¿Por qué?

—¡Hum... sí! ¿Visitó alguna vez Grimaud los Estados Unidos, o tiene amigos

allí?

—Nunca fue a los Estados Unidos; y, que yo sepa, tampoco tiene amigo alguno allí.

—¿Significan algo para usted las palabras *siete torres*, señora?

—¡No! —gritó Ernestine Dumont, y su tez grasienta palideció.

El doctor Fell que había acabado de encender su cigarro, la miró, parpadeando a causa del humo. Se apartó de la chimenea y contorneó lentamente el sofá; la mujer retrocedió. Pero él no hizo más que indicar el enorme cuadro, delineando con su bastón los montes blancos que se alzaban en el fondo.

—No le preguntaré si sabe usted qué representa esto —continuó—; pero sí le preguntaré si Grimaud le dijo por qué lo compró. En fin, ¿qué clase de encantamiento se supone que ejerce? ¿Qué poder tenía para desviar la bala o contrarrestar el mal de ojo? ¿Qué clase de influencia podía...?

Se detuvo, como si le hubiera venido a las mientes algo asombroso. Después se estiró, jadeante, para levantar el cuadro del piso con una sola mano y lo hizo girar con curiosidad a uno y otro lado.

—¡Caracoles! —estalló sumido en honda abstracción—. ¡Oh Señor! ¡Oh Baco! ¡Caramba!

—¿Qué pasa? —inquinó Hadley, dando un salto hacia adelante—. ¿Ve usted algo?

—No, no veo nada —respondió el doctor Fell a modo de explicación—. Ése es el *quid*, justamente. ¿Y bien, señora?

—Me parece —dijo la mujer con voz temblorosa— que es usted el hombre más extraño que he conocido. No, no sé qué significa eso. Charles no me lo quiso decir. Se limitó a refunfuñar y a reír entre dientes cuando se lo pregunté. ¿Por qué no se lo preguntan al autor? Lo pintó Burnaby. Él debería saberlo. Pero la gente nunca obra con sensatez. Parece un cuadro de un país que no existe.

El doctor Fell asintió sombríamente con la cabeza.

—Me temo que tenga usted razón, señora. No creo que exista. Y si tres personas estuvieron enterradas allí podría ser difícil encontrarlas, ¿no es cierto?

—¿Quiere usted dejar de una vez para siempre esta jerigonza? —gritó Hadley, y de pronto quedó completamente desconcertado al comprobar que esta jerigonza había causado profunda impresión a Ernestine, quien se puso de pie para disimular el efecto de aquellas palabras sin sentido.

—Me voy —dijo—. No pueden ustedes detenerme. Están todos locos. Se quedan aquí divagando mientras... mientras dejan que Pierre Fley huya. ¿Por qué no lo buscan? ¿Por qué no *hacen* algo?

—Porque, oiga usted, señora, el mismo Grimaud dijo que Pierre Fley no es el culpable.

Y mientras ella le tenía la vista clavada, el doctor Fell dejó caer pesadamente el cuadro contra el respaldo del sofá. El paisaje de un país que no existía, y donde, sin

embargo, se erguían tres lápidas sepulcrales entre árboles retorcidos llevó la mente de Rampole al borde del terror. Todavía estaba mirando el cuadro, cuando se oyeron pisadas en la escalera.

Era algo reconfortante ver la cara prosaica, seria y enjuta del sargento Betts, a quien Rampole recordaba por su actuación en el caso de la Torre de Londres. Lo seguían dos hombres de aspecto jovial, vestidos de civil, que traían el aparato fotográfico y el registrador de impresiones digitales. Detrás de Mills, Boyd Mangan y la joven que había estado en la habitación que daba a la calle quedó un policía uniformado. La muchacha se abrió paso a través del grupo y penetró en el cuarto.

—Boyd dijo que me necesitaban —explicó con voz serena, aunque insegura—, pero yo insistí en salir con la ambulancia. Mejor será que vaya usted allí tan pronto como pueda, tía Ernestine. Dicen que está... muriéndose.

Trataba de mostrarse eficiente y perentoria, aun en la manera de quitarse los guantes, pero no lo lograba. Tenía esas maneras resueltas propias de los veinte años y que provienen de la falta de experiencia y de oposición. Rampole se sintió más bien sorprendido al comprobar que sus cabellos eran de un intenso tono rubio, muy cortos y peinados detrás de las orejas.

De rostro cuadrangular y pómulos más bien abultados, no era hermosa; pero sí turbadora y vivaz al estilo que hace pensar en otros tiempos, aun cuando no se sepa bien en qué tiempos precisamente. Su boca, un poco ancha, estaba pintada de color rojo oscuro; pero, en contraste con esto y con la sólida configuración de todo el rostro, los alargados ojos pardos tenían una desasosegada dulzura. Lanzó una rápida mirada a su alrededor y retrocedió hacia Mangan; llevaba el abrigo de pieles estrechamente ceñido al cuerpo. No estaba lejos de la histeria.

—¿Quieren hacerme el favor de darse prisa y decirme qué quieren? —gritó—. ¿No se dan cuenta de que se está muriendo? Tía Ernestine...

—Si estos caballeros no me necesitan, iré —dijo la mujer, impasible—. Ya sabes que pensaba ir.

Súbitamente la muchacha se mostró dócil. Pero era una docilidad forzada, en la que se percibía una especie de desafío, como si hubiera límites que no se debían traspasar. Algo fulguró entre las dos mujeres, algo semejante al desasosiego de los ojos de Rosette Grimaud. Cambiaron una rápida ojeada, sin mirarse directamente; pareció que cada una parodiaba los movimientos de la otra, hasta advertirlo de pronto y refrenarse. Hadley prolongó el silencio, como si estuviera careando a dos sospechosos en Scotland Yard. Después dijo con vivacidad:

—Señor Mangan, ¿quiere usted llevar a la señorita Grimaud a la habitación del señor Mills, en el otro extremo del vestíbulo? Gracias. En seguida estaremos con ustedes. Señor Mills, ¡un segundo, por favor! ¡Espere!... ¡Betts!

—¿Señor?

—Lo necesito para un trabajo peligroso. ¿Le dijo Mangan que trajera sogas y una linterna?... Bien. Quiero que suba usted al tejado y lo examine centímetro por

centímetro, por si hay huellas o señales de cualquier especie, sobre todo encima de este cuarto. Después baje al patio trasero y a los dos patios colindantes y vea si encuentra alguna señal allí. El señor Mills le enseñará cómo subir al tejado... ¡Preston! ¿Está Preston aquí?

Un joven de nariz afilada se apresuró a entrar desde el vestíbulo; era el sargento Preston, cuyo oficio consistía en descubrir lugares secretos y que había hallado los elementos de prueba detrás de un panel en el caso de la Velación del Cadáver.

—Registre este cuarto en busca de una entrada secreta cualquiera, ¿entiende? Destrócelo, si le parece. Fíjese si alguien ha podido trepar por la chimenea... Ustedes, muchachos, comiencen con las impresiones y las fotografías. Marquen con tiza las manchas de sangre antes de fotografiar. Pero no toquen para nada esos papeles quemados de la chimenea... ¡Agente! ¿Dónde demonios está ese agente?

—¡Aquí, señor!

—¿Han telefoneado desde la calle Bow para darnos la dirección de un hombre llamado Fley, Pierre Fley?... Bien. Vaya al lugar donde vive y préndalo. Tráigalo aquí. Si no está en su casa, espere. ¿Han enviado a un hombre al teatro donde trabaja?... Muy bien. Esto es todo. Ahora, ¡a trabajar todos!

Salió de unas zancadas al vestíbulo, musitando algo para sí. El doctor Fell, que lo siguió pesadamente, se sentía ahora, por primera vez, presa de una ansiedad de vampiro. Dio con su sombrero de teja un golpecito en el brazo del comisario jefe.

—Escuche, Hadley —le dijo—, usted vaya y ocúpese del interrogatorio, ¿eh? Creo que puedo ser mucho más útil si me quedo aquí para ayudar a estos inútiles con sus fotografías...

—¡No, que me cuelguen si deajo que estropee usted más placas! —exclamó el otro con calor—. Estas películas cuestan dinero, y además necesitamos elementos de prueba. Ahora quiero que hablemos a solas y con franqueza. ¿A qué viene ese desatinado galimatías acerca de las siete torres y de gente enterrada en países que jamás existieron? He presenciado otras veces sus ataques de misterio, pero nunca uno tan grave. Cambiemos ideas. ¿Qué cree usted...? —Se volvió airado al tirarle Stuart Mills de la manga—. Sí, sí. ¿Qué pasa?

—Pues que... antes de llevar al sargento al tejado —dijo Mills imperturbable— será mejor que le diga que el señor Drayman está aquí, en la casa.

—¿Drayman? ¡Ah, sí! ¿Cuándo volvió?

Mills frunció el ceño.

—Por lo que puedo deducir, no volvió. Me atrevo a decir que en ningún momento se fue. Hace un rato tuve ocasión de mirar en su cuarto...

—¿Por qué? —preguntó el doctor Fell con súbito interés.

El secretario parpadeó, impávido.

—Sentí curiosidad, señor. Lo descubrí dormido allí, y será difícil despertarlo; creo que ha bebido un soporífero. Drayman es aficionado a ellos. No quiero decir que sea un borracho o un toxicómano; sino, simplemente, que suele tomar soporíferos.

—Ésta es la casa más rara que he conocido —declaró Hadley después de una pausa, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Algo más?

—Sí, señor. Hay un amigo del doctor Grimaud abajo. Acaba de llegar y le gustaría hablar con usted. No creo que pueda decir nada de importancia inmediata, pero forma parte del círculo de la cervecería Warwick. Se llama Pettis, Anthony Pettis.

—Pettis, ¿eh? —repitió el doctor Fell restregándose la barbilla—. Me pregunto si no será el Pettis que compila historias de fantasmas y escribe esos excelentes prefacios... ¡Hum!... sí; diría que sí. Ahora bien, ¿cómo encaja él en todo esto?

—Yo me pregunto si encaja algo en todo esto —repuso Hadley—. No puedo ver a este hombre ahora, a menos que tenga algo importante que decirme. Hágame el favor de pedirle su dirección y dígame que iré a verlo mañana por la mañana. Gracias. —Se volvió hacia el doctor Fell—. Ahora sigamos con las siete torres y el país que nunca existió.

El doctor esperó a que Mills condujera, cruzando el amplio vestíbulo, al sargento Betts hasta la puerta del extremo opuesto. Sólo se oía un ruido amortiguado de voces procedentes de la habitación de Grimaud. Desde el gran arco de la escalera la brillante luz amarilla iluminaba el vestíbulo. El doctor Fell cruzó pesadamente el recinto, examinándolo todo de arriba abajo, y luego se dirigió hacia las tres ventanas con las cortinas de color castaño. Apartó los pliegues y se aseguró de que estaban firmemente cerradas desde el interior. Después con una seña indicó la escalera a Hadley y a Rampole.

—Admito que sería conveniente un pequeño cambio de ideas antes de interrogar a los demás testigos; pero de ningún modo debemos discutir ahora lo de las siete torres. Llegaré a ellas paulatinamente, como el caballero Rolando. Unas pocas palabras deshilvanadas —la única prueba real que poseemos, porque proviene de la víctima— pueden constituir el indicio más importante. Me refiero a las que murmuró Grimaud antes de desvanecerse. Quiera el Cielo que todos las hayamos oído. Haga memoria: usted le preguntó si Fley lo había herido. Él negó con la cabeza. Después usted le preguntó quién era el culpable. ¿Qué respondió? Preguntaré por turno a cada uno de ustedes qué les pareció oír.

Miró a Rampole. La mente del norteamericano estaba confundida. Conservaba un recuerdo nítido de ciertas palabras, pero el conjunto estaba oscurecido por el cuadro demasiado vivo de un pecho bañado en sangre y la contorsión del cuello. Vaciló un segundo y luego dijo:

—La primera palabra que pronunció me sonó parecida a *joven*...

—¡Tonterías! —lo interrumpió Hadley—. Yo lo anoté todo inmediatamente. La primera cosa que dijo fue *vate* o *el vate*; pero que me cuelguen si veo...

—Calma, calma. Su jergonza es aún peor que la mía —dijo el doctor Fell—. Prosiga, Ted.

—Bueno, no podría jurarlo, pero después creo haber oído las palabras: *no es un*

suicidio y no pudo usar la soga. Después hizo referencia a un *tejado* y dijo *nieve y zorro*. Lo último que oí sonaba parecido a *demasiada luz*. Además, tampoco juraría que dijo las palabras en ese orden.

Hadley adoptó un tono indulgente, aunque parecía incómodo.

—Lo entendió todo al revés, aunque pescó bien una cosa o dos —dijo—. De todos modos, debo admitir que mis notas no parecen tener más sentido. Después de la palabra *vate* dijo *rima y sal*. Tiene usted razón en lo de la soga, aunque yo no oí nada de suicidio. *Tejado y nieve* están bien. *Demasiada luz* viene después, y luego, *tenía una pistola*. Finalmente dijo algo acerca de un zorro, y lo último de todo —apenas si se podía oír— fue algo así como *no culpen al pobre...* Y esto es todo.

—¡Oh Señor! —gimió el doctor Fell. Clavó los ojos alternativamente en uno y en otro—. Esto es terrible. Señores, pensaba obtener un gran triunfo sobre ustedes; iba a explicar lo que dijo, pero estoy anonadado por la pasmosa agudeza de sus respectivos oídos. Yo no pude distinguir todo eso en medio de su farfulla, aunque me atrevo a decir que no están muy lejos de la verdad. ¡Caramba!

—Bien, ¿cuál es su versión? —preguntó Hadley.

El doctor recorrió pesada y ruidosamente la habitación.

—Yo sólo oí las primeras palabras. Es bastante fácil encontrarles sentido, si estoy en lo cierto... *si* estoy en lo cierto. Pero el resto es una pesadilla. Tengo visiones de zorros corriendo por los tejados sobre la nieve o...

—¿Licantropía? —sugirió Rampole—. ¿Mencionó alguien a los lobos humanos?

—¡No, y nadie lo hará! —rugió Hadley. Golpeó con su libreta de notas—. Pongamos todo en orden, Rampole. Anotaré lo que usted creyó oír para hacer el cotejo... Así, pues, ahora tenemos:

»Su lista: *Joven. No es un suicidio. No pudo usar la soga. Tejado. Nieve. Zorro. Demasiada luz.*

»Mi lista: *Vate. Rima. Sal. No pudo usar la soga. Tejado. Nieve. Demasiada luz. Tenía una pistola. No culpen al pobre...*

»Ya está. Y usted Fell, como de costumbre, con la perversidad que lo caracteriza, se muestra más confiado respecto a la parte menos inteligible. Yo podría hallar una explicación que diera sentido a toda la última parte, pero ¿cómo demonios nos ofrece un indicio un moribundo que habla de vates y rimas?».

El doctor Fell contempló fijamente su cigarro, que se había apagado.

—¡Hum!, sí. Mejor será que nos desentendamos un poco de esas palabras. Bastantes enigmas tenemos aun sin ellas. Vayamos despacio... Ante todo, muchacho, ¿qué ocurrió en ese cuarto después que hirieron a Grimaud?

—¿Cómo demonios puedo yo saberlo? Es lo que le pregunto. Si no hay una entrada secreta...

—No, no, no me refiero a cómo se efectuó el truco de la desaparición. Ese asunto es para usted una obsesión, Hadley; y tanto, que no se detiene a preguntarse qué *más* ocurrió. Primero aclaremos los hechos evidentes, para los cuales podemos encontrar

una explicación, y prosigamos desde allí. ¡Hum! Ahora bien, pues, ¿qué es lo que ocurrió en este cuarto después que hirieron al hombre? Primero, todas las señales se agrupan en torno al hogar...

—¿Quiere usted decir que el sujeto trepó por el hueco de la chimenea?

—Estoy absolutamente seguro de que no lo hizo —dijo el doctor Fell con tono impertinente—. Es tan estrecho que apenas si se puede hacer pasar el puño por él. Domíñese y piense. Primero, encontramos fuera de su lugar el pesado sofá frontero a la chimenea; había buena cantidad de sangre en la parte superior, como si Grimaud hubiera resbalado o se hubiera apoyado contra él. La esterilla situada junto a la chimenea había sido arrojada a un lado de un tirón o de un puntapié —estaba sucia de sangre, además—, y habían dado un empujón a una silla. Por último, encontré manchas de sangre en la chimenea, incluso en el hogar. Estas manchas llevaban a una enorme masa de papeles quemados que casi había extinguido el fuego. Ahora consideremos la conducta de la leal señora de Dumont. Tan pronto como entró en aquella habitación, mostró un extraordinario interés por esa chimenea. Estuvo mirándola todo el tiempo, y casi se puso histérica al ver que yo también lo hacía. Recordarán ustedes que hasta cometió el desatino de pedirnos que encendiéramos el fuego, aun cuando debía comprender que la policía no se pondría a remover carbones y avivar la llama para que los testigos se sintieran cómodos en la misma escena del crimen. No, no, hijo mío. Alguien había intentado quemar cartas o documentos allí, y la señora de Dumont quería asegurarse de que fueran destruidos.

Hadley dijo gravemente:

—¿De *modo* que ella estaba enterada? ¿Y no obstante afirmó usted que concedía fe a su declaración?

—Sí. Creí y creo aún en lo que dijo..., por lo que toca al visitante y al crimen. Lo que no me merece fe es la información que nos dio acerca de sí misma y de Grimaud... Ahora reflexione nuevamente en lo que ocurrió. El intruso dispara un tiro contra Grimaud; Grimaud, sin embargo, aunque todavía está consciente, no grita pidiendo auxilio, no trata de detener al heridor, no causa ningún alboroto, y ni siquiera abre la puerta cuando Mills golpea en ella desesperadamente. Pero algo hace; algo que le exige un esfuerzo tan violento que se desgarró la herida que tiene en el pulmón, como le oyeron decir al médico. Les diré ahora qué es lo que hizo. Él sabía que estaba agonizando y que vendría la policía. Tenía en su poder un cúmulo de cosas que *debían* ser destruidas. Destruirlas era más importante que atrapar al hombre que lo había herido, o aun salvar su propia vida. De modo que se arrastró varias veces hasta la chimenea, a fin de quemar esas pruebas. De ahí el sofá fuera de sitio, la esterilla cambiada de lugar, las manchas de sangre... ¿Comprenden ahora?

Se produjo un silencio en el iluminado y melancólico vestíbulo.

—¿Y la señora de Dumont? —inquirió Hadley con gravedad.

—Ella lo sabía, por supuesto. Era su secreto común. Y además ella lo ama.

—Si lo que usted dice es cierto, debe de haber sido algo endemoniadamente

importante lo que destruyó —interpuso Hadley, clavándole unos ojos muy abiertos—. ¿Cómo diablos sabe usted todo esto? En fin, ¿qué secreto pudieron haber tenido? ¿Y qué le hace pensar que efectivamente tenían tan peligroso secreto?

El doctor Fell se llevó las manos a las sienes y se desordenó con los dedos las tupidas greñas. Habló en tono persuasivo.

—Podría decirle algo de esto —repuso—, aunque hay detalles que no tengo ninguna esperanza de aclarar. Vea usted, Grimaud y la señora de Dumont son tan franceses como yo. Una mujer que tiene esos pómulos, una mujer que pronuncia la *h* muda de la palabra *honest*^[13], de ningún modo puede ser de raza latina. Pero esto no tiene importancia. Ambos son magiares. Para ser preciso, Grimaud vino de Hungría. Su nombre verdadero es Károly —o Charles— Grimaud Horváth. Probablemente su madre era francesa. Es del principado de Transilvania, que antiguamente perteneció al reino húngaro y fue anexado a Rumania después de la guerra. Hacia fines del siglo pasado o principios del actual, Károly Grimaud Horváth y sus dos hermanos fueron enviados a prisión. ¿Les he dicho ya que tenía dos hermanos? A uno no lo hemos visto, pero el otro se hace llamar ahora Pierre Fley. No sé qué crimen cometieron estos tres hermanos Horváth, pero fueron enviados a la prisión de Siebenturmen, condenados a trabajar en las minas de sal cercanas a Tradj, en los montes Cárpatos. Charles probablemente se fugó. Ahora bien, el *secreto* mortal de su vida no puede constituirlo el hecho de que fue enviado a prisión, ni siquiera el hecho de que se fugó antes de cumplir su condena; el reino húngaro está fragmentado y su autoridad ha desaparecido. Más probable es que haya cometido alguna negra infamia con respecto a sus otros dos hermanos; algo bastante horrible relacionado con esos tres ataúdes y con gente enterrada viva, por lo que aún ahora sería enviado a la horca si se descubriera... Esto es todo cuanto puedo conjeturar por el momento. ¿Tiene alguno de ustedes un fósforo?



CAPÍTULO VI

LAS SIETE TORRES

HUBO UNA LARGA pausa. Hadley tiró una caja de fósforos al doctor y se quedó mirándolo con ojos malévolos.

—¿Está usted bromeando? —preguntó por fin—. ¿O se trata de magia negra?

—Nada de eso. Me gustaría poder bromear. Esos tres ataúdes... ¡Maldito sea, Hadley! —musitó el doctor Fell, golpeándose los puños contra las sienes—. Me gustaría poder vislumbrar algo...

—Usted parece haber aprovechado el tiempo. ¿Cómo sabe todo eso? ¿Obtuvo alguna información? ¡Un momento! —Consultó su libreta—. *Joven. Vate. Sal. Rima*. ¿Intenta usted convencernos de que lo que en verdad dijo Grimaud fue Horváth y minas de sal? ¡Vayamos con calma ahora! Si es ésta su base, va a costarnos bastante dolor de cabeza descifrar el resto de esas palabras.

—Esta simulación de ira —dijo el doctor Fell— me demuestra que está usted de acuerdo conmigo. Gracias. Como usted mismo indicó sagazmente, los moribundos no suelen mencionar rimas ni vates. Si su versión fuera correcta, ya podríamos dormir sobre ello. Pero es cierto que dijo aquello otro, Hadley, yo lo oí. Usted le pidió un nombre, ¿recuerda?: «¿Fue Fley?», le preguntó. «No», respondió él «¿Quién fue entonces?», insistió usted. «Horváth», contesto.

—Que, según sostiene *usted*, es su propio nombre.

—Sí. Oiga usted —dijo el doctor Fell—, si esto le sirve de consuelo, admitiré de buena gana que el mío no fue un trabajo de investigación limpio, y que no les indiqué las fuentes de información de que me valí. Se las indicaré en seguida, aunque Dios sabe que todo el tiempo estuve tratando de hacerlo. Fue así. Oímos de labios de Ted Rampole la historia de un extraño parroquiano que amenaza a Grimaud y se refiere significativamente a gente *enterrada viva*. Grimaud toma en serio esto; conoce de antes a este hombre y sabe de qué está hablando, puesto que, por algún motivo, compra un cuadro en que aparecen tres tumbas. Cuando usted le preguntó a Grimaud quién lo hirió, responde dando el nombre de *Horváth* y dice algo acerca de minas de sal. Puede parecer o no extraña esta respuesta en un profesor francés, pero lo que sí resulta bastante extraño es encontrar sobre la repisa de su chimenea un escudo de las siguientes características: *partido; arriba, semiáguila de sable; 1.º, una luna de plata...*

—Creo que podemos omitir la heráldica —dijo Hadley con una especie de maligna dignidad—. ¿Qué significa esto?

—Son las armas de Transilvania. Desaparecieron a partir de la guerra, naturalmente, y apenas si eran conocidas en Inglaterra (o Francia) antes de ella. Primero un nombre eslavo, y después armas eslavas. Luego están esos libros que les mostré. ¿Saben ustedes qué eran? Eran libros ingleses traducidos al magiar. No pude pretender leerlos...

—Gracias a Dios.

—... pero al menos reconocí las obras completas de Shakespeare, las *Cartas de Yorick a Elisa*, de Sterne, y el *Ensayo sobre el hombre*, de Pope. Esto era tan sorprendente que los examiné todos.

—¿Por qué sorprendente? —inquirió Rampole—. Cualquiera puede tener libros raros en su biblioteca. Los hay también en la suya.

—Sin duda, pero suponga usted que un francés culto desea leer obras inglesas. Pues bien, las lee en inglés o traducidas al francés. Pero es muy poco frecuente que pretenda gustarlas en todo su sabor a través de una traducción al húngaro. En otras palabras, no eran libros *húngaros*; no eran siquiera libros franceses en que un francés pudiera practicar el magiar; eran libros ingleses. Esto significaba que quienquiera que fuese el poseedor de esos libros, su lengua nativa era el húngaro. Los examiné todos detenidamente, con la esperanza de hallar un nombre. Cuando encontré en una de las guardas las palabras *Károly Grimaud Horváth, 1898*, me pareció empezar a comprender. Si su nombre verdadero era Horváth, ¿por qué había fingido llamarse de otro modo durante tanto tiempo? Si se piensa en las palabras *enterrados vivos y minas de sal*, aparece un destello. Pero cuando usted le preguntó quién lo había herido, respondió *Horváth*. En un momento como ése no es probable que nadie hable de sí mismo; pero Grimaud no se refería a sí mismo sino a otra persona llamada Horváth. Mientras yo pensaba en eso, nuestro excelente Mills les contaba el comportamiento del hombre llamado Fley, en la cervecería. Mills dijo que le parecía notar algo muy familiar en Fley, aunque jamás lo había visto antes, y que su manera de hablar era como una parodia de la de Grimaud. ¿Sería un Grimaud? ¡Era su hermano! Veán ustedes, había tres ataúdes, pero Fley sólo mencionó dos hermanos, y sin embargo tenía que haber un tercero. En tanto yo meditaba sobre esto, entró la evidentemente eslava señora de Dumont. Si yo lograba establecer que Grimaud provenía de la Transilvania, eso encauzaría nuestra investigación cuando tratáramos de descubrir su historia. Pero había que obrar con cautela. ¿Se fijaron ustedes en ese búfalo tallado del escritorio de Grimaud? ¿Qué les sugiere?

—Puedo asegurarle que no sugiere la Transilvania —refunfuñó el comisario—. Más bien el Lejano Oeste..., Buffalo Bill..., los indios. ¡Un momento! ¿Por eso le preguntó usted a la Dumont si Grimaud había estado alguna vez en los Estados Unidos?

El doctor Fell inclinó la cabeza con aire culpable.

—Parecía una pregunta inocente, pero no lo era, y ella sin advertir la importancia que su respuesta tenía, la contestó. Veán ustedes, si hubiera obtenido esa estatuilla en alguna tienda de curiosidades americana... ¡Hum! Yo he estado en Hungría. Viajé por allí en mis años de juventud y agilidad, cuando acababa de leer *Drácula*. Transilvania era la única región europea donde se criaban búfalos; los utilizaban como bueyes. Hungría estaba llena de diferentes credos religiosos, pero Transilvania era unitaria. Le pregunté a la señora Ernestine qué religión profesaba, y ella me lo dijo. Entonces arrojé mi granada de mano. Si Grimaud hubiera estado asociado inocentemente con minas de sal, no hubiera tenido efecto; pero yo nombré la única prisión de Transilvania donde los convictos solían trabajar en las minas de sal. Nombré la *Siebturmen* —Siete Torres—, sin decir siquiera que se trataba de una prisión. Eso casi fue el tiro de gracia para ella. Ahora quizá comprendan ustedes mi observación sobre las siete torres y el país que no existe. Por amor de Dios, ¿quiere darme alguno de ustedes un fósforo?

—Usted tiene la caja —dijo Hadley. Dio unos cuantos pasos por el vestíbulo, aceptó un cigarro del ahora gentil y satisfactorio doctor Fell y musitó para sí mismo —: Sí..., hasta ahora, por lo menos, parece bastante razonable. Su tiro a distancia acerca de la prisión surtió efecto. Pero toda la base de su argumentación, el que esas tres personas sean hermanos, es pura conjetura. A la verdad, creo que es la parte más débil de la hipótesis...

—¡Oh!, admitido. Pero ¿qué hay con eso?

—Es que es el punto decisivo. Supóngase que Grimaud no quiso decir que una persona llamada Horváth lo hirió y que tan sólo se refería a sí mismo de alguna manera. Entonces el asesino podría ser cualquiera. Pero si existen esos tres hermanos, y él quiso decir eso, la cosa es simple. Volvemos a la creencia de que, después de todo, fue Pierre Fley quien le *disparó* el tiro, o bien el hermano de Fley. A Fley podemos echarle mano en cualquier momento, y en cuanto al hermano...

—¿Está usted tan seguro de que reconocería al hermano —preguntó el doctor Fell reflexivamente— si se encontrara con él?

—¿Por qué lo dice?

—Estaba pensando en Grimaud. Hablaba inglés perfectamente, y también pasaba perfectamente por francés. No dudo de que estudió en París ni de que la Dumont cosía trajes en la Ópera; pero el caso es que él estuvo paseándose por Bloomsbury por espacio de treinta años, gruñón, bondadoso, inofensivo, con su pequeña barba y su sombrero de copa, reprimiendo un carácter salvaje y pronunciando plácidamente conferencias públicas. Nadie vio jamás un demonio en él..., aunque imagino que debió de ser un demonio astuto, brillante. Nadie sospechó nada jamás. Afeitado, con ropas de *tweed* y un cutis más atezado hubiera podido pasar por un hacendado inglés o cualquier otra cosa que se le ocurriera... ¿Qué posibilidades tenemos, entonces, de descubrir a su tercer hermano? Es el único que me inquieta. Supóngase que se encuentra sencillamente aquí, entre nosotros, disfrazado de un modo u otro, y que

nadie conozca su verdadera identidad.

—Puede ser. Pero no sabemos nada acerca de ese hermano.

El doctor Fell, que pugnaba por encender su cigarro, miró a Hadley con fijeza.

—Ya lo sé. Eso es lo que más me fastidia, Hadley. Se movió ruidosamente por el vestíbulo durante unos minutos; después apagó el fósforo con un fuerte soplido y agregó:

—Existen dos hipotéticos hermanos que han adoptado nombres franceses: Charles y Pierre. Además hay un tercer hermano. En gracia a la claridad y a la argumentación llamémoslo Henri...

—Oiga usted, no irá a decirme que también sabe algo acerca de él, ¿verdad?

—Al contrario —replicó el doctor Fell casi con ferocidad—. Justamente voy a insistir en lo poco que sabemos a su respecto. Tenemos datos acerca, de Charles y de Pierre. Pero no poseemos ni el menor indicio respecto a Henri, *excepto* que Pierre parece haberlo utilizado como amenaza. Así, dice: «Mi hermano, que puede hacer mucho más que yo». «Mi hermano, que quiere su vida». «Estoy en peligro cuando me asocio con él», etcétera. Pero ninguna figura surge del humo, ni hombre ni duende. Hijo, esto me preocupa. Tengo la impresión de que esta fea aparición está detrás de todo el asunto, fiscalizándolo, usando al semiloco Fley para sus propios fines, y constituyendo probablemente un peligro tan grande para Pierre como para Charles. No puedo dejar de creer que esta aparición puso en escena toda la representación de la cervecería Warwick; que se halla de algún modo cercana y vigilante; que...

El doctor Fell echó una atenta mirada a su alrededor, como si esperara que algo se moviera o rompiera a hablar en el solitario vestíbulo. Después añadió:

—¿Sabe usted? Como Pierre Fley ha dejado quizá de ser útil, creo que su agente podrá prenderlo y traerlo consigo.

Hadley hizo un vago ademán y se mordió la punta del pequeño bigote.

—Sí, ya sé —dijo—; pero atengámonos a los hechos, que ya de por sí nos darán bastante trabajo, se lo advierto. Cablegrafiaré a la policía rumana esta noche. Pero me temo que en medio de la confusión y el desorden que trajo la anexión de la Transilvania, sólo se habrán conservado pocos documentos. Los bolcheviques anduvieron por allí al acabar la guerra, ¿no es así? ¡Hum! De todos modos, ¡necesitamos hechos! Prosigamos. Luego veremos a Mangan y la hija de Grimaud. De paso, le diré que no estoy enteramente satisfecho de la conducta de ellos.

—¿Por qué?

—Es decir, siempre que la Dumont haya dicho la verdad —se enmendó Hadley—. Usted parece pensar que sí, pero yo dudo aún. Según tengo entendido, Mangan estaba aquí esta noche a pedido de Grimaud, por si venía el visitante. Ahora bien: parece haber sido un perro guardián bastante manso. Se hallaba en una habitación próxima a la puerta de la calle; suena el timbre —si la Dumont no miente— y entra el misterioso visitante. Durante todo este tiempo Mangan no manifiesta ninguna

curiosidad; permanece sentado en la habitación con la puerta cerrada, no presta atención al visitante, y sólo se alborota cuando oye el tiro y descubre súbitamente que la puerta ha sido cerrada con llave. ¿Es esto lógico?

—Nada es lógico —dijo el doctor Fell—. Ni siquiera... Pero eso puede esperar.

Atravesaron el largo vestíbulo, y apenas abrió la puerta del cuarto de Mills, Hadley adoptó sus maneras más discretas e impasibles. La habitación era un tanto más reducida que la anterior, y revestían sus paredes ordenadas estanterías con libros y ficheros de madera. Sobre la sencilla alfombra había esparcidas unas duras sillas oficinescas y un fuego moribundo ardía en la chimenea. Debajo de una pantalla verde que colgaba del techo, frente a la puerta, se encontraba la máquina de escribir de Mills. A un lado de la máquina se veían hojas pulcramente manuscritas apiladas en una cesta de alambre, y al otro había un vaso de leche, una fuente de ciruelas secas y un ejemplar del *Cálculo diferencial e integral*, de Williamson.

—Apuesto a que también bebe agua mineral —dijo el doctor Fell, un tanto agitado—. Juraría por todos los dioses que bebe agua mineral y lee este tipo de obras por entretenimiento. Apostaría a...

Se detuvo ante un violento codazo de Hadley, que se dirigió a Rosette Grimaud a través de la habitación.

—Naturalmente, señorita Grimaud, no quisiera afligirla en un momento semejante...

—Por favor, no diga nada —le rogó ella. Sentada pensativamente ante el fuego, se sobresaltó al oír la voz de Hadley—. Quiero decir... no diga nada de eso. Yo lo quiero, ¿sabe?; pero no como para sentir un terrible dolor, a menos que alguien comience a hablar del asunto. Entonces me pongo a pensar.

Se oprimió las sienes con las manos. A la luz del fuego, con el abrigo de pieles echado hacia atrás, nuevamente aparecía el contraste entre los ojos y el rostro. Pero era un contraste cambiante. Tenía la intensa personalidad de su madre moldeada en una belleza rubia, de cara cuadrada, casi bárbaramente eslava. De pronto el rostro se endurecía y los alargados ojos castaños se volvían dulces e inquietos, como los de la hija de un cura. Y al momento siguiente el rostro se dulcificaba y los ojos se tornaban brillantes y duros, como los de la hija de un demonio. Sus finas cejas se alzaban algo en los extremos, hacia las sienes, y tenía una boca ancha, voluntariosa. Era inquieta, sensual y enigmática. Detrás de ella, de pie, sombrío en su impotencia, estaba Mangan.

—Pero hay una cosa que debo saber —continuó ella, golpeando lentamente con el puño el brazo de su sillón— antes de que den comienzo ustedes a su *hábil interrogatorio*.

Índico con la cabeza una puertecilla que se hallaba al otro extremo del cuarto, diciendo con voz entrecortada:

—Stuart ha conducido al tejado a ese detective que ustedes llamaron. ¿Es cierto, entonces, eso que oímos acerca de un hombre que entró... y salió... y mató a mi

padre... sin... sin...?

—Mejor es que deje que yo me encargue de esto, Hadley —dijo el doctor Fell con gran serenidad.

Rampole conocía la firme convicción del doctor de ser un modelo de tacto. Muy frecuentemente ese tacto se asemejaba a una carretada de ladrillos al caer por un tragaluz. Pero su plena certeza de que obraba como es debido, su gran bondad y absoluto candor producían un efecto que todo el tacto del mundo no podría producir jamás. Era como si él mismo hubiera resbalado junto con los ladrillos para brindar su simpatía o cambiar un apretón de manos. Y la gente comenzaba en seguida a hacerle confidencias.

—¡Ejem! —bufó—. Claro que no es cierto, señorita Grimaud. Estamos perfectamente enterados de cómo efectuó su ardid el canalla, aunque lo hizo una persona de la que jamás oyó hablar usted. —La joven levantó rápidamente la vista—. Además no habrá ningún *hábil interrogatorio*, y probablemente su padre pueda salvarse. Dígame, señorita Grimaud, ¿no nos hemos visto antes en alguna parte?

—¡Oh!, sé que trata usted de tranquilizarme —dijo ella con una débil sonrisa—. Boyd me habló de usted, pero...

—No, lo dije en serio —resopló gravemente el doctor Fell. Entrecerró los ojos en un esfuerzo por recordar—. ¡Hum... sí! ¡Ya sé! Usted estudia en la Universidad de Londres, ¿no es así? ¡Claro! Y pertenece a un círculo de debates o algo por el estilo. Me parece que yo intervine cuando su grupo discutía los derechos de la mujer en el mundo, ¿no fue así?

—Era Rosette —asintió Mangan sombríamente—. Es acérrima feminista. Dice que...

—Ya, ya, ya. Ahora lo recuerdo —dijo el doctor Fell. Su rostro se puso radiante e hizo un ademán con su enorme mano—. Tal vez sea ella feminista, hijo mío; pero sus reacciones son a veces muy poco femeninas. Ahora recuerdo, justamente, que aquel debate terminó en el más hermoso y terrible escándalo de que yo tenga noticia, si se exceptúan, naturalmente, los que casi siempre dan fin a los mítines pacifistas. Usted estaba de parte de los derechos de la mujer, señorita Grimaud, y en contra de la tiranía del hombre. Sí, sí. Entró usted muy pálida, seria y solemne, y permaneció así hasta que su bando comenzó a exponer su causa. Fue algo terrible, pero usted no parecía satisfecha. Después una mujer flaca habló durante veinte minutos acerca de lo que la mujer necesitaba para alcanzar una existencia ideal, pero usted parecía ponerse cada vez más furiosa. Y cuando le llegó el turno, todo lo que hizo fue levantarse para proclamar con tono enérgico que lo que la mujer necesitaba para alcanzar una existencia ideal era menos charla y más cópula.

—¡Buen Dios! —exclamó Mangan dando un salto.

—Bueno, yo sentía así... entonces —dijo Rosette con calor—. Pero no tiene usted que pensar...

—O quizá no dijese usted cópula —prosiguió pensativamente el doctor Fell—.

De todos modos, el efecto que esa terrible palabra produjo escapa a toda descripción. Fue como si hubiera usted gritado «¡amianto!» a una banda de piromaníacos. Debo confesar que para mantenerme serio me fue necesario, desgraciadamente, beber un vaso de agua; y beber agua, amigos míos, es una práctica a la que no estoy muy acostumbrado. La tal palabreja produjo un efecto semejante al que produciría el estallido de una bomba en un acuario. Pero, dejando eso de lado, me pregunto si usted y el señor Mangan tratan a menudo de estos temas. Deben de ser conversaciones ilustrativas. ¿Sobre qué discutían esta noche, por ejemplo?

Ambos rompieron a hablar a un tiempo, desordenadamente. El doctor Fell los miró afablemente, y ambos se detuvieron con expresión asombrada.

—Sí —dijo el doctor con un movimiento de cabeza—. ¿Comprenden ahora que no hay por qué tener miedo a hablar con la policía, y que pueden hablar ustedes tan libremente como deseen? Será mejor, sin duda. Ahora, abordemos el asunto y aclarámoslo en forma razonable entre nosotros.

—Bien —dijo Rosette—. ¿Tiene alguien un cigarrillo?

Hadley miró al doctor.

—Este viejo fastidioso acabó con ellos —dijo.

El viejo fastidioso estaba encendiendo de nuevo su cigarro mientras Mangan se registraba torpemente los bolsillos en su prisa por encontrar cigarrillos. Entonces el doctor Fell continuó, haciendo un ademán:

—Ahora quiero informarme acerca de una cosa muy extraña. ¿Estaban ustedes tan absorbidos el uno por el otro, esta noche, que no advirtieron nada hasta que comenzó el barullo? Según tengo entendido. Mangan, el profesor Grimaud le pidió que viniera usted aquí para vigilar por si ocurría algo. ¿Por qué no lo hizo usted? ¿No oyó cuando sonó el timbre?

El atezado rostro de Mangan estaba ensombrecido.

—¡Oh!, admito que soy culpable —exclamó con rabia—, pero en el momento no se me ocurrió pensar... ¿Cómo podría saber? Claro que oí el timbre. La verdad es que ambos hablamos con ese sujeto.

—¿Qué dice? —interrumpió Hadley, adelantándose con una zancadas al doctor Fell.

—Claro. No creerán ustedes que de otro modo lo hubiéramos dejado pasar, ¿verdad? Pero dijo que era el viejo Pettis, Anthony Pettis, ¿saben?



CAPÍTULO VII

EL VISITANTE DISFRAZADO DE GUY FAWKES

—CLARO QUE ahora sabemos que no era Pettis —prosiguió Mangan, mientras ofrecía fuego a la muchacha apretando con furia el resorte de su encendedor—. Pettis no debe de tener más de un metro y sesenta centímetros de estatura. Además, pienso ahora que la imitación de la voz no fue del todo correcta. Pero el extraño personaje empleó, al anunciarse, las mismas palabras que suele emplear Pettis...

El doctor Fell frunció el ceño.

—¿No le sorprendió, aun tratándose de un compilador de historias de fantasmas, que anduviese disfrazado de Guy Fawkes? ¿Es que tiene afición a las travesuras?

Rosette Grimaud levantó la mirada con expresión de asombro. Sostuvo inmóvil su cigarrillo, como si estuviera señalando algo, y luego giró en su asiento para mirar a Mangan. Cuando volvió a su posición anterior había un ligero resplandor en sus alargados ojos y su respiración profunda indicaba ira, crueldad o una súbita revelación. Habían intercambiado un pensamiento, y Mangan era, con mucho, el más conturbado por ello. Tenía la apariencia de quien se esfuerza en ser una buena persona y vivir en paz con todo el mundo; sólo que todo el mundo no se lo permite. Rampole tuvo la impresión de que ese pensamiento secreto no tenía relación ninguna con Pettis, porque Mangan vaciló antes de comprender el sentido de la pregunta del doctor Fell.

—¿Travesuras? —repitió, y se pasó la mano nerviosamente por su duro cabello negro—. ¡Oh! ¿Pettis? ¡No, por Dios! Es muy correcto y remilgado. Pero es que, ¿comprende usted?, nosotros no le vimos la cara. Ocurrió de este modo: habíamos estado sentados en la habitación que da a la calle desde después de la comida...

—Un momento —lo interrumpió Hadley—. ¿Estaba abierta la puerta que da al zaguán?

—No. De ninguna manera —respondió Mangan con tono defensivo, y se revolvió en su silla; cuando nieva, nadie permanece en una habitación fría con la puerta abierta: sobre todo si la casa no tiene calefacción central. Yo sabía que podríamos oír el timbre si alguien llamaba. Además, bueno, sinceramente, no creí que ocurriera nada. Durante la cena el profesor nos dio la sensación de que pensaba que sólo había

sido una broma o que el asunto se había arreglado de algún modo; en todo caso, de que pensaba haberse alarmado más de lo necesario...

Hadley lo observaba con ojos duros y brillantes.

—¿Usted también tuvo esa sensación, señorita Grimaud? —preguntó.

—Sí, en cierto modo... ¡No sé! Siempre resultaba difícil saber si estaba molesto o divertido, o ambas cosas a la vez —respondió con tono algo colérico (¿o de rebelión?)—. Mi padre tiene un extraño sentido del humor y gusta de los efectos dramáticos. Me trata como a una niña. No creo haberlo visto asustado en mi vida; de modo que no sé. Pero en estos últimos tres días se comportó de un modo tan raro, que cuando Boyd me contó lo de ese hombre de la cervecería...

Se encogió de hombros.

—¿En qué consistía ese comportamiento raro?

—Bien, hablaba consigo mismo, por ejemplo. Y de repente se ponía a gritar por una insignificancia, cosa que nunca hacía antes. Y se reía demasiado, además. Pero, sobre todo, estaban esas cartas. Empezó a recibirlas en cada correo. No me pregunten qué decían: las quemó todas. Venían en sobres sencillos de a penique... Yo no me hubiera dado cuenta de nada si no fuera por una costumbre que tiene... —vaciló—, tal vez usted comprenda. Mi padre es una de esas personas que no puede recibir una carta en presencia de alguien sin que este alguien sepa en el acto de qué trata y hasta de quién es. Solía exclamar: «¡Maldito estafador!»; o si no: «¡Aquí hay cosas que tú no debes saber!»; o bien, con buen humor: «¡Vaya, vaya, he aquí una carta de Fulano!», y esto con tono de asombro, como si hubiera esperado que un conocido cualquiera de Liverpool o Birmingham se encontrara del otro lado de la luna. No sé si me explico...

—Perfectamente. Haga el favor de continuar.

—Pero cuando recibió esas notas, o lo que fueran, no dijo absolutamente nada. No movió un músculo. Sin embargo, vean ustedes, nunca destruyó abiertamente ninguna hasta ayer por la mañana, durante el desayuno. Ayer, después de mirar la carta que llegó, la estrujó, se levantó de su asiento, se dirigió pensativamente a la chimenea y la arrojó al fuego. Justo en ese momento, ti...

Rosette echó una rápida mirada a Hadley, pareció reparar en su propia indecisión, y prosiguió confusamente:

—... la señora..., ¡oh, me refiero a tía Ernestine! Justo en ese momento ella le preguntó si quería más jamón. Y de repente él se volvió bruscamente y gritó: «¡Vete al demonio!».

Una reacción inusitada en él. Antes de que pudiéramos recobrar nos se había marchado dando un portazo y murmurando que no era posible que un hombre viviera en paz. Tenía un aspecto terrible. Más tarde regresó con el cuadro. Estaba de buen humor otra vez; corría de un lado a otro, riéndose, y ayudó al cochero a llevar el cuadro arriba. Yo... no quiero que ustedes piensen...

A todas luces los recuerdos volvían a agolparse en la mente de la compleja Rosette; empezó a pensar, y eso era malo. Agregó, con voz temblorosa:

—No deseo que ustedes piensen que yo no lo quiero.

Hadley hizo caso omiso de la observación personal.

—¿Mencionó él alguna vez al hombre de la cervecería?

—Sí, pero de pasada y porque yo se lo pregunté. Dijo que era uno de esos charlatanes que más de una vez lo amenazaron por burlarse de... la magia. Por cierto que yo sabía que no era solamente eso.

—¿Por qué, señorita Grimaud?

Ésta lo miró por un instante sin pestañear.

—Porqué sentí que ahora se trataba de algo serio. Y porque más de una vez me pregunté si no habría alguna cosa en el pasado de mi padre que pudiera causarle trastornos.

Era un directo desafío. Durante el largo silencio que siguió pudieron oír unos crujidos ahogados y el ruido de pasos enérgicos y pesados que sacudían el techo. Extrañas expresiones cruzaron y jugaron como luces cambiantes sobre el rostro de la joven; hubiera sido difícil decir si había allí temor, odio, pena o vacilación. Evocaba lo bárbaro, como si su abrigo de visón fuese una piel de leopardo. Cruzándose de piernas se reclinó voluptuosamente en su asiento y ladeó la cabeza, apocándola en el respaldo, de modo que el resplandor de fuego de la chimenea se reflejó sobre su cuello y en sus ojos entornados. Contempló con una leve sonrisa a los hombres; los pómulos de Rosette se perfilaban en la sombra. Rampole advirtió que estaba temblando. ¿A qué se debería el que su rostro diera la sensación de ser ahora mayor que antes?

—¿Y bien? —apremió ella.

Hadley pareció un tanto sorprendido.

—¿Causarle trastornos? No comprendo bien. ¿Tenía usted algún motivo para pensar así?

—¡Oh, ningún motivo! No es tampoco que pensara así. No eran más que fantasías...

La negativa fue rápida, pero por un instante el acompasado alzarse y bajar de su pecho se detuvo:

—Probablemente se debieran a la influencia de la afición de mi padre. Y luego, mi madre... murió, ¿sabe usted?; murió cuando yo era aún muy pequeña...; se decía que mi madre tenía conocimiento del futuro. —Rosette volvió a levantar su cigarrillo—. Pero ¿qué era lo que me preguntaba usted?

—Ante todo, ¿qué ocurrió esta noche? Por otra parte, si usted cree que puede ser de algún provecho investigar en el pasado de su padre, Scotland Yard, con toda seguridad, seguirá su consejo.

Ella apartó el cigarrillo de sus labios.

—Pero prosigamos con lo que estaba usted contándonos, señor Mangan —continuó Hadley con la misma voz indiferente—. Ustedes dos fueron a la sala después de comer, y la puerta que da al zaguán estaba cerrada. Ahora bien, ¿les había

dicho el profesor Grimaud a qué hora esperaba al peligroso visitante?

—Pues... sí —dijo Mangan. Había sacado un pañuelo y se enjugaba el sudor. Visto de perfil, a la luz del hogar, se notaban múltiples arrugas en la frente de aquella cara delgada, angulosa y hundida—. Ésta fue otra de las razones que me llevaron a no caer en la cuenta de quién podría ser. Llegó demasiado temprano. El profesor había dicho que ese individuo vendría a las diez, y eran las diez menos cuarto cuando llamaron a la puerta.

—¿A las diez? Bien. ¿Está usted seguro de que dijo eso?

—Bueno..., sí. Al menos, así lo creo. A eso de las diez. ¿No es verdad, Rosette?

—Yo no sé. A mí no me dijo nada.

—Ya, ya. Prosiga, señor Mangan.

—Rosette y yo nos quedamos jugando a las cartas junto al fuego. Habíamos conectado la radio. La música que transmitía era ruidosa, pero a pesar de ello oí el timbre de la puerta. Alcé la vista para fijarme en el reloj de la repisa de la chimenea, y vi que eran las diez menos cuarto. Al levantarme oí que abrían la puerta de entrada. Luego escuché la voz de la señora de Dumont diciendo algo parecido a: «Espere, voy a ver», y un toque de la puerta como si se hubiera cerrado de golpe. Grité: «¡Ea!, ¿quién está ahí?». Pero la radio hacía tanto ruido que me volví y la desconecté. Inmediatamente después vimos a Pettis; desde luego, los dos creímos que era Pettis. Nos dijo: «¡Hola, chicos! Soy yo, Pettis. ¿A qué vienen todas estas ceremonias para ver al patrón? Voy a subir y le daré una sorpresa».

—¿Fueron exactamente ésas sus palabras?

—Sí. Siempre llamaba al doctor Grimaud «el patrón»; ningún otro se atreve a algo semejante; salvo Burnaby, que le llama Pop... Así que dijimos: «Muy bien», y no nos preocupamos más del asunto. Los dos volvimos a sentarnos. Pero yo me di cuenta de que pronto iban ser las diez y comencé a prestar atención y a inquietarme, puesto que se acercaba la hora...

Hadley hizo unos dibujitos en el margen de su libreta.

—¿Así que el hombre que pretendió ser Pettis —dijo pensativamente— les habló, a través de la puerta, sin verlos? ¿Cómo habrá sabido que ustedes estaban allí?

Mangan arrugó el entrecejo.

—Supongo que nos habrá visto por la ventana. Si uno sube por la escalinata del frente puede ver perfectamente el interior de la sala por la ventana más próxima. Yo mismo lo he comprobado. A veces, cuando veo a alguien en la sala suelo acercarme a la ventana y golpear en los cristales en vez de tocar el timbre.

El comisario continuaba aún con sus dibujos, meditabundo. Estuvo a punto de hacer una pregunta, pero se contuvo. Rosette lo miraba de hito en hito, sin pestañear. Hadley se limitó a decir:

—Prosiga. Esperaba usted a que fueran las diez...

—Nada ocurría —dijo Mangan—, pero, cosa extraña, a cada minuto que pasaba, en vez de tranquilizarme me sentía más nervioso. Le aseguro que realmente no

esperaba que ese hombre viniera ni que hubiera trastornos. Pero me seguía representando aquel oscuro zaguán y la extraña armadura con la máscara que tienen allí, y cuanto más pensaba en ello menos me gustaba...

—Comprendo perfectamente lo que quieres decir —dijo Rosette, que contemplaba a Mangan de un modo raro, como espantada—. Yo pensaba en lo mismo. Pero no quise hablar de eso temiendo que me llamaras tonta.

—¡Oh, sí!, yo también tengo esos malestares psíquicos —dijo amargamente Mangan—. Por esa razón pierdo mi empleo con tanta frecuencia. Y el que ahora tengo lo perderé, probablemente, por no haber telefoneado esta historia hoy mismo. Que se vayan al demonio los directores de periódicos. Yo no soy un Judas. —Se revolvió en su asiento—. De todas maneras, era casi las diez y diez cuando sentí que no me era posible aguantar más. Tiré las cartas sobre la mesa y dije: «Oye, Rosette, vamos a beber algo y encendamos todas las luces del zaguán... o hagamos cualquier cosa». Iba a llamar a Annie, cuando me acordé de que era sábado y ella tenía franco...

—¿Annie? Es la criada, ¿verdad? Me había olvidado de ella. ¿Y qué más?

—Entonces fui a abrir la puerta y la hallé cerrada por fuera. Fue... algo así: supóngase usted que tiene en su dormitorio un objeto muy fácil de ver, como un cuadro o un adorno cualquiera; pero que, no obstante, le resulta tan familiar, que nunca se fija en él. Un día entra usted y le parece vagamente que en el cuarto pasa algo raro. Esto lo irrita y lo intranquiliza, porque no puede comprender a qué obedece la sensación. Entonces, repentinamente, surge ante usted un vacío y comprueba con sobresalto que el objeto ha desaparecido. ¿Me comprende? Algo parecido experimenté yo. *Sabía* que algo raro ocurría, lo sentí desde el momento en que ese individuo se anunció; pero no recibí la impresión con toda su fuerza hasta que hallé la puerta cerrada con llave. En el momento justo en que comencé a sacudir estúpidamente el picaporte, oímos el tiro. Un tiro en el interior de una casa produce un ruido de mil demonios, de modo que aunque lo dispararon en el punto más alto de la casa lo oímos perfectamente. Rosette lanzó un chillido...

—¡No es cierto!

—Luego se volvió hacia mí y dijo lo que también yo había estado pensando: «No era Pettis ese hombre; y ahora está adentro».

—¿Podría usted determinar a qué hora ocurrió eso?

—Sí. Eran exactamente las diez y diez. Pues bien, intenté echar abajo la puerta...

A pesar de estar concentrado en este recuerdo, un fulgor de irónico y burlón regocijo centelleó en los ojos de Mangan. No quería hablar, pero no pudo contenerse e hizo un comentario:

—¿Ha notado usted alguna vez lo fácil que resulta derribar puertas en las novelas? Las novelas son el paraíso de los carpinteros. Hay en ellas interminables series de puertas echadas abajo con el menor pretexto: basta el que una persona no quiera responder a una pregunta casual, por ejemplo. ¡Pero pruebe usted a hacerlo

con una de estas puertas! Estuve un rato golpeándola con el hombro, y luego resolví salir por la ventana y volver a entrar por la puerta de delante o por la del patio. Me encontré con ustedes, y ya saben lo que ocurrió después.

Hadley tamborileaba con el lápiz sobre su libreta de notas.

—¿Era habitual que permaneciera abierta la puerta de entrada, señor Mangan?

—¡Oh, yo no lo sé! Pero fue lo único que se me ocurrió. De todos modos, *estaba* abierta.

—Sí, estaba abierta. ¿Tiene usted algo que añadir a esto, señorita Grimaud?

Ella entornó los ojos.

—Nada..., es decir, nada que venga al caso. Boyd les ha dicho todo lo que ocurrió y cómo ocurrió. Pero ustedes siempre buscan toda clase de cosas raras, ¿no es verdad?; quieren que se les cuente aun lo que parezca no tener relación alguna con el asunto. Esto probablemente no les sea de utilidad; pero lo contaré... Unos momentos antes de que tocara el timbre de la puerta fui hasta la mesa que está entre las dos ventanas a buscar cigarrillos. La radio, como les ha dicho Boyd, transmitía una música estrepitosa, pero no obstante ello pude oír desde algún punto de la calle —tal vez desde la misma acera de la casa— un ruido sordo... un ruido semejante al que produciría un objeto pesado que cayera desde una gran altura. No fue uno de los tantos ruidos callejeros; era como si hubiese caído un hombre. Rampole se agitó con inquietud.

—Un ruido sordo, dice usted... ¡Hum! ¿Y no se asomó para ver de qué se trataba? —preguntó Hadley.

—Sí, pero no pude ver nada. Claro que no hice más que empujar la persiana y echar una rápida ojeada por el costado; pero puedo jurar que la calle estaba desierta...

Se detuvo en seco. Sus labios se entreabrieron y su mirada quedó inmóvil.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Sí, señorita Grimaud —dijo Hadley con voz monótona—; las persianas estaban bajadas, como usted dice. Lo noté porque Mangan se enganchó la ropa en una de ellas al saltar afuera. Por eso me extrañó que el visitante pudiera verlos por la ventana. Pero tal vez no hayan estado bajadas todo el tiempo.

Hubo un silencio, interrumpido tan sólo por unos débiles ruidos que provenían del techo. Rampole dirigió una mirada al doctor Fell, quien, con una mano en la barbilla y el sombrero de teja echado sobre los ojos, se apoyaba contra una de las irrompibles puertas. Luego observó al siempre impasible Hadley, y finalmente volvió a fijar su atención en la muchacha.

—Piensa que estamos mintiendo, Boyd —dijo Rosette Grimaud fríamente—. Más vale que nos callemos.

—No pienso nada semejante, señorita Grimaud —replicó Hadley sonriendo—. Y como son ustedes las únicas personas que pueden ayudarnos, les explicaré por qué creo en lo que nos han dicho; incluso voy a contarles lo que pasó... ¡Fell!

—¿Eh? —retumbó la voz del doctor Fell, que dio un respingo y levantó la vista.

—Quiero que escuche lo que voy a decir —prosiguió con aspereza el comisario jefe—. Hace un rato se complacía usted sobremanera en amontonar misterios diciéndonos que creía en las historias —aparentemente increíbles— que nos contaron Mills y la señora de Dumont, sin darnos ninguna razón de por qué las creía usted. Corresponderé a la fineza. Diré que no sólo creo en lo que contaron ellos, sino también en lo que cuentan estos jóvenes. Y al explicar por qué, explicaré también la situación imposible.

Esta vez el doctor Fell salió de su ensimismamiento con una sacudida. Hinchó los carrillos y clavó la mirada en Hadley como si estuviera pronto a lanzarse a la lucha.

—No podré explicarlo todo, claro está —prosiguió Hadley—; pero sí lo bastante para limitar el campo de las sospechas a pocas personas y para explicar por qué no se encontraron huellas en la nieve.

—¡Oh, eso! —dijo el doctor Fell con desdén, y soltó un gruñido—. Vea usted, por un momento creí que había aclarado algo, pero lo que usted dice es obvio.

Hadley conservó la serenidad con gran esfuerzo.

—El hombre que buscamos —continuó— no dejó huellas sobre la acera ni en los escalones porque nunca anduvo por ellos después de haber dejado de nevar. Estuvo dentro de la casa todo el tiempo. Estaba allí desde antes. Tiene que haber sido: *a)* un habitante de la casa; *b)* más verosímilmente, alguien que se escondió en ella en horas de la tarde, usando para entrar una llave de la puerta de la calle fabricada especialmente. Esto explicaría todos los hechos incomprensibles de las versiones de cada una de las personas que interrogamos. A la hora fijada se puso su disfraz, salió por la puerta de la calle hasta el escalón superior, que estaba barrido, y tocó el timbre. Esto nos explica por qué sabía, a pesar de las persianas bajadas, que la señorita Grimaud y Mangan estaban en la sala: los había visto entrar allí. Esto nos dice cómo, a pesar de que se le cerró la puerta en las narices y se le dijo que esperara fuera, pudo, sin embargo, entrar: tenía una llave.

El doctor Fell movía lentamente la cabeza y hablaba entre dientes. Luego cruzó los brazos con aire desafiante.

—¡Hum, sí! Pero ¿para qué iba nuestro hombre, aunque fuese un poco chiflado, a meterse en tan complicado embrollo? Si vivía en la casa, el argumento no es malo: quería hacer creer que era una persona de fuera. Pero si en verdad venía de afuera, ¿para qué iba a correr el riesgo de introducirse anticipadamente? ¿Por qué no había de venir a la hora justa?

—En primer lugar —respondió el metódico Hadley, indicando con los dedos cada uno de los puntos—, porque tenía que saber dónde se encontraba la gente a fin de que nadie se entrometiera. En segundo lugar, y esto es más importante, porque quería dar los últimos toques a su tretita de desaparición no dejando huellas de ninguna clase, en ninguna parte, sobre la nieve. Esta misteriosa desaparición seguramente lo era todo para la mente enferma del... hermano Henri, digamos. Así, entró mientras nevaba copiosamente y esperó a que cesara la nevada.

—¿Quién es el hermano Henri? —preguntó Rosette con voz atiplada.

—Es un nombre, querida señorita —respondió amablemente el doctor Fell—. Ya le advertí que usted no lo conoce... Ahora, Hadley, presentare una pequeña pero firme objeción a todo este extraño asunto. Hemos estado hablando, muy sueltos de lengua, sobre el comienzo y el cese de la nevada, como si fuera posible regularlos con un ardid. Pero me gustaría saber cómo demonios puede un hombre prever cuándo empezará o cesará la nevada. Me refiero a que sería muy raro que un hombre se dijera: «El sábado por la noche cometeré un crimen. Ese día, creo, empezará a nevar exactamente a las cinco y cesará de nevar exactamente a las nueve y media. En vista de ello, tendré bastante tiempo para entrar en la casa y tener mi treta preparada para cuando termine de nevar». ¡Vaya, vaya! Su explicación es casi más desconcertante que el problema. Es más fácil creer que un hombre marchó sobre la nieve sin dejar huellas, que suponer que sabía a qué hora precisamente empezaría y cesaría la nevada.

El comisario no ocultó su irritación.

—Estoy tratando de poner en claro el punto principal de todo este asunto —dijo—. Pero si le parece necesario disputar sobre eso... pues bien, ¿no ve usted que así queda aclarado el último problema?

—¿Qué problema?

—Nuestro amigo Mangan dice que el visitante amenazó con hacer su visita a las diez. La señora de Dumont y Mills dicen que a las nueve y media. ¡Espere un momento! —exclamó, conteniendo el arrebató de Mangan—. ¿Quién miente: A o B? En primer lugar, ¿qué motivo fundado puede tener cualquiera de ellos para mentir *después* sobre la hora a que *amenazó* venir? En segundo lugar, aun aceptando que uno de los dos mienta, es razonable pensar que el otro no lo hace, y que la hora que nos dice es realmente la anunciada por el visitante. ¿Y quién tiene razón respecto a la hora en que llegó?

—Ni uno ni otro —dijo Mangan mirándolo a la cara—. Llegó a una hora intermedia, a las diez menos cuarto.

—Así es. Esto significa que ninguno ha mentido. Significa que la amenaza del visitante a Grimaud no era terminante; vendría «a eso de las nueve y media o diez, poco más o menos». Y Grimaud, que trataba desesperadamente de aparentar que la amenaza no lo había asustado, tomó sin embargo muy buen cuidado de mencionar las dos horas, para asegurarse de que todos estuvieran allí. Mi mujer hace lo propio cuando invita a partida de *bridge*... Ahora bien: ¿*por qué* no pudo ser terminante el hermano Henri? Porque, como dice Fell, no podía detener la nieve cerrando un grifo. Podía, sí, contar con que habría nieve esa noche, porque había nevado durante varias seguidas; pero tenía que esperar a que cesara, aun cuando tuviera que aguardar hasta la medianoche. No tuvo necesidad de esperar tanto. Cesó de nevar a las nueve y media. Y después obró exactamente como correspondía a semejante chiflado: esperó quince minutos a fin de que más tarde no hubiera explicación posible de los hechos, y

tocó el timbre.

El doctor Fell abrió la boca para hablar, echó una mirada sagaz a las caras atentas de Rosette y Mangan, y se contuvo.

—Ahí tienen, pues —dijo Hadley alzando los hombros—. Les he demostrado a ustedes dos que creo todo lo que dicen porque necesito que me ayuden a aclarar el hecho más importante que esto nos revela... El hombre que buscamos no es un conocido casual. Conoce el interior de esta casa y las costumbres de sus ocupantes, sus apodos y el modo de hablar de cada uno. Sabe cómo solía dirigirse Pettis no sólo al doctor Grimaud, sino también a ustedes; de aquí que no pueda tratarse de algún conocido accidental del profesor y a quien ustedes no hayan listo nunca. Así que deseo saber todo lo posible de cada uno de los que visitan con frecuencia esta acerca de todos los que hayan tenido con el doctor Grimaud una relación la suficientemente íntima como para poder saber lo que el visitante sabía.

La joven se agitó en su silla con inquietud, estremeciéndose.

—¿Cree usted que fue una persona... así? ¡Oh, es imposible! ¡No, no, no! —Su voz era un extraño eco dé la voz de su madre—. ¡No puede ser una persona así, de ningún modo!

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó bruscamente Hadley—. ¿Sabe usted quién disparó contra su padre?

La repentina pregunta hizo dar un salto a la muchacha.

—¡No, por cierto que no!

—¿Tiene alguna sospecha?

—No —se vio el fulgor de sus dientes—, pero no comprendo por qué piensa usted que el visitante debe ser, necesariamente, una persona de afuera. Nos ha dado usted una magnífica lección de razonamiento y se lo agradecemos muchísimo. Pero si se considerara que ese hombre vive en la casa, entonces todo sería mucho más lógico, ¿no le parece? La deducción podría aplicarse mucho más fácilmente.

—¿A quién?

—Veamos un poco. Ante todo usted no conocerá a todos los habitantes de la casa. No conoce todavía a Annie... ni a Drayman, téngalo presente. Y su idea anterior es completamente ridícula. En primer lugar, mi padre tiene muy pocos amigos. Fuera de las personas que viven en esta casa, sólo hay dos que merecerían el calificativo de tales, y ninguna de ellas puede ser el hombre que usted busca. No pueden serlo, sencillamente, por su conformación física. Uno es el mismo Anthony Pettis; Pettis no es más alto que yo, y yo no soy ninguna amazona. El otro es Jerome Burnaby, el artista que pintó ese extraño cuadro. Tiene un defecto físico, un defecto que no es posible disimular, y cualquiera podría reconocerlo a una legua de distancia. Tía Ernestine o Stuart lo habrían reconocido en seguida.

—De todos modos, ¿qué sabe usted acerca de ellos?

Ella se encogió de hombros.

—Los dos son de edad mediana, de posición acomodada, y dedican la mayor

parte del tiempo a sus aficiones. Pettis es calvo y melindroso..., un buen chico, como suele decirse, y tiene una inteligencia tremenda. ¡Ah, no sé por qué no tratan de *hacer* algo serio en la vida!

La joven entrelazó las manos. Luego miró a Mangan, y una expresión levemente picara, soñadoramente placentera, apareció en sus ojos.

—En cuanto a Burnaby —continuó—, de él, sí, se podría decir que hizo algo serio en su vida. Es un pintor bastante conocido, aunque preferiría ser conocido como criminalista. Es muy grande y francote; le gusta hablar de crímenes y jactarse de sus pasadas hazañas atléticas. Jerome es bastante simpático. Yo le gusto mucho y Boyd está muy celoso —concluyó con una amplia sonrisa.

—No me agrada ese hombre —dijo Mangan calmosamente—. La verdad es que no lo puedo ver... y él lo sabe. Pero por lo menos en una cosa Rosette tiene razón: no sería capaz de cometer una acción semejante.

Hadley volvió a garabatear en su libreta.

—¿En qué consiste su defecto físico?

—Tiene un pie torcido. Ya ve usted que no podría ocultarlo.

—Gracias —dijo Hadley cerrando su libreta de notas—; por ahora será suficiente. Pueden ir ustedes al sanatorio. A no ser que... ¿Alguna pregunta, Fell?

El doctor se aproximó. Inclínose sobre la muchacha y clavó en ella los ojos, con la cabeza un tanto ladeada.

—Una última pregunta solamente —dijo, apartando el cordón de sus lentes como si fuera una mosca—. Dígame, señorita Grimaud, ¿por qué está usted tan segura de que el culpable es ese señor Drayman?



CAPÍTULO VIII

LA BALA

JAMÁS RECIBIÓ contestación a esta pregunta, pero merced a ella pudo vislumbrar alguna luz. Antes de que Rampole se hubiera dado cuenta siquiera de lo ocurrido, todo había terminado. Como el doctor Fell había hablado con la mayor naturalidad, el nombre de Drayman no hizo ninguna impresión en Rampole, por lo que no se volvió para mirar a Rosette. Había estado preguntándose, preocupado, qué había ocurrido para transformar al turbulento, locuaz y alegre Mangan que conocía, en aquel hombre indeciso y quejumbroso que hablaba como un tonto. Con anterioridad Mangan nunca se había portado tontamente, pero ahora...

—¡Es usted un demonio! —gritó Rosette Grimaud.

Fue como el estridor de una tiza sobre una pizarra. Rampole giró bruscamente y alcanzó a ver en la ancha boca de la muchacha un gesto que acentuaba aún más sus pronunciados pómulos, y en los ojos una llamarada que pareció quitarles el color. No fue más que un instante: Rosette salió precipitadamente por delante del doctor Fell, con un revolar de su abrigo de visón, y seguida de Mangan desapareció en el vestíbulo. La puerta se cerró de un golpe. Mangan reapareció un segundo después, y dijo a los presentes: «¡Oh..., perdonen...!». Tenía un aspecto casi grotesco en el vano de la puerta, con la espalda encorvada y la cabeza tan baja, que sólo se veía de ella la arrugada frente y unos febriles ojos oscuros de intenso brillo. Había extendido las manos con las palmas hacia abajo, como si procurara apaciguar a un auditorio. «¡Oh..., perdonen!», repitió, y cerró la puerta rápidamente.

El doctor Fell dirigió sus entornados ojos hacia la puerta.

—Es la hija de su padre, Hadley —bufó, moviendo lentamente la cabeza—. ¡Ejem! ¡Sí, sí! Puede llegar tan lejos como él bajo un fuerte impulso emotivo; se está muy quietecita, como la pólvora aprisionada en el cartucho; luego cualquier cosa sacude el pelo de la pistola y... ¡Hum!, me temo que esté trastornada de verdad, pero tal vez ella piense que tiene motivos para estarlo. Me gustaría saber qué conoce de todo esto.

—¡Oh!, claro que ella es ajena al asunto. Pero esto no tiene importancia. Me parece —dijo Hadley con cierta aspereza— que a usted le gusta hacer pruebas de puntería, como esos tiradores de feria que le hacen volar a uno el cigarrillo de la boca. ¿A qué venía este asunto de Drayman, al fin y al cabo?

El doctor Fell pareció contrariado.

—Un momento, un momento... ¿Qué piensa usted de ella, Hadley? ¿Y de Mangan? —Se volvió hacia Rampole—. Tengo las ideas un tanto confusas. Yo suponía, por lo que usted me dijo, que Mangan era un tipo de irlandés fogoso, de esos que me gustan.

—Lo era —dijo Rampole—. ¿Comprende?

—En cuanto a ella —dijo Hadley—, pienso que hubiera podido quedarse allí sentada con toda tranquilidad, analizando la vida de su padre (de paso añadiré que tiene una cabeza endemoniadamente buena sobre los hombros); y, sin embargo, apostaría a que ahora anda corriendo por ahí deshecha en lágrimas y completamente histérica porque no mostró bastante consideración hacía él. Creo que es fundamentalmente sana. Pero tiene el diablo en el cuerpo. En más de un sentido necesita un hombre, Fell. Ella y Mangan nunca se pondrán de acuerdo, a menos que él tenga bastante seso para darle una buena zurra o seguir el consejo que ella misma dio en los debates de la Universidad de Londres.

—Desde que es comisario del C.I.D. —declaró el doctor Fell mirándolo de soslayo— descubro en usted cierta propensión a la impudicia que me apena y me sorprende. Dígame, viejo sátiro, ¿cree usted sinceramente en todas esas necedades que dijo sobre el asesino que se había metido en la casa para esperar a que cesara de nevar?

Hadley se permitió una amplia sonrisa de burla.

—Es una explicación tan buena como cualquier otra —replicó—. Y por el momento sirve para tener ocupada la mente de los demás. Siempre es bueno que la mente de los testigos esté ocupada en algo. Por lo menos, creo en lo que cuentan... Y ya encontraremos huellas sobre el techo, no se preocupe. Pero sobre esto hablaremos más tarde. ¿Qué ocurre con ese Drayman?

—Ante todo, me ha quedado grabada en la memoria una extraña observación que hizo la señora de Dumont. Fue tan extraña, que se destacó en medio de lo que decía. No era una observación premeditada; se le escapó de repente, en el momento en que más excitada estaba, cuando no podía comprender por qué incluso unos asesinos habían de representar tan estúpida farsa. Dijo que si uno quiere matar a alguien «no se pone una máscara pintada, igual a las que usa el viejo Drayman para divertir a los niños la noche de Guy Fawkes». Retuve la alusión a ese fantasma de Guy Fawkes sin saber a qué se refería. Después, sin ningún propósito especial, hice una pregunta sobre Pettis a Rosette, usando estas palabras: «... que anduviese disfrazado de Guy Fawkes». ¿Observó usted su expresión. Hadley? Mi insinuación de que el visitante estaba vestido de ese modo le dio un indicio; la sobresaltó y a la vez le agradó. No dijo nada; se quedó pensando. Sentía odio por la persona en la que pensaba. ¿Quién era esa persona?

Hadley dejó vagar su mirada por la habitación.

—Sí —dijo—, lo recuerdo. Noté que se trataba de alguien de quien sospechaba o

quería que sospecháramos nosotros. Por eso, cuando ella me dio a entender claramente que pensaba que el visitante era alguien de la casa, le pregunté súbitamente en quién pensaba. Para decirle la verdad —añadió, pasándose la mano por la frente—, hay tanto embrollo aquí que por un momento pensé que aludía a su propia madre.

—Por la manera en que mezcló en el asunto a Drayman, es evidente que no pensaba en ella. «No conoce todavía a Annie... ni a Drayman, téngalo presente». La noticia importante iba en el *post scriptum*...

El doctor Fell dio una vuelta alrededor de la mesa de la máquina de escribir, mirando con malevolencia el vaso de leche.

—¿Quién es ese Drayman, el viejo amigo y empleado de Grimaud, que toma soporíferos y se pone máscaras la noche de Guy Fawkes? —preguntó—. ¿Qué lugar ocupa en la casa? ¿Qué funciones desempeña? Debemos hacerlo venir. Me interesa.

—¿Cree usted que es un caso de chantaje?

—Tonterías, hijo. ¿Ha oído usted alguna vez de un maestro de escuela que fuera chantajista? No, no. Están demasiado preocupados por lo que la gente puede pensar de ellos. La profesión docente tiene sus defectos, bien lo sé yo, por mis pecados; pero no produce chantajistas... Probablemente se debe a un bondadoso impulso de Grimaud el que esté en la casa: pero...

Se detuvo; al mismo tiempo una ráfaga de aire frío Le agitó la capa. La puerta de uno de los extremos del cuarto, que a todas luces comunicaba con una escalera conducente al desván y al techo, había sido abierta y cerrada inesperadamente. Una persona había entrado en la habitación. Era Stuart Mills. Tenía los labios azulados y llevaba una larga bufanda de lana en torno al cuello; pero parecía muy satisfecho. Después de confortarse con unos sorbos de la leche del vaso (que bebió impasible, con la cabeza echada hacia atrás, evocando en cierto modo a un tragador de espadas), extendió las manos hacia el fuego.

—He estado observando a su detective, señores —parloteó—, desde un sitio sumamente ventajoso, en lo alto de la trampa. Ha causado algunos derrumbes... Pero, perdónenme, ¿no tenían ustedes que hacerme un encargo? Creo que sí. Estoy deseoso de prestarles ayuda, pero me temo que olvidé...

—Despierte a Drayman —dijo el comisario—, aunque tenga que echarle agua. Y... ¡ah, sí, Pettis! Si el señor Pettis está todavía aquí, dígame que quiero verlo. ¿Qué descubrió el sargento Betts ahí arriba?

Betts respondió por sí mismo. Por su aspecto parecía haber caído de cabeza en un salto con esquíes; se encaminó hacia el fuego respirando un dificultad y sacudiéndose la nieve de las ropas.

—Señor —declaró—, puede usted creerme; ni siquiera un pájaro se ha posado en ese techo. No hay ninguna señal en ninguna parte. He registrado centímetro por centímetro. —Se quitó los empapados guantes—. Me até con una soga a cada una de las chimeneas, así que pude bajar y arrastrarme a lo largo de las canales. Y no

encontré nada en ellas, nada en las chimeneas, nada en ninguna parte. Si alguien ha subido al tejado esta noche, tiene que haber sido más liviano que el aire. Ahora bajaré para registrar el jardín de atrás.

—¡Pero...! —exclamó Hadley.

—Es así, ni más ni menos —interpuso el doctor Fell—. Escuche; más vale que bajemos para ver qué están haciendo sus sabuesos en las otras habitaciones. Si el bueno de Preston...

Como si hubiera sido llamado, el sargento Preston apareció en la puerta que daba al corredor echando vaharadas por la boca. Miró a Betts y luego a Hadley.

—Me ha llevado un poco de tiempo, señor —informó—, porque tuvimos que vaciar todos esos anaqueles y volver a poner los libros en su lugar. El resultado fue completamente nulo. No existe entrada secreta de ninguna especie. La chimenea es maciza y no le encontré nada raro; el hueco sólo tiene seis o siete centímetros de ancho y sube formando un codo... ¿Es todo lo que necesita, señor? Los muchachos han terminado.

—¿Hay impresiones digitales?

—Hay muchas impresiones, sólo que... Usted mismo levantó y bajó esa ventana, ¿no es verdad, señor? Creo haber reconocido sus impresiones en la parte superior del vidrio, junto al marco.

—Por lo común trato de evitar hacerlo —dijo Hadley con voz cortante—. ¿Y bien?

—Sobre el vidrio no hay nada más. Y toda la madera de esa ventana tiene un lustre tan brillante que aun el roce de un guante hubiera dejado en ella una señal tan clara como una impresión digital. No hay nada, ni siquiera vestigios de roces. Si alguien salió por allí tuvo que haber retrocedido y saltado luego de cabeza, sin tocar nada.

—Es suficiente, gracias —dijo Hadley—. Espere abajo. Vaya a revisar ese jardín de atrás, Betts... No, espere señor Mills. Preston irá a buscar a Pettis, si es que aún está allí. Quisiera hablar con usted.

—Parece ser que vuelve usted a dudar de la verosimilitud de mi declaración —observó Mills con voz chillona cuando los otros dos se hubieron marchado—. Pero le aseguro que estoy diciendo la pura verdad. Yo estaba sentado aquí. Vea usted mismo.

Hadley abrió la puerta. Delante de ellos el alto y sombrío vestíbulo, se extendía unos nueve metros en dirección a la puerta frontera, que iluminaba brillantemente la luz procedente de debajo del arco.

—¿Y si se considerara la posibilidad de un error? —murmuró el comisario—; ¿si fuera que el visitante no entró realmente, o cosa por el estilo? Muchas cosas raras pueden hacerse utilizando una puerta: he sabido de más de una. Pero no creo que la mujer haya sido capaz de realizar ninguna treta, disfrazándose ella misma o... No, usted los ha visto juntos, y de cualquiera manera... ¡Demonios!

—No hubo absolutamente nada de lo que usted llama cosas raras —replicó Mills,

pronunciando con disgusto las dos últimas palabras—. He visto claramente a los tres y bien separados. La señora de Dumont estaba frente a la puerta, sí; pero hacia la derecha. El hombre alto se encontraba del lado izquierdo, y el doctor Grimaud entre ellos dos. El hombre alto se metió adentro, sin lugar a dudas, cerró la puerta tras sí y no volvió a salir. No es como si el hecho hubiera ocurrido en la oscuridad. Ni siquiera había posibilidad de no advertir la gigantesca estatura del hombre...

—No encuentro motivos para dudar de ello. Hadley —dijo el doctor Fell después de una pausa—. Tenemos que eliminar también lo de la puerta. —Dio media vuelta—. ¿Qué sabe usted acerca de ese Drayman?

Mills entornó los ojos. En su voz canturreante apareció una nota de cautela.

—No hay duda, señor, de que constituye un objeto digno de inteligente curiosidad. ¡Ejem! Pero yo sé bien poco de él. Según me han dicho, lleva aquí varios años; por lo menos, está desde antes de llegar yo. Tuvo que abandonar las tareas docentes a causa de haber quedado casi ciego. Está casi ciego aún, a pesar del tratamiento, aunque nadie lo advertiría por... por el aspecto de sus ojos. En ese entonces recurrió al doctor Grimaud, para que le ayudara.

—¿Es que el doctor Grimaud tenía alguna obligación hacia él?

El secretario se puso serio.

—No sabría decirle. He oído mencionar que el doctor Grimaud lo conoció en París, donde estudiaba. Esto es todo lo que se, fuera de una observación que el doctor Grimaud hizo una vez que, digámoslo así, había bebido algunos vasos de más. —Mills esbozó una sonrisa de superioridad, sin despegar los labios, entornó los ojos y en su rostro apareció una soñolienta ironía—. ¡Hum! Dijo que una vez Drayman le había salvado la vida, y lo calificó de sujeto excelente. Claro que, siendo así las cosas...

Mills tenía el hábito nervioso de adelantar un pie, moverlo y golpear la punta de un zapato con el tacón del otro. Con sus movimiento irregulares, su diminuta figura y su enorme melena, parecía una caricatura de Swinburne. El doctor Fell lo observaba con curiosidad, pero se limitó a preguntarle:

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y por qué le disgusta a usted?

—Ni me disgusta ni me gusta. Es que no hace nada.

—¿Por esto mismo no le gusta tampoco a la señorita Grimaud?

—¿Que no le gusta a la señorita Grimaud? —repitió Mills abriendo los ojos y volviendo a entornarlos—. Sí, me lo figuraba. Yo había observado algo, pero no pude llegar a nada seguro.

—¡Hum! ¿Y por qué le interesan tanto las noches de Guy Fawkes?

—Guy Fa... ¡Ah! —Mills se interrumpió, sorprendido, y emitió una risilla que era como un balido desafinado—. ¡Ah, sí, sí! No me había dado cuenta de lo que quería usted decir. Sucede que le gustan mucho los chicos. Él mismo tenía dos chicos, que se mataron al caerse de un techo, creo, hace algunos años. Fue una de esas pequeñas tragedias absurdas que vamos a eliminar cuando construyamos el mundo

más grande, más espacioso y más perfecto del futuro.

Al llegar Mills a este punto de su exposición, la cara del doctor Fell cobró una expresión asesina, pero el secretario prosiguió:

—Su mujer no los sobrevivió mucho. Entonces él comenzó a perder la vista... Le gusta acompañar a los chicos en todos sus juegos y, en verdad, su mente es un tanto infantil, no obstante poseer algunos méritos intelectuales. —El labio de pez se alzó un poco—. Su festividad favorita parece ser el día 5 de noviembre, cumpleaños de uno de sus infortunados niños. Durante todo el año ahorra para comprar luminarias y adornos, y confecciona un Guy para una cabalgata que...

Una enérgica llamada en la puerta fue seguida por la aparición del sargento Preston.

—No hay nadie en el piso de abajo —informó—. Ese caballero que usted deseaba ver debe de haberse marchado... Un muchacho del sanatorio acaba de traerme esto para usted.

Tendió a Hadley un sobre y una cajita cuadrada de cartón semejante a un estuche de joyería. Hadley abrió la carta, la leyó y lanzó un juramento.

—Murió —dijo—, y ni una palabra... ¡Aquí tiene, léalo!

Rampole miró por encima del hombro del doctor Fell mientras éste leía.

Al comisario Hadley:

El pobre Grimaud falleció a las 11.30. Le envió la bala. Como pensé, es de calibre 38. Traté de ponerme en contacto con el médico de la policía, pero estaba ocupado en otro caso; por eso se la envió a usted.

Conservó el conocimiento hasta el final. Dijo algunas cosas que pueden ser atestiguadas por dos de mis enfermeras y por mí mismo; pero podía estar delirando y es preciso tener cuidado con ellas. Yo lo conocía muy bien, pero la verdad es que ignoraba que tuviera un hermano.

Primero declaró que deseaba hablarme del asunto, y luego dijo exactamente lo que sigue: *Fue mi hermano quien lo hizo. Nunca pensé que dispararía. Dios sabe cómo salió de esa habitación. Desapareció de repente, en un instante. Tome lápiz y papel, ¡pronto! Quiero decirle quién es mi hermano para que no piense que estoy desvariando.*

El esfuerzo que hizo al gritar le produjo la hemorragia final, y murió sin decir más nada. Conservo el cadáver a su disposición. Si puedo serle útil en algo, estoy a sus órdenes.

E. H. Peterson
Doctor en medicina

Todos se miraron. Allí estaba el enigma completo y definitivo; los hechos quedaban confirmados y los testigos justificados; pero el horror del hombre hueco persistía. Después de una pausa, el comisario dijo con voz grave:

—¡Sólo Dios sabe cómo salió de esa habitación!

Segundo ataúd

EL PROBLEMA DE
LA CALLE CAGLIOSTRO



CAPÍTULO IX

LA TUMBA QUE SE ABRE

EL DOCTOR FELL dio unos pasos al azar, suspiró y tomó asiento en el más amplio de los sillones.

—¡El hermano Henri...! —exclamó—. ¡Hum!, sí. Me temo que debemos volver al hermano Henri.

—¡Maldito sea el hermano Henri! —dijo Hadley con voz sorda—. Primero vamos a buscar al hermano Pierre. ¡Él sabe! ¿Por qué no dará señales de vida ese agente? ¿Dónde está el hombre que fue a detenerlo en el teatro? Todo el mundo anda dormido y...

—No debemos perder la cabeza —interrumpió el doctor Fell cuando Hadley empezó a dar patadas en el piso y a perorar enfurecido—. Es justamente lo que quería el hermano Henri. Ahora que poseemos la última declaración de Grimaud, tenemos por lo menos una clave...

—¿De qué?

—De las palabras que nos dijo sin que nosotros pudiéramos encontrarle sentido. La lástima es que, ahora que podemos aventurar una teoría respecto a su significado, tal vez no nos sean de ninguna ayuda. En vista de estos nuevos datos, me temo que nuestra interpretación de las palabras de Grimaud nos llevaba a un callejón sin salida. No nos contaba nada; sólo trataba de hacernos una pregunta.

—¿A qué viene todo esto?

—¿No se da cuenta usted de que era esto precisamente lo que hacía? Sus últimas palabras fueron estas: «Dios sabe cómo salió de esa habitación. Desapareció de repente, en un instante». Intentemos ahora ordenar las que tiene usted anotadas en su inapreciable libreta. La versión de usted y la del amigo Ted difieren un poco; pero comenzaremos con las palabras sobre las que ambos concuerdan y que debemos suponer son exactas. Ponga aparte las primeras, pues creo que ahora podemos afirmar con seguridad que eran *Horváth* y *minas de sal*. Ponga aparte asimismo los términos en que no concuerdan. ¿Cuáles son las palabras que restan en las dos listas?

Hadley castañeteó con los dedos.

—Empiezo a... ¡Sí! Son éstas: *No pudo usar la soga. Tejado. Nieve. Zorro. Demasiada luz*. ¡Pues bien!, si intentamos combinar las frases, si reunimos las palabras y las frases de las dos versiones, obtendremos que habrá querido decir algo

así: *Dios sabe cómo salió. No pudo usar una soga, ni para subir al tejado ni para bajar a la nieve. Desapareció de repente, en un instante. Había demasiada luz para que me pasara inadvertido ningún movimiento...* ¡Pero espere! ¿Qué significa?...

—Y ahora —lo interrumpió el doctor Fell con un gruñido de fastidio— puede usted empezar a intercalar las palabras discordantes. Ted oyó: *No es suicidio*. Esto está perfectamente de acuerdo con las otras expresiones. *Esto no es un suicidio; no me he matado yo mismo*. Usted oyó: *Tenía una pistola*; lo cual no resulta difícil de relacionar con la frase de la otra declaración: *Nunca pensé que dispararía*. ¡Bah! Todas estas claves giran en torbellino y se convierten en problemas. Es el primer caso de que tengo noticia en que el hombre asesinado se muestra tan curioso como los demás.

—Pero ¿qué significa la palabra *zorro*? Ésta no se relaciona con nada.

El doctor Fell lo contempló con impaciencia.

—¡Oh, sí!, se relaciona. Es la parte más fácil de todas, aunque puede ser la más endiablada, por lo que no debemos precipitarnos en nuestras interpretaciones. Es sólo un ejemplo más de la confusión a que puede dar lugar la pronunciación semejante de algunas palabras de distinta ortografía. Si aplico a distintas personas la prueba de las asociaciones verbales (esa tremenda prueba) y pronuncio súbitamente *zorro* ante un cazador, posiblemente me responda «¡Sabuesos!»; pero si empleo esta misma palabra ante un historiador, es probable que exclame... A ver, ¡pronto!, ¿qué?

—Guy^[14] —dijo Hadley, y lanzó un juramento.

Tras de una pausa surcada por visiones espectrales, preguntó:

—¿Quiere usted decir que volvemos a la cháchara sobre una máscara de Guy Fawkes o algo semejante?

—Y bien, todos han estado parloteando bastante sobre ella —observó el doctor rascándose la frente—, y no me sorprende que haya llamado la atención de alguien que la haya visto en circunstancias más normales. ¿Le dice algo esto?

—Me dice que debemos tener una conversación con Drayman —respondió el comisario, ceñudo.

En dos trancos fue hasta la puerta, y se encontró allí con la sorpresa de ver el rostro huesudo de Mills pegado al grueso vidrio, en actitud de escuchar con ávida atención.

—Calma, Hadley —intervino el doctor Fell viendo que el comisario parecía a punto de estallar—. Es usted muy raro: puede conservar la mayor tranquilidad mientras se multiplican los enigmas, pero no es capaz de obrar con calma cuando nos vamos aproximando a la verdad. Deje que nuestro joven amigo se quede. Mejor es que oiga esto. —Soltó una risilla—. ¿Así que eso le hace sospechar de Drayman? ¡Bah!, por el contrario; tendría que ser justamente al revés. Recuerde que no hemos concluido aún de ordenar todas las piezas de nuestro rompecabezas. Queda todavía un resto que no hemos considerado, y este resto es algo que usted mismo ha oído. A Grimaud esa máscara rosada le hizo pensar en Drayman, tal como parece haber hecho

pensar a otros. Pero Grimaud sabía de quien era la cara que se ocultaba detrás de la máscara; y, por lo tanto, tenemos una explicación bastante lógica de aquellas últimas palabras que usted anotó: *No culpen al pobre...* Parece que sentía un gran afecto por Drayman, como usted sabe.

Después de un silencio, el doctor Fell se volvió hacia Mills:

—Ahora, hijo, vaya a buscarlo y hágalo venir.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Hadley se sentó, fatigado, y sacó del bolsillo superior de la chaqueta el cigarro que había despuntado, pero que no llegó a encender. Luego se pasó un dedo por el cuello de la camisa, con esa expresión de disgusto que adopta la gente cuando siente, por la preocupación, que el cuello le aprieta demasiado.

—Más ejercicios de puntería, ¿eh? —observó—. Más equilibrios deductivos, y ese atrevido joven... ¡hum! —Clavó los ojos en el suelo y gruñó con fastidio—. Parece que estoy perdiendo la cabeza; no es nada bueno que se le ocurran a uno ideas fantásticas como la que acaba de ocurrírseme. ¿Tiene usted algo concreto que proponerme?

—Sí. Más tarde, si me lo permite, aplicaré el método de Gross a unos papeles.

—¿Qué aplicará?

—El método de Gross. ¿No se acuerda usted? Hemos estado discutiéndolo esta noche. Recogeré cuidadosamente el conjunto de papeles quemados o semiquemados en aquella chimenea y veré si con el método de Gross consigo hacer que aparezca lo escrito. Estese tranquilo, ¿quiere? —bramó al oír los ruidos despectivos que producía Hadley—. No espero que todo reaparezca, ni siquiera la mitad; pero las líneas que obtenga, aquí y allá, me darán algún indicio sobre lo que era más importante para Grimaud que salvar su propia vida.

—¿Y cómo realizará usted ese experimento?

—Ya verá. Tenga presente que no afirmo que pueda reaparecer lo escrito en los papeles completamente quemados. Pero algo reaparecerá, especialmente en las partes que sólo estén chamuscadas... Fuera de esto no tengo nada que proponer, a no ser que preguntemos... Sí, ¿qué hay?

El sargento Betts, no tan cubierto de nieve esta vez, expuso tiesamente su informe. Antes de cerrar la puerta echó una ojeada fuera.

—He registrado todo el jardín del fondo, señor; como también los dos adyacentes y los cantos superiores de todas las tapias. No hay allí huellas ni señales de ninguna clase... Pero me parece que Preston y yo hemos cazado a un pajarraco. Al volver, cuando crucé el zaguán, vi venir corriendo escaleras abajo a un individuo viejo y larguirucho que no quitaba la mano de la barandilla. Se encaminó a un armario y estuvo tanteando allí, como si el lugar no le fuera conocido, hasta que encontró su abrigo y su sombrero, y después corrió hasta la puerta de calle. Dice que su nombre es Drayman y que vive aquí; pero pensamos que...

—Supongo que habrá advertido que ese hombre tiene muy mala vista —dijo el

doctor Fell—. Hágalo pasar.

El hombre que entró tenía, en cierto modo, un aspecto impresionante. Su rostro, alargado, reflejaba serenidad. Tenía las sienes hundidas, y el arranque del cabello gris retrocedía mucho sobre el cráneo, dando una altura desmesurada a la arrugada frente. Sus ojos de color azul claro, que a despecho de las arrugas que los rodeaban de ningún modo parecían haber perdido su brillo, miraban con dulzura y perplejidad. Desde la nariz aguileña descendían surcos profundos hasta la boca, amable e indecisa; y el hábito de fruncir la frente alzando levemente una ceja le confería un aspecto aún más indeciso. No obstante sus encorvados hombros, era todavía alto, y vigoroso aun a pesar de su huesosa fragilidad. Parecía un militar llegado a la senectud, un hombre pulcro caído en el desaliño. Ni un asomo de humorismo había en su semblante; pero había en cambio buena dosis de apagada bondad y aire de estar excusándose constantemente. Vestía un oscuro gabán abotonado hasta la barbilla. De pie en el umbral, mientras miraba a los presentes por debajo de sus enmarañadas cejas y mantenía su sombrero hongo apretado contra el pecho, dijo con tono vacilante:

—Lo lamento mucho, señores. Lo lamento mucho, sinceramente.

En su voz profunda resonaban notas extrañas, como si tuviese poca costumbre de hablar.

—Sé que debería haber venido a verlos antes de ir allá —continuó—. Pero cuando el joven Mangan me despertó para decirme lo ocurrido, estimé que debía ir a ver a Grimaud. Tal vez necesitara algo...

Rampole tuvo la sensación de que estaba aún aturdido y desorientado a consecuencia del sueño o del soporífero; la sensación de que aquellos ojos de mirada brillante bien podían ser no más que cristal. El hombre dio unos pasos hacia adelante y tanteó con una mano hasta encontrar el respaldo de una silla. Pero sólo se sentó cuando Hadley lo invitó a que lo hiciera.

—El señor Mangan me ha dicho —continuó— que el doctor Grimaud...

—El doctor Grimaud ha fallecido —dijo Hadley.

Drayman continuó sentado tan erecto como se lo permitían sus encorvados hombros y con las manos cruzadas sobre el sombrero. Hubo un molesto silencio en la habitación; Drayman cerró los ojos un instante. Luego pareció mirar hacia un punto lejano y respirar con laboriosa y jadeante lentitud.

—Que Dios guarde su alma —pronunció al fin con mucha clama—. Charles Grimaud fue un buen amigo.

—¿Sabe usted cómo murió?

—Sí, el señor Mangan me lo dijo.

Hadley lo observaba atentamente.

—Entonces comprenderá usted que la única manera de ayudarnos a descubrir al asesino de su amigo es referirnos todo, absolutamente todo lo que usted sepa, ¿no es verdad?

—Yo... Sí, desde luego.

—¡Téngalo muy presente, señor Drayman! Es de una importancia extraordinaria. Deseamos saber algo de su vida pasada. Usted lo conocía bien. ¿Dónde lo conoció?

El alargado rostro de Drayman se tomó indefinible; diríase que las líneas de sus facciones se habían confundido unas con otras.

—En París —respondió—. Grimaud terminó su doctorado en la Sorbona en 1905, el mismo año... el mismo año en que lo conocí.

Los datos parecían escurrírsele; se cubrió los ojos con una mano y en su voz se percibió una nota quejumbrosa, como si estuviera preguntando dónde habían escondido los gemelos de su camisa.

—Grimaud fue un alumno brillante —continuó—. Obtuvo una cátedra de profesor adjunto en Dijon, al año de doctorarse. Pero murió un pariente suyo, o algo por el estilo, dejándole una respetable fortuna. Entonces... abandonó la cátedra y poco después se trasladó a Inglaterra. O al menos así tengo entendido. Yo no lo vi hasta pasados varios años. ¿Es esto lo que ustedes querían saber?

—¿No lo conoció usted antes de 1905?

—No.

Hadley se inclinó hacia adelante.

—¿Dónde le salvó usted la vida? —preguntó bruscamente.

—¿Que le salvé la vida? No comprendo.

—¿Ha estado usted en Hungría, señor Drayman? —Yo... he viajado por el continente y tal vez haya estado en Hungría. Pero esto ocurrió hace muchos años, cuando era joven. No recuerdo.

Ahora le tocaba a Hadley el turno de apretar el gatillo para probar su puntería.

—Usted le salvó la vida —declaró— cerca de la prisión de Siebenturmen, en los montes Cárpatos, cuando él huyó. ¿No es así?

Drayman permaneció sentado en actitud enhiesta y con las manos juntas sobre el sombrero hongo. Rampole tuvo la impresión de que en aquel momento había en él más vigor que en los doce últimos años.

—¿Cómo? —dijo.

—De nada sirve andar con rodeos. Nosotros sabemos todo, incluso las fechas, ahora que usted acaba de suministrárnoslas. Cuando en 1898 escribió la fecha en un libro que hemos encontrado, Károly Horváth no había sido aun encarcelado. Por culto que fuera, necesitaba por lo menos cuatro años para llegar a doctorarse en París. Podemos así limitar el tiempo que sufrió condena a unos tres años. Con estos antecedentes —agregó Hadley fríamente— puedo cablegrafiar a Bucarest y conseguir todos los pormenores en doce horas. Le conviene más decirnos la verdad, ya lo ve. Quiero saber todo lo que usted sepa acerca de Károly Horváth y de sus dos hermanos. Uno de ellos murió. Finalmente, le recordaré que la reticencia en esta clase de testimonios es una grave falta. ¿Bien?

Durante un rato Drayman mantuvo la mano a guisa de pantalla sobre sus ojos,

golpeando la alfombra con un pie. Luego levantó la vista. Con gran asombro, todos pudieron comprobar que, a despecho de que los ojos conservaban su azul vidriosidad, el hombre sonreía amablemente.

—¿Una grave falta, dice usted? —repitió—. Debo advertirle francamente, señor, que sus amenazas no me asustan. Hay muy pocas cosas capaces de conturbar, enfadar o atemorizar a un hombre que al observarlo a usted sólo percibe su silueta. Punto menos que todos los temores de la vida (así como las ambiciones) son causados por formas: ojos y ademanes y figuras. La gente joven no lo comprende, pero pensé que ustedes lo sabrían. Yo no soy ciego precisamente; puedo ver las caras y el cielo de la mañana y todos esos objetos que según afirman los poetas anhelan ver los hombres ciegos. Pero no puedo *leer* en esas caras. De cualquier manera, las que más me importaba ver hace ya ocho años que no reciben la luz. Esperen a que toda su vida esté cimentada sobre un par de cosas, y comprenderán que muy pocas otras podrán hacer mella en ustedes una vez que aquéllas hayan desaparecido.

Meneó la cabeza, mirando a lo lejos; su frente se cubrió de arrugas:

—Estoy sumamente deseoso de proporcionarle todas las informaciones que pueda, señor, si se trata de hacer algo en favor de Charles Grimaud; pero no veo la necesidad de desenterrar antiguos escándalos.

—¿Ni tampoco de hallar al hermano que lo mató?

Drayman hizo un leve ademán, frunciendo el ceño.

—Vea usted: le diré sinceramente, si le sirve de ayuda, que más vale que abandone esta idea. No sé cómo se ha enterado usted del asunto. Él tenía dos hermanos, y ambos habían estado en la cárcel. —Volvió a sonreír—. No fue por nada terrible: los pusieron presos por cosas de política. Me figuro que la mitad de los jóvenes luchadores de aquel tiempo habrán estado mezclados en lo mismo... Olvide a los dos hermanos. Ambos están muertos desde hace muchos años.

Reinaba tal silencio en la habitación, que Rampole oyó el último chisporroteo del fuego que se extinguía y el resollar de Fell, que tenía los ojos cerrados. Hadley miró al doctor. Luego, fijamente y a los ojos, a Drayman, como si este último tuviese la vista sana.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Grimaud me lo contó —respondió Drayman, recalcando el nombre—. Además, todos los periódicos, desde Budapest hasta Brasso, lo anunciaron con grandes títulos cuando ocurrió. Puede usted verificarlo fácilmente. —Hablaba con sencillez—. Murieron de peste bubónica.

Hadley adoptó un tono suave.

—Siempre que, claro está, pueda usted probarlo de un modo que no deje lugar a dudas...

—¿Me promete usted que no van a ser desenterrados antiguos escándalos?

Era difícil resistir aquella mirada fija de claro azul. Drayman enlazaba y desenlazaba sus descarnados dedos.

—Si le refiero todo tal como fue —continuó— y se lo pruebo, ¿dejará usted en paz a los muertos?

—Depende de cómo sea su información.

Se quedó pensando un instante (con cierto desasosiego, pensó Rampole).

—Muy bien. Le contaré lo que yo mismo he visto. Fue en cierto modo un asunto horrible. Grimaud y yo convinimos no mencionarlo jamás; pero no tengo el propósito de ocultarle a usted nada..., así sea el detalle más insignificante.

Luego Drayman permaneció callado y golpeándose las sienes con los dedos durante un rato tan largo, que hasta el pacientísimo Hadley estuvo a punto de apremiarlo. Pero al fin continuó.

—Perdónenme, señores. Estuve tratando de recordar la fecha exacta, a fin de que puedan verificarlo todo. Creo que fue hacia agosto, o septiembre, del año 1900..., ¿o sería el 1901? Como quiera que sea, estimo que podría comenzar, sin faltar a la verdad, según el estilo de las novelas francesas contemporáneas. Así, por ejemplo: «Al anochecer de un frío día de septiembre del año 19..., podría haberse visto a un jinete solitario galopando por el camino (¡y qué camino infernal era aquél!), de un escabroso valle de los Cárpatos sudorientales». Luego me engolfaría en una descripción del agreste escenario, etcétera. El jinete era yo mismo; estaba para llover y procuraba arribar a Tradj antes de que fuera de noche.

Sonrió. Hadley se agitó con impaciencia; el doctor Fell abrió los ojos; pero Drayman no tardó en reanudar su relato.

—Debo insistir en esa suerte de atmósfera novelesca porque, además de ajustarse a mi temperamento, permitirá ver claras muchas cosas. Yo estaba en la romántica edad byroniana, inflamado por ideas de libertad política. Iba a caballo en lugar de marchar a pie porque pensaba que así parecía más importante; hasta me complacía en llevar una pistola para ser usada contra imaginarios bandidos y un rosario como talismán contra los fantasmas. Si bien no se veían bandidos ni fantasmas, todo hacía pensar en que los había. Más de una vez me asustó la presencia imaginaria de unos y otros. Había una especie de salvajez y oscuridad dignas de un cuento de hadas en aquellos fríos bosques y desfiladeros. Hasta en los trechos cultivados se percibía algo extraño. Transilvania, como usted sabrá, está rodeada de montañas por tres de sus lados. Un inglés queda asombrado al ver trepar un campo de centeno o una viña por la empinada ladera de una alta montaña. También le resultan raros los trajes verdes y amarillos, las posadas impregnadas de olor a ajo y, en los lugares más desiertos, las colinas de sal pura.

«Así, pues, yo avanzaba por un camino tortuoso de la parte menos habitada, bajo la amenaza de una fuerte tormenta y sin posibilidades de hallar ninguna posada en kilómetros a la redonda. Las gentes decían que el diablo acechaba allí detrás de cada matorral, y yo estaba sobrecogido de pavor; aunque tenía también motivos más fundados para estar aterrorizado. Después de un verano muy caluroso se había declarado una epidemia de peste que, a pesar del intenso frío reinante, se cernía en la

atmósfera como una nube de mosquitos. En la última aldea que había atravesado — no recuerdo el nombre— me habían dicho que hacía estragos en las minas de sal de las montañas. Pero yo esperaba encontrarme con un amigo mío, turista también, en Tradj. Tenía asimismo deseos de visitar la prisión, que había recibido su nombre de las siete colinas blancas, semejantes a una baja cordillera, que la cercaban por detrás. Resolví, por lo tanto, proseguir mi camino.

»Me daba cuenta de que debía estar aproximándome a la prisión, porque ya podía distinguir las blancas colinas delante de mí. Mas, cuando había oscurecido hasta el punto de no poderse distinguir casi nada, y cuando el viento parecía destrozar los árboles del camino, pasé junto a un lugar donde se alzaban tres sepulturas. Estaban recién excavadas, pues aún se veían huellas de pisadas alrededor de ellas, pero no había gente por ninguna parte».

La voz de Hadley quebró la extraña atmósfera que comenzaba a crear la soñolienta narración de Drayman.

—Era un lugar semejante al que aparece en el cuadro que el doctor Grimaud compró al señor Burnaby, ¿verdad?

—Yo... no sé —respondió Drayman, a todas luces sorprendido—. ¿Es parecido? No lo he notado.

—¿No lo ha notado? ¿No ha visto usted el cuadro?

—No lo observé bien. Me pareció ver nada más que un cuadro común..., árboles, un paisaje sin nada extraordinario...

—Y tres lápidas sepulcrales.

—No sé en qué se habrá inspirado Burnaby —replicó con voz grave Drayman, y se pasó la mano por la frente—. Dios es testigo de que yo nunca le he dicho una palabra. Probablemente sea una simple coincidencia; sobre esas sepulturas no había lápidas. No se habían tomado la molestia de colocarlas. Sólo había tres cruces hechas con estacas.

«Pero, como les estaba contando, detuve mi caballo para observar aquellas sepulturas, dominado por un sentimiento nada agradable. Producían una extraña impresión en medio del paisaje verde y sombrío que las rodeaba con las blancas colinas allá al fondo. Pero no se trataba de eso. Me pregunté por qué, si eran tumbas de la prisión, se habían cavado tan lejos. Lo que ocurrió un momento después hizo retroceder a mi caballo tan bruscamente, que casi me arrojó de la silla. Lo retuve, inmovilizándolo contra un árbol, y al volver la mirada hacia atrás pude ver qué fue lo que lo había espantado. El montículo de tierra de una de las tumbas se estaba levantando y deshaciendo. Oí un crujido, algo comenzó a retorcerse y forcejear, y una cosa de color oscuro se arrastró por encima del montículo. No era más que una mano que movía los dedos..., pero en mi vida he visto nada más espantoso».



CAPÍTULO X

LA SANGRE EN LA CHAQUETA

ENTONCES —prosiguió Drayman— el espanto se apoderó de mí también. No me atreví a desmontar por miedo a que el caballo huyera; y tenía vergüenza de escapar con él. Pensé en vampiros y recordé esas leyendas infernales que los hacen aparecer surgiendo de las tumbas al caer la noche. Confieso que aquello me dio un susto tremendo. Recuerdo haber girado en redondo sobre mi caballo, como un trompo, esforzándome por contenerlo con una mano mientras sacaba mi revólver. Cuando volví a mirar en aquella dirección, aquello había salido enteramente de la sepultura y venía hacia mí.

«Fue así, señores, cómo conocí a uno de mis mejores amigos. El hombre se inclinó y recogió una pala que posiblemente había olvidado alguno de los que habían excavado la sepultura. Y continuó avanzando hacia mí. “¿Qué quiere usted?”, grité yo en inglés, porque estaba tan confundido que no me fue posible recordar una sola palabra en ningún otro idioma. El hombre se detuvo. Después de un segundo respondió, en inglés también, pero con acento extranjero: “Ayúdeme, ayúdeme, milord”, dijo, o algo semejante, y arrojó lejos de sí la pala. El caballo se había sosegado, pero yo no. El hombre no era alto, pero sí muy robusto; su cara estaba ennegrecida e hinchada y cubierta de pequeñas manchas que le daban un color rosado a la luz del crepúsculo. Y mientras él seguía allí, agitando las manos, se desencadenó un chaparrón.

»Permaneció bajo la lluvia gritándome algo. No intentaré siquiera reproducir exactamente lo que dijo, pero sus palabras fueron algo así como: “Vea, milord, yo no he muerto de la peste como estos dos pobres hombres”, y señaló las otras dos tumbas. “Ni siquiera estoy contagiado. Vea cómo la lluvia lava estas manchas. Son de mi propia sangre, que me hice brotar de la piel”. Hasta sacó la lengua para mostrarme que estaba ennegrecida sólo por el hollín y que la lluvia la limpiaba. Fue una escena horrorosa. Después continuó diciendo que no era criminal, sino preso político, y que se había fugado de la cárcel».

Drayman arrugó la frente y luego volvió a sonreír.

—¿Cómo no iba a ayudarlo? Por cierto que lo hice. La idea me entusiasmó. Él me

explicó las cosas mientras planeábamos la manera en que escaparíamos de allí. Era uno de los tres hermanos, estudiantes de la Universidad de Klausenburg, que habían sido detenidos en una sublevación en favor de una Transilvania independiente bajo la protección de Austria, como lo fue antes de 1860. Los tres habían estado en la misma celda, y dos murieron de peste. Con ayuda del médico de la prisión, un condenado también, él había simulado los síntomas de la peste y poco después se hizo pasar por muerto. No era probable que nadie viniera a poner en tela de juicio el veredicto del médico; todos los de la prisión estaban locos de espanto. Incluso los hombres que enterraron a los tres muertos mantendrían la cabeza vuelta hacia otro lado cuando arrojaran los cadáveres al interior de los ataúdes de pino y clavaran las tapas. Cavarían las tumbas a cierta distancia de la prisión, y, mejor todavía, llevarían los ataúdes rápidamente. El médico había logrado meter a escondidas un arrancaclavos; Grimaud me lo mostró. Un hombre robusto, que dominara sus nervios y no gastara demasiado aire después de haber sido enterrado, podría forzar la tapa con la cabeza lo suficiente para meter el arrancaclavos en el espacio abierto, y después podría abrirse paso a través de la tierra flojamente apisonada.

«Pues bien, cuando supo que yo estudiaba en París, la conversación se tomó fácil. Su finada madre era francesa y él hablaba esa lengua con fluidez. Resolvimos que lo más conveniente para él sería dirigirse a Francia, donde podría crearse una nueva identidad sin suscitar sospechas. Tenía un poco de dinero escondido, y en su pueblo natal había una muchacha que...».

Drayman se interrumpió bruscamente como quien cae en la cuenta de que ha ido demasiado lejos. Hadley hizo un signo con la cabeza.

—Creo que sabemos quién era esa muchacha —dijo—, pero por el momento podemos dejar fuera del asunto a la señora de Dumont. ¿Qué más?

—Ella traería el dinero y lo seguiría a París. No era probable que se produjera una alarma y lo persiguieran, y, efectivamente, no hubo nada de eso, porque se le dio por muerto. Grimaud estaba tan asustado, que quiso huir de aquel lugar sin tomarse el tiempo de afeitarse y ponerse un traje mío. No despertamos las sospechas de nadie. En aquellos tiempos no hacían falta pasaportes, y durante el viaje a través de Hungría, Grimaud se hizo pasar por el amigo inglés con el que yo había tenido el propósito de reunirme en Tradj. Una vez llegado a Francia..., pero ustedes ya conocen lo demás. Ahora, señores —Drayman lanzó un extraño y tembloroso suspiro, se puso rígido y encaró a sus oyentes con ojos duros y apagados—, pueden ustedes verificar todo lo que he dicho...

—¿Y aquel crujido? —intervino el doctor Fell con tono polémico.

La pregunta fue hecha con voz queda, pero era tan inesperada, que Hadley se volvió rápidamente hacia el doctor Fell, que la había formulado. Hasta la mirada fija de Drayman se dirigió a él. El doctor, con una expresión como de ausencia en su cara bermeja, indiferentemente golpeteaba la alfombra con su bastón y de tiempo en tiempo dejaba escapar un resoplido.

—Creo que esto es muy importante —aseveró, por último, mirando en dirección al fuego, como si alguien lo hubiera contradicho—. Sin duda alguna, muy importante. ¡Hum! Vea usted, señor Drayman, sólo tengo que hacerle dos preguntas. Usted oyó un crujido... de la tapa del ataúd que cedía, ¿no? Bien. Esto implicaría que la tumba en que estaba Grimaud era poco profunda, ¿no es verdad?

—Muy poco profunda, sí; pues de lo contrario no hubiera podido salir de ella.

—Segunda pregunta: dígame usted, ¿aquella prisión estaba bien o mal administrada?

—Drayman quedó desconcertado, pero contestó sin vacilar:

—No lo sé, señor. Sólo sé que la administración era atacada por aquel tiempo por numerosos funcionarios. Creo que estaban enfurecidos contra las autoridades de la prisión por haber permitido que cundiera la epidemia..., eso restaba brazos para el trabajo en las minas. Debo advertirles que los nombres de los fallecidos fueron publicados; yo mismo los he visto. Y vuelvo a preguntarles, señores, ¿de qué serviría desenterrar antiguos escándalos? No les ayudará en nada. Ustedes han de comprender que este asunto no constituye ninguna deshonra particular para Grimaud, pero...

—¡Sí; he aquí la cuestión! —rugió el doctor Fell examinándolo con curiosidad—. Éste es el punto que deseo subrayar. Si nada hay que pueda comprometer su honra, ¿por qué ese interés por borrar toda huella de su vida pasada?

—... pero podría convertirse en deshonra para Ernestine Dumont —prosiguió Drayman dando a su voz un tono más vehemente—. ¿No se da usted cuenta de lo que quiero significar? ¿No piensa usted en la hija de Grimaud? Y todo este embrollo se basa en la absurda suposición de que uno de sus hermanos, o los dos, podrían estar vivos. Están muertos, y los muertos no salen de sus tumbas. ¿Puedo saber de dónde han sacado ustedes que uno de los hermanos de Grimaud fue el asesino?

—Lo dijo él mismo —respondió Hadley.

Durante un instante Rampole pensó que Drayman no había entendido. Luego lo vio levantarse, vacilante, de su asiento, como si se le hubiera cortado la respiración. Se palpó el abrigo, lo desabrochó, se pasó la mano por la garganta y volvió a sentarse. Sólo la mirada vidriosa de sus ojos permaneció inalterable.

—¿Me está mintiendo? —preguntó con voz trémula, quejumbrosa, infantil, que contrastaba con su gravedad—. ¿Por qué me miente usted?

—Es verdad. Lea esto.

Hadley sacó rápidamente la nota que le envió el doctor Peterson. Drayman hizo ademán de cogerla, pero en el mismo instante retrocedió meneando tristemente la cabeza.

—No podré leer nada, señor. Yo... yo..., ¿quiere usted decir que dijo algo antes de...?

—Dijo que el asesino fue uno de sus hermanos.

—¿Dijo alguna cosa más? —preguntó Drayman, vacilante.

Hadley quiso dejar libre juego a su imaginación y no respondió nada. Drayman

continuó:

—¡Pero le aseguro que es algo fantástico! ¿Quiere usted significar que ese saltimbanqui que lo amenazó, ese individuo al que nunca había visto antes, era uno de sus hermanos? Me parece que es esto lo que usted afirma. No alcanzo a comprenderlo. Apenas supe que había sido apuñalado...

—¿Apuñalado?

—Sí; como decía, yo...

—Le dispararon un tiro —dijo Hadley—. ¿Qué es lo que le hizo pensar que había sido apuñalado?

Drayman se encogió de hombros. Una expresión desencajada, sarcástica, como desesperada, se pintó en su arrugado rostro.

—Parece que soy un testigo pésimo, señores —dijo con tono monótono—. Insisto con las mejores intenciones en decirles cosas que ustedes no creen. Quizá me haya precipitado en mis deducciones. Mangan dijo que Grimaud había sido víctima de un ataque y que estaba muriendo; que el asesino había desaparecido después de haber desgarrado el cuadro. Así que supuse... —Se *frotó el* caballete de la nariz—. ¿Algo más?

—¿Qué hizo usted esta noche?

—Dormí. Yo... Es que, ¿sabe usted?, sufro dolores. Aquí, detrás de los globos oculares. A la hora de la cena tenía un dolor tan agudo, que en vez de salir (pensaba oír un concierto en el Albert Hall) tomé un soporífero y me acosté. Desgraciadamente, no recuerdo nada desde las siete y media hasta el momento en que Mangan me despertó.

Con aire muy tranquilo, pero con la peligrosa expresión de quien está a punto de asestar un golpe, Hadley observaba el abierto abrigo de Drayman.

—Ya, ya. ¿Se desnudó usted antes de acostarse, señor Drayman?

—¿Cómo?... ¿Si me desnudé? No. Me quité *los* zapatos, nada más. ¿Por qué?

—¿Abandonó usted en algún momento su habitación?

—No.

—¿Entonces cómo pudo mancharse de sangre la chaqueta?... Sí, eso es. ¡Levántese! No se vaya a escapar ahora. Quédese donde está. Ahora quítese el abrigo.

Rampole vio la mancha cuando Drayman, de pie junto a su silla y quitándose el abrigo con aire vacilante, se puso a buscarla pasándose la mano por el pecho con el ademán de quien tantea por el suelo. Vestía un traje gris claro y la mancha se destacaba intensamente contra la tela. Era de color oscuro y se extendía de través por el bolsillo derecho de la chaqueta. Por fin Drayman la encontró, y sus dedos se detuvieron en ella. Primero la rozó, luego la restregó con fuerza.

No puede ser sangre —murmuró, con el mismo tono quejumbroso de antes—. No sé lo que es, pero no puede ser sangre, se lo aseguro.

—Eso tenemos que verlo. Quítese la chaqueta, haga el favor. Me temo que tenga que pedirle que nos la deje. ¿Hay algo en los bolsillos que quiera sacar?

—Pero...

—¿Dónde se manchó así?

—No lo sé. Juro por Dios que no sé ni se me ocurre dónde pudo haber sido. No es sangre. ¿Qué es lo que le hace pensar que es sangre?

—Deme usted esa chaqueta, por favor. ¡Muy bien!

Hadley observó con mucha atención a Drayman mientras éste sacaba de los bolsillos, con dedos temblorosos, algunas monedas, una entrada para un concierto, un pañuelo, un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos. Luego el comisario extendió la chaqueta sobre las rodillas.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que se registre su habitación? Debo advertirle que no tengo autoridad para hacerlo si usted se opone.

Drayman se restregó la frente.

—No tengo ningún inconveniente —respondió con voz sorda—. ¡No me explico cómo ha ocurrido esto, inspector! No sé. Yo he tratado de hacer siempre lo que debía... sí, lo que debía... No tuve nada que ver con este asunto.

Se detuvo y sonrió con tan sardónica amargura, que Rampole se sintió más perplejo que desconfiado.

—¿Estoy detenido, entonces? —preguntó finalmente—. Tampoco tengo ningún inconveniente en que se me detenga.

Ahora había allí algo que no estaba bien; y, sin embargo, tampoco estaba decididamente mal. Rampole vio que Hadley compartía sus propias dudas. Tenían ante ellos a un hombre que había hecho varias declaraciones inconsistentes. Había referido un cuento fantástico que quizá era verdadero; pero que tenía cierto vago sabor teatral, cierta endeblesz como de cartón. Finalmente, había sangre en su chaqueta, y sin embargo, por una razón que no podía definir, Rampole estaba inclinado a dar crédito a su relato; o, por lo menos, a creer en la sinceridad de Drayman. Tal vez fuera la completa ausencia en él de toda señal de astucia; su absoluta sencillez. Allí estaba, de pie, más alto y más delgado aún en mangas de camisa, con la corbata torcida, el abrigo colgando de una mano y la camisa azul, desteñida hasta un blanco sucio, arremangada sobre los flacos brazos. Sonreía.

Hadley lanzó un juramento en voz baja.

—¡Betts! —gritó luego—. ¡Betts! ¡Preston! —y pateó con impaciencia en el suelo hasta que aparecieron—. Betts: lleve esta chaqueta al químico para que analice la mancha. ¿Comprende? Informe mañana por la mañana. Esto es todo por esta noche. Preston: vaya con el señor Drayman y eche un vistazo a su habitación. Ya sabe lo que tiene que buscar; vea también si encuentra alguna máscara. Estaré con usted dentro de un momento... Piense bien sobre todo lo ocurrido, señor Drayman, y hágame el favor de pasar por Scotland Yard mañana temprano. Nada más.

Drayman no le prestó atención. Salió con paso lento, moviendo la cabeza y arrastrando el abrigo por el suelo. Asió a Preston por una manga.

—¿De dónde provendrá esta sangre? —le preguntó ansioso—. Es muy extraño,

¿sabe usted? ¿De dónde provendrá esta sangre?

—No sé, señor —respondió aquél—. ¡Cuidado con la puerta!

El cuarto quedó en silencio. Hadley meneó la cabeza lentamente.

—Estoy perplejo, Fell —confesó—. No sé por dónde empezar. ¿Qué me dice usted de este hombre? Parece bueno y bastante dócil; pero por más que uno lo zarandee como a un *punching-ball*, al final se queda oscilando tan tranquilo en el mismo sitio. Parece importarle un comino lo que se piense de él. Y hasta lo que se haga con él. Tal vez sea por esto por lo que disgusta a la gente joven.

—¡Hum!, sí. En cuanto tenga esos papeles de la chimenea —gruñó Fell—, me iré a casa a pensar. Porque en cuanto a lo que pienso ahora...

—¿Qué?

—Es sencillamente espantoso.

El doctor Fell se levantó de su asiento con un fuerte impulso, se echó el sombrero de teja sobre los ojos e hizo remolinear su bastón.

—No quiero aventurar teorías —continuó—. Usted tiene que cablegrafiar para averiguar la verdad. ¡Ja! Sí. Pero en lo que yo no puedo creer es en esa historia de los tres ataúdes; tal vez Drayman crea en ella, ¡quién sabe! Tenemos que suponer que los dos hermanos Horváth no están muertos; pues si no se derrumba toda nuestra teoría.

—El problema está en saber...

—Qué se hizo de ellos. ¡Ejem..., sí! Lo que yo supongo que puede haber sucedido se basa en la presunción de que Drayman cree lo que dice. Ante todo, estoy seguro de que esos hermanos no fueron enviados a la cárcel por motivos políticos. Grimaud, con su *poco de dinero ahorrado*, se fuga de la prisión. Vive pobre por espacio de cinco años o más, y luego, de repente, *hereda*, con un nombre completamente distinto, una cuantiosa fortuna de alguien que no sabemos. Pero se larga de Francia para disfrutarla sin suscitar comentarios. En segundo lugar, ¿en qué consiste el secreto de la vida de Grimaud si todo esto es verdad? Casi todo el mundo consideraría esa fuga a lo Montecristo simplemente emocionante y romántica; y en cuanto a su delito político, a los ojos de los ingleses estaría tan lejos de ser una infamia como dejarle un ojo negro a un policía una noche de regatas. ¡No, Hadley, no puede ser!

—¿Quiere usted decir...?

—Quiero decir lo siguiente —repuso el doctor Fell con voz tranquila—: Grimaud estaba vivo cuando lo metieron en el ataúd; supongamos que los otros dos también estuvieran vivos. Supongamos que las tres «muertes» fueron simuladas, y no sólo la de Grimaud. Supongamos que hubiera dos seres humanos vivos en aquellos otros dos ataúdes cuando Grimaud salió del suyo; pero que no pudieron salir a su vez porque él tenía el arrancaclavos y no tuvo a bien hacer uso de él. No es probable que haya habido más de uno... y Grimaud estaba en posesión de él porque era el más fornido de los tres hermanos. Una vez salido Grimaud, le hubiera sido fácil dejar salir a los otros, como tienen que haber convenido; pero él resolvió sagazmente dejarlos

enterrados, porque entonces no estaría obligado a compartir con nadie el dinero que los tres habían robado. Un crimen brillante, ya lo ve. Un crimen brillante.

Se produjo un silencio. Hadley murmuró algo por lo bajo; su rostro expresaba incredulidad y casi furor cuando se levantó.

—¡Oh, ya sé que es una cosa espantosa! —dijo el doctor Fell—; una cosa espantosa e inhumana que no dejaría dormir tranquilo al hombre que lo hiciera. Pero es lo único que podría explicar este asunto atroz. ¿Por qué tenía tanto empeño Grimaud en alejar a Drayman de aquel sitio lo más pronto posible, sin despojarse siquiera de su traje de penado? ¿Por qué había de correr el riesgo de ser visto desde el camino, cuando la proximidad de una tumba de muertos por la peste sería el último lugar adonde se atrevería a acercarse un habitante del país? Pues bien, aquellas tumbas eran muy poco profundas. Si al poco rato los hermanos se sentían morir por asfixia sin que nadie viniera a libertarlos, quizá empezaran a dar gritos y a golpear y debatirse en sus ataúdes. Era posible que Drayman advirtiera que la tierra se movía o que oyera los gritos subterráneos.

Hadley extrajo un pañuelo y se enjugó la cara.

—¿Es posible semejante bestia...? —pronunció con voz incrédula—. No. Nos estamos descarriando, Fell. Son puras imaginaciones. ¡No puede ser! Además, en tal caso ellos no hubieran salido de sus tumbas. Estarían muertos.

—¿Le parece? —dijo el doctor Fell con aire ausente—. Olvida usted la pala.

—¿Qué pala?

—La pala que algún pobre diablo, en su prisa o temor, había dejado allí después de haber excavado la fosa. En las prisiones, aún en las peores, no se admite esta clase de negligencias. Deben de haber enviado a buscarla. ¡Hombre, hasta puedo ver todos los detalles de lo ocurrido, aun cuando no tengo la menor prueba para demostrarlo! Piense en cada una de las palabras que ese loco de Pierre Fley dijo a Grimaud en la cervecería Warwick y fíjese si no concuerdan con mi tesis. Un par de guardias armados volvieron al lugar para buscar la pala perdida y vieron u oyeron lo que Grimaud temió que viera u oyera Drayman. Entonces, o bien se dieron cuenta del ardid, o bien obraron simplemente como seres humanos. Los ataúdes fueron abiertos y los dos hermanos sacados de allí; estaban desmayados y ensangrentados, pero con vida.

—¿Y no hubo ninguna alarma por Grimaud? ¿Hubieran alborotado toda Hungría para que detuviesen al hombre que había escapado y...!

—¡Hum, sí! Yo también lo pensé, y me pregunté por qué no se había dado la alarma. Las autoridades de la prisión lo hubieran hecho, sin duda alguna, si no fuera porque eran censuradas con tanta virulencia, que sus cabezas se hallaban en peligro por aquel entonces. ¿Qué cree usted que hubieran dicho los que los atacaban de haberse sabido que, por descuido, había ocurrido un hecho semejante? ¿No era mejor guardar el secreto y echar tierra al asunto? Más valía meter a los dos hermanos en buenas celdas y guardar silencio respecto al tercero.

—Todo esto es pura teoría —observó Hadley después de una pausa—. Pero si fuera verdad, estaría por creer en los espíritus malignos. Dios sabe que Grimaud recibió exactamente su merecido. Pero tenemos que continuar buscando a su asesino de todas maneras. Si esto es todo lo que ha sucedido...

—¡Por cierto que no es todo lo que ha sucedido! —replicó el doctor Fell—. Aun cuando fuera verdad, no sería todo lo sucedido; y esto es lo peor del caso. Habla usted de espíritus malignos. Le aseguro que en cierto modo entreveo que hay un espíritu más maligno aún que Grimaud; y ése es X, el hombre hueco, el hermano Henri.

Levantó su bastón como señalando a lo lejos y añadió:

—¿Por qué? ¿Por qué admite Pierre Fley que le tiene miedo? Que Grimaud temiese a su enemigo sería lógico, pero ¿por qué hasta el mismo Fley tiene miedo de su hermano, que es su aliado contra el antagonista común? ¿Por qué un hábil prestidigitador ha de tener miedo de un juego de manos, a menos que aquel gentil hermano Henri sea más tornadizo que un criminal loco y más astuto que Satanás?

Hadley se metió en el bolsillo la libreta de notas y se abotonó la chaqueta.

—Usted puede irse a su casa si quiere —dijo—; hemos terminado aquí; pero yo voy a buscar a Fley. Quienquiera que sea el otro hermano, Fley debe saberlo. Y nos lo dirá, se lo aseguro. Echaré un vistazo a la habitación de Drayman, pero no espero encontrar gran cosa allí. Fley es la clave de este misterio, y él ha de guiarnos hasta donde este el asesino. ¿Vamos?

No lo supieron hasta la mañana siguiente, pero era el caso que Fley estaba ya muerto. Había recibido un tiro de la misma pistola que dio muerte a Grimaud. El asesino resultó ser invisible a los ojos de los testigos y no dejó huellas en la nieve.



CAPÍTULO XI

EL ASESINATO MÁGICO

CUANDO EL DOCTOR Fell martilló en la puerta a las nueve de la mañana siguiente, sus dos huéspedes se hallaban en estado de somnolencia. Rampole había dormido muy poco durante la noche anterior. Cuando él y el doctor regresaron, a la una y media, Dorothy se mostró muy deseosa de conocer los pormenores del caso. Su marido no estaba muy dispuesto a referirlos, pero, finalmente, accedió. Se proveyeron de cigarrillos y cerveza y se retiraron a su habitación, donde Dorothy hizo un montículo en el piso con almohadones de sofá, como Sherlock Holmes, y se sentó encima con un vaso de cerveza en la mano y una temible expresión de sapiencia, mientras su marido se paseaba de arriba abajo por el cuarto, perorando. Las opiniones de ella eran firmes, pero confusas. Gustó de las descripciones de la señora de Dumont y Drayman, pero concibió una vehemente aversión por Rosette Grimaud. Ni siquiera cuando Rampole le citó la observación de Rosette en el círculo de debates, aprobando ambos la tesis que expuso, se ablandó Dorothy.

—Como quiera que sea —dijo, apuntándole con el cigarrillo—, oye lo que te digo: esa rubia de cara rara está mezclada de alguna manera en el asunto. Debe de ser mala, chico. Apuesto a que ni siquiera haría una buena..., ¡hum!..., cortesana, para emplear sus propios términos. Y si yo te hubiera tratado alguna vez como ella trató a Mangan, y tú no me hubieses asestado un directo a la mandíbula, yo no hubiera vuelto a dirigirte la palabra..., ¿me comprendes?

—Dejemos de lado las cosas personales —repuso Rampole—. Además, ¿qué es lo que le hizo a Mangan? Nada absolutamente. Y tú no puedes creer seriamente que ella sería capaz de matar a su padre, aun cuando no hubiese estado encerrada en la sala de delante.

—No, no; no imagino cómo hubiera podido ponerse ese disfraz y engañar a la Dumont —dijo Dorothy con una expresión de gran intensidad en sus brillantes ojos oscuros—. Pero te diré lo que pasa. La Dumont y Drayman son ambos inocentes. En cuanto a Mills..., bueno, Mills parece ser más bien un pedante; pero tú lo pintas tan antipático porque no te gusta la ciencia ni la Visión del Futuro. Pero también tienes que convenir conmigo en que parece haber dicho la verdad.

—Convengo en ello.

Dorothy continuó fumando con aire reflexivo.

—Sí..., se me ocurren ideas tremendas. Las personas de quienes más sospecho, y a las que más fácil resulta imaginar culpables, son las dos que no has visto: Pettis y Burnaby.

—¿Qué?

—Lo que oyes. El inconveniente con Pettis está en que es demasiado bajo, ¿no es así? Francamente, yo esperaba mucho más de la erudición del doctor Fell. Estaba pensando en un cuento; no recuerdo dónde lo leí, pero aparece en una forma u otra en varios relatos de la Edad Media. ¿Lo recuerdas? Aparece una enorme figura con armadura, con la visera baja, que participa en un torneo y vence a todos los contrincantes. Al fin sale el más poderoso de los caballeros para ajustar con él. Baja a la liza al galope, asesta un golpe poderoso en el yelmo del campeón, dándole justo en medio de la visera, y ante el horror de todos le arranca de cuajo la cabeza. Luego se oye una voz que viene del interior de la armadura, y se descubre que pertenece a un hermoso muchachuelo que no es lo bastante alto para llenar toda la armadura...

Rampole la miró fijamente.

—Querida —dijo con dignidad—, esto es pura cháchara. Es una idea más necia que... Dime, ¿sostienes seriamente que Pettis podría haber andado con una cabeza postiza y hombros artificiales?

—Eres demasiado incrédulo —replicó ella frunciendo la nariz—. A mí me parece una idea muy buena. ¿Quieres que te lo demuestre? ¡Bien! ¿No se refirió Mills al aspecto lustroso de la máscara diciendo que daba la impresión de que estuviese hecha de papel *mâché*? ¿Qué puedes replicar a esto?

—Digo que fue una ilusión. ¿No tienes ninguna idea más seria?

—¡Sí! —respondió Dorothy. Era evidente que la nueva ocurrencia acababa de pasarle por las mientes, pero hizo como si ya hubiera pensado en ella antes—. Se trata de una circunstancia inexplicable. ¿Por qué se empeñó el asesino en no dejar ninguna huella? Vosotros buscáis razones tremendamente complicadas. Y al fin de cuentas, vuestros razonamientos acaban siempre en la suposición de que el asesino sólo quiso dar un chasco a la policía. ¡Tonterías, querido! ¿Cuál es la única razón verdadera, la primera que tiene que ocurrírsele a cualquiera que piense en un caso criminal, para que un asesino se empeñe en no dejar huellas? Pues es muy claro: ¡las huellas conducirían a su descubrimiento! Alguna deformidad o algo especial permitiría reconocerlo si dejara huellas y...

—¿Y qué más?

—Y tú me has dicho que ese Burnaby tiene un pie torcido.

Cuando, al fin, Rampole se durmió, hacia el amanecer, tuvo pesadillas en las que el pie torcido de Burnaby aparecía más siniestro aún que el hombre que llevaba una cabeza postiza. Eran puras tonterías; pero unas tonterías horripilantes al mezclarse en el sueño con el misterio de las tres tumbas.

Tuvo que hacer gran esfuerzo para dejar la cama cuando el doctor Fell llamó a la puerta hacia las nueve de la mañana del domingo. Se afeitó y se vistió de prisa, y

atravesó ruidosamente la casa sumida en silencio. Era una hora insólita para que el doctor Fell (u otro cualquiera) se hiciera presente, y Rampole comprendió que algún nuevo suceso había ocurrido durante la noche. Los corredores estaban helados; hasta la vasta biblioteca, donde habían encendido un fuego chisporroteante, tenía ese aspecto irreal que toman las cosas cuando uno se levanta con el alba para tomar el tren. El desayuno —para tres— fue servido junto a una ventana desde la cual se dominaba la calle. Era un día plomizo y ya había comenzado a nevar. El doctor Fell, ya completamente vestido, se sentó a la mesa, apoyó la cabeza entre las manos y se puso a leer un periódico.

—¡El hermano Henri! —bramó, y golpeó el periódico con el dorso de la mano—. ¡Oh, sí! Otra vez anda en danza. Hadley acaba de telefonarme más detalles y estará aquí dentro de un momento. Lean esto para empezar. Anoche pensábamos que teníamos un problema difícil; pero ¡oh Baco!, vean ustedes esto. Me siendo como Drayman: no puedo creerlo. Ha ocupado el lugar del asesinato de Grimaud en la primera plana. Afortunadamente no se ha señalado la relación que existe entre los dos crímenes, o tal vez Hadley les haya pedido que no lo hagan. ¡Lean!

Mientras le servían el café, Rampole leyó los títulos: UN MAGO ASESINADO POR ARTE DE MAGIA, decía uno, que seguramente había reportado gran satisfacción a su autor. Otros eran: EL MISTERIO DE LA CALLE CAGLIOSTRO. LA SEGUNDA BALA ES PARA TI.

—¿La calle Cagliostro? —repitió el norteamericano—. En nombre de Dios, ¿dónde se encuentra esa calle Cagliostro? He oído raros nombres de calles; pero es te...

—Nunca hubiera usted oído nombrarla en circunstancias ordinarias —gruñó el doctor Fell—. Es una de esas calles escondidas detrás de otras, que sólo se descubren por casualidad, cuando uno intenta acortar camino y se encuentra de repente con toda una comunidad perdida en medio de Londres... De todos modos, la calle Cagliostro sólo está a muy escasa distancia de la casa de Grimaud, una distancia que puede ser salvada en tres minutos de marcha a pie. Es un pequeño callejón sin salida que corre detrás de la calle Guilford, del otro lado de la plaza Russell. Por lo que yo recuerdo, hay allí una gran cantidad de tiendas que empalman con las de la calle Lamb, y el resto son casas de hospedaje. El hermano Henri dejó la casa de Grimaud después de haberlo matado, fue hasta allá, se quedó rondando un breve rato y luego completó su labor.

Rampole recorrió la crónica con la vista:

El cuerpo del hombre hallado muerto anoche en la calle Cagliostro (W. C. 1) ha sido identificado como el de Pierre Fley, prestidigitador e ilusionista francés. Aunque estuvo actuando durante varios meses en una sala de la calle Commercial, tomó alojamiento hace dos semanas en la calle Cagliostro. Anoche, a eso de las diez y media, se lo halló muerto de un tiro, en circunstancias que parecerían indicar que ese mago fue asesinado por arte de

magia. Nada se vio ni se ha encontrado ninguna huella —lo declaran tres testigos—, aunque todos oyeron distintamente una voz que dijo: «*La segunda bala es para ti*»,

La calle Cagliostro tiene una longitud de doscientos metros y termina en un muro de ladrillos que no presenta ninguna abertura. A la entrada del callejón hay algunas tiendas, que estaban cerradas a esa hora, aunque había encendidas algunas luces; allí la acera estaba barrida, pero a partir de unos veinte metros más adelante la nieve cubría por completo las aceras y la calzada.

Los señores Jesse Short y R. G. Blackwin, de Birmingham, que están de visita en Londres, iban a ver a un amigo que se aloja hacia el fondo del callejón. Marchaban por la acera de la derecha, dando la espalda a la bocacalle. El señor Blackwin, que había vuelto la cabeza para asegurarse de la numeración de las casas, vio a un individuo a cierta distancia detrás de ellos. El hombre andaba lentamente y con bastante nerviosidad, mirando en torno como si esperara encontrar a alguien. Iba por el medio de la calle, pero la luz era difusa, por lo que ni el señor Short ni el señor Blackwin pudieron observar bien al individuo, notando tan sólo que era alto y llevaba el sombrero gacho. Al mismo tiempo, el agente Henry Withers —que hacía su ronda a lo largo de la calle Lamb— llegó a la entrada de la calle Cagliostro. El agente vio al individuo que marchaba por la nieve, pero al volver nuevamente la vista ya no lo distinguió. Y en el lapso de tres o cuatro segundos ocurrió el hecho.

Los señores Short y Blackwin oyeron a sus espaldas un grito que era casi un alarido. Luego oyeron pronunciar claramente estas palabras: «*La segunda bala es para ti*», y una carcajada seguida del ruido amortiguado de un disparo de revólver. Al volverse bruscamente vieron que el hombre que iba detrás de ellos se tambaleaba, lanzaba otro grito y caía a tierra.

El callejón estaba completamente desierto, de extremo a extremo, según pudieron comprobar al recorrerlo con la vista. Además, el individuo había ido andando por mitad de la calle, y los dos testigos afirman que no había ninguna huella en la nieve fuera de las de él. Esto ha sido confirmado por el agente Withers, quien llegó a la carrera desde la bocacalle. A la luz del escaparate de una joyería pudieron ver a la víctima. Yacía boca abajo, con los brazos abiertos, sangrando por una herida de bala bajo el omóplato izquierdo. El arma —un revólver Colt 38 de caño largo, modelo que tiene treinta años de antigüedad— había sido arrojada hacia atrás, a unos tres metros de distancia.

A pesar de las palabras que oyeron los testigos y del revólver hallado a poca distancia, los tres pensaron que el hombre se había suicidado, puesto que la calle estaba completamente desierta. Comprobaron que aún respiraba y lo llevaron al consultorio del doctor M. R. Jenkins, que se encuentra cerca del extremo del callejón, en tanto que el policía registraba el lugar en busca de

huellas. La víctima murió poco después sin decir nada.

Entonces se hizo, el más extraño descubrimiento. El gabán de la víctima presentaba un orificio de borde quemado y ennegrecido, lo cual indicaba que al ser disparada el arma debía haber sido apretada contra su espalda o mantenida a pocos centímetros de la misma. El doctor Jenkins expresó la opinión —más tarde corroborada por el policía— de que no era posible que se tratara de un suicidio. Nadie, declaró, puede matarse disparándose con ese ángulo un tiro de revólver por la espalda, y sobre todo con un arma de caño largo. Fue un asesinato, aunque un asesinato increíble. Si el hombre hubiese recibido el tiro desde cierta distancia, desde una puerta o una ventana, la ausencia de un asesino, así como la de huellas, no significaría nada. Pero el tiro fue disparado por alguien que estaba muy cerca de la víctima, alguien que le habló y súbitamente desapareció.

En las ropas del muerto no se encontró ninguna clase de documentos ni nada que sirviera para identificarlo, y nadie parecía conocerlo. Pasado un rato el cuerpo fue enviado al Depósito Judicial.

—Pero ¿qué fue de ese oficial que Hadley mandó para detenerlo? —preguntó Rampole—. ¿Él tampoco pudo identificarlo?

—Sí, lo identificó más tarde —respondió con un gruñido el doctor Fell—. Cuando él llegó allá ya había pasado toda la conmoción. Dice Hadley que el oficial se puso en contacto con el agente Withers cuando éste andaba todavía haciendo averiguaciones de puerta en puerta. Entonces empezó a atar cabos. En el entretanto, el hombre que Hadley había enviado al teatro en busca de Fley telefoneó diciendo que Fley no se hallaba allí. Había declarado fríamente al empresario que no tenía intención de representar su número aquella noche, y se marchó haciendo una observación un tanto misteriosa... Pues bien, se llamó al casero de Fley de la calle Cagliostro a fin de que identificara el cuerpo; y, para asegurarse de que realmente se trataba de él, se pidió que viniera a ver el cadáver alguno del teatro. Un irlandés de nombre italiano y que figuraba también en el programa, pero que no pudo interpretar su papel a causa de una lastimadura, se ofreció a ir. ¡Ejem, sí! No era otro que Fley, y está muerto; y nosotros nos hallamos en un lío de los mil demonios. ¡Ah!

—¿Y toda esta historia es efectivamente verdadera? —preguntó Rampole.

Fue Hadley quien contestó a su pregunta. Entró de sopetón, llevando su cartera como si fuera una macana, y dio libre curso a algunas de sus quejas antes de tocar siquiera el jamón y los huevos.

—Es verdadera, sin duda —dijo torvamente, haciendo entrechocar los talones delante del fuego—. Dejé que los diarios difundieran la noticia para poder así pedir por radio que cualquiera que sepa algo sobre Pierre Fley o su... hermano Henri, nos lo comunique. ¡Por Dios, Fell, estoy perdiendo el juicio! Tengo metido en la cabeza este maldito apodo que inventó usted y no puedo librarme de él. Me sorprende

haciendo referencias al hermano Henri como si fuera su nombre verdadero. De repente me descubro forjando retratos imaginarios del hermano Henri. Al menos tendríamos que averiguar cuanto antes cuál es su nombre verdadero. He cablegrafiado a Bucarest. ¡El hermano Henri! ¡El hermano Henri! Habíamos encontrado su pista y la volvimos a perder. El her...

—¡Tranquilícese, por amor de Dios! —exclamó Fell resoplando de fastidio—. No desvaríe; ya tenemos bastantes motivos de preocupación. Supongo que habrá trabajado casi toda la noche y habrá reunido más datos, ¿no? ¡Hum!, bien. Ahora siéntese y coma algo. Luego podremos abordar el asunto... con espíritu filosófico.

Hadley replicó que no quería comer nada. Pero tras de haberse servido dos raciones de jamón con huevos, tomado varias tazas de café y encendido un cigarro, su disposición de ánimo se había apaciguado bastante.

—Pues bien, empecemos por analizar las informaciones de este diario una por una —dijo irguiéndose con decisión al tiempo que sacaba unos periódicos de su cartera—, así como lo que no dice. ¡Hum! Ante todo tenemos a estos dos sujetos Blackwin y Short. Son de fiar; además, es seguro que ninguno de ellos es el hermano Henri. Telegrafiamos a Birmingham y nos informaron que en su barrio los conocen desde su niñez. Se trata de gente acomodada y respetable, y no es posible que testimonien en falso en un caso como éste. En cuanto al agente Withers, es un hombre honrado a carta cabal; la verdad es que es concienzudo hasta la exageración. Si estos hombres dicen que no han visto a nadie, tal vez hayan sido engañados, pero es seguro que no mienten. —¿Engañados? ¿Cómo?

—No sé —refunfuñó Hadley, lanzando un hondo suspiro y moviendo la cabeza sombríamente—; pero tienen que haber sido engañados. Fui a echar un vistazo al callejón, aunque no subí a ver el cuarto de Fley. Por cierto que no es ningún *Picadilly Circus* en cuanto a iluminación, pero al menos no es tan oscuro como para que un hombre en posesión de sus cinco sentidos se equivoque respecto a lo que ve. En cuanto a huellas, Withers jura que no había ninguna; y yo le creo. En eso estamos.

El doctor Fell se limitó a gruñir y Hadley prosiguió:

—Estudiemos ahora lo del arma. A Fley lo mató una bala de una Colt calibre 38, lo mismo que a Grimaud. Había dos cartuchos vacíos en la pistola que encontraron, dos balas solamente, y el herma..., y el asesino sacó provecho de las dos. Los revólveres modernos, como usted sabe, arrojan los proyectiles de manera automática; pero esta pistola es tan antigua que no tenemos ni la menor posibilidad de descubrir su procedencia. Está en buenas condiciones, dispara balas modernas; pero alguien la ha tenido guardada durante muchos años.

—Evidentemente no olvidó un solo detalle. Bien. ¿Ha averiguado usted a dónde iba Fley?

—Sí. Iba a visitar a Henri.

El doctor Fell abrió mucho los ojos.

—¿Eh? Oiga usted: ¿quiere decir que ha encontrado una relación...?

—Es la única relación que hemos encontrado. Y si no nos conduce a algo dentro de un par de horas —dijo Hadley con amarga satisfacción—, me comeré esta cartera. ¿Recuerda que le dije que Fley se había negado a actuar anoche, marchándose del teatro? Pues bien, el oficial que envié a buscarlo supo este hecho de boca del empresario, que se llama Isaacstein, y de un acróbata de nombre O'Rourke, que era más amigo que nadie de Pierre Fley; fue quien identificó el cadáver.

—El sábado, naturalmente, es el gran día para los espectáculos de Limehouse —continuó el comisario—. El teatro pasa variedades sin interrupción desde la una de la tarde hasta las once de la noche. El negocio iba viento en popa por la tarde, y la primera aparición de Fley en la función nocturna estaba anunciada para las ocho y cuarto. Unos cinco minutos antes, O'Rourke —que se había torcido una muñeca y no podía trabajar anoche— descendió al sótano para fumar. Hay allí un horno de carbón para los caños del agua caliente.

Hadley desplegó una hoja en la que había algo escrito.

—He aquí lo que contó O'Rourke, tal como Somers lo anotó y fue firmado después por el mismo O'Rourke:

En el momento en que atravesé la puerta de amianto y comencé a bajar la escalera, oí un ruido semejante al de hachar leña. Entonces bajé de un salto los escalones que faltaban. La portezuela del horno estaba abierta y delante de ella se encontraba Loony con una hachuela en la mano haciendo pedazos los pocos objetos de su propiedad y arrojándolos al fuego. Yo le dije: «¡Diablos!, Loony, ¿qué está haciendo?». Y él me respondió de un modo muy raro: «Estoy destruyendo mi equipo, Signor Pagliacci». Yo uso el nombre de Pagliacci el Grande, ¿sabe usted?, y él solía llamarme así. Después añadió: «No volveré a trabajar; ya no lo necesitaré», y ¡zas!, tiró al fuego sus sogas con tornillos y sus cañas huecas de bambú. Yo le pregunté: «Loony, ¿qué le pasa?, ¿ha perdido el juicio?». Y agregué: «Tiene que salir dentro de cinco minutos y todavía no está vestido». Y él me contestó: «¿No se lo he dicho? Voy a ver a mi hermano. Él pondrá fin a un viejo asunto que nos concierne a ambos».

Bueno, Loony subió los escalones y de pronto se volvió. Tenía la cara blanca y, Dios me perdone, presentaba un aspecto rarísimo, horrible, a la luz del fuego del horno. Dijo: «En caso de que algo me ocurra después que él haya concluido con nuestro asunto, se podrá encontrar a mi hermano en la misma calle en que vivo yo. No es ése su verdadero domicilio, pero alquiló allí una habitación».

Justo en ese momento bajó el viejo Isaacstein para buscarlo. No quiso dar crédito a sus oídos cuando oyó que Loony se negaba a seguir trabajando. Empezaron a discutir. Isaacstein chillaba: «¿Sabe usted lo que ocurrirá si no continúa trabajando?». Y Loony respondió, con mucha amabilidad: «Sí, ya sé

lo que ocurrirá». Después se descubrió con toda gentileza y dijo: «Buenas noches, señores. Regreso a mi tumba». Y el chiflado desapareció escaleras arriba sin explicar nada más.

Hadley volvió a plegar el papel y lo guardó en la cartera.

—Sí, era un buen artista —dijo el doctor Fell tratando de encender su pipa—. Es una lástima que el hermano Henri lo haya... Bien, prosiga.

—Ahora bien, no sé qué significado puede tener el que Henri haya andado por la calle Cagliostro, pero es seguro que daremos con su escondite temporal —continuó Hadley—. Se me ocurrió pensar adonde iría Fley cuando fue muerto. ¿A casa de quién iba? No era a su propio cuarto. El que ocupaba está en el número 2 B, a la entrada de la calle, y él marchaba en otra dirección. Cuando le dispararon el tiro ya había atravesado la mitad del callejón y se encontraba entre el número 18 a la derecha y el 21 a la izquierda, aunque en medio de la calzada, se entiende. Ésta es una buena pista, y he encargado a Domers que la siga. Va a registrar casa por casa a partir de la mitad del callejón, indagando si hay algún inquilino nuevo o sospechoso, o que llame la atención por cualquier motivo. Lo más probable es que encuentre muchos, pero no importa.

El doctor Fell, que se había arrellanado hasta donde se lo permitía su corpulencia en el enorme sillón, se desordenó el pelo con la mano.

—Sí —observó—; pero yo no le aconsejaría que se limitase únicamente al extremo de la calle. Más vale que registre todas las casas del callejón, porque también es posible que Fley estuviese huyendo de alguien, que estuviese tratando de escapar cuando fue asesinado.

—¿Huyendo hacia el interior de un callejón sin salida?

—¡Esto no marcha! ¡Le digo que este asunto no marcha! —rugió el doctor, levantándose de su asiento—. No solamente porque no se ve por ningún lado ni un asomo siquiera de lógica (cosa que admito francamente), sino porque la simplicidad del caso es realmente enloquecedora. No hay aquí ninguna trampa entre cuatro paredes. Tenemos una calle. Tenemos a un hombre que iba andando por medio de la nieve. Un grito, una palabra susurrada, y ¡paf!, los testigos se vuelven y el asesino ha desaparecido. ¿Cómo? ¿Es que hemos de pensar que la pistola vino volando por el aire como cuando se arroja un cuchillo, disparó por sí misma contra la espalda de Fley y cayó a unos pies de distancia?

—¡Pamplinas!

—Claro que son pamplinas. Pero debo insistir en ello —dijo el doctor Fell moviendo la cabeza. Dejó caer los lentes y se apretó los ojos con los dedos—. Me pregunto qué relación hay entre estos sucesos y el grupo de personas de la plaza Russell. Quiero decir: considerando que todos están bajo sospecha, ¿no podríamos excluir a alguno de ellos? Aun cuando nos hayan mentado en casa de Grimaud, ciertamente no se encontraban afuera, lanzando revólveres Colt en mitad de la calle

Cagliostro.

La cara del comisario se había contraído con una expresión de sarcasmo.

—Sí, olvidé que tenemos otro dato muy provechoso. ¡Es una verdadera suerte que lo tengamos! Podríamos excluir a uno o dos si el asunto de la calle Cagliostro hubiera ocurrido un poco más tarde o un poco más temprano. Pero no fue así. Fley fue asesinado exactamente a las diez y veinticinco: Esto es, unos quince minutos después que Grimaud. El hermano Henri no dejó nada librado al azar. Había previsto perfectamente lo que haríamos: enviar a un hombre para detener a Fley tan pronto como cundiera la alarma. Sólo que el hermano Henri (o algún otro) se nos adelantó en los dos casos. Contaba con su pequeño truco de desaparición para ponerse a salvo.

—¿«O algún otro»? —repitió Fell—. Sus procesos mentales son interesantes. ¿Por qué «o algún otro»?

—A eso voy precisamente..., a esos desdichados quince minutos inmediatamente posteriores al asesinato de Grimaud, que hasta ahora no hemos considerado debidamente. Estoy descubriendo nuevas tretas en el crimen, Fell. Si uno se propone cometer un par de crímenes astutos, no cometerá uno y se quedará luego esperando a que pase toda la alarma del primero para cometer el siguiente. Pegará primero un golpe y en seguida el otro, mientras los investigadores estén todavía confundidos por el anterior; de modo que nadie, ni siquiera la policía, pueda recordar dónde estaba cada cual en un momento determinado. ¿No le parece?

—Bien, bien —gruñó Fell, como para disimular el hecho de que no le parecía así en absoluto—. Debe de ser fácil ahora elaborar un horario de los sucesos. Veamos. ¿A qué hora llegamos nosotros a la casa de Grimaud?

Hadley comenzó a hacer anotaciones sobre un pedazo de papel.

—Justamente cuando Mangan saltó por la ventana, lo que no puede haber sido más que dos minutos después del disparo. Digamos a las diez y doce. Corrimos arriba, encontramos la puerta cerrada, subimos las herramientas y abrimos la puerta. Digamos tres minutos más.

—¿No será esto abreviar demasiado el tiempo? —intervino Rampole—. Me parece que hubo que forcejear un buen rato.

—La gente suele equivocarse con frecuencia en estas cosas —repuso Hadley—. La verdad es que yo mismo caía en ese error antes de intervenir en el caso de Kynastos (¿lo recuerda, Fell?), en el que un asesino endemoniadamente hábil fundamentaba su coartada sobre la invariable tendencia de los testigos a sobreestimar el tiempo. Ésta es la razón por la cual pensamos más bien en minutos que en segundos. Inténtelo usted mismo. Ponga un reloj sobre la mesa, ante su vista, cierre los ojos y mire cuando crea que ha pasado un minuto. Lo más probable será que no hayan pasado más de treinta segundos. ¡No, no, digamos tres minutos! —Frunció el entrecejo—. Mangan llamó por teléfono y la ambulancia llegó muy pronto. ¿Sabe usted, Fell, dónde queda el sanatorio?

—No —replicó el doctor con dignidad—. Deje para usted esos insignificantes

pormenores. Recuerdo que alguien dijo que se encontraba allí cerca, a la vuelta de la esquina.

—Se encuentra en la calle Guilford, cerca del Hospital de Niños —dijo Hadley—. En verdad está muy cerca de la calle Cagliostro, porque los jardines interiores de las casas de ambas calles deben de lindar unos con otros... Bien, digamos que pasaron cinco minutos antes de que la ambulancia llegara a la plaza Russell. Tenemos, pues, las diez y veinte. Veamos ahora que pasó en los cinco minutos siguientes, el tiempo justamente anterior al segundo asesinato; y en los igualmente importantes cinco, o diez, o quince minutos posteriores. Rosette Grimaud acompañó en la ambulancia a su padre, sola, y no regresó hasta algún tiempo más tarde. Mangan, solo también, estaba abajo telefoneando por encargo mío, y no volvió a subir hasta que represó Rosette. No sospecho seriamente de ninguno de ellos, pero tomo todo esto en consideración para pensar con orden. En cuando a Drayman, nadie lo vio en todo ese tiempo ni durante un largo rato después. Por lo que hace a Mills y a la señora de Dumont... ¡hum! ¡Ah, sí!, me temo que a ellos tendremos que descartarlos. Mills estuvo hablando con nosotros durante toda la primera parte de ese lapso, por lo menos hasta las diez y media; y la señora de Dumont se nos reunió muy poco después; los dos permanecieron con nosotros durante un rato, y esto ya es suficiente.

El doctor Fell soltó una risilla.

—La verdad es —dijo pensativamente— que sabemos lo mismo que antes, ni más ni menos. Las únicas personas a quienes esto nos obliga a descartar son aquellas a las que ya considerábamos inocentes. Por lo demás, si queremos ver algo claro en toda esta historia, debemos admitir que ellas, por lo menos, dicen la verdad. Hadley, lo que más me asombra es la perversidad de todo lo ocurrido. A propósito, ¿encontró usted algo ayer en el cuarto de Drayman? ¿De qué provenía aquella sangre?

—¡Oh, es sangre humana, sin duda!, pero no hemos encontrado nada en el cuarto de Drayman que nos aclare su procedencia, ni tampoco ninguna otra cosa. Había allí, sí, varias máscaras de cartón. Pero eran todas de factura muy común, con bigotes y ojos enormes; de la clase que divierte a los niños. Nada, en fin, que se parezca a una cara natural. Había allí una gran cantidad de objetos para representaciones infantiles, unos viejos estrellones y ruedas giratorias de fuegos artificiales y un teatro de juguete...

—Un penique los lisos y dos los colorados —dijo el doctor Fell resoplando con rememorativo placer—. ¡La gloria de la infancia ha muerto para siempre! ¡Ah, la magnificencia de un teatro de juguete! En los inocentes años de mi niñez, Hadley, yo poseía un teatro de juguete con dieciséis cambios de escena. La mitad, me complace decirlo, representaban cárceles. Me pregunto por qué atraerán hasta tal punto la imaginación infantil las escenas de presidios. ¿Por qué será?

—¿Qué demonios le pasa a usted? —preguntó Hadley contemplándolo con los ojos muy abiertos. ¿A qué viene todo este sentimentalismo?

—Es que se me ha ocurrido súbitamente una idea —respondió el doctor Fell con

amabilidad—. ¡Y vaya si es una buena idea!

Se quedó mirando a Hadley con los ojos entornados.

—¿Y qué piensa hacer con Drayman? ¿Lo va a detener? —preguntó finalmente.

—No. En primer lugar, porque no comprendo cómo podría ser culpable, y ni siquiera pude conseguir una orden de detención. En segundo lugar...

—¿De modo que no cree que sea culpable?

—¡Hum! —gruñó Hadley, con su innata precaución de no dudar fácilmente de la inocencia de nadie—. Yo no digo eso, pero es más probable la culpabilidad de cualquier otro que la suya. Sea como sea, es necesario que nos movamos. Debemos ir primero a la calle Cagliostro, luego interrogaremos a algunas personas, y después...

En ese momento llamaron a la puerta y una criada adormilada bajó, dando traspies, a abrir.

—Hay abajo un caballero, señor —informó Vida, asomando la cabeza en la habitación—, que quiere ver a usted o al comisario. Se llama Anthony Pettis, señor.



CAPÍTULO XII

EL CUADRO

EL DOCTOR FELL se levantó ruidosa y jovialmente, esparciendo cenizas de su pipa como el Espíritu del Volcán, y saludó al recién llegado, con tanta cordialidad, que pareció ponerlo bastante más cómodo de lo que se sentía al entrar. Anthony Pettis hizo una ligera inclinación a cada uno de los presentes.

—Deben ustedes perdonarme, señores —dijo—, por haber venido a importunarlos tan temprano. Pero tenía que quitarme esta preocupación de encima, y no me hubiera sentido tranquilo hasta verme libre de ella. Tengo entendido que ustedes... estuvieron buscándome anoche. Y he pasado por ello una noche desagradable, créanmelo. —Se sonrió—. Tuve mi única aventura delictiva una vez que olvidé renovar la patente de mi perro, y en esa ocasión mi conciencia culpable me torturó sobremanera. Cada vez que salía con aquel maldito perro me figuraba que todos los policías me miraban de un modo siniestro, y trataba de escurrirme con disimulo. Por eso me pareció conveniente ponerme en contacto con ustedes cuanto antes. En Scotland Yard me dieron esta dirección.

El doctor Fell ya estaba despojando al visitante de su abrigo con unos ademanes que lo dejaron bastante azorado, empujándolo a continuación hasta una silla. Pettis sonrió forzosamente. Era un hombrecillo pulcro y almidonado, con una brillante calva y voz extraordinariamente grave. Tenía ojos saltones, que parecían de mirada más intensa cuando entre ellos se formaba una arruga, boca voluntariosa y un mentón cuadrado y hendido. El rostro era descarnado; de expresión abstraída, austera y nerviosa. Cuando hablaba, tenía el hábito de echar el cuerpo hacia adelante, entrelazar las manos y fijar la vista con el ceño fruncido en el suelo.

—Este asunto de Grimaud dará que hacer —dijo, y vaciló—. Yo, naturalmente, cumpliré el formulismo de declarar que estoy dispuesto a hacer todo lo posible por ayudarles. Sólo que en este caso resulta ser la verdad... —Volvió a sonreír—. Bien..., ¿desean ustedes que me sienta con la cara hacia la luz, o de algún modo especial? Ésta es mi primera experiencia con la policía, fuera de las novelas.

—Tonterías —dijo el doctor Fell, y comenzó a hacer las presentaciones—. Hace tiempo que tengo deseos de conocerlo, ya que hemos escrito algunas cosas sobre la misma materia. ¿Qué prefiere usted tomar? ¿Whisky? ¿Brandy y soda?

—Es un poco temprano —respondió Pettis dubitativo—, pero si usted insiste...

muchas gracias. Conozco muy bien su libro acerca de lo sobrenatural en la literatura inglesa, doctor; goza usted de más popularidad de la que yo puedo esperar. Y no es injusta —frunció el entrecejo—. Por lo contrario, es muy justa. Pero yo no estoy totalmente de acuerdo con usted (ni con el doctor James) en que un fantasma de novela tenga que ser siempre maligno...

—Claro que ha de ser siempre maligno —tronó el doctor Fell, retorciendo el rostro en una mueca bastante horrible—. Cuanto más maligno, mejor. Nada de suaves melodías suspiradas junto a mi cama. Nada de dulces susurros sobre el Edén. ¡Quiero sangre! —Miró a Pettis de un modo que pareció sugerir a éste la desagradable idea de que se refería a su sangre—. ¡Ejem! ¡Ja! He aquí los preceptos a que debe ajustarse un fantasma. Ha de ser maligno. No hablará nunca. No ha de ser transparente, sino sólido. No ocupará durante, mucho tiempo la escena, sino que aparecerá en breves fucilazos vividos, como el asomar de una cara a la vuelta de una esquina. No ha de aparecer nunca con demasiada luz. Se presentará en un marco apropiado, preferiblemente con carácter académico o eclesiástico y con sabor a claustro o a manuscritos latinos. Existe hoy día una desdichada tendencia a menospreciar las antiguas bibliotecas y las viejas ruinas, a hacer que los espectros verdaderamente horribles aparezcan en un café o en un puesto de refrescos. Es a esto a lo que los escritores llaman actualmente la «prueba moderna». Pues bien, obsérvese la vida real y se verá que las viejas ruinas y los cementerios han espantado a mucha gente, a veces hasta hacerle perder el juicio. Nadie sería capaz de negar esto. Así, hasta que alguien no lance realmente un alarido y se desmaye al ver algo en un puesto de refrescos (algo distinto, claro está, a los mismos refrescos), hasta que no ocurra tal cosa en la vida real, sólo se puede afirmar de la nueva teoría que es absurda.

—Hay quienes sostienen —observó Pettis arqueando las cejas— que es tonto todo eso de las viejas ruinas. ¿Usted no cree que hoy día se pueden escribir buenas novelas de fantasmas?

—Claro está que se pueden escribir hoy día, hay gente con mucho talento para hacerlo. Lo que ocurre es que temen incurrir en lo que se llama *melodrama*. Y así como no les es posible eliminar el melodrama, se esfuerzan en ocultarlo de una manera tan sinuosa y enrevesada que ningún ser humano puede comprender de qué demonios están hablando. En vez de decir llanamente qué vio y oyó el personaje, tratan de dar *impresiones*. Es como si un mayordomo, al anunciar a los invitados en una fiesta, abriera de par en par las puertas de la sala para gritar: «Me parece vislumbrar un sombrero de copa, o tal vez me equivoque y se trate de un vago resplandor sobre el paragüero». Ahora bien, es muy posible que su amo encuentre esto muy poco satisfactorio. Tal vez desee saber precisamente quién es el que viene a visitarlo. El terror deja de ser tal cuando hay que resolverlo como un problema de álgebra. Tal vez sea lamentable que un hombre a quien se dice un chiste el sábado a la noche, estalle repentinamente en carcajadas a la mañana siguiente, en la iglesia; pero mucho más deplorable es que un hombre lea una novela terrorífica de fantasmas

el sábado por la noche y sólo dos semanas más tarde castañeteó repentinamente los dedos dándose cuenta de que debía haberse asustado. Señor mío, lo que yo digo es...

Por espacio de varios minutos el irritado comisario del C. I. D. se limitó desde el fondo del cuarto a carraspear y tragar bilis hasta que al fin resolvió poner término a la cuestión dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¿Quieren acabar con esto? —exclamó—. Hoy no estamos para escuchar conferencias de ninguna clase. Y es al señor Pettis a quien corresponde hablar. Así que...

Al ver que los resoplidos del doctor Fell eran sustituidos gradualmente por una sonrisa burlona, prosiguió con suavidad:

—Da la casualidad de que es de una noche de sábado, precisamente, de lo que quiero que hablemos: de la noche de ayer.

—Y de un fantasma, ¿no? —inquirió Pettis con tono de broma; el arrebatado discurso del doctor Fell le había devuelto toda su presencia de ánimo—, del fantasma que visitó al pobre Grimaud.

—Sí... Pero ante todo debo pedirle que nos dé cuenta de cómo empleó su tiempo anoche, especialmente entre las nueve y media y las diez y media.

Pettis colocó su vaso sobre la mesa. El rostro volvió a ensombrecérsele.

—Entonces quiere usted significar, señor Hadley, que al fin y al cabo estoy bajo sospecha, ¿verdad?

—El fantasma se presentó con el nombre de usted. ¿No lo sabía?

—¿Se presentó con...? ¡Dios mío! —exclamó Pettis, pegando un salto como si fuera un calvo muñeco de resorte—. ¿Dijo que era yo? Es decir que... dijo que era... ¡Diantres!, no entiendo de qué me está hablando usted. ¿Qué quiere decir con eso?

Se volvió a sentar y escuchó atentamente a Hadley mientras éste le explicaba el caso; pero se estrujaba los puños de la camisa y la corbata, y varias veces estuvo a punto de interrumpirlo.

—... Por lo tanto, usted lo desmentirá refiriéndonos dónde estuvo anoche —concluyó Hadley sacando su libreta de notas.

—Nadie me dijo una palabra sobre esto —repuso Pettis, turbado—. Yo estuve en casa de Grimaud después de que lo mataron, pero nadie me lo dijo. En cuanto a dónde estuve anoche, fui al teatro: al Teatro Real.

—Podrá probar lo que dice, por supuesto.

—No sé —respondió Pettis frunciendo el entrecejo—. Espero sinceramente poder probarlo. Puedo hablarle de la obra, aunque no creo que esto sirva de mucho. ¡Ah, sí!, me parece que aún conservo en algún bolsillo un fragmento de la entrada y el programa. Pero usted querrá saber si me encontré con alguien que me conozca, ¿no es así? No, me temo que no; a no ser que alguien me haya visto sin que yo me diera cuenta. Fui solo. Ocurre que los pocos amigos que tengo viven según normas fijas. Sabemos por lo general dónde se encuentra exactamente cada uno de nosotros, especialmente los sábados por la noche; pero no queremos modificar nuestras

respectivas conductas habituales. —Se notó una expresión de disgusto en su mirada—. Es algo..., es una especie de bohemia respetable, por no decir aburrida.

—Esto podría interesar al asesino —dijo Hadley—. ¿Cuáles son esas respectivas conductas habituales?

—Grimaud siempre trabaja...: perdónenme: no puedo acostumbrarme a la idea de que ha muerto; siempre trabajaba hasta las once. Después de esta hora se le podía molestar todo lo que se quisiera; es un pájaro nocturno, pero no antes de las once. Burnaby juega siempre al *póker* en su club. Mangan, que es una especie de novicio, acompaña a la hija de Grimaud. Está con ella casi todas las noches, dicho sea de paso. Yo voy al teatro o al cine, pero no siempre.

—Muy bien. Y después del teatro, ¿adónde fue usted? ¿A qué hora salió?

—Eran alrededor de las once, o quizá algo más tarde. Yo estaba desvelado. Pensé que podría ir a ver a Grimaud y tomar una copa en su compañía. Pues bien..., ya saben ustedes lo demás. Cuando Mills me lo dijo pedí entrevistarme con usted o con el que estuviera encargado de este asunto. Después de esperar abajo un buen rato, sin que nadie me prestara ni la menor atención —continuó Pettis con cierta aspereza—, resolví ir al sanatorio para ver cómo seguía Grimaud. Llegué allá justo en el momento en que expiraba. Ahora bien, señor Hadley, yo comprendo que éste es un asunto terrible, pero le juro que... —¿Por qué quiso usted verme?

—Yo estaba en la cervecería cuando ese sujeto Fley profirió su amenaza, y pensé que podría serles útil. Es claro que en el primer momento supuse que era Fley el asesino, pero esta mañana leí en el diario que...

—¡Un momento, por favor! Antes de pasar a eso quiero manifestarle que el que lo imitó a usted empleó correctamente su manera de hablar y dirigirse a las personas. ¡Bien! ¿Cuál de sus amigos (o conocidos) supone usted que sería capaz de hacerlo?

—O de querer hacerlo —agregó Pettis con vivacidad.

Se arrellanó en su asiento, cuidando de no arrugarse la raya del pantalón. A todas luces su nerviosidad iba cediendo ante los interrogantes que se planteaba su mente aguda, curiosa, insaciable; un problema abstracto lo inquietaba. Juntando las puntas de los dedos de ambas manos, se quedó mirando a los lejos a través de las altas ventanas.

—No crea que trato de rehuir su pregunta, señor Hadley —dijo después con una áspera tosecilla—. La verdad es que no puedo sospechar de nadie. Pero este enigma me preocupa aun dejando a un lado el peligro que supone, en cierto modo, para mí. Si a usted le parece que mis ideas adolecen de excesiva sutileza, o bien, simplemente, de excesiva necedad, someteremos todo al juicio del doctor Fell. Supongamos, en gracia de la argumentación, que soy el asesino. —Miró burlonamente a Hadley, que se había enderezado en su silla—. ¡No se confunda! No soy el asesino, pero supongamos que lo soy. Voy a matar a Grimaud disfrazado en una forma ridícula (cosa que, dicho sea de paso, me repugna tanto como cometer un asesinato). En fin, supongamos que llevo a cabo todas las demás payasadas. ¿Le parece lógico que después de haber hecho

todo eso proclame a voz en cuello mi nombre ante aquellos dos jóvenes? —Se detuvo, juntando y separando las puntas de los dedos—. Ésta es la manera de ver inmediata, la más simple. Pero un investigador sagaz podría responder: «Sí, un asesino astuto podría obrar así. Hubiera sido la forma más eficaz de engañar a los que hubiesen aceptado inmediatamente la primera conclusión. Habló como Pettis, pero con una ligerísima alteración en la voz, suficiente, no obstante, para que más tarde, reflexionando, los que lo oyeron pensarán que el que había hablado *no era* Pettis». ¿Ha pensado usted en esto?

—¡Oh, por supuesto! —respondió el doctor Fell con una amplia sonrisa—. Es lo primero que pensé.

Pettis movió la cabeza.

Entonces habrá pensado también en la respuesta a ese razonamiento, la cual también me absuelve. Si yo hubiese hecho una cosa semejante, no hubiera alterado para nada la voz, pues haciéndolo corría el riesgo de que aquellos a los que me dirigiese no tuvieran más tarde las dudas que yo deseaba que tuviesen. Lo que sí hubiera hecho, en cambio —añadió con un ademán—, es dejar escapar alguna falta al hablar. Hubiera dicho algo insólito, algo inusitado en mí, y eso sí hubiera sido recordado más tarde. Pero no fue lo que hizo el visitante. Su imitación fue demasiado perfecta, lo cual parece eximirme de culpa. Adopten ustedes el punto de vista simple o el alambicado, corresponde declararme inocente, ya sea porque no soy tonto o bien porque sí lo soy.

Hadley soltó la risa. Su mirada divertida pasó de Pettis al doctor Fell, y no pudo conservar por más tiempo su expresión preocupada.

—Los dos son aves del mismo plumaje —dijo—. Me gustan estas vueltas y revueltas. Pero mi experiencia me permite decirle, Pettis, que un criminal que intentara cualquier cosa por el estilo se vería en grandes apuros. La policía no se detendría a pensar si es tonto o si no lo es. Adoptaría el punto de vista simple y lo colgaría sin más ni más.

—Como usted haría conmigo —observó Pettis— si pudiera encontrar más indicios contra mí, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Bien...; esto, por lo menos, es hablar con franqueza —dijo Pettis, aunque pareció sentirse sumamente sorprendido e incómodo por la respuesta—. ¿Debo continuar? Me ha dejado usted sin aliento.

—Continúe, sí —instó el comisario con un ademán afable—. Podemos recoger ideas hasta de un hombre inteligente. ¿Qué más puede usted sugerirnos?

Fuesen o no estas palabras una incitación deliberada, su resultado fue completamente inesperado. Pettis sonrió, pero sus ojos miraron con gran fijeza y su rostro pareció volverse más descarnado aún.

—Sí. creo que puedo sugerirles algo más —contestó—, aun cuando sean ideas que ustedes deberían haber considerado ya. Permítaseme exponer un ejemplo. Sus

declaraciones (o las de algún otro) sobre el asesinato de Grimaud han aparecido en una crónica de cierta extensión en todos los periódicos de la mañana de hoy. Señaló usted el cuidado que se tomó el asesino de asegurarse que quedara nieve intacta después de su misteriosa desaparición. Según usted, podía estar seguro de que nevaría anoche, y, en consecuencia, ordenar sus planes sobre esta base y proseguir su juego esperando a que cesara de nevar para llevar a cabo su propósito. De todos modos, podía razonablemente prever que habría nieve, poca o mucha. ¿No es así?

—He dicho algo por el estilo, sí ¿Qué hay con eso?

—Pues yo creo que usted debería haber tenido presente —respondió Pettis con mucha calma— que según el pronóstico meteorológico de ayer el asesino no podía esperar nada de eso. El observatorio meteorológico había pronosticado que ayer no nevaría en absoluto.

—¡Por Baco! —tronó el doctor Fell, y dejó caer pesadamente el puño sobre la mesa después de una pausa en que miró fijamente a Pettis con sus ojos parpadeantes—. ¡Magnífico! No se me ocurrió pensar en eso. ¡Esto cambia por completo todas las cosas, Hadley! Esto...

Pettis se arrellanó en su asiento. Sacó una pitillera y la abrió.

—Claro que se puede presentar una objeción a eso. Quiero decir que usted podría replicar, muy razonablemente, que el asesino sabía que iba a nevar porque el observatorio meteorológico pronosticó que no nevaría. Pero en tal caso sería *usted* quien alambicara la alimentación hasta un punto rayano en lo ridículo. Yo no puedo seguirlo tan lejos. Lo cierto es que, a mi juicio, el observatorio meteorológico está tan expuesto a cometer errores como el servicio telefónico. Esta vez ha hecho una plancha, es verdad; pero no tiene importancia. ¿No me creen ustedes? Vean los diarios de ayer y lo comprobarán.

Hadley lanzó un juramento y sonrió.

—Lo siento —dijo—. Créame que lo inquieté involuntariamente. Pero, de cualquier manera, no me arrepiento de haberlo hecho. Si, parece que esto cambia el aspecto de las cosas. No hay duda de que si un hombre se propone cometer un crimen basándose en el hecho de que ha de nevar, tiene que tomar en cuenta el pronóstico del tiempo. —Hadley tamborileó sobre la mesa—. Pero no importa; ya volveremos sobre esto. Ahora tengo verdaderamente necesidad de ideas.

—Me temo no poder decir nada más. La criminología es más bien materia de Burnaby que mía. En cuanto a la persona que ha imitado mi voz, ¿qué necesidad hay de implicarme en eso? Soy un individuo bastante inofensivo, se lo aseguro. No sirvo para desempeñar el papel de Némesis. Lo que ocurre es que soy el único de nuestro grupo que no tiene una línea de conducta invariable los sábados por la noche; y, por tanto, tal vez me resulte imposible probar mi coartada. Pero en cuanto a quién pudo haberlo hecho..., no me explico quién puede conocer la manera en que acostumbro a hablar a esos jóvenes.

—¿Y ese círculo de la cervecería Warwick? ¿Lo integraban algunos otros fuera de

los que ya conocemos?

—¡Oh, sí! Había dos concurrentes más, que venían de cuando en cuando. Pero no creo que ninguno de ellos pueda ser el culpable. Uno es el viejo Monington, que ha ocupado un puesto en el Museo durante más de cincuenta años; tiene una voz cascada que de ninguna manera podría hacer pasar por la mía. Luego está Swayle, pero creo que anoche estuvo hablando por radio sobre la vida de las hormigas o algo por el estilo, y ha de tener su coartada...

—¿A qué hora habló por radio?

—Me parece que a las diez menos cuarto, aproximadamente, aunque no lo sé con exactitud. Además, ninguno de los dos había visitado nunca la casa de Grimaud. Por lo que hace a concurrentes accidentales a la cervecería, es posible que algunos escucharan desde lejos; pero ninguno intervino nunca en la conversación. Ésta es la mejor pista de que pueden ustedes disponer, aunque, a mi juicio, es bastante frágil. —Pettis tomó un cigarrillo y cerró la pitillera de un golpe—. Sí, más vale dejar este punto como incógnita; pues de lo contrario nos veríamos metidos en toda clase de embrollos, ¿no le parece? Burnaby y yo éramos los únicos amigos íntimos de Grimaud. Pero yo no cometí el crimen y Burnaby estaba jugando a las cartas.

Hadley lo miró fijamente.

—¿Debemos suponer que Burnaby estaba realmente jugando a las cartas?

—No sé —admitió Pettis con toda franqueza—; pero de todos modos yo apostaría a que sí. Burnaby no es ningún bobo, y hubiera tenido que ser el mayor de los imbéciles para cometer un asesinato la noche en que su ausencia sería notada con toda seguridad.

A todas luces esto impresionó al comisario más que todo lo que había dicho Pettis hasta el momento. Continuó tamborileando con los dedos sobre la mesa y con el entrecejo fruncido. El doctor Fell estaba engolfado en alguna oscura meditación particular. Pettis observó con curiosidad a uno y a otro.

—Si les he suministrado materia de reflexión, señores... —Comenzó a decir, y Hadley salió de su abstracción al instante.

—¡Sí, sí! ¡Prosigamos! Hablemos ahora de Burnaby: ¿sabe usted que es el autor del cuadro que Grimaud compró para que le sirviera de defensa?

—¿Para que le sirviera de defensa? ¿Cómo? ¿Y contra qué?

—No lo sabemos. Yo esperaba que usted podría explicárnoslo. —Hadley observaba a Pettis con atención—. En la familia de Grimaud la afición a hacer observaciones enigmáticas parece ser tradicional. A propósito, ¿qué sabe usted acerca de su familia?

Pettis estaba evidentemente confundido.

—Bueno, Rosette es una muchacha encantadora, y no me parece que tenga afición a hacer observaciones enigmáticas. Muy al contrario; es un tanto demasiado moderna para mi gusto. —Arrugó la frente—. Nunca conocí a la mujer de Grimaud; hace años que ha muerto. Pero aún no veo...

—No importa. ¿Qué piensa usted de Drayman?

Pettis se rió entre dientes.

—El viejo Hubert Drayman es la persona más candorosa que conozco. Tan candorosa que algunos sospechan que oculta una profunda y diabólica astucia. Perdónenme, pero ¿tienen ustedes a Drayman sobre el tapete? Si es así, yo les aconsejaría desistir.

—Volvamos entonces a Burnaby. ¿Sabe usted cómo llegó a pintar ese paisaje, o cuando lo pintó; o cualquier otra cosa relacionada con el cuadro?

—Creo que lo pintó hace uno o dos años. Lo recuerdo porque era el lienzo más grande que había en su estudio. Lo ponía de canto y lo usaba como pantalla o mampara cada vez que necesitaba una. En cierta ocasión le pregunté qué era lo que representaba. Me respondió: «Es una concepción imaginaria de algo que nunca vi». Tenía un título francés, «*Dans l'Ombre des Montagnes du Sel*», o algo semejante — Pettis dejó de golpetear contra la pitillera su cigarrillo, sin encender todavía. Su mente curiosa e inquieta estaba sondeando otra vez—. ¡Oh, sí!, ahora recuerdo que Burnaby dijo: «¿No le gusta? A Grimaud le produjo una impresión tremenda cuando lo vio».

—¿Por qué?

—No le presté atención. Creí, como es natural, que se trataba de una broma, o que quería jactarse. Se echó a reír al decirlo; Burnaby es así. Me sorprendí cuando Grimaud fue el viernes por la mañana con el propósito de llevarse el cuadro. Había permanecido tanto tiempo tirado en su estudio, acumulando polvo...

Hadley se inclinó hacia adelante con un brusco movimiento.

—¿Usted se encontraba allí, entonces?

—¿En el estudio? Sí. Pasé por allí a la mañana temprano... por algún motivo que no recuerdo. Grimaud entró de sopetón...

—¿Trastornado?

—Sí. No... no, excitado más bien. —Pettis reflexionó, observando a Hadley de reojo—. Grimaud dijo, con su modo brusco de hablar, parecido al tableteo de una ametralladora: «Burnaby, ¿dónde está su cuadro de las montañas de sal? Lo necesito. ¿Cuánto quiere por él?». Burnaby lo contempló de un modo extraño. Se apartó unos pasos y dijo, señalando la pintura: «Es suyo, hombre; si lo necesita, lléveselo». Grimaud replicó: «No, voy a sacarle provecho e insisto en comprárselo». Pues bien, cuando Burnaby mencionó el precio irrisorio de diez chelines, Grimaud sacó solemnemente su libreta de cheques y llenó uno por esa suma. Sólo quiso dar como explicación que tenía un espacio libre en la pared de su estudio, donde pensaba colgarlo. Esto es todo. Bajó el cuadro hasta la puerta y yo le busqué un coche para transportarlo.

—¿Estaba envuelto? —preguntó el doctor Fell repentinamente, tan repentinamente, en verdad, que Pettis dio un pequeño salto.

El doctor Fell denotaba más interés por este relato que por ninguna otra cosa

dicha por Pettis hasta entonces. Lo escuchaba con suma atención, habiéndose inclinado hacia adelante con las manos apoyadas sobre su bastón. Pettis lo observó con interés.

—Me admira que usted me lo pregunte —dijo—. Es esto justamente lo que iba a contar ahora: el alboroto que armó Grimaud para que se lo envolvieran. Pidió papel, pero Burnaby le dijo: «¿Cómo cree usted que puedo tener una hoja suficientemente grande para envolver esto? ¿Por qué se avergüenza de andar con él? Llévelo tal como está». Pero Grimaud se empeñó en bajar para adquirir unos cuantos metros de papel de estraza en alguna de las tiendas vecinas. Me pareció que Burnaby se sintió muy molesto

—¿No sabe usted si Grimaud fue directamente a su casa con el cuadro?

—No... Me parece que quería primero ir a ponerle marco, pero no estoy seguro.

El doctor Fell se reclinó con un gruñido y no se interesó más en el tema ni formuló más preguntas, haciendo caso omiso de las observaciones de Pettis. Aunque Hadley prosiguió interrogándolo durante algún rato, no obtuvo nada importante; al menos por lo que Rampole pudo ver. Respecto a cuestiones personales, Pettis habló con reserva; pero declaró que había poco que ocultar. No hubo desavenencias de ninguna clase en el hogar de Grimaud, ni tampoco en el círculo de sus amigos; salvo la rivalidad entre Mangan y Burnaby. Éste, aunque era casi treinta años mayor, experimentaba fuerte interés por Rosette Grimaud, un interés que era al mismo tiempo descuidado y celoso. El doctor Grimaud nunca había dicho nada al respecto; si alguna intervención tuvo en esta pretensión fue para favorecerla; pero, por lo que Pettis pudo observar, no le disgustaba Mangan.

—Pero creo que ustedes comprenderán, señores —concluyó Pettis, levantándose para marcharse en el momento en que el reloj daba las diez—, que todas estas consideraciones no constituyen ningún camino directo. Resultaría muy difícil relacionar a cualquiera de nuestro grupo con un *crime passionel*. En cuanto al aspecto monetario del problema, tampoco es mucho lo que puedo decirles. Creo que Grimaud era bastante rico. Sus abogados, que casualmente conozco, son Tennant y Williams, de Gray's Inn... Entre paréntesis, ¿por qué no vienen todos ustedes a almorzar conmigo, hoy que es domingo, y un domingo hartamente triste? Vivo en el Imperial, justamente en el otro lado de la plaza Russell. Ocupo allí varias habitaciones desde hace quince años. Ustedes están investigando en ese barrio y puede resultarles cómodo; además, si el doctor Fell tiene deseos de conversar sobre novelas de fantasmas...

Sonrió. El doctor Fell se apresuró a aceptar la invitación antes de que Hadley tuviese tiempo de rechazarla, y Pettis se marchó con aire mucho más satisfecho del que había tenido al llegar. Apenas hubo partido, los que quedaban se miraron.

—Bien —refunfuñó Hadley—, este Pettis me parece bastante sincero; aunque claro está que no dejaremos de verificar lo que dice. El punto más importante, el más extraño, es éste: ¿por qué habría de cometer un crimen cualquiera de ellos la única

noche justamente en que su ausencia sería notada? Vamos a interrogar a ese amigo Burnaby; pero parece que él tampoco tiene nada que ver con el asunto, aunque sólo sea porque...

—Y el observatorio meteorológico había pronosticado que no nevaría —dijo el doctor Fell con una especie de obstinación—. ¡Hadley, esto da al traste con todo! Esto pone todo el problema patas arriba; pero no puedo comprender... ¡La calle Cagliostro! Vamos a la calle Cagliostro. En cualquier parte estaremos mejor que en estas tinieblas.

Y lanzando bocanadas de humo se encaminó pesadamente en busca de su abrigo y de su sombrero de teja.



CAPÍTULO XIII

EL PISO SECRETO

AQUELLA GRIS e invernal mañana de domingo Londres estaba desierto hasta el punto de que no se veía un alma en las calles a lo largo de kilómetros enteros. Y la calle Cagliostro, por la que dobló un poco después el automóvil de Hadley, parecía como si no fuera a despertar nunca.

La calle Cagliostro acoge, como dijo el doctor Fell, un deslucido excedente de las pequeñas tiendas y casas de pensión de las calles vecinas. Es una derivación de la calle Lamb —arteria larga y estrecha— y constituye un centro comercial que se extiende al Norte hasta la tranquila calle Guilford, y al Sur hasta la principal vía de tránsito, la carretera de Theobald. Hacia el extremo de la calle Guilford, en el lado oeste, la entrada a la calle Cagliostro se abre entre una papelería y una carnicería. Parece un pasaje de esos cuya existencia no se descubre sino cuando uno anda buscándolos. Pasando los edificios de los dos comercios mencionados, el callejón se ensancha repentinamente para alcanzar una amplitud inesperada, corre longitudinalmente, hasta un muro de ladrillos situado a unos doscientos metros de la entrada.

A pesar de sus vagabundeos a través de Londres, nunca había podido Rampole liberarse del sentimiento sobrecogedor que le producían los callejones, y las filas de casas parecíanle surgidas como por arte de encantamiento. No pocas veces había llegado a preguntarse si al salir de su alojamiento no encontraría la calle misteriosamente cambiada, y caras desconocidas observándolo desde edificios que nunca había visto antes. Se encontraba ahora, junto con Hadley y el doctor Fell, mirando, desde la entrada hacia el interior de la calle Cagliostro. Las casas de comercio sólo se extendían un breve trecho a cada lado de la misma. Los escaparates de todas ellas estaban protegidos por recias redes metálicas, y daban la impresión de desafiar a los parroquianos como las fortalezas a sus atacantes. Hasta los letreros dorados tenían un aire de desafío. Los escaparates ostentaban todas las gradaciones de la pulcritud, desde el brillo reluciente de una joyería, el más alejado de los situados sobre la mano derecha, hasta el gris lóbrego de una tabaquería, el más próximo sobre la misma mano; una tabaquería que parecía más reseca que el tabaco viejo, encogida y oculta detrás de unos carteles que anunciaban acontecimientos que nadie recordaba haber oído mencionar jamás.

Más allá se veían dos filas de casas de techo plano, de tres pisos, de ladrillo de color rojo oscuro, con los marcos de las ventanas pintados de blanco o amarillo y cortinas corridas, algunas de las cuales (en la planta baja) mostraban frívolos adornos de encaje. Sus paredes se habían ennegrecido hasta adquirir el color del hollín. A no ser porque las rejas de hierro que cercaban al patiecillo hundido del frente doblaban hacia las puertas de entrada, hubiérase dicho que todas las casas constituían una, única y enorme. Estaban ornadas de letreros alentadores que anunciaban cuartos amueblados, y sobre los techos se alzaban hacia el cielo gris, cargado de nubes, los sombreretes de las chimeneas. La nieve se había derretido formando en algunos sitios un fango grisáceo; el fuerte viento barría la bocacalle persiguiendo a un diario abandonado, al que golpeaba y restregaba contra un poste de alumbrado.

—Divertido —gruñó el doctor Fell. Avanzó pesadamente, y el ruido de sus pasos resonó despertando ecos—. Ahora recorramos todo el callejón en línea recta antes de avisar a nadie. Muéstreme dónde estaba Fley cuando lo mataron. ¡Un momento! Ante todo, ¿dónde vivía?

Hadley indicó la tabaquería cerca de la cual se hallaban.

—Allí arriba —dijo—. Justo a la entrada del callejón, como le dije. Después vamos a subir, aunque Somers ha estado allí y dice que no hay nada. Ahora vengan ustedes por aquí y vayamos por el medio de la calle... —Él marchaba delante, dando zancadas de casi un metro de largo—. Hasta este punto, las aceras estaban barridas y la calzada mostraba huellas, digamos hasta unos cuarenta y cinco metros de la bocacalle. Después todo era nieve intacta. Fley se encontraba a buena distancia de allí, aproximadamente a cuarenta y cinco metros..., *aquí*, precisamente. —Se detuvo y se volvió pausadamente—. A mitad de camino, en el centro de la calle. Ya ven ustedes lo ancha que es la calzada; andando por el centro de ella se encontraba a unos buenos nueve metros de las casas situadas a los lados. Si lo hubiera hecho por la acera, podríamos construir alguna teoría fantástica sobre un hombre que se hubiera asomado por una ventana, o desde un patiecillo hundido, con la pistola fijada en la punta de un palo o de algo parecido, y...

—¡Simplezas!

—Muy bien, simplezas; pero ¿en qué otra cosa podemos pensar? —preguntó Hadley con cierta vehemencia, e hizo un amplio ademán con su cartera—. Como usted mismo ha dicho, aquí está la calle: ¡el asunto es claro, sencillo e imposible! Ya sé que no ocurrió nada semejante, pero ¿qué es lo que ocurrió? Los testigos tampoco vieron nada; y de haber ocurrido algo, tendrían que haberlo visto. ¡Espere! Quédese ahí donde está ahora y continúe mirando en esa dirección.

Hadley dio unos pasos hacia adelante y volvió después de haber inspeccionado los números. Luego cruzó a la acera de la derecha.

—Aquí es donde estaban Blackwin y Short cuando oyeron el grito —dijo—. Usted avanza por el medio de la calle. Yo me encuentro delante de usted. Me vuelvo... así. ¿Qué distancia hay entre nosotros?

Rampole, que había permanecido separado de los dos, vio la figura del doctor Fell irguiéndose sola y enorme en el centro de un rectángulo vacío.

—La distancia es menor ahora —dijo el doctor Fell, echándose hacia atrás el sombrero—. Esos dos hombres se encontraban a una distancia no mayor de unos nueve metros más adelante. ¡Esto es más extraño aún de lo que me parecía, Hadley! Fley estaba en medio de un desierto de nieve. Y sin embargo, cuando los dos hombres se volvieron al oír el disparo... ¡hum!..., ¡hum!...

—Exactamente. Ahora veamos lo de las luces. Usted hará la parte de Fley. A su derecha, a poca distancia hacia delante y justo frente a la puerta número 18, ve usted un farol. A poca distancia hacia atrás, también a mano derecha, ¿ve el escaparate de la joyería? Bien. En ese escaparate había una luz encendida; no era muy intensa, pero iluminaba. ¿Quiere usted explicarme ahora cómo dos hombres, estando de pie donde yo lo estoy ahora, podrían equivocarse respecto a si había o no otra persona cerca de Fley?

Había levantado la voz y la calle respondió con un eco satírico. El diario abandonado, atrapado de nuevo por un remolino del ventarrón, comenzó a girar con un ruido súbito; y el viento pasaba con un sordo rugido entre los sombreretes de las chimeneas, como si soplara a través de un túnel. La capa negra del doctor Fell se agitaba en torno a su cuerpo, y el cordón de sus lentes danzaba frenéticamente.

—La joyería... —repetíase, y miraba con ojos atentos—. ¡La joyería! Y la luz estaba encendida... ¿Habría alguien allí dentro?

—No. Withers pensó en eso y fue a ver. Sólo había una luz en el escaparate. La red metálica cubría la puerta y la ventana, lo mismo que ahora. Nadie podría haber entrado o salido de allí. Además, está muy lejos de donde se encontraba Fley.

El doctor Fell estiró el cuello para mirar en derredor y se aproximó para observar, con mirada de honda concentración, el escaparate protegido por la persiana reticular. En su interior se exponían, en estuches de terciopelo, anillos y relojes baratos, una serie de candeleros y, en el centro, un enorme reloj alemán con ojos movibles en su esfera redonda que figuraba un sol, y que comenzaba a dar las once. El doctor Fell se quedó contemplando los ojos movibles, que producían el desagradable efecto de estar observando, con un aire idiota de diversión, el sitio en que había sido asesinado un hombre. Aquello añadía un toque de horror a la calle Cagliostro. Después el doctor Fell volvió pesadamente al centro de la calzada.

—Pero esta tienda —dijo con pertinacia, como si estuviera continuando una discusión— está a la derecha de la calle. Y Fley recibió un tiro por la espalda desde el lado izquierdo. Si suponemos, como al parecer debemos suponer, que el atacante se aproximó desde la izquierda —o cuando menos que la pistola voladora vino desde la izquierda—..., ¡no comprendo! Aun admitiendo que el asesino fuera capaz de andar sobre la nieve sin dejar huellas, ¿podríamos al menos determinar de qué lado vino?

—*Vino por aquí* —respondió una voz.

El viento desatado pareció hacer girar en remolino las palabras, en torno a ellos,

como si sólo provinieran del aire. Durante un segundo Rampole experimentó, en medio de aquella borrasca penumbra, un terror mucho más grande que el experimentado en el caso de la prisión de Chatterham. Tuvo una visión fantástica de objetos que se cernían en el aire y le pareció oír las palabras de un hombre invisible, exactamente como los dos testigos habían oído las del asesino incorpóreo la noche precedente. Durante un segundo, también, algo le apretó la garganta, cortándole la respiración..., hasta que se volvió y, con alivio, vio la explicación de todo. Un hombre joven, de recia conformación, con una cara bermeja y un sombrero hongo echado sobre los ojos, lo que le confería un aire ligeramente siniestro, bajaba los escalones desde la puerta abierta del número 18. El joven mostró una amplia sonrisa al saludar a Hadley.

—Vino por aquí, señor. Soy Somers, señor. Usted recordará que me mandó averiguar adónde iba ese franchute cuando lo mataron. Y que viera si en alguna de estas pensiones había algún tipo raro que pudiera ser el asesino... Pues bien, he averiguado algo sobre un pensionista extraño, y no ha de ser difícil dar con él. Vino por *aquí*. Discúlpeme por haberlo interrumpido.

Esforzándose por disimular que esa interrupción había resultado desagradablemente sobrecogedora, Hadley gruñó una palabra de satisfacción; y al levantar la vista hacia la puerta abierta, vio en ella la figura de otro hombre, que estaba parado allí como indeciso. Somers siguió la dirección de su mirada.

—¡Oh, no!, señor —dijo, y volvió a sonreír—. Éste no es el pensionista. Es el señor O'Rourke, el artista del *music-hall* que anoche identificó al franchute, como usted sabe. Me estuvo ayudando un poco esta mañana.

La figura parada en el vano de la puerta salió de la oscuridad y bajó la escalera. El hombre parecía muy delgado a pesar del grueso abrigo, delgado y vigoroso; avanzaba con pasos firmes y ligeros, revelando al ágil trapeceista o al atleta. Era cortés, desenvuelto, y al hablar se echaba hacia atrás, como si necesitara espacio para sus ademanes. Por su aspecto podía tomárselo fácilmente por italiano, a causa de su tez morena y el frondoso bigote negro que se enroscaba bajo su aguileña nariz. Una larga pipa curva colgaba de un ángulo de su boca, y echaba bocanadas de humo con visible satisfacción. Sus brillantes ojos azules tenían algo de burlones, y al presentarse se quitó un fino sombrero de color de cervato. Era el irlandés de seudónimo italiano; hablaba como un norteamericano, y, según explicó, era canadiense.

—O'Rourke es mi nombre, sí —declaró—. John L. Sullivan O'Rourke. ¿Sabe alguno de ustedes cuál es mi segundo nombre? ¿El nombre del... —dio un paso atrás e hizo un amplio ademán con el brazo derecho—... más grande de mis antepasados? Yo no lo sé. Tampoco lo sabía mi padre cuando me bautizó. *L.* es todo lo que sé. Espero que no les molestará que me haya entremetido. Sí, yo conocía al pobre Loony... —Se interrumpió, sonrió y se atusó el bigote—. ¡Ah, sí!, ya me doy cuenta, señores. Están observando ustedes este mostacho mío. A todo el mundo le llama la atención. Es por culpa de esa maldita canción. El empresario pensó que sería una

gran idea que me presentara como el tipo de la canción. ¡Oh, es completamente real! Miren. —Se tiró del bigote—. No hay aquí nada postizo, ¿ven? Pero, como les decía, discúlpenme por haberme entremetido. Lamento muchísimo lo que le pasó al pobre Loony.

Su rostro se ensombreció.

—No tiene por qué disculparse —dijo Hadley—. Gracias por toda la ayuda que nos ha prestado. Me ha ahorrado el trabajo de ir a verlo al teatro.

—No estoy trabajando, de todos modos —observó O'Rourke melancólicamente. Asomó la mano izquierda por la larga manga del abrigo. Tenía la muñeca enyesada y vendada a causa de la lastimadura—. Si yo tuviera un poco de seso no hubiera dejado que Loony se marchara solo anoche. Pero ¡quién se lo iba a imaginar!

—¿Quiere usted acompañarme, señor? —lo interrumpió Somers torvamente—. Tengo algo importante que mostrarle. Y algo que decirle también. La casera está abajo vistiéndose y le va a decir algunas cosas sobre el pensionista. Seguro que es el hombre que buscamos. Pero antes me gustaría que viera usted sus habitaciones.

—¿Qué hay en sus habitaciones?

—Pues, en primer lugar, hay allí sangre, señor —respondió Somers—. Y también una cuerda muy rara... —añadió, sin ocultar la satisfacción que le causaba ver la cara intrigada de Hadley—. Esa cuerda le interesará seguramente, y hay también otras cosas interesantes. El individuo ése ha de ser un ladrón, o al menos un pícaro, a juzgar por sus pertrechos. Ha puesto una cerradura especial en su puerta para que la señora de Hake, la casera, no pueda entrar. Pero yo usé una de mis llaves... No hay nada ilegal en eso, señor. Ese individuo se ha largado, casi con seguridad. La señora de Hake dice que alquiló esas habitaciones hace algún tiempo, pero que sólo las utilizó una o dos veces...

—Vamos —dijo Hadley con decisión.

Cerrando la puerta tras de ellos, Somers los condujo a través de un oscuro corredor y les hizo subir tres tramos de una escalera. Era una casa estrecha, y en cada piso había un departamento amueblado que ocupaba todo el largo, desde el frente al fondo. La puerta del piso más alto —muy próxima a una escalera que conducía al techo— se hallaba abierta, con su cerradura especial resplandeciendo por encima de la ordinaria. Somers los guió por un oscuro pasillo en que había tres puertas.

—Entremos primero aquí, señor —dijo, indicando la primera de las puertas, a la izquierda—. Es el baño. Tuve que poner un chelín en el contador de electricidad para obtener un poco de luz.

El baño era un oscuro cuarto de baúles transformado, con la pared revestida de papel glaseado imitando azulejos, un hule desgastado sobre el piso, un pesado calentador de baño cubierto de herrumbre, un espejo empañado que colgaba sobre un lavabo con una palangana, y un jarro en el suelo.

—Como usted ve, trataron de limpiar el lugar —dijo Somers—. Pero a pesar de que dejaron correr agua, aún se puede ver rastros rojizos en el baño. Fue allí también

donde el hombre se lavó las manos. Y además hay rastros allí, detrás del cesto de la ropa...

Con dramática satisfacción, Somers volcó el cesto, se inclinó sobre el polvo que había detrás y sacó una toalla todavía húmeda, que en algunos pedazos empapados tenía un color rosado.

—Se limpió las ropas con esto —concluyó, moviendo la cabeza.

—Muy bien —dijo Hadley con voz suave. Agitó la toalla, miró al doctor Fell, sonrió y colocó el precioso hallazgo sobre el borde del cesto—. Pasemos a las habitaciones ahora. Tengo curiosidad por ver la cuerda.

Como el amarillo mortecino de las lámparas eléctricas, como el frío olor a sustancia química que ni siquiera neutralizaba el fuerte tabaco que fumaba O'Rourke, la personalidad de alguien llenaba aquellas habitaciones. Era una guarida en muchos sentidos. Gruesas cortinas cubrían las ventanas de la habitación, bastante amplia, que daba a la calle. Sobre una mesa ancha, y bajo una intensa luz, se hallaba expuesto un extenso surtido de pequeños instrumentos de acero y alambre de cabezas redondeadas y extremos curvos (Hadley dijo: «Ganzúas, ¿eh?», y empezó a silbar), una variedad de cerraduras y un rimerero de papeles con anotaciones. Había también un poderoso microscopio, una caja provista de placas de vidrio, una cantidad de sustancias químicas sobre una repisa, en la que estaban colocados en un soporte seis tubos de ensayo con etiquetas, una pared cubierta de libros, y en uno de los rincones una pequeña caja de caudales de hierro, a la vista de la cual Hadley lanzó una exclamación.

—Si es un ladrón —dijo el comisario—, es el ladrón más moderno y científico que he encontrado. No sabía yo que esta maniobra fuese conocida en Inglaterra. Usted ha estado examinando eso, Fell; ¿lo reconoce?

—Ha practicado un ancho agujero en el hierro, en la parte de arriba, señor —interpuso Somers—. Si es que usó un soplete, es el más perfecto corte hecho con acetileno que he visto en mi vida. El hombre...

—No usó ningún soplete —afirmó Hadley—. El corte es demasiado limpio y perfecto. Esto se hizo con la preparación de Krupp. No estoy fuerte en química, pero creo que esto se ha hecho con una mezcla de aluminio en polvo y óxido ferroso. Se mezcla el polvo encima de la caja de caudales, se agrega... ¿qué era?... magnesio en polvo, creo, y se acerca un fósforo encendido. No hay explosión. Solamente se genera un calor de varios miles de grados que funde el metal... ¿Ven ese tubo metálico que está sobre la mesa? Tenemos uno igual en el Museo. Es un detectoscopio, o lente de ojo de pez, como le llaman, con una refracción de más de media esfera, como el ojo de un pez. Si se lo coloca sobre un agujero en la pared, se puede ver todo lo que pasa en la habitación vecina. ¿Qué le parece esto, Fell?

—Bien, bien —respondió el doctor con mirada ausente, como si nada de eso tuviera la menor importancia; espero que llegue usted a ver lo que sugiere. El misterio, el... Pero ¿dónde está esa cuerda? Me interesa mucho ver esa cuerda.

—Está en el otro cuarto, señor —dijo Somers—. En el cuarto de atrás. Está amueblado con gran lujo, parece algo oriental...

Probablemente quiso agregar algo de diván, e incluso de harén.

Había, en efecto, una espuria floridez turca y cierto misterio en los canapés ricamente coloreados y en las cortinas, en las borlas, chucherías y juegos de armas. Resultaba increíble que todos aquellos objetos se hallaran realmente en tal lugar. Hadley descorrió las cortinas. Ante ellos apareció el barrio de Bloomsbury envuelto en la luz invernal. Contemplaron la parte trasera de los edificios situados a lo largo de la calle Guilford, los patios embaldosados de abajo y un caminito que se alejaba serpenteando hasta la parte posterior del Hospital de Niños. Pero Hadley no se detuvo a pensar mucho en aquello. Se apoderó de la cuerda arrollada que se encontraba sobre un sofá.

Era una cuerda delgada, pero muy resistente, con nudos separados entre sí unos sesenta centímetros; una cuerda común, salvo por un curioso artefacto enganchado a uno de sus extremos. Tenía el aspecto de una taza negra de goma, un poco más grande que las de café, y era muy flexible.

—¡Oh! —exclamó el doctor Fell—. Vea esto, ¿no es...?

Hadley hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

—He oído hablar de ellas, pero nunca tuve oportunidad de verlas, y ni siquiera creía que existieran. ¡Mire! Es una ventosa de goma. Ustedes habrán visto algo parecido en un juguete infantil. Una pistola de juguete con resorte que dispara sobre un cartón, un palito que lleva en el extremo una ventosa de goma blanda en el cartón, y debido a la succión del aire, queda adherida a ella.

—¿Quiere usted decir —preguntó Rampole— que un ladrón puede fijar este objeto en la superficie de una pared y luego trepar por la cuerda?

Hadley vaciló.

Es así como se dice que funciona. Claro que yo no ...

—Pero ¿cómo podría desprenderla luego? ¿O se marcharía dejándola allí?

—Tendría que recurrir a un cómplice, naturalmente. Cuando se aprieta este aparato con fuerza contra la superficie a que está adherido, pierde el aire y se desprende solo. Aun así... No sé cómo demonios podría haber sido empleado para...

O'Rourke, que había estado observando la cuerda con aire de fastidio, se aclaró la garganta. Se quitó la pipa de la boca y volvió a aclararse la garganta para llamar la atención.

—Vean, señores —dijo con voz bronca y tono confidencial—, yo no quisiera entremeterme; pero me parece que todo eso no es más que pura faramalla.

Hadley se volvió con brusquedad.

—¿Cómo? ¿Sabe usted algo?

—Yo apostaría —respondió O'Rourke, asintiendo con un movimiento de cabeza y haciendo un amplio ademán en el aire con su pipa para subrayar lo que decía— que este objeto pertenecía a Loony Fley. Déjemelo un segundo y veré. Les prevengo que

no *juraría* que pertenece a Loony. Hay muchas cosas raras en esta juntura. Pero...

Cogió la cuerda y la tanteó suavemente con los dedos hasta llegar a la mitad. Entonces guiñó un ojo y movió la cabeza con satisfacción. Hizo girar los dedos y de repente separó las dos manos con un ademán de prestidigitador. La cuerda quedó cortada en dos pedazos.

¡Ajá! Sí. Ya me parecía que era una de las cuerdas de Loony. ¿Ven esto? La cuerda se compone de varios fragmentos unidos por roscas. De un lado tienen el tornillo y del otro la tuerca. No se puede descubrir la juntura a simple vista; ya puede uno examinar la cuerda todo lo que quiera: por más fuerza que haga, no se rompe. ¿Se dan cuenta ustedes? Algunas personas del público atan al prestidigitador y lo encierran en un cajón. Las junturas de la cuerda pasan por sus manos. Para dar a los observadores una mayor impresión de seguridad, se les permite asir los cabos de la cuerda. ¿Lo advierten ustedes? Pero él la destornilla con los dientes, sostiene firmemente la cuerda con las rodillas, y una cantidad de cosas raras tiene lugar dentro del cajón. ¡Maravilla! ¡Estupefacción! ¡El espectáculo más grande de la tierra! —dijo O'Rourke con voz bronca. Observó burlescamente a los presentes, volvió a meterse la pipa en la boca y aspiró profundamente—. Sí. Ésta era una de las cuerdas de Loony, apostaría cualquier cosa.

—No me cabe la menor duda —dijo Hadley—. Pero ¿qué me dice de la ventosa?

O'Rourke volvió a echarse un poco hacia atrás para tener espacio para sus ademanes.

—Bue-e-no, Loony era muy reservado en cuanto a sus pruebas. Pero yo no he andado por ahí, entre todos esos espectáculos de magia y cosas por el estilo, con los ojos cerrados... ¡Esperen un momento; no me confundan ustedes! Loony hacía algunos números que eran buenos, y digo buenos de verdad, pero eran cosas viejas, cosas que todo el mundo conocía. Y bien; pero estaba estudiando uno... ¿Han oído ustedes hablar de un número que se hace con la cuerda india? Un faquir lanza la cuerda al aire, y ésta queda vertical, derecha; un chico trepa por ella y... ¡paf!, desaparece. ¿Qué me dicen ustedes?

Una nube de humo se elevó en espirales y se desvaneció ante su amplio ademán.

—He oído también —intervino el doctor Fell, parpadeando— que nadie ha visto aún nunca la realización de ese número.

—¡Claro! ¡Exactamente! Es lo que pasa —replicó O'Rourke con una especie de salto—. Por eso precisamente Loony trataba de encontrar un medio de realizarlo. Dios sabe si lo consiguió. Yo creo que esta ventosa de goma era para que la cuerda se fijara en alguna parte al ser lanzada hacia arriba. Pero no sabría decir cómo.

—¿Podría una persona trepar por ella y desaparecer? —preguntó Hadley con voz grave.

—Bue-e-no, tal vez un chico... —indicó O'Rourke desechando la idea—. Pero yo les aseguro que este aparato no podría soportar el peso de un hombre adulto. Vean, señores, yo trataría de hacer la prueba para ustedes y lanzarme fuera por la ventana,

pero tengo miedo realmente de romperme la crisma; y además tengo una muñeca lastimada.

—De todos modos, creo que tenemos suficientes datos —declaró Hadley—. ¿Dice usted que el individuo ese ha escurrido el bulto, Somers? ¿Sabe usted algo acerca de él?

Somers movió la cabeza afirmativamente, muy satisfecho.

—No tendremos dificultades en dar con él, señor. Se lo conoce bajo el nombre de «Jerome Burnaby», que seguramente es falso, pero será muy fácil individualizarlo, pues tiene un pie torcido.



CAPÍTULO XIV

LA PISTA DE LAS CAMPANAS DE LA IGLESIA

LO QUE SE oyó inmediatamente después fue el ruido de las estruendosas carcajadas con que manifestó su regocijo el doctor Fell. No se limitó a reír: rugía. Repantigado en un sofá rojo y amarillo, que cedía bajo su peso, y crujía de un modo alarmante, se desternillaba de risa y daba golpes en el suelo con su bastón.

—¡Qué divertido! —profirió—. ¡Qué divertido es esto, muchachos! ¡Ja, ja, ja! Se ha hecho humo el fantasma. Se ha hecho humo la prueba. ¡Oh, hay que ver!

—¿Qué encuentra usted de divertido en esto? —preguntó Hadley—. No veo ninguna gracia en el hecho de que sea Burnaby el culpable. ¿O es que esto no lo convence de que él es el asesino?

—Me convence completamente de que Burnaby es inocente —dijo el doctor Fell. Extrajo de su bolsillo un pañuelo de color rojo y se enjugó los ojos una vez que dejó de reír—. Ya sospechaba yo que encontraríamos esta clase de objetos cuando vimos la otra habitación. Sólo que era un poco demasiado simple para ser verdad. Burnaby es la esfinge sin secreto: el criminal sin crimen; o, al menos, sin ninguna relación con este crimen.

—Si usted quisiera tener la bondad de explicar...

—¡Desde luego! —respondió el doctor amablemente—. Hadley, eche usted una ojeada en derredor y dígame qué le recuerda todo este lugar. ¿Ha conocido usted a algún criminal que tenga su escondrijo arreglado de modo tan efectista, con semejante presentación romántica; a un ladrón que deje las ganzúas a la vista, el microscopio preparado, las siniestras preparaciones químicas dispuestas sobre la mesa? El verdadero ladrón, el criminal real, de cualquier clase que sea, cuida de que su guarida tenga un aspecto tan respetable como el de la casa de un capellán. Este despliegue ni siquiera me hace pensar en alguien que jugara a que es un ladrón. Pero si usted se detiene a reflexionar un momento, se dará cuenta de a qué recuerda, por haberlo visto en centenares de novelas y películas cinematográficas. Yo lo sé muy bien, porque a mí mismo me encanta esta atmósfera, incluso en lo que tiene de teatral... Parece como si alguien estuviera jugando al detective.

Hadley se quedó inmóvil, restregándose la barbilla pensativamente. Luego echó

una ojeada alrededor.

—Cuando usted era niño —prosiguió el doctor Fell con fruición—, ¿no sintió nunca deseos de tener un pasaje secreto en su casa? ¿No se figuró que algún agujero del desván era efectivamente tal pasaje secreto y se arrastró alguna vez por él con una vela en la mano, no prendiendo por poco fuego a la casa? ¿No jugó nunca al Gran Detective, ansiando poseer una madriguera en alguna calle donde pudiera continuar sus peligrosos estudios bajo un nombre supuesto? ¿No ha oído usted decir que Burnaby es un apasionado criminalista por afición? Tal vez esté escribiendo un libro. Como quiera que sea, dispone del tiempo y dinero necesarios para cumplir, en forma un tanto aparatosa, la ambición de buen número de muchachos. Se ha creado un *alter ego*. Lo ha hecho a escondidas, porque sus amigos se reirían de él si lo supieran. Implacablemente, los sabuesos de Scotland Yard han descubierto su gran secreto; y su gran secreto es una broma.

—¡Pero señor...! —protestó Somers, con una especie de gañido.

—Espere un momento —dijo Hadley, pensativo, y le hizo seña de que se callara. El comisario, entre enfadado y vacilante, volvió a examinar el lugar—. Sí, admito que hay algo poco convincente en este piso. Admito que tiene cierto aspecto cinematográfico. Pero ¿qué me dice usted de esa sangre y de esta cuerda? Esta cuerda es de Fley, téngalo en cuenta. Y la sangre...

El doctor Fell movió la cabeza.

—¡Ya, ya!, sí. No confunda usted; yo no digo que estas habitaciones no tengan ninguna relación con el caso nuestro; sólo quiero advertirle que no debe creer muy seriamente en la maldad de la doble vida de Burnaby.

—Pronto sabremos eso —gruñó Hadley—. Y si ese sujeto es un asesino, importará bien poco la inocencia de su doble vida como ladrón. ¡Somers!

—¿Señor?

—Vaya al piso del señor Jerome Burnaby... ¡Ah, claro!, usted no me comprende. Digo que vaya a su otro aposento. Aquí tiene la dirección. ¡Hum!, plaza Bloomsbury, 13A, segundo piso. ¿Estamos? Tráigalo aquí; invente cualquier pretexto que se le ocurra, pero hágalo venir. No le diga absolutamente nada sobre este lugar, ni pregunte nada tampoco. ¿Me ha comprendido? Y ya que baja, a ver si puede darle un poco de prisa a la casera.

Empezó a recorrer la habitación a grandes pasos y a dar puntapiés en los bordes de los muebles tan pronto como el estupefacto y alicaído Somers se hubo marchado. O'Rourke, que se había sentado y observaba a los demás con amable interés, sacudió su pipa.

—Bien, señores —dijo—. Me gusta ver a los sabuesos sobre la pista. No sé quién es ese Burnaby, pero parece ser una persona que ustedes conocen de antes. ¿Quieren preguntarme algo? Ya le conté todo lo que sabía sobre Loony al sargento..., o lo que sea. A Somers. Pero si hay algo más...

Hadley aspiró profundamente el aire y echó los hombros hacia atrás. Hurgó entre

los papeles que tenía en la cartera.

—Ésta es su declaración, ¿verdad? —el comisario la leyó rápidamente—. ¿Desea usted agregar algo a esto? ¿Está usted seguro de que dijo que su hermano se alojaba en esta calle?

—Eso fue lo que dijo, señor. Afirmó que lo había visto rondar por aquí.

Hadley levantó la mirada bruscamente.

—No es lo mismo, ¿se da cuenta usted? ¿Qué es lo que dijo exactamente?

O'Rourke pareció creer que se trataba de una pregunta capciosa.

—¡Oh, bueno! —respondió, rebullendo—; lo dijo inmediatamente después de lo otro. Dijo: «Ha alquilado un cuarto en mi calle; lo he visto rondar por allí». O algo parecido. Lo que le digo es la pura verdad.

—Pero no es muy preciso lo que dice, ¿comprende? —Hadley continuó indagando—. Trate de recordar.

—Bueno, ¡diablos!, estoy tratando de recordar todo lo que puedo —protestó O'Rourke con tono de agravio—. No me apremie usted. A uno le dicen una cantidad de cosas, y vaya después a acordarse exactamente de cómo eran; y si no sabe repetir las palabra por palabra lo toman por mentiroso. Lo siento, amigo; pero esto es todo lo que puedo hacer.

—¿Qué sabe usted acerca del hermano de Fley? En todo el tiempo que usted lo conoció, ¿qué le contó Fley de su hermano?

—¡Nada absolutamente! ¡Ni una palabra! No quiero que usted interprete mal; conocía a Loony mejor que los demás, pero no vaya a pensar por eso que sé mucho acerca de él. Nadie sabe mucho. Si usted lo vio alguna vez, se habrá dado cuenta de que no era un tipo de esos que se ponen a contarle a uno su vida después de tomar algunas copas. Hubiera sido como invitar a tomar cerveza a Drácula. ¡Un momento! ... Quiero decir solamente a uno que se pareciera físicamente a Drácula, nada más. Loony era un sujeto bastante bueno, a su manera.

Hadley reflexionó y luego tomó una resolución respecto al giro del interrogatorio.

—El problema más difícil que se nos presenta ahora (como habrá adivinado) es el de hallarnos ante una situación imposible. Supongo que usted habrá leído los periódicos, ¿no?

—Sí —respondió O'Rourke entornando los ojos—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Algún género de prestidigitación o alguna prueba de magia tiene que haberse empleado para asesinar a esos dos hombres. Dice usted que ha conocido a muchos prestidigitadores y magos. ¿Se le ocurre alguna prueba de esa clase que pudiera haber sido utilizada en este caso?

O'Rourke se echó a reír, mostrando unos dientes brillantes bajo el bigote. Hondas arrugas se formaron en torno a sus ojos.

—¡Ah, bueno! ¡Esto es otra cosa! Esto es muy distinto. Vea usted, se lo diré francamente. Cuando hace un momento le dije que podría salir por la ventana bajando por esa cuerda, lo observé a usted. Temí que se le ocurriera alguna cosa rara.

¿Me entiende? Quiero decir alguna cosa rara sobre mí. —Sonó una risotada—. ¡Quíteselo de la cabeza! Tendría que ser un hombre que supiera hacer milagros el que realizara esa prueba con una cuerda, aun cuando tuviera una cuerda así y pudiera andar sin rastro alguno. En cuanto a lo otro... —O'Rourke frunció el entrecejo y se alisó el bigote con el tubo de la pipa. Luego echó una mirada en derredor—, no soy ninguna autoridad. No sé mucho sobre eso, y lo poco que sé por lo general me lo guardo. Se trata —dijo, e hizo un amplio ademán— de una especie de ética profesional; no sé si usted me comprende. Tampoco me gusta hablar de las maneras de salir de un cajón cerrado y de las desapariciones y lo demás...

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de la gente —respondió O'Rourke con mucho énfasis— sufre una tremenda desilusión cuando se les descubre el secreto. Ya sea porque, en primer lugar, la cosa es tan rápida y simple, tan simple e insospechada, que la gente no quiere creer que pudo haber sido *engañada* de ese modo (todos dicen: «¡Oh diablos! ¡No me cuente estas patrañas, me hubiera dado cuenta en seguida!»); o bien porque, en segundo lugar, es una prueba que se lleva a cabo con un ayudante. Esto los desilusiona más todavía. Dicen: «¡Ah, bueno, si tiene a alguien que le ayuda!...», como si en tal caso todo fuera posible.

Aspiró el humo pensativamente y prosiguió:

—Es curioso cómo es la gente. Van a ver un espectáculo de ilusionismo; se les dice que es ilusionismo; pagan la entrada para ver ilusionismo; y, sin embargo, por alguna razón incomprensible, quedan resentidos porque no es magia *verdadera*. Cuando oyen la explicación referente a cómo salió alguien de un cajón cerrado, o de un saco atado que ellos mismos habían examinado antes, se disgustan porque sólo era un truco. Declaran que es una tontería cuando llegan a saber la manera en que fueron engañados. Sin embargo, les aseguro que se necesita mucho seso para inventar cualquiera de esas pruebas que parecen tan simples. Y para ejecutarlas se necesita mucha sangre fría, fuerza y experiencia, y ser ligero como el rayo. Pero la gente nunca piensa en la habilidad que hay que tener para burlarse de ellos delante de sus propias narices. Supongo que les gustaría que el secreto de la desaparición fuera algún asunto diabólico como la verdadera magia; algo que ningún ser humano de carne y hueso pudiera realizar. Ahora bien, ningún hombre ha podido jamás volverse tan delgado como una tarjeta postal y escurrirse por una rendija. Ningún hombre puede pasar por el ojo de una cerradura, o atravesar un pedazo de madera. ¿Quiere usted que le explique cómo se hace?

—Sí, continúe —dijo Hadley, que lo observaba con mucho interés.

—Muy bien. Tomemos la prueba del saco atado con una cuerda y sellado, que es una de las más comunes^[15]. —O'Rourke se mostraba gozoso—. Sale el mago, acompañado de un grupo de personas, si usted prefiere, llevando en la mano un saco ligero de muselina negra o de raso, lo bastante grande para que pueda caber de pie en su interior, e invita a un grupo de espectadores a que se acerque y vigile sus

movimientos. El mago se mete dentro del saco. Su ayudante lo estira hacía arriba y lo ata fuertemente con un largo pañuelo a unos quince centímetros debajo de la boca. Luego los espectadores pueden agregar los nudos que quieran, sellarlos con lacre, marcarlos con signos especiales, todo lo que se les antoje. ¡Pum! Un biombo oculta al mago. A los treinta segundos vuelve a aparecer llevando el saco al brazo con todos los nudos atados, sellados y marcados. ¡Bravo!

—¿Y bien?

O'Rourke sonrió, hizo su habitual movimiento con el bigote (parecía como si no le fuera posible dejar de retorcérselo a cada rato) y se dejó caer en el sofá.

—Ahora, señores, tienen ustedes la oportunidad de sacarme algo. Hay dos sacos exactamente iguales. Uno de ellos lo lleva el mago doblado y escondido bajo su chaqueta. Cuando se mete en el visible, y mientras está moviendo y agitando en su interior, entra en juego el saco escondido. La boca de este segundo saco se hace salir por la del primero unos quince o veinte centímetros; y parece como si fuera la boca del primero. El ayudante la rodea con la mano, y lo que ata en verdad no es otra cosa que el saco escondido, con un pequeñísimo borde de saco visible a fin de que no se pueda notar la juntura. ¡Pum! Vienen después los nudos y los sellos. Cuando el mago queda detrás del biombo, lo único que tiene que hacer es tirar del saco en que está metido hasta soltarlo, salir de él, doblarlo y esconderlo bajo la chaqueta, y reaparecer llevando en la mano el saco atado y sellado. ¿Se dan cuenta? ¿Han comprendido? Es muy sencillo, muy fácil, y, sin embargo, la gente se vuelve loca tratando de adivinar cómo se hizo. Pero cuando alguien se lo explica, dicen: «¡Ah, bueno, si es con ayudante!...» —concluyó O'Rourke con un amplio ademán.

Hadley parecía interesado, a pesar de su impasibilidad profesional, y el doctor Fell escuchaba boquiabierto como un niño.

—Sí, ya sé —dijo el comisario, como tratando de refutarlo—; pero el hombre que nosotros buscamos, el hombre que cometió estos dos asesinatos, no pudo haber tenido ayudante. Además, ése no es un truco de desaparición...

—Muy bien —replicó O'Rourke, echándose el sombrero a un lado de la cabeza—. Les citaré un ejemplo de una formidable prueba de desaparición. Es un número de teatro, téngalo en cuenta. Es de lo más fantástico. Pero si se quiere se puede ejecutar en un escenario improvisado en la calle, donde no haya ni tramoyas, ni alambres disimulados, ni apoyo de ninguna clase, ni juego de luces. Nada más que un terreno vacío. Aparece el prestidigitador montado en un magnífico caballo blanco y vestido con un espléndido uniforme azul. Sale también su cuadrilla de ayudantes con uniformes blancos, con la pompa acostumbrada en los circos. Marchan en círculo una vez, y en un momento determinado dos de los ayudantes despliegan un gran biombo que, nada más que por instante, oculta al hombre de a caballo. Cae el biombo, que se arroja al público para que compruebe que no tiene nada de extraordinario; pero el hombre que iba a caballo ha desaparecido. Ha desaparecido en medio de un terreno de más de dos hectáreas. ¡Fantástico!

—¿Y cómo explica usted esto? —preguntó el doctor Fell.

—Fácilmente. El hombre no se ha ido del terreno. Pero no se le puede ver. No se le puede ver porque aquel magnífico uniforme azul está hecho de papel, sobre otro de tela que es blanco. En el momento en que se levanta el biombo, se quita el azul y lo esconde debajo del blanco. Salta del caballo y se mezcla entre los ayudantes. El caso es que a nadie se le ocurre nunca contar de antemano a aquellos ayudantes, y así todos hacen mutis sin que ninguno del público se haya dado cuenta. Éste es el fundamento de la mayor parte de las pruebas. El público mira algo que no ve, o juraría haber visto algo que no está. ¡Presto! ¡Pum! ¡El espectáculo más grande del mundo!

En la habitación mal ventilada, decorada con vivos colores, reinó silencio. El viento zarandeaba las ventanas. Desde lejos llegó el repique de campanas de una iglesia y el ruido de un taxímetro que pasó y se perdió a distancia. Hadley agitó su libreta de notas.

—Nos estamos desviando de la pista —dijo—. Es muy ingenioso lo que usted cuenta, sin duda, pero ¿qué aplicación puede tener en el caso nuestro?

—No la tiene —admitió O'Rourke, que parecía retorcerse en una risa ahogada—. Se lo digo a usted porque..., bueno..., porque me lo pregunta. Y para hacerle ver las dificultades que tendrá en este asunto. Le seré franco, señor comisario: no quiero desanimarlo, pero si tiene que vérselas con un hábil prestidigitador, dudo mucho de que lo pueda pescar. —Castañeteó los dedos—. Son maestros en estas cosas. Es su oficio. Y no hay cárcel en la tierra que pueda retenerlos.

Hadley apretó las mandíbulas.

—Ya veremos eso a su tiempo. Lo que me gustaría saber ahora, y lo que estoy pensando desde hace rato, es por qué Fley mandó a su hermano para cometer el crimen. Fley era un «ilusionista». Él hubiera sido el más indicado para hacerlo. Pero no lo hizo. ¿Será su hermano del mismo oficio?

—No sé. Al menos nunca vi anunciado su nombre en ningún teatro. Pero...

El doctor Fell lo interrumpió. Con fuertes resoplidos se levantó de su asiento y habló con brusquedad.

—Prepárese para la acción, Hadley. Vamos a tener visitas dentro de dos minutos. Venga a ver..., pero no se muestre por la ventana.

Señalaba con su bastón. Abajo, por el callejón, dos figuras avanzaban desde la calle Guilford dando la espalda al viento. Afortunadamente, tenían las cabezas gachas. En una de ellas Rampole reconoció a Rosette Grimaud. La otra pertenecía a un hombre alto cuyos hombros se lanzaban hacia adelante y se agitaban al tiempo que avanzaba con ayuda de un bastón; una de sus piernas tenía una marcada torcedura, y la bota de su pie derecho era de un grosor anormal.

—¡Apaguen las luces de todas las habitaciones! —gritó Hadley apresuradamente. Después se volvió hacia O'Rourke—. Le pediré un favor. Baje lo más ligero que pueda; impida que la casera suba aquí o diga cualquier cosa; reténgala hasta que yo le

avise. ¡Cierre la puerta al salir!

En un santiamén apagó las luces del pasillo. El doctor Fell lo miró ligeramente fastidiado.

—Oiga, no querrá usted que nos escondamos para escuchar terribles secretos, ¿eh? —inquirió—. Por lo que a mí respecta, no poseo lo que Mills llamaría una complexión anatómica adecuada para semejante mentecatez. Además nos descubrirían inmediatamente. El cuarto está lleno del humo de la pipa de O'Rourke.

Hadley murmuró unos reniegos y corrió las cortinas de modo que sólo un haz de luz penetrara, oblicuamente, en el cuarto.

—No hay otro remedio; tenemos que abandonarnos a la suerte. Nos quedaremos sentados aquí silenciosamente. Si traen algo en la cabeza, tal vez lo desembuchen tan pronto como entren y cierren la puerta. Así se hace, por lo general. Entre paréntesis, ¿qué piensa usted de O'Rourke?

—Pienso —declaró el doctor Fell con energía— que O'Rourke es el testigo más alentador, instructivo e interesante que hemos tenido hasta ahora en esta pesadilla. Me ha librado de perder el respeto a mi propia inteligencia. En verdad es casi tan instructivo como las campanas de la iglesia.

Hadley, que estaba atisbando a través del resquicio entre las cortinas, volvió bruscamente la cabeza. La línea de luz que iluminaba sus ojos reveló en ellos cierta fiereza.

—¿Las campanas de la iglesia? ¿Qué campanas?

—Las campanas de una iglesia cualquiera —respondió la voz del doctor Fell desde la penumbra—. Le aseguro que en mi pagana ceguera el pensamiento de esas campanas me ha traído luz y bálsamo. Posiblemente me hayan salvado de cometer un terrible error... Sí, estoy en mi juicio cabal.

La contera de su bastón repiqueteó en el piso y su voz se tornó grave.

—¡Luz, Hadley! Luz al fin, y gloriosos mensajes desde el campanario.

¡Por amor de Dios, acabe con los misterios y dígame de que se trata! ¿Le han revelado las campanas de la iglesia cómo se realizó el truco de la desaparición?

—¡Oh, no! —respondió el doctor Fell—. Desgraciadamente, no. Sólo me han revelado el nombre del asesino.

Se produjo en la habitación un silencio que parecía palpable una pesadez física, como de un aliento contenido hasta el punto de estallar. Luego, con voz apagada, una voz casi incrédula, aunque cargada de convicción en su misma incredulidad, el doctor Fell comenzó a decir algo, pero se interrumpió al oír que abajo cerraban una puerta. Débilmente repercutió en la casa el ruido de pasos dados en la escalera.

Ligeros e impacientes unos, violentos otros, los pasos iban acompañados por el golpeteo de un bastón contra la balaustrada. Se sentían cada vez más próximos, pero no obstante no se oía pronunciar una palabra. La puerta de entrada del piso fue rápidamente abierta y cerrada, y acto seguido fue encendida una luz. El pasillo quedó iluminado. Entonces, de pronto, como si hubieran estado conteniéndose, Rosette y el

extraño personaje rompieron a hablar.

—Así que ha perdido la llave que le di —dijo la voz fina, áspera y serena del hombre. Era burlona, aunque de burla contenida—. ¿Y dice que no vino aquí anoche, al fin de cuentas?

—No, no vine anoche —respondió la voz de Rosette Grimaud, que tenía un tono apagado, y, sin embargo, de marcado furor—; ni anoche ni ninguna otra noche. —Se echó a reír—. Nunca tuve intención de venir. Usted me asustó un poco. Y bien, ¿qué hay con eso? Ahora que ya estoy aquí, su escondite no me impresiona tanto. ¿Lo ha pasado bien anoche esperándome?

Hubo un movimiento como si la muchacha se hubiera adelantado y hubiese sido retenida. Se oyó la voz del hombre.

—Escúcheme, diablilla —dijo con la misma tranquilidad—, voy a decirle algo para bien de su alma. Yo no estuve aquí. Ni siquiera tuve intención de venir. Si usted cree que no tiene más que restallar el látigo para que la gente salte por el aro..., pues yo no estuve aquí, ¿comprende? Ahora puede saltar usted por el aro. Yo no estuve aquí ayer.

—Eso es mentira, Jerome —dijo Rosette con calma.

—¿Usted cree? ¿Por qué?

De pronto Rosette Grimaud emitió un grito e hizo un ademán como para escabullirse: a través de la puerta semiabierta había visto dos figuras.

Hadley se levantó del sillón que ocupaba y descorrió las cortinas con un retintín de argollas.

El raudal de la pálida luz diurna sobre sus rostros los cogió desprevenidos; hasta tal punto, que sus expresiones quedaron fijadas como si las hubiera captado una cámara fotográfica.

—También a nosotros nos interesaría oír la respuesta, señor Burnaby —dijo el comisario.

Durante toda esta escena, Jerome Burnaby había permanecido inmóvil, respirando anheloso. Destacándose contra la amarillenta luz eléctrica que provenía de atrás, y tocado con un sombrero anticuado de alas anchas, presentaba una curiosa semejanza con la delgada figura de Sandeman en los anuncios. Pero él no era una mera silueta. Su cara era enérgica y estaba surcada de arrugas, y de ordinario debía de ser franca y bondadosa, como lo eran sus ademanes; tenía la mandíbula saliente, y sus ojos parecían haber perdido el color por la ira. Quitándose el sombrero, lo arrojó sobre un sofá con un aire fanfarrón que a Rampole se le antojó bastante teatral. Su pelo castaño, liso y duro, con toques grises alrededor de las sienes, se levantó como si se lo hubiese librado de una presión, lo mismo que un muñeco de resorte.

—Bien —dijo con una especie de ligera y ruda jocosidad, y dio un enérgico paso hacia adelante con el pie deforme—. ¿Es esto un asalto o qué? Soy uno contra dos, según veo. Tengo, sin embargo, mi bastón de estoque...

—No tendrá necesidad de usarlo, Jerome —dijo la muchacha—. Son de la

policía.

Burnaby se detuvo; se detuvo y con su mano enorme se restregó la boca. Parecía nervioso, pero prosiguió con irónica jocosidad.

—¡Oh, la policía!, ¿eh? Me halaga mucho. Rompiendo la cerradura y allanando, según veo.

—Usted es el inquilino de este piso —respondió Hadley, también con tono irónico—, pero no es el propietario ni el encargado de la casa. Comprobándose una conducta sospechosa en cualquier parte que fuere... No sé qué pensará usted, señor Burnaby; pero me parece que a sus amigos les causaría mucha gracia este... ambiente oriental. ¿No le parece?

La sonrisa y el tono de voz de Hadley hirieron en lo vivo a Burnaby. Su cara se puso de un color terroso.

—¡Maldito sea! —dijo, alzando a medias el bastón—. ¿Qué busca usted aquí?

—En primer lugar, y antes de que se nos olvide, queremos saber eso que usted estaba diciendo cuando entró.

—¡Ah!, ¿conque lo oyeron?

—Sí —dijo Hadley tranquilamente—. Es una lástima que no hayamos podido oír más. La señorita Grimaud dijo que usted estuvo en este piso anoche. ¿Es verdad eso?

—No es verdad.

—No estuvo... ¿Qué dice usted, señorita Grimaud? Rosette había recobrado el color; lo había recobrado intensamente, porque estaba colérica, si bien conservaba una actitud tranquila y sonriente. Habló respirando trabajosamente, y sus alargados ojos castaños tenían esa expresión firme, luminosa y tensa de quien está resucito a no revelar la menor emoción. Estrujaba sus guantes entre los dedos, y en lo entrecortado de su respiración se adivinaba menos cólera que temor.

—Ya que lo han oído ustedes —respondió, después de una meditativa pausa en que paseó su mirada de uno a otro—, de nada servirá que lo niegue, ¿verdad? No comprendo qué interés pueden tener ustedes en eso. No es posible que tenga ninguna relación con la... muerte de mi padre. Esto es seguro. Sea lo que sea, Jerome no es un asesino —y mostró los dientes en una fugaz sonrisa—. Pero ya que por alguna razón que ignoro les interesa saberlo, estoy dispuesta a contarlo ahora. Alguna versión de todo esto, a lo que supongo, ha de llegar a oídos de Boyd, así que más vale que sea la verdadera... Comenzaré declarando que es verdad que Jerome estuvo en este piso anoche.

—¿Cómo lo sabe usted, señorita Grimaud? ¿Estuvo usted también?

—No. Pero vi que había luz en esta habitación a las diez y media.



CAPÍTULO XV

LA VENTANA ILUMINADA

SIN DEJAR de restregarse la barbilla, Burnaby la contempló con aire de atontada confusión. Rampole hubiera jurado que estaba realmente sorprendido; tan sorprendido, que no pudo comprender bien lo que había dicho y se quedó mirándola como si fuera la primera vez que la veía. Luego habló con un tono tranquilo, sensato, que contrastaba con el que había empleado anteriormente.

—Escuche, Rosette —observó—, tenga cuidado. ¿Está usted segura de que sabe lo que dice?

—Sí. Completamente segura.

Hadley intervino rápidamente.

—¿A las diez y media? ¿Cómo podía usted ver esa luz, señorita Grimaud, si se encontraba en su propia casa con nosotros?

—¡Oh, no!, no me encontraba en casa a esa hora, recuérdelo bien. A esa hora, no. Estaba en el sanatorio, con el médico, en el cuarto en que se estaba muriendo mi padre. No sé si lo ha observado usted, pero la parte posterior del sanatorio mira al fondo de esta casa. Me había acercado casualmente a una ventana y lo noté. Había una luz en esta habitación; y me parece que también en el baño, aunque no estoy muy segura de eso.

—¿Cómo conoce usted estas habitaciones si no ha estado nunca aquí? —preguntó bruscamente Hadley.

—Ahora, al entrar, he tenido buen cuidado de fijarme en ellas —respondió Rosette con una sonrisa serena e imperturbable que en cierto modo recordó a Rampole la de Mills—. No conocía estas habitaciones anoche; sólo sabía que Burnaby ocupaba este piso y que sus ventanas daban hacia aquel lado. Las cortinas no estaban bien corridas. Por eso pude ver la luz.

Burnaby continuaba contemplándola con la misma estupefacción.

—¡Un momento, señor... señor... inspector! —Encorvó los hombros—. ¿Está usted segura, Rosette, de que no se ha equivocado respecto a las habitaciones?

—Segurísima, Jerome. Ésta es la casa que está a la mano izquierda, en la esquina del callejón, y usted ocupa el piso más alto.

—¿Y dice usted que *me* vio?

—No, digo que vi una luz. Pero usted y yo éramos las únicas personas que

sabíamos de este piso. Y como usted me invitó a venir y dijo que estaría aquí...

—¡Por Dios! —exclamó Burnaby—. Tengo curiosidad por saber hasta dónde seguirá usted por este camino.

Avanzó cojeando, con ese hábito que tenía de torcer hacia abajo un ángulo de la boca cada vez que se reclinaba sobre su bastón; se sentó pesadamente en una silla y continuó observándola fijamente con sus descoloridos ojos. Su erizado pelo le daba una apariencia extrañamente alerta.

—¡Haga el favor de proseguir! —exclamó—. Me interesa usted. Sí; tengo curiosidad por ver hasta dónde tendrá el tupé de llegar.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Rosette con tono apagado. Se volvió bruscamente, pero su resolución parecía flaquear y sólo consiguió que su rostro expresara una aflicción rayana en el llanto—. ¡Ojalá lo supiera yo misma! ¡Ojalá... lo supiera respecto de usted!... He dicho que lo contaría todo —agregó, dirigiéndose a Hadley—, pero ahora no sé si realmente haría bien. Si pudiera saber con certeza cómo es, si es en verdad una buena persona, y si es realmente un sincero... un viejo...

—No vaya a decir «amigo de la familia» —la interrumpió Burnaby—. Por amor de Dios, no vaya a decir un amigo de la familia. Por mi parte, me gustaría saber con certeza cómo es usted. Me gustaría saber si cree en lo que dice, o si no es más que (excúseme si olvido mi condición de caballero por un momento) una pequeña arpía mentirosa.

Rosette prosiguió con firmeza:

—... o si usted es una especie de chantajista cortés. ¡Oh, no por dinero, ciertamente! —volvió a enardecerse—. ¿Arpía? Sí. Una perra, si le gusta. Es verdad. He sido las dos cosas... Pero ¿por qué? Porque usted ha envenenado todo con sus continuas insinuaciones... ¡Si tan sólo pudiera estar segura de que eran insinuaciones... y no puras figuraciones mías; si tan sólo estuviera segura de que usted es un chantajista honrado...!

—¿Qué clase de insinuaciones? —preguntó Hadley.

—¡Oh!, sobre la vida pasada de mi padre; sí, es necesario que usted lo sepa. —Entrelazó las manos—. Sobre mi nacimiento, en primer lugar; y sobre si no se podría agregar algún otro bonito mote a lo de perra. Pero esto no tiene importancia. Esto me tiene completamente sin cuidado. Pero hay un asunto acerca de mi padre... ¡No sé!; tal vez ni siquiera fueran insinuaciones. Sin embargo..., no me puedo quitar de la cabeza la idea de que ese viejo Drayman es un chantajista...

»Pues bien, anoche Jerome me pidió que viniera a visitarlo... ¿Por qué, para qué?, me pregunté. ¿Halagará acaso la vanidad de Jerome el que sea precisamente la noche en que viene a verme Boyd? Pero no quiero ni quería pensar —¡hagan el favor de comprenderme!— que Jerome intentaba practicar un pequeño chantaje. Jerome me gusta; no puedo evitarlo, y es esto lo que vuelve tan terrible...».

—Podríamos aclararlo entonces —dijo Hadley—. ¿Hacía usted insinuaciones, señor Burnaby?

Hubo un prolongado silencio mientras Burnaby se examinaba las manos. Algo en la actitud de su cabeza inclinada, en su lento y laborioso respirar, como si estuviera tratando, perplejo, de tomar una resolución, contuvo a Hadley de apremiarlo. Por fin levantó la cabeza.

—Nunca se me ocurrió pensar que... —dijo—. ¿Insinuaciones? Sí; sí; estrictamente hablando tal vez hiciera insinuaciones. Pero jamás de intento; les juro a ustedes que nunca se me ocurrió que... —Clavó la mirada en Rosette—. Esas cosas se le escapan a uno. A veces uno se propone tan sólo resolver lo que supone un problema complejo... —Espiró el aire con una especie de silbido de desesperación y se encogió de hombros—. Para mí se trataba simplemente de un interesante juego intelectual, ni más ni menos. Ni siquiera me pasó por las mientes que era fisgar en vidas ajenas. Les juro que nunca pensé que alguien se daría cuenta de lo que hacía, ni mucho menos que se lo tomara a pecho. Si la única razón que tiene Rosette para interesarse por mí es suponer que soy chantajista y temerme, entonces lamento mucho saberlo. ¿O es que no me creen? —Se volvió a mirar las manos, las abrió y las volvió a cerrar y luego paseó lentamente la vista en torno de la habitación—. Fíjense en este piso, señores. Especialmente en la habitación que da al frente... Pero seguro que ustedes ya habrán observado eso. Entonces conocen la respuesta. El Gran Detective. El pobre tonto con un pie deformado, soñando.

Durante un momento Hadley vaciló.

—¿Y ha descubierto el Gran Detective algo sobre el pasado del doctor Grimaud?

—No... Si hubiera descubierto algo, ¿cree usted que estaría dispuesto a contarlo?

—Veremos si logramos persuadirlo. ¿Sabe usted que hay manchas de sangre en ese cuarto de baño suyo, donde la señorita Grimaud dice que vio luz anoche? ¿Sabe usted que Pierre Fley fue asesinado frente a la puerta de esta casa poco después de las diez y media?

Rosette Grimaud lanzó un grito, y Burnaby levantó la cabeza?

—¡Fley asesi...! ¡Manchas de sangre! ¡No! ¿Dónde? Hombre, ¿qué quiere usted decirme?

—Fley ocupaba un cuarto en este callejón. Pensamos que venía para aquí cuando lo mataron. Sea como sea fue asesinado de un tiro, en medio de la calle, por el mismo hombre que mató al doctor Grimaud. ¿Puede probarnos quién es usted, señor Burnaby? ¿Puede probarnos, ante todo, que no es realmente hermano del doctor Grimaud y de Fley?

Burnaby lo miró con fijeza durante un momento. Luego se levantó vacilando de su silla.

—¡Dios mío! ¿Está usted loco, hombre? —preguntó con calma—. ¡Hermano! ¡Ahora caigo!... No, yo no soy su hermano. ¿Cree usted que si yo fuera su hermano me interesaría en...? —Se contuvo, miró a Rosette, y su rostro adquirió una expresión salvaje—. Claro está que puedo probarlo. Debo de tener en algún lugar una partida de nacimiento. Yo... puedo presentar testigos que me han conocido durante

toda mi vida. ¡Hermano!

Hadley se volvió hacia el sofá y recogió la cuerda arrollada.

—¿Qué me dice usted de esta cuerda? ¿Forma parte también de los enseres del Gran Detective?

—¿Esto? No. ¿Qué es esto? Es la primera vez que la veo. ¡Hermano!

Rampole miró a Rosette Grimaud y se dio cuenta de que lloraba. Estaba de pie, inmóvil, con las manos en los costados y el semblante sereno; pero las lágrimas fluían de sus ojos.

—¿Y puede usted probar —prosiguió Hadley— que no estuvo en este piso anoche?

Burnaby hizo una profunda inspiración. Una expresión de alivio iluminó su preocupado rostro.

Si, afortunadamente puedo probarlo. Anoche estuve en mi club desde las ocho, tal vez desde un poco antes, hasta pasadas las once. Hay decenas de personas que lo pueden confirmar. Si quiere que puntualice, le diré los nombres de las tres personas con las que jugué al *póker* durante todo ese tiempo. ¿Quiere usted una coartada? ¡Perfectamente! Tengo la mejor coartada que usted pueda pretender. Yo no estuve aquí a esa hora. No deje ninguna clase de manchas de sangre en ninguna parte. No maté a Fley, ni a Grimaud, ni a nadie. —Proyecto hacia adelante su potente mandíbula—. Y bien, ¿qué me dice usted ahora de *esto*?

El comisario hizo girar sus baterías con tanta rapidez, que Burnaby no había acabado aún de hablar cuando él ya se había vuelto hacia Rosette.

—¿Insiste usted en afirmar que vio luz aquí a las diez y media?

—¡Sí!... ¡Pero, Jerome, le aseguro que de ningún modo tuve la intención...!

—A pesar de lo que usted afirma, cuando mi gente llegó aquí esta mañana el contador eléctrico estaba interrumpido y las luces no se encendían.

—Yo... ¡Sí, a pesar de eso no deja de ser verdad! Pero lo que yo quise decir...

—Supongamos que el señor Burnaby dice la verdad sobre lo de anoche. Usted dice que la invitó a que viniera. ¿Cómo es posible que la haya invitado a venir cuando su propósito era quedarse en su club?

Burnaby dio un paso hacia adelante y puso una mano sobre el brazo de Hadley.

—¡Un momento! Vamos a poner esto en claro, inspector. Eso fue lo que hice. Fue una conducta abominable, pero... lo hice. Dígame usted: ¿es necesario que se lo explique?

—¡Vamos, vamos! —rogó con voz tranquila y retumbante el doctor Fell. Extrajo su pañuelo rojo y se sonó la nariz con un fuerte ruido de bocina, a fin de llamar la atención de los demás. Luego los contempló con sus ojos parpadeantes ligeramente molesto—. Hadley, tenemos ya bastantes embrollos, aun sin esto. Déjeme interponer unas palabras de conciliación. El señor Burnaby obró de ese modo, según él mismo ha dicho, con el objeto de «hacer pasar por el aro a Rosette». ¡Ejem! Perdone usted mi atrevimiento, señorita, aunque la verdad es que no hay nada que decir, porque este

singular leopardo no quiso saltar, ¿no es así? En cuanto al asunto de la luz eléctrica que no funcionaba, no es tan misterioso como parece. El de esta casa es un contador que corta automáticamente la luz cuando pasa el tiempo correspondiente a un chelín, como hemos visto. Alguien estuvo aquí. Alguien dejó las luces encendidas, posiblemente toda la noche. Pues bien, se gastó electricidad por valor de un chelín y las luces se apagaron solas. No sabemos cómo estaba el conmutador, porque Somers llegó aquí antes que nosotros. ¡Demonios, Hadley, tenemos pruebas suficientes de que alguien estuvo aquí anoche! El problema consiste en saber quién era. —Volvió la mirada hacia los otros—. Ustedes dos sostienen que nadie más sabía de este lugar. Pero si aceptamos que usted dice la verdad, señor Burnaby —y sería un gran necio si mintiera sobre algo tan fácilmente verificable como este hecho—, es forzoso admitir que alguien, sin que ustedes lo supieran, lo conocía.

—Yo sólo puedo decirles que no le he hablado de este lugar a nadie —insistió Burnaby restregándose la barbilla—. Salvo que alguien me haya visto venir...; a menos que...

—A menos que yo se lo haya contado a alguien, ¿verdad? —exclamó Rosette, nuevamente inflamada; mordió el labio inferior con sus finos dientes—. Pero no es así. No se lo he contado a nadie. No sé verdaderamente por qué no lo he contado... —parecía rabiosamente desconcertada—, pero el caso es que nunca se lo he mencionado a nadie. ¡No!

—Pero usted tiene una llave del piso, ¿no es verdad? —inquirió el doctor Fell.

—Tenía una llave, pero la perdí.

—¿Cuándo?

—¡Oh, cómo puedo saberlo! No me di cuenta. —Había cruzado los brazos y se movía de un lado a otro de la habitación con leves movimientos de cabeza que revelaban su excitación—. La tenía en el bolso, y solamente esta mañana, cuando veníamos para aquí, noté que no estaba. Ahora bien; hay una cosa que yo debo saber. —Se paró, encarándose con Burnaby—. Yo... no sé si usted me gusta o si lo detesto. No sé tampoco si su interés por mí proviene tan sólo de una repugnante afición al trabajo detectivesco. Pero, de cualquier manera, es necesario que hable claro. ¿Qué sabe usted acerca de mi padre? ¡Dígamelo! No me importa que lo oigan ellos. Son de la policía y lo descubrirán de todas maneras. ¡Ahora, ahora mismo, y no disimule! Detesto sus disimulos. Dígamelo. ¿Qué es eso de los hermanos?

—He aquí un buen consejo, señor Burnaby —dijo Hadley—. Usted pintó un cuadro sobre el que yo iba a preguntarle después. ¿Qué sabía usted de Grimaud?

Reclinándose contra el marco de la ventana en actitud inconscientemente jactanciosa, Burnaby se encogió de hombros. Sus ojos de color gris pálido, con las pupilas como diminutos puntos negros, fulguraron con ironía.

—Rosette —dijo—, si yo hubiera sabido, si hubiera sospechado siquiera que mis afanes detectivescos serían interpretados como... ¡Pues bien! Le diré en pocas palabras lo que tendría que haberle dicho mucho tiempo antes. Su padre estuvo preso

una vez en las minas de sal de Hungría y se fugó. No es demasiado terrible, ¿verdad?

—¡Preso! ¿Por qué causa?

—Por haber intentado provocar una revolución, según me han dicho... Por mi parte supongo que fue por robo. Ya ve usted que soy absolutamente sincero.

Hadley intervino rápidamente.

—¿Cómo lo supo usted? ¿Fue Drayman quien se lo contó?

—¿Lo sabe Drayman? —Burnaby se puso tieso y sus ojos se volvieron más pequeños—. Sí, yo sospechaba que debía saberlo. ¡Ah! Sí. Éste era otro asunto que yo quería aclarar, y parece que ha sido... Pero pensándolo bien, señores, ¿qué es lo que saben ustedes al respecto? —Y estalló—: ¡Escuchen, yo no soy ningún chismoso! Se lo cuento nada más que para poner las cosas en claro. Yo me vi arrastrado a eso; Grimaud no me dejaba en paz. Hablaba usted del cuadro. El cuadro fue más bien la causa que el efecto. Todo fue pura casualidad..., aunque me costó trabajo hacérselo creer a Grimaud. Todo fue por culpa de una maldita conferencia con proyecciones luminosas.

—¿Qué?

—Ni más ni menos: una conferencia con proyecciones. Me metí allí por casualidad, una noche en que me sorprendió una fuerte lluvia; fue en algún punto de Londres Norte, en un salón parroquial, hace un año y medio aproximadamente. — Burnaby jugaba con los pulgares haciéndolos girar en una dirección y otra. Por primera vez aparecía en su rostro una expresión franca y sencilla—. Me hubiera gustado hacer de esto toda una novela romántica. Pero ustedes me preguntan por la verdad escueta. ¡Muy bien! Un individuo estaba disertando sobre Hungría, con proyecciones luminosas, y se había creado una atmósfera de fantasmas como para hacer temblar al más incrédulo. El conferenciante logró excitarme la imaginación. ¡Diablos si logró excitármela! —Sus ojos fulguraron—. Había una proyección... parecida a lo que he pintado. En sí no tenía nada de particular; pero el relato que la acompañó, sobre las tres tumbas solitarias en un paraje agreste, me sugirió una buena idea para una pesadilla. El disertante dio a entender que eran tumbas de vampiros. Cuando regresé a casa me puse a trabajar con furor sobre esa idea. Pues bien: dije francamente a todos mis conocidos que era una concepción imaginaria; pero por alguna razón inexplicable nadie quiso creerme. Después Grimaud vio el cuadro...

—El señor Pettis nos dijo —observó Hadley— que a Grimaud le impresionó mucho. O que usted dijo que le había impresionado.

—¿Que le había impresionado? ¡Vaya si le había impresionado! Metió la cabeza entre los hombros y se quedó mirando el cuadro tieso como una momia. Yo lo tomé como un homenaje a mi arte. Y después, en mi siniestra inocencia —agregó Burnaby con una mirada significativa—, solté una observación: «¿Ve usted cómo la tierra se está abriendo sobre una de las tumbas? Es el momento en que sale». Yo estaba todavía pensando en los vampiros, claro está. Pero él no lo sabía. Por un momento me pareció que se me arrojaba encima con una espátula.

Burnaby hizo una amplia narración. Grimaud, incluso le formuló preguntas sobre el cuadro; inquirió, observó el cuadro y volvió a inquirir, en forma tal, que hasta el hombre más obtuso hubiera entrado en sospechas. La tensión nerviosa de hallarse continuamente vigilado había impulsado al pintor a buscar la solución del enigma simplemente en defensa propia. Algunas anotaciones descubiertas en los libros de la biblioteca de Grimaud; el escudo de armas sobre la repisa de la chimenea; alguna palabra dejada caer como por casualidad... Burnaby miró a Rosette con una sonrisa melancólica. Después, continuó, unos tres meses antes del asesinato, Grimaud le había apretado el cuello, y luego de obligarle a jurar que guardaría el secreto, le contó la verdad. Esa «verdad» era exactamente la historia que había referido Drayman a Hadley y al doctor Fell la noche precedente: la peste, los dos hermanos muertos, la fuga.

Durante todo ese tiempo Rosette había estado mirando por la ventana con una expresión turbada e incrédula, con una actitud entontecida que remató en algo semejante a un sollozo de alivio.

—¿Y esto es todo? —exclamó, respirando trabajosamente—. ¿Esto es todo lo que hay? ¿Por esto he estado atormentándome todo este tiempo?

—Esto es todo, querida Rosette —respondió Burnaby cruzando los brazos—. Ya le dije que no tenía nada de terrible. Pero no quería contárselo a la policía. Sin embargo, ahora que usted ha insistido...

—¡Ojo, Hadley! —gruñó el doctor Fell por lo bajo, dándole un codazo al comisario. Y añadió aclarándose la garganta—: ¡Ejem! Sí. También nosotros tenemos algunas razones para creer en la verdad de esta historia, señorita Grimaud.

Hadley pasó a otro punto.

—Admitiendo que todo esto sea verdad, señor Burnaby, dígame ahora: ¿estuvo usted en la cervecería la noche en que Fley apareció por primera vez allí?

—Sí.

—Pues bien: entonces, sabiendo lo que usted sabía, ¿no se le ocurrió relacionarlo con aquel suceso del pasado? Especialmente después de sus referencias a los tres ataúdes.

Burnaby titubeó e hizo un movimiento con la mano.

—Francamente, sí. Aquella noche, era un miércoles, acompañé a su casa a Grimaud. No le dije nada, porque me pareció que él iba a contarme algo. Nos sentamos junto a la chimenea, en su estudio, y bebió un vaso de *whisky* más de lo acostumbrado, cosa que me extrañó. Noté que miraba el fuego con mucha fijeza...

—Entre paréntesis —terció el doctor Fell, en forma tan inopinada que Rampole pegó un salto—, ¿dónde guardaba él sus papeles privados e importantes? ¿Lo sabe usted?

Burnaby se volvió para mirarlo de hito en hito.

—Mills ha de estar en mejores condiciones que yo para informarle al respecto —replicó. (¿Había en esto algo velado, algo oculto, alguna pantalla?)—. Tal vez tuviese

una caja de caudales. Por lo que yo sé, parece que los guardaba en un cajón cerrado de su gran escritorio.

—Bien, continúe.

—Durante largo rato ninguno de nosotros dijo palabra. Se produjo una de esas situaciones incómodas que suelen surgir cuando cada uno desea abordar cierto tema, pero duda si el otro piensa en lo mismo. Pues bien, yo tomé la iniciativa y dije: «¿Quién es ese tipo?». Grimaud soltó uno de sus gruñidos característicos, semejante al de un perro, y se revolvió en su silla. Finalmente respondió: «No sé. Ha pasado mucho tiempo. Tal vez sea el médico; se parece al médico».

—¿El médico? —inquirió Hadley—. ¿Se refiere usted al que certificó su muerte en la prisión durante la peste?

Rosette Grimaud se estremeció y súbitamente tomó asiento, manteniendo la cara hundida en las manos. Burnaby se sintió incómodo.

—Sí. Díganme ustedes, ¿les parece que debo continuar?... Bien, Bien. «Habría venido a sacar un poco de dinero por medio de chantaje», dijo. Ustedes saben, seguramente, que los artistas de ópera que cantan la parte de Mefistófeles en *Fausto* tienen un aspecto muy fornido. Y bien, Grimaud me impresionó como uno de ellos cuando volvió hacia mí con las manos apoyadas en los brazos del sillón como si se dispusiera a levantarse. La cara enrojecida por el reflejo del fuego, la barba, las cejas arqueadas... todo contribuía a esa impresión. Le dije: «Sin embargo, no veo qué podría hacerle ahora»... Comprenderán ustedes que yo intentaba sonsacarle... Pensé que debía haber una cosa más grave que un delito político, porque si no hubiera sido más que eso la cosa no tendría ninguna importancia después del tiempo transcurrido. Grimaud dijo: «¡Oh!, él no me hará nada. Nunca tuvo coraje para eso. *Él* no me hará nada».

—Ahora bien —agregó rápidamente Burnaby, mirando en derredor—: ustedes quieren que les diga todo, y lo diré. No me importa. Todos lo saben. Grimaud dijo sin ambages, con esa manera suya de pronunciar las palabras como si ladrara: «Usted quiere casarse con Rosette, ¿no es cierto?». Yo respondí que sí. Entonces agregó: «Muy bien; pues se casará usted con ella», y comenzó a mover la cabeza y a tamborilear sobre el brazo del sillón. Yo me eché a reír y expresé algo acerca de la preferencia que tenía Rosette por otra persona. Él replicó: «¡Bah! ¡El jovencito ese! Ya lo arreglaremos».

Rosette lo observaba con una mirada dura, brillante e inescrutable, con los ojos casi cerrados. Luego, con una voz tan extraña que no parecía la suya, dijo:

—Así que ustedes lo tenían todo arreglado, ¿eh? —¡Dios mío, no pierda usted la serenidad Rosette! Usted sabe muy bien que no es tan simple. Se me ha preguntado qué pasó y yo lo he contado. Lo último que me pidió fue que guardara silencio sobre lo que sabía, pasara con él lo que pasara...

—Cosa que usted no cumplió...

—Obedeciendo la orden que usted me dio, Rosette. —Se volvió hacia los otros—.

Bien, caballeros, esto es todo lo que puedo referirles. Cuando vino apresuradamente a mi taller el viernes a la mañana para pedirme el cuadro, recibí una gran sorpresa. Pero me había pedido que no hablara con nadie al respecto, y no hablé.

Hadley, que había estado tomando notas en su libreta, continuó haciéndolo sin despegar los labios hasta llegar al final de la hoja. Luego miró a Rosette, que estaba reclinada sobre el sofá con un cojín debajo de uno de sus codos. Bajo su abrigo de pieles llevaba un vestido oscuro, pero, como de costumbre, conservaba la cabeza descubierta, de modo que su cabello rubio armonizaba con los colores brillantes, rojo y amarillo, del sofá. Levantó una mano y la hizo girar sobre la muñeca.

—Ya sé. Ahora va a preguntarme qué pienso yo de todo esto. De mi padre, y de lo demás. —Levantó la mirada hacia el cielo raso—. No sé. Esto me quita un peso tan grande del corazón, me parece hasta tal punto demasiado hermoso, que temo que alguien esté mintiendo. Pues bien, yo sólo hubiera admirado a mi padre por una cosa así. Es algo... algo terrible e impresionante, y me alegra que haya tenido un carácter tan diabólico. Claro que si era así porque era un ladrón —agregó, sonriendo con cierto placer—, ustedes no pueden reprocharle que haya guardado el secreto, ¿verdad?

—No es esto lo que quería preguntarle —dijo Hadley, que parecía bastante desconcertado ante esta actitud tan francamente liberal—. Quisiera saber por si siempre se había negado a venir aquí con el señor Burnaby, decidió de repente venir esta mañana.

—Para acabar definitivamente con él, claro está. Y también... quería emborracharme o algo así. Es que estaba muy fastidiada desde que encontramos ese abrigo manchado de sangre en el armario...

Se detuvo al reparar que los semblantes cambiaban de expresión, y se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Después de haber encontrado *qué*? —pregunté Hadley en medio de un grave silencio.

—El abrigo con manchas de sangre en la parte interior y delantera —respondió ella, interrumpiéndose para tragar saliva—. Yo..., pues..., no se lo he dicho todavía, ¿verdad? ¡Bueno, ustedes no me dieron ocasión! En seguida que entramos nos saltaron encima como... como... Bueno, fue así: el abrigo estaba colgado en el armario empotrado del vestíbulo. Jerome lo encontró cuando iba a colgar el suyo.

—¿De quién es ese abrigo?

—¡De nadie! ¡Esto es lo más raro! Yo no lo he visto nunca. No hubiera servido para ninguno de los de casa. Para mi padre hubiera sido demasiado grande; además, es de un *tweed* chillón de ésos que no se hubiera puesto nunca, porque los detestaba. Stuart Mills se perdería dentro de él; y, sin embargo, le quedaría pequeño al viejo Drayman. Es una prenda nueva. Parece como si nadie la hubiera usado todavía...

—Ya veo —dijo el doctor Fell, e hinchó los carrillos.

—¿Qué es lo que usted ve? —exclamó Hadley—. ¡Bonito asunto es éste! Usted le

dijo a Pettis que quería sangre. Muy bien; pues ahora tiene usted sangre, más sangre de la necesaria, ¡y en los lugares más inesperados! ¿Qué es lo que piensa ahora?

—Ya veo —replicó el doctor Fell apuntando con su bastón— de dónde venía esa sangre que Drayman tenía en la chaqueta anoche.

—¿Quiere usted decir que había llevado puesto el abrigo?

—¡No, no! Piénselo bien. Recuerde lo que dijo su sargento. Dijo que Drayman, medio ciego, bajó la escalera aprisa y dando tropezones, que estuvo tanteando en el ropero en busca de su sombrero y su abrigo. Seguramente se restregó contra ése mientras la sangre estaba fresca aún, Hadley. Y por eso no tiene nada de extraño que después no pudiera comprender dónde se había manchado. ¿No le parece que eso aclara muchas cosas?

—¡No! ¡Que el diablo me lleve si me aclara algo! Aclara un punto reemplazándolo por otro enigma doblemente peor. ¡Un abrigo de más! Vamos, vamos allá en seguida. Si usted desea acompañarnos, señorita Grimaud, y usted también, señor...

El doctor Fell meneó la cabeza.

—Vaya usted sin mí, Hadley. Hay algo que debo ver ahora. Algo que cambia enteramente la faz de este asunto; algo que se ha convertido en el punto más importante de este caso.

—¿Qué es?

—El alojamiento de Pierre Fley —respondió el doctor Fell, y abandonó el piso sacudiendo los hombros y agitando la capa tras sí.

Tercer ataúd

EL PROBLEMA DE
LAS SIETE TORRES



CAPÍTULO XVI

EL ABRIGO CAMALEÓN

DESDE EL MOMENTO en que les fue dada la noticia de aquel descubrimiento hasta la hora en que habían de encontrarse en casa de Pettis para almorzar, el ánimo del doctor Fell estuvo sumido en una melancolía que Rampole no hubiera creído posible en él y que ciertamente no podía comprender.

En primer lugar se negó a regresar con Hadley directamente a la plaza Russell, aunque insistió en que éste fuera allá sin él. Dijo que la pista principal debía encontrarse en la habitación de Fley. Manifestó que también llevaría a Rampole consigo para cierto «sucio trabajo de paciencia». Finalmente soltó unas maldiciones contra sí mismo con tan sentida vehemencia, que hasta Hadley, quien a veces compartía las opiniones que ahora expresaba el doctor, se sintió impulsado a protestar.

—Pero ¿qué es lo que espera usted encontrar allá? —insistió el comisario—. ¡Somers ha registrado ya esas habitaciones!

—No espero nada —gruñó el doctor Fell—. Sólo puedo decirle que tengo la esperanza de encontrar algunas huellas del hermano Henri. Su marca de fábrica, por así decirlo. Sus bigotes. Sus..., ¡oh, canastos, maldito seas, hermano Henri!

Hadley opinó que bien podían prescindir del Soliloquio en un Monasterio Español, y agregó que no se explicaba por qué la cólera de su amigo hacia el esquivo Henri parecía haber alcanzado un estado de manía. No había aparecido nada nuevo para justificarlo. Además, antes de abandonar el aposento de Burnaby, el doctor retuvo por algún tiempo a todos con un minucioso interrogatorio a la señorita Hake, la casera. O'Rourke la había mantenido cortésmente en la planta baja con evocaciones de su vida errante; pero los dos eran buenos habladores, y podría haber dudas sobre cuál de ellos rememoró más.

El interrogatorio de la señorita Hake, como admitió el doctor Fell, no aportó mucha luz. Se trataba de una solterona marchita y agradable, llena de buenas intenciones; pero con una mente propensa a la divagación y una tendencia a confundir huéspedes estrafalarios con ladrones y asesinos. Una vez que se la disuadió de su creencia de que Burnaby era un ladrón, bien poca cosa fue lo que pudo informar. No había estado en casa la noche anterior. Había ido al cinematógrafo, donde permaneció desde las ocho hasta las once, y luego fue a visitar a una amiga

que vivía en Gray's Inn Road, con la que estuvo hasta cerca de medianoche. No podía decir quién había hecho uso de la habitación de Burnaby; ni siquiera había sabido del asesinato hasta la mañana. En cuanto a sus restantes inquilinos, eran tres: un estudiante norteamericano y su mujer, que vivían en la planta baja, y un cirujano veterinario que ocupaba el segundo piso. Los tres habían estado fuera de casa la noche precedente.

Somers, de vuelta ya de su infructuosa búsqueda por la plaza Bloomsbury, recibió el encargo de seguir investigando por ese lado; Hadley se dirigió a casa de Grimaud en compañía de Rosette y Burnaby; y el doctor Fell, que estaba obstinadamente resuelto a sondear a otra casera comunicativa, encontró, en cambio, a un poco comunicativo patrón.

Las viviendas situadas en los pisos superiores y en el sótano de la tabaquería del número 2 parecían tan frágiles como una de esas mitades de casas que se adelantan hacia un lado del escenario en las comedias musicales. Pintadas de oscuro, presentaban un aspecto tristón y poco acogedor. Una llamada enérgica en el estridente timbre del local trajo por fin al tabaquero, y a la vez propietario de una agencia de periódicos, James Dolberman, cuya figura fue destacándose gradualmente desde las sombras en que estaba sumido el fondo del comercio. Era un viejo de baja estatura y labios apretados, con fuertes nudillos, y cuya chaqueta de lustrina negra brillaba como una armadura en aquella caverna llena de noveluchas salpicadas de huevos de mosca y momificadas pastillas de menta. Su opinión acerca de todo el asunto era que no le concernía en absoluto.

Con la mirada clavada en el escaparate de la tienda, como si esperara que alguien viniera y le diese un pretexto para poner fin a la conversación, respondió de mala gana a algunas preguntas del doctor Fell. Sí, tenía un inquilino; sí, era un hombre llamado Fley: un extranjero. Había estado allí dos semanas y pagado por adelantado. No, él no sabía nada de Fley ni tenía interés en saberlo, excepto que no le causaba molestias. Tenía el hábito de hablar consigo mismo en un idioma extranjero; eso era todo. El patrón no sabía nada sobre él porque apenas si lo veía. No había allí más inquilinos; él, James Dolberman, no llevaba agua caliente arriba para nadie. ¿Por qué eligió Fley el piso más alto? ¿Cómo iba a saberlo él? Más valía que se lo preguntaran al mismo Fley.

¿No sabía que Fley estaba muerto? Sí, lo sabía; había estado allí un agente de policía; le había hecho una serie de preguntas estúpidas y le había llevado después a identificar el cadáver. Pero no era cosa de su incumbencia. ¿Qué sabía él acerca del disparo que se oyó por allí a las diez y veinticinco de la noche anterior? James Dolberman pareció a punto de decir algo, pero apretó las mandíbulas y miró con más fijeza aún hacía la ventana. Había estado abajo, en la cocina, escuchando radio; no había oído ningún disparo, y aun cuando lo hubiese oído, tampoco habría salido para ver de qué se trataba.

¿No venía nadie a visitar a Fley? No. ¿No había visto por allí a algún extranjero

sospechoso, a algún hombre que tuviera tratos con Fley?

Esta pregunta tuvo un resultado inesperado; las mandíbulas del patrón continuaron moviéndose como si pertenecieran a un sonámbulo, pero se había vuelto casi locuaz. Sí, había algo que la policía debería investigar, en vez de derrochar inútilmente el dinero de los contribuyentes. Había visto a una persona que rondaba por allí, observando la casa, y una vez habló con Fley y se marchó aprisa. Un sujeto de apariencia poco recomendable. ¡Debía de ser un criminal! No le gustaba la gente que andaba como ocultándose. No, él no podía hacer ninguna descripción de aquel hombre; eso era asunto de la policía. Además, aquello ocurría siempre por la noche.

—¿Pero no recuerda usted absolutamente nada del aspecto que tenía ese individuo o de la ropa que llevaba? —preguntó el doctor Fell sintiendo que se le agotaba la paciencia y enjugándose el rostro con su pañuelo—. ¿Cómo iba vestido o cualquiera cosa por el estilo?

—Me parece —concedió Dolberman después de echar una prolongada mirada, con los labios apretados, hacia la ventana—, me parece que llevaba un abrigo de fantasía, o cosa así. Creo que era de un *tweed* amarillo claro; con motas de color rojo, me parece. Ésas son cosas suyas. ¿Quiere usted subir al piso de arriba? Aquí tiene la llave. Es de la puerta de afuera.

Vista desde el interior, la parecía sorprendentemente sólida. Mientras ascendían por una escalera estrecha y oscura, Rampole dijo:

—Tiene usted mucha razón, doctor, al decir que este caso está ahora patas arriba. Por culpa de unos abrigos, el asunto está ahora más oscuro que antes. Habíamos seguido la pista de una figura siniestra vestida con un largo abrigo de color negro. Y ahora tenemos a otra figura con un abrigo de *tweed*, manchado de sangre y de color claro, según podemos presumir. Me pregunto cuál de los dos puede colocarnos sobre una pista, y si el problema ha quedado reducido ahora a una cuestión de abrigos.

El doctor Fell resopló con fuerza alzando los hombros.

—Bien, no es en esto precisamente en lo que estaba pensando —respondió, meditabundo— cuando dije que el caso estaba patas arriba; pero quizá tendría que haber dicho, mejor, que ha tomado un giro inesperado. Pero en cierto modo tal vez sea sólo una cuestión de abrigos. ¡Hum! El hombre de los Dos Abrigos. Sí, creo que es el mismo asesino, aun cuando la indumentaria no coincida.

—¿Ha dicho usted que tiene una idea de quién puede ser el asesino?

—¡Sé quién es! —rugió el doctor Fell—. ¿Y sabe por qué siento deseos de apalearme? No sólo por haberlo tenido constantemente delante de mis narices, sino porque *me ha estado diciendo la verdad durante todo el tiempo*; y yo, sin embargo, no tuve bastante tino para caer en la cuenta. ¡Ha sido tan sincero, que hasta me duele pensar en cómo me resistí a creerle y lo consideraré inocente!

—¿Y la misteriosa desaparición?

—No, no sé cómo ocurrió eso. Hemos llegado.

No había más que una habitación en el piso alto, y un sucio tragaluz dejaba caer

una débil claridad sobre el rellano. La habitación tenía una puerta de tablas lisas pintadas de verde; estaba entreabierta y daba acceso a algo que más bien parecía una cueva y cuyas ventanas no habían sido abiertas, evidentemente, desde hacía algún tiempo. Después de buscar un rato a tientas, el doctor Fell dio con un mechero de gas metido dentro de un globo tambaleante. La escasa iluminación dejó ver un pequeño cuarto ordenado pero sucio, con un empapelado de color azul sobre las paredes y una cama blanca de hierro. Sobre la cómoda había una carta doblada bajo un frasco de tinta. Sólo una cosa recordaba la mente oscura y fantasmagórica de Pierre Fley —era como si estuvieran viéndolo a él mismo en su gastado traje de etiqueta y sombrero de copa, plantado allí junto a la cómoda y listo para la función—: sobre el espejo colgaba, puesto en marco, un lema anticuado escrito con letras finas y redondeadas de color dorado, blanco y negro. Decía esa escritura, como de espirales de araña: LA VENGANZA ES MÍA, DIJO EL SEÑOR; YO CASTIGARE. Pero colgaba invertida.

Resoplando en medio del silencio reinante, el doctor Fell se aproximó a la cómoda y recogió la carta plegada. Rampole advirtió que la letra era muy ornada, y el breve mensaje casi parecía una proclama.

Señor James Dolberman:

Le dejo los pocos objetos de mi propiedad, tal como se encuentran, en lugar del preaviso de una semana. No los necesitaré ya. Regreso a mi tumba.

PIERRE FLEY

—¿Por qué —dijo Rampole— esa insistencia en repetir *regreso a mi tumba*? Parece como si tuviera algún significado, aunque quizá no tenga ninguno... ¿Debo suponer que ha tenido existencia real ese sujeto Fley, que ha vivido? ¿O será que algún otro se hacía pasar por Fley o cosa semejante?

El doctor Fell no respondió. Estaba en los comienzos de un estado de ánimo sombrío en el que iba sumiéndose cada vez más profundamente a medida que inspeccionaba la andrajosa alfombra gris que cubría el piso.

—Ningún rastro —refunfuñó—. Ningún rastro; ni un billete de autobús, nada. Ordenado, sin barrer y sin rastros. ¿Sus cosas? No, no quiero ver sus cosas. Somers debe de haberlas examinado todas. Vamos; volvamos a reunirnos con Hadley.

Se encaminaron hacia la plaza Russell con el ánimo ensombrecido y bajo un cielo cargado de nubes. Hadley los vio en el momento en que subían la escalinata y fue a abrirles la puerta de entrada. Luego de asegurarse de que la puerta de la sala estaba cerrada —llegaba de allí un rumor de voces—, Hadley se encaró con ellos en la penumbra del ornamentado zaguán. Detrás de él, la máscara diabólica sobre la armadura japonesa ofrecía una buena caricatura de su semblante.

—Más líos, según veo —dijo el doctor Fell, casi cordialmente—. Bien, veamos qué tiene usted de nuevo. Yo nada tengo que informar; presentía que mi diligencia iba

a ser un fracaso, pero no me consuela el hecho de haber sido buen profeta. ¿Qué pasa aquí?

—Ese abrigo... —comenzó Hadley, y se detuvo. Se hallaba en un estado de furor que le impedía casi respirar; se apoyó con una mano en la pared y continuó con una mueca avinagrada—: Entre y escuche, Fell. Tal vez usted le encuentre algún sentido. Si Mangan está mintiendo, no encuentro razón ninguna para que lo haga. Pero ese abrigo... Ahora lo tenemos. Es una prenda nueva, flamante. En los bolsillos no hay nada, ni siquiera pelusa, ni polvo de tabaco; nada de lo que suele haber en cualquier otra prenda usada, por poco que lo haya sido. Pero, vea usted, antes teníamos el problema de dos abrigos; ahora tenemos lo que usted llamará probablemente el Misterio del Abrigo Camaleón...

—¿Qué ocurre?

—Ha cambiado de color —respondió Hadley.

El doctor Fell pestañeó. Luego examinó con renovado interés al comisario.

—Sea como sea —dijo—, espero que este asunto no le haya hecho perder el juicio. ¿Cambiado de color, dice usted? No querrá decirme que el abrigo es ahora de un color verde esmeralda, ¿eh?

—Quiero decir que ha cambiado de color... ¡Venga!

Cuando Hadley abrió la puerta de la sala, era evidente la tensión reinante. La habitación estaba amueblada con un recargado lujo de estilo antiguo, con grupos de bronce que sostenían lámparas, cornisas doradas y cortinas tan tiesas por la superabundancia de encajes, que parecían cataratas congeladas. Todas las luces estaban encendidas. Burnaby se hallaba reclinado en un sofá. Rosette se paseaba con pasos rápidos y nerviosos. De pie en un rincón, junto a la radio, estaba Ernestine Dumont, en jarras, con el labio inferior sobre el superior, como divertida o sarcástica, o ambas cosas a la vez. Por último, Boyd Mangan se hallaba de espaldas junto a la chimenea, dando ligeros saltitos y moviéndose de un lado a otro como si el fuego lo abrasara. Pero era más la excitación, o alguna otra cosa, lo que lo abrasaba.

—... ¡Ya sé que esa maldita prenda me cae bien! —decía con aire de feroz desafío—. Ya lo sé. Lo admito. El abrigo me cae bien, pero no es mío. En primer lugar, yo siempre uso impermeable; ahora lo tengo colgado en el vestíbulo. En segundo lugar, no me hubiera sido posible comprar una prenda como ésa; ha de costar lo menos veinte guineas. En tercer lugar...

Hadley golpeó a la puerta para llamar la atención. La entrada del doctor Fell y Rampole pareció apaciguar a Mangan.

—¿Quiere usted hacer el favor de repetir lo que acaba de contarnos? —le dijo Hadley.

Mangan encendió un cigarrillo. La llama del fósforo fulguró en sus ojos oscuros, que estaban un poco encarnizados. Arrojó el fósforo, aspiró, y echó una bocanada de humo con la actitud de quien está resignado a que lo condenen siendo inocente.

—Por mi parte, no comprendo por qué todo el mundo ha de querer cargarme todo

a mí —dijo—. Puede haber sido otro abrigo, aunque no me explico a quién se le ocurriría desparramar por aquí su guardarropa... Escucha, Ted, te lo contaré a ti. —Asió del brazo a Rampole y lo arrastró frente al fuego como si fuera a presentar un documento de prueba—. Cuando vine a cenar aquí anoche, fui a colgar mi impermeable —mi impermeable, tenlo presente— en el ropero empotrado del zaguán. Por lo general, uno no se toma el trabajo de encender la luz de allí. Se suele tantear y colgar el abrigo en la primera percha desocupada que se encuentra. Así hubiera hecho ayer, pero traía un paquete con libros que quería poner en el anaquel. Por eso encendí la luz. Y vi un abrigo, un abrigo de más, que colgaba aparte, en el fondo. Era aproximadamente del mismo tamaño que el otro de *tweed* amarillo que ustedes han encontrado; igual, diría yo, sólo que era negro.

—¿Un abrigo de más? —repitió el doctor Fell. Retrajo la barbilla y miró a Mangan con curiosidad—. ¿Por qué dice usted un abrigo de más, muchacho? Al ver una serie de abrigos en una casa, ¿acaso se le ocurre a alguien pensar que hay uno de más? Según mi propia experiencia, lo que menos observa uno en una casa ajena son los abrigos que cuelgan en un perchero; se tiene una vaga idea de que una de esas prendas debe ser la de uno, pero ni siquiera se está seguro de cuál de ellas será. ¿No es así?

—Como quiera que sea, yo conozco los abrigos que tiene la gente de esta casa —replicó Mangan—. Y ése me llamó particularmente la atención porque pensé que debía ser de Burnaby. No se me había dicho que estaría aquí, y me pregunté si acaso habría venido...

Burnaby había adoptado una actitud de ruda indulgencia hacia Mangan. Parecía muy distinto ahora de aquella figura de delicada sensibilidad que ellos habían visto sentada en el sofá de la calle Cagliostro; era una persona mayor que reprende a la juventud con un movimiento teatral de la mano.

—Mangan —dijo— es muy buen observador, doctor Fell. Un joven sumamente observador. ¡Ja, ja, ja! Especialmente cuando se trata de mí...

—¿Tiene algo que objetar? —preguntó Mangan bajando la voz hasta darle un tono de serenidad.

—... Pero déjenlo que cuente su historia. Querida Rosette, ¿me permite ofrecerle un cigarrillo? De paso, debo advertirle que ese abrigo no era mío.

La cólera de Mangan subió de punto, sin que él pareciera tener conciencia clara de la causa. Pero se volvió otra vez hacia el doctor Fell.

—Como quiera que sea, me llamó la atención. Después, cuando Burnaby vino esta mañana y encontró ese abrigo con sangre en la parte de adentro..., bueno, el de color claro estaba colgado en el mismo lugar. Claro que la única explicación lógica es que había allí dos abrigos. Pero no me explico qué absurdo hay aquí. Juraría que ese abrigo de anoche no pertenecía a ninguno de los de esta casa. Ustedes mismos pueden comprobar que igual cosa ocurre con el de *tweed*. ¿Habrá usado el asesino uno de ellos, o los dos, o ninguno? Además, el abrigo negro tenía algo raro...

—¿Algo raro? —interrumpió el doctor Fell, tan bruscamente, que Mangan se volvió—. ¿Qué era lo que tenía de raro?

Ernestine Dumont avanzó desde la radio y sus zapatos de tacones bajos crujieron un poco. Presentaba un aspecto más ajado esa mañana; sus pómulos veíanse más acentuados y su nariz más chata. Tenía además los párpados hinchados, presentaba apariencia de disimulo y de evasividad. No obstante, a pesar de su aspecto decaído, sus ojos negros conservaban su fulgor.

—¡Oh, bah!, —exclamó, e hizo un ademán resuelto y un poco rudo—. ¿Qué objeto tiene continuar con todas estas tonterías? ¿Por qué no me preguntan a mí? Yo debo saber más que él de estas cosas, ¿no les parece? —Miró a Mangan y arrugó la frente—. No, no; yo creo que usted trata de decir la verdad, ¿comprende? Pero me parece que ha embrollado un poco las cosas. Es muy fácil, como dice el doctor Fell... El abrigo amarillo estaba allí anoche, sí. Desde muy temprano, desde antes de la hora de cenar. Estaba colgado en la percha en que él dice que vio colgado el abrigo negro. Lo vi yo misma.

—¡Pero...! —gritó Mangan.

—Calma, calma —tronó el doctor Fell con intención apaciguadora—. Veamos si es posible poner esto en claro. Si usted vio el abrigo allá, señora, ¿no le pareció algo insólito eso, un poco raro, sabiendo que no pertenecía a ninguno de los de la casa?

—No, en absoluto —respondió ella, y señaló a Mangan—. No lo había visto llegar. Creí que era de él

—¿Quién lo había hecho entrar, entonces? —preguntó el doctor Fell a Mangan, con voz somnolienta.

—Annie. Pero yo mismo fui a guardar mis cosas. Juraría que...

—Lo mejor es que toque el timbre para que venga Annie en seguida, Hadley, si es que está aquí —interrumpió el doctor Fell—. Este problema del abrigo camaleón me intriga. ¡Oh por Baco, ya lo creo que me intriga! No, señora, yo no pienso que usted no dice la verdad, lo mismo que usted no lo piensa de nuestro amigo Mangan. Hace un rato le decía a Rampole lo desdichadamente veraz que ha sido cierta persona. ¡Ah, ah! A propósito, Hadley, ¿ha hablado usted con Annie?

—¡Oh, sí! —respondió Hadley cuando Rosette Grimaud pasaba detrás de él para tocar el timbre—. Annie cuenta una historia bien sencilla. Anoche salió y no volvió hasta las doce pasadas. Pero no le pregunté sobre esto.

—¡No veo a qué viene tanto alboroto! —exclamó Rosette—. ¿Qué importancia tiene esto? ¿Es que ya no tienen otras cosas en qué ocuparse más que en tratar de averiguar si un abrigo es amarillo o negro?

Mangan se volvió hacia ella.

—Esto es muy importante, y tú lo sabes. Yo no estaba viendo visiones. ¡No, tampoco pretendo que estuviera viendo visiones la señora! Pero uno de los dos tiene que haberse equivocado. Y lo más probable es que Annie no sepa nada. ¡Oh Dios! Yo no comprendo nada.

—Es muy natural —observó Burnaby.

—Váyase al demonio, ¿quiere?

Hadley se interpuso entre los dos, y habló con tono tranquilo pero eficaz. Burnaby, que se había puesto pálido, volvió a sentarse en el sofá. La tensión y la nerviosidad se tornaban insostenibles en aquella habitación; todos parecían ansiar un poco de sosiego cuando Annie acudió a la llamada. Era una muchacha tranquila, nariguda y seria, que de ninguna manera demostró ser necia. Parecía habilidosa y trabajadora. De pie en el vano de la puerta, con el cuerpo un tanto encorvado, el gorro tan firme en la cabeza que parecía estampado allí, clavó en Hadley unos sencillos ojos castaños. Estaba un poco turbada, pero no nerviosa.

—Hay una cosa que me olvidé de preguntarle ayer —dijo el comisario—. Usted abrió la puerta al señor Mangan, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿A qué hora, sobre poco más o menos?

—No sabría decirle, señor. —Parecía desconcertada—. Probablemente habrá sido media hora antes de la cena. No sabría decirle exactamente.

—Vio usted si colgaba él mismo su abrigo y su sombrero

—Sí, señor. El señor Mangan nunca me los da a guardar, porque si no es claro que...

—¿Pero no miró usted dentro del armario?

—¡Oh, comprendo...! Sí, señor, miré. Pasó esto: después que hice pasar al señor Mangan, volví directamente al comedor, pero entonces me di cuenta de que tenía que bajar a la cocina. Así que volví por el zaguán. Y como noté que el señor Mangan había dejado encendida la luz del armario, fui y la apagué...

Hadley se inclinó hacia adelante.

—Ahora tenga cuidado con lo que dice. Usted sabe que esta mañana se encontró en ese guardarropa un abrigo claro de *tweed*, ¿verdad? Estaba enterada de eso, ¿no es así? ¡Bien! ¿Recuerda usted en qué percha colgaba?

—Sí, señor; lo recuerdo —respondió la muchacha apretando los labios—. Estaba en el zaguán esta mañana cuando el señor Burnaby lo encontró y todos los demás se acercaron al guardarropa. El señor Mills dijo que debíamos dejarlo donde y como estaba, con la sangre encima, porque la policía...

—Exactamente. Se trata, Annie, del color de ese abrigo. Cuando usted miró el interior del guardarropa anoche, ¿ese abrigo era de color claro o negro? ¿Puede usted recordarlo?

La muchacha lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, señor, puedo re... ¿Si era claro o negro? ¿Me lo pregunta seriamente? Bueno, señor, hablando con propiedad no era ni una cosa ni otra. *Porque ayer no había ningún abrigo colgado en esa percha.*

Se oyó un murmullo de voces que se cruzaban y entrechocaban. Mangan estaba furioso; Rosette, casi histéricamente burlona; Burnaby, divertido. Sólo Ernestine

Dumont permanecía fastidiada y despectivamente silenciosa. Por espacio de un largo minuto Hadley examinó el semblante firme y ahora de una seriedad casi desafiante de la testigo; Annie tenía las manos entrelazadas y el cuello estirado. El comisario se dirigió hacia la ventana sin decir palabra, pero con evidente malhumor.

Entonces el doctor Fell soltó una risotada.

—Bueno, arriba ese ánimo —le exhortó—. Por lo menos no ha cambiado nuevamente de color. Y debo advertirle que es un hecho sumamente significativo, aunque me vea en peligro de que me arroje esa silla a la cabeza. ¡Hum! ¡Ja! Sí. Vamos, Hadley.

Lo que necesitamos ahora es almorzar. ¡Almorzar!



CAPÍTULO XVII

LA DISERTACIÓN SOBRE CUARTOS CERRADOS

EL CAFÉ ESTABA sobre la mesa; las botellas de vino, ya vacías; los cigarros, encendidos, Hadley, Pettis, Rampole y el doctor Fell se hallaban sentados en torno a la luz que derramaba una lámpara de pantalla roja, en el vasto y penumbroso comedor del hotel de Pettis. Se habían quedado allí después de haberse ido la mayoría de los huéspedes, y sólo unas pocas personas permanecían sentadas a la mesa en esa hora muelle y plena de las tardes invernales en que el fuego resulta más confortable y los copos de nieve comienzan a caer menudamente detrás de las ventanas. Bajo el sombrío fulgor de una armadura y los escudos de armas, el doctor Fell parecía más que nunca un barón feudal. Echó una ojeada despectiva a su café, que diríase iba a tragar con taza y todo; hizo un amplio ademán de resolución con su cigarro y se aclaró la garganta.

—Ahora disertaré —anunció con amable firmeza— sobre la mecánica general y desarrollo de la situación conocida en la literatura policíaca bajo el nombre de «habitación herméticamente cerrada».

Hadley emitió un gruñido.

—Déjelo para otro momento —sugirió—. Nadie tiene deseos de escuchar ninguna disertación después de este excelente almuerzo, y especialmente cuando hay tanto por hacer. Bien, como decía hace unos minutos...

—Disertaré ahora sobre la mecánica general y desarrollo de la situación conocida en las novelas policíacas bajo el nombre de «habitación herméticamente cerrada» —repitió el doctor Fell con tono inexorable—. ¡Ejem! Todos los que se opongán pueden saltar este capítulo. ¡Ejem! ¡Comencemos, señores! Habiendo nutrido mi espíritu de literatura sensacional durante los últimos cuarenta años, puedo decir que...

—Si va usted a analizar las situaciones imposibles —lo interrumpió Pettis—, ¿para qué hablar de las novelas policíacas?

—Porque ésta es una novela policíaca —replicó el doctor con franqueza—, y no debemos intentar engañar al lector pretendiendo que no lo es. No inventemos complicadas excusas para traer a cuento un examen de los relatos policíacos. Gloriémonos sinceramente de perseguir los más nobles objetivos posibles para los

personajes de un libro.

«Pero prosigamos: al analizarlos, no pienso dar pie a una discusión intentando sentar reglas. Quiero hablar únicamente de gustos y preferencias personales. Podremos parafrasear a Kipling del siguiente modo: “Hay sesenta y nueve maneras de construir una trama policíaca y cada una de ellas es buena”. Ahora bien; si yo dijera que cada una de ellas es igualmente interesante para mí, sería (para expresarlo tan urbanamente como sea posible) un mentiroso infame. Pero no se trata de eso. Cuando digo que una historia sobre una habitación herméticamente cerrada es más interesante que cualquier otra cosa en la literatura policíaca, es simplemente por prejuicio. Me gusta que los crímenes sean muchos, sangrientos y grotescos. Me gusta, además, que una trama tenga cierta intensidad de colorido y fuerza imaginativa, puesto que no puedo hallar apasionante una historia por el único motivo de que da la impresión de haber podido ocurrir en realidad. No me interesa escuchar el zumbido de la vida cotidiana; prefiero, con mucho, la risa sofocada del gran Hanaud y las fúnebres campanas de Fenchurch St. Paul. Admito que todo esto es un despreocupado y alegre prejuicio racional, y no entraña crítica alguna a trabajos más tibios (o más competentes).

»Pero debemos señalar esto porque algunas personas que no admiten ni la más ligera fantasía insisten en considerar sus preferencias como reglas. Usan, como un estigma de condenación, la palabra “improbable”. Y con ello atraen engañosamente a los incautos a su propia creencia de que *improbable* significa simplemente *malo*.

»Pues bien: me parece razonable hacer ver que la palabra *improbable* es justamente la última que debería usarse para condenar un relato policíaco. Gran parte de nuestra afición a las novelas policíacas se basa justamente en la afición a lo improbable. Cuando A es asesinado, y B y C son objeto de fuertes sospechas, es improbable que D, al parecer inocente, sea el culpable. Pero lo es. Si G tiene una coartada perfecta, confirmada por el juramento de todas las demás letras del alfabeto, es improbable que G haya cometido el crimen. Pero lo ha cometido. Cuando el detective recoge una partícula de carbonilla en la ribera, es improbable que algo tan insignificante tenga alguna importancia. Pero la tiene. En suma, se llega a un punto en que la palabra *improbable* pierde todo sentido. Nada puede ser considerado probable hasta el final de la historia. Algunos vejestorios, yo por ejemplo, solemos preferir que el crimen sea, al fin, obra de una persona de la que no se había sospechado. Mal podemos entonces admitir la queja de que ésta tenía, para cometerlo, menos motivos verosímiles que aquél de quien se sospechó primero.

»Cuando se lanza el grito de “¡Esto nunca podría suceder!”, cuando se protesta a causa de los maniáticos homicidas y de los asesinos que dejan tarjetas, sólo se está declarando lo siguiente: “No me gusta este tipo de relatos”. Esto es bastante justo. Si no se gusta de ellos, se tiene toda la razón del mundo para decirlo. Pero cuando se transforma esta cuestión de gusto en una norma para juzgar el mérito y aun la verosimilitud del relato, lo que uno declara es esto: “Esta serie de acontecimientos no

puede suceder porque a mí no me gustaría que sucediera”.

»Tomemos como ejemplo la habitación herméticamente cerrada. Esta situación ha estado sometida a un fuego más recio que ninguna otra por el motivo de ser poco convincente.

»La mayor parte de las personas, tengo el placer de decirlo, siente afición por el cuarto cerrado. Pero, en esto reside la condenada dificultad, aún los amigos de esta situación se sienten con frecuencia dudosos. Admito alegremente que yo mismo lo estoy a menudo. Así, pues, por el momento todos estamos de acuerdo a este respecto, de modo que veamos ahora qué podemos descubrir. ¿Por qué nos asaltan dudas cuando oímos la explicación del problema del cuarto cerrado? De ningún modo porque seamos incrédulos, sino, tan sólo, porque nos sentimos vagamente *desilusionados*. Y partiendo de este sentimiento, no es más que natural avanzar un ilegítimo paso más y llamar a todo el asunto increíble, imposible o, lisa y llanamente, ridículo.

»En suma —tronó el doctor Fell apuntando con su cigarro—, ocurre precisamente lo que nos estaba diciendo hoy O'Rourke acerca de las situaciones improbables *en la vida real*. ¡Por Dios!, ¿qué queda para las historias, señores, si hasta nos burlamos de lo improbable cuando tiene lugar en la realidad? El hecho de que sólo merced a una treta el prestidigitador salga airoso de esas situaciones, nos desilusiona. Cuando las mismas se dan en una novela policíaca, las llamamos increíbles; cuando acaecen en la vida real y nos vemos forzados a darles fe, nos limitamos a llamar decepcionante la explicación. Y el porqué de ambas desilusiones es el mismo: esperamos demasiado.

»Lo que ocurre es que el efecto es tan mágico que en cierto modo esperamos que también lo sea la causa; y cuando comprobamos que no se trata de hechicería, decimos que todo es una payasada. Y esto difícilmente podría considerarse juego limpio. Lo último de que deberíamos quejarnos con respecto al criminal es de su conducta excéntrica. Toda la cuestión se limita a lo siguiente: ¿*puede* llevarse a cabo la treta? Si la respuesta es afirmativa, la cuestión de *cómo* es llevada a cabo no viene al caso. Un hombre huye de una habitación cerrada con llave... Y bien, puesto que, al parecer, ha violado las leyes de la naturaleza para nuestro entretenimiento, ¡el Cielo sabe si tiene derecho o no a violar las leyes de la Conducta Probable! Si un hombre se ofrece a ponerse cabeza abajo, no es posible estipular que al mismo tiempo ha de mantener los pies sobre el piso. Al juzgar, señores, tengan esto en cuenta. Llamen al resultado poco interesante, si quieren, o cualquier otra cosa que sea cuestión de gusto personal; pero tengan mucho cuidado de no declarar insensatamente que es improbable o traído por los cabellos».

—Muy bien, muy bien —dijo Hadley revolviéndose en su asiento—. Yo mismo no me siento muy fuerte en la materia. Pero si insiste usted en dar una conferencia..., al parecer con cierta aplicación a este caso...

—Sí.

—Entonces, ¿por qué tomar el caso de la habitación herméticamente cerrada?

Usted mismo dijo que el asesino de Grimaud no es nuestro mayor problema. El principal enigma lo constituye ese asunto de un hombre muerto de un tiro en medio de una calle desierta...

—¡Ah!, ¿eso? —dijo el doctor Fell con un movimiento de la mano tan despectivo que Hadley se quedó mirándolo—, ¿es ése el principal enigma? Yo encontré la explicación apenas oí las campanas de la iglesia. Hablo seriamente. Es la huida de ese cuarto lo que me preocupa. Y a fin de ver si hallamos un hilo conductor, esbozaré someramente algunos de los diversos medios de cometer asesinatos en cuartos cerrados, clasificándolos separadamente. Este crimen entra en una de las clasificaciones. ¡Tiene que entrar! No importa cuán amplias puedan ser las variantes; ésta no es más que una forma particular de unos pocos métodos centrales.

«¡Hum! ¡Ja! Ahora bien. He aquí nuestro recinto, con una puerta, una ventana y sólidas paredes. Al analizar los medios de fugarse cuando puerta y ventana están cerradas, no mencionaré el ruin (y hoy día poco frecuente) ardid de contar con un pasaje secreto que conduce al cuarto cerrado. Esto rebaja a tal punto una novela policíaca, que un autor que se respete apenas si necesita mencionar que no existe tal pasaje. No tenemos por qué analizar las variantes menores de este abuso: el panel que tiene apenas el ancho suficiente para dejar pasar una mano, o el agujero disimulado en el cielo raso a través del cual se baja un cuchillo, reponiéndose luego el tapón de un modo imposible de descubrir, y esparciéndose polvo en el piso del desván de encima, de modo que parezca que nadie anduvo por allí. Todas éstas no son, repito, sino variantes menores de un mismo principio, ya sea la abertura secreta pequeña como un dedal o grande como la puerta de un pajar... En cuanto a una clasificación legítima, podría usted anotar algunos de los siguientes casos, señor Pettis...».

—Muy bien —dijo Pettis, que escuchaba sonriente—. Prosiga usted.

—¡Primero! Tomemos el crimen cometido en una habitación herméticamente cerrada que está realmente herméticamente cerrada y de la cual ningún asesino se ha fugado porque en verdad ningún asesino estaba en ella. Explicaciones:

1. No es un asesinato, sino una serie de coincidencias que terminan en un accidente que parece un asesinato. A una hora temprana, antes de que se hubiera echado la llave al cuarto, ha habido un robo, un ataque, o se ha causado destrozos en el mobiliario que sugieren una lucha con un asesino. Más tarde la víctima se muere accidentalmente o se desmaya en un cuarto cerrado con llave, y se supone que todos estos incidentes han tenido lugar al mismo tiempo. En este caso la causa de la muerte es generalmente una fractura del cráneo. Se presume que ha sido causada con un garrote, pero se debe en verdad a algún mueble. Puede tratarse de la esquina de una mesa o del borde aguzado de una silla; pero el objeto más común es el guardafuego de hierro de la chimenea. Entre paréntesis, el guardafuego asesino ha estado matando gente de manera que hace pensar en un crimen desde la aventura de Sherlock Holmes con el Hombre Cojo. La solución

más ampliamente satisfactoria de la trama de este tipo, en la que hay un asesino, es la de *El misterio del cuarto amarillo*, de Gastón Leroux, la mejor novela policiaca que se ha escrito.

2. Es un asesinato, pero la víctima es impulsada a matarse a sí misma o a sucumbir por una muerte accidental. Esto puede lograrse por el efecto de una habitación encantada, por sugestión; o, más frecuentemente, por un gas que se introduce desde afuera en la habitación. Este gas o veneno produce un frenesí en la víctima, que empieza a despedazar cuanto se encuentra en la habitación, dejándola como si hubiera habido una lucha, y muere de una puñalada que se infiere a sí misma. En otras variantes se traspasa el cráneo con el espigón de la araña se cuelga de un lazo de alambre o hasta se estrangula ella misma.
3. Es un asesinato, pero cometido mediante algún aparato mecánico previamente colocado en la habitación y oculto de un modo imposible de descubrir en algún mueble de aspecto inocente. En el momento oportuno, el asesino pondrá el aparato en movimiento; pero puede tratarse también de una máquina que, funcionando automáticamente, no requiera la presencia del mismo. Puede ser alguna diabólica invención moderna creada por la ciencia de nuestros días. Tenemos, por ejemplo, el mecanismo que actúa como un arma de fuego escondido en el receptor telefónico, que dispara una bala contra la cabeza de la víctima cuando ésta levanta el receptor. Tenemos la pistola con un cordel atado al gatillo y que es tirado por la dilatación del agua al helarse. Tenemos el reloj que dispara una bala en cuanto se le da cuerda, y (ya que los relojes son tan populares) tenemos el ingenioso reloj de pared que comienza a hacer sonar una campana espantosamente estruendosa que tiene en la parte superior, de modo que cuando uno se empuja para detener el ruido, deja caer, con sólo tocarlo, la hoja de una espada que le abre a uno el estómago. Tenemos el peso que se desprende del cielo raso, y el que le aplasta a uno el cráneo desde el alto respaldo de una silla. Está el lecho que exhala un gas mortal al ser calentado por el cuerpo, la aguja envenenada que no deja rastros, la...

—Ya ven ustedes —dijo el doctor Fell subrayando cada punto con su cigarro—; cuando nos vemos embrollados con estos dispositivos mecánicos, nos hallamos más en la esfera de las *situaciones imposibles* que en la de los cuartos cerrados. Se podría continuar indefinidamente con la lista, aun limitándonos a los aparatos mecánicos para electrocutar. Una cuerda colocada ante una hilera de cuerdas está electrizada; un tablero de ajedrez está electrizado. Hasta un guante puede estar electrizado. La muerte acecha en cada pieza del mobiliario, aun en un frasco de té. Pero todo esto parece no tener aplicación el caso que nos ocupa, de modo que pasemos al siguiente:

4. Es un suicidio que se intenta hacer aparecer como un asesinato. Un hombre se apuñala con un carábano; el carábano se derrite, y no hallándose ninguna arma en el cuarto cerrado, se supone un asesinato. Un hombre se dispara un tiro con un revólver sujeto al extremo de un elástico; el revólver, al ser soltado, queda oculto dentro de la chimenea. Como variaciones de esta treta (sin relación con los cuartos cerrados) tenemos la pistola atada a un peso que cae al agua por encima del parapeto de un puente después de disparado el tiro, y, en el mismo estilo, la pistola arrojada por una ventana a un ventisquero.
5. Es un asesinato cuyo problema proviene de una ilusión y una caracterización. A saber: la víctima, cuando aún se la supone viva, yace sin vida en un cuarto cuya puerta es observada. El asesino, vestido como la víctima o confundido con ésta al ser visto de atrás, se precipita en el cuarto; inmediatamente se despoja de su disfraz y sale de la habitación con su verdadera apariencia. El que observa queda con la impresión de que dos hombres iban a trasponer simultáneamente el vano de la puerta, y que uno de ellos, el asesino, dejó pasar al otro, la víctima. El matador tiene así una coartada, puesto que, más tarde, al descubrirse el cadáver se supondrá que el crimen fue cometido algún tiempo después de que la persona que se había hecho pasar por la víctima entrara en la habitación.
6. Es un asesinato que, aunque cometido por alguien que estaba fuera de la habitación en el momento del hecho, parece exigir la presencia del matador dentro de la misma.

—Al explicar este tipo de asesinato —dijo el doctor Fell, interrumpiendo su disertación—, lo clasificaré bajo el nombre general de Crimen a Larga Distancia o de Carábano, puesto que generalmente es una variación de ese principio. He hablado de carábano; ustedes comprenden lo que quiero decir. La puerta está cerrada con llave, la ventana es demasiado estrecha para dejar pasar a un asesino; sin embargo, al parecer, la víctima ha sido apuñalada en el interior de la habitación, y el arma no aparece. Bien, el carábano fue disparado como una bala desde fuera (no analizaremos si esto es práctico, como no analizamos los misteriosos gases anteriormente mencionados) y se ha disuelto sin dejar rastros. Creo que Anna Katherine Green ha sido la primera en usar este ardid en la literatura policíaca, en una novela llamada *Sólo las iniciales*.

«Dicho sea de paso, a Anna Katherine Green se debe el comienzo de numerosas tradiciones. En su primera novela policíaca creó, hace ya más de cincuenta años, la leyenda del secretario asesino que mata a su patrón, y estoy seguro de que las estadísticas actuales probarían que el secretario sigue siendo el asesino más corriente en literatura. Los mayordomos han pasado de moda hace ya largo tiempo; el inválido de la silla de ruedas es demasiado sospechoso, y la plácida solterona de edad madura hace tiempo que ha renunciado a la manía homicida para convertirse

en detective. Los médicos también se comportan mejor hoy en día, a menos, por supuesto, de que se vuelvan eminentes y se transformen en Sabios Locos. Los abogados, si bien persisten en seguir infames, sólo en pocos casos son activamente peligrosos. ¡Pero los ciclos recomienzan! Edgar Allan Poe, hace ochenta años, inició una modalidad llamando a su asesino Goodfellow^[16]; y el más popular de los escritores de misterio modernos hace precisamente la misma cosa llamando a su archivillano Goodman^[17]. Entretanto, esos secretarios son todavía la gente más peligrosa de tener en casa.

»Continuando con lo relativo al carámbano, se dice que los Médicis lo emplearon como arma homicida, y en uno de los admirables cuentos de Fleming Stone se cita un epigrama de Marcial para demostrar que tuvo su origen mortífero en Roma, en el primer siglo de la era cristiana. Bien; era disparado, arrojado o lanzado desde un arco como en una aventura de Hamilton Cleek (aquel magnífico personaje de las *Cuarenta caras*). Variantes del mismo tema, proyectiles solubles, han sido las balas de sal gema y hasta las balas hechas con sangre congelada.

»Esto ilustra lo que quiero decir cuando hablo de crímenes cometidos en el interior de una habitación por alguien que estaba fuera de ella. Hay otros métodos. La víctima puede ser apuñalada con la delgada hoja de un bastón de estoque introducida a través de las enredaderas de una glorieta; o puede ser apuñalada con una hoja tan delgada que no sabe que está herida y se encamina a otra habitación antes de caer súbitamente muerta. O es inducida a mirar por una ventana, y, en seguida, nuestro viejo amigo el hielo le atraviesa el cráneo desde arriba, pero ningún arma aparece, porque el arma se ha disuelto.

»Bajo este encabezamiento (aunque podría ir igualmente bien bajo el número tres), podríamos catalogar los asesinatos cometidos por intermedio de culebras e insectos venenosos. Las culebras pueden no sólo ser escondidas en cofres y cajas de caudales, sino también en floreros, libros, lámparas y bastones. Hasta recuerdo un divertido caso en el que la boquilla de ámbar de una pipa, grotescamente tallada en forma de escorpión, nace a la vida de repente como escorpión real cuando la víctima se la lleva a la boca. Pero el que les recomiendo, señores, como el mejor de los asesinatos a distancia cometidos en un cuarto cerrado, es el relatado en uno de los más brillantes cuentos cortos de la historia de la literatura policíaca. (De hecho, alcanza la suprema e intangible excelencia de *Las manos de Mr. Ottermole*, de Thomas Burke; *El hombre del pasaje*, de Chesterton, y *El problema de la celda número 13*, de Jacques Futrelle). Es *El misterio de Doomdorf*, de Melville Davisson Post... y el asesino a larga distancia es el sol. El sol pasa a través de la ventana del cuarto cerrado, convierte en vidrio ustorio una botella que está sobre la mesa, llena de puro y blanco licor de alcohol metílico, y enciende por su intermedio el pistón de un revólver que cuelga en la pared, de modo que la víctima muere de un balazo en el pecho mientras yace en su cama. Después tenemos... ¡Espacio! ¡Ejem! ¡Ja! Mejor será que no me desvíe del tema. Pondré punto final a esta clasificación con la última

subdivisión»:

7. Éste es un crimen que depende de un efecto exactamente opuesto al del número 5. Esto es, se supone muerta a la víctima mucho antes de que en realidad lo esté. La víctima yace dormida (narcotizada pero ilesa) en un cuarto cerrado. Las llamadas a la puerta no consiguen despertarla. El asesino manifiesta una fingida alarma, fuerza la puerta, se precipita en el interior del cuarto y mata a la víctima de una puñalada o cortándole la garganta, haciendo creer entretanto al resto de los presentes que han visto algo que en verdad no han visto. El honor de la invención de este recurso corresponde a Israel Zangwill, y desde entonces ha sido usado en muchas formas. Ha sido puesto en práctica (generalmente apuñalando) en barcos, en casas ruinosas, en invernáculos, en desvanes y aun al aire libre, donde la víctima ha dado un traspie y se ha desmayado antes de que el asesino se incline sobre ella. De modo que...

—¡Espere!, ¡un momento! —intervino Hadley, descargando un puñetazo sobre la mesa para atraer la atención. El doctor Fell se volvió con complacencia y lo miró con aire afable. Hadley prosiguió—: Todo esto quizá esté muy bien; ha considerado usted todas las situaciones que se pueden presentar en cuartos cerrados...

¿Todas? —bufó el doctor Fell abriendo los ojos desmesuradamente—. Por cierto que no. Ni siquiera he considerado con amplitud los métodos de esta clasificación particular; no he hecho más que un tosco bosquejo improvisado; pero dejaré que quede así. Iba ahora a hablar de la otra clasificación: la de los diversos medios de acomodar puertas y ventanas de modo que puedan ser cerradas por el lado de adentro. Así, pues, señores, continúo...

—Todavía no —dijo el comisario con obstinación—. Discutiré el asunto desde su propio punto de vista. Dice usted que podemos obtener un hilo conductor estableciendo las diversas maneras en que pudo haberse ejecutado la maniobra. Ha establecido usted siete puntos, pero si se trata de aplicarlos a nuestro caso todos ellos deben ser excluidos, basándose en el propio encabezamiento de su clasificación: «Ningún asesino huyó de la habitación, porque ningún asesino estaba realmente en ella en el momento del crimen». ¡Todo queda en la nada! Porque la única cosa que sabemos en definitiva, a menos que supongamos que Mills y la Dumont han mentado, es que el asesino estaba realmente en la habitación. ¿Qué me dice usted de esto?

Pettis se habla sentado en el borde del asiento, y el fulgor de la lámpara con la pantalla roja hacía brillar su cabeza calva cada vez que se inclinaba sobre un papel en que escribía. Estaba tomando pulcras notas con un lápiz de oro. Al oír las últimas palabras de Hadley levantó sus ojos saltones, que parecían más saltones que nunca, y algo sorprendidos.

—Pues... sí —dijo, con una breve tos—. Pero este punto número 5 me parece sugestivo. ¡Una ilusión! ¿No podrían «Mills y la señora de Dumont no haber visto a

nadie en realidad entrando por aquella puerta; no podrían haber sido embaucados de algún modo; no podría ser todo el asunto una ilusión como las que produce una linterna mágica?

—¡A mí con ésas! —dijo Hadley—. ¡Perdón! Yo también pensé en eso. Anoche le estuve insistiendo a Mills sobre este punto, y esta mañana cambié algunas palabras más con él. Cualquiera cosa que haya sido el asesino, no fue una ilusión, y pasó efectivamente por aquella puerta. Era lo bastante sólido para hablar y golpear una puerta. ¿Conviene usted en esto, Fell?

El doctor hizo un desconsolado movimiento afirmativo con la cabeza. Abstraídamente, dio unas chupadas a su cigarro apagado.

—¡Oh, sí!, convengo en eso. Era bastante sólido, y entró efectivamente en el cuarto.

—Y aun concediendo que lo que sabemos no es la verdad —continuó Hadley mientras Pettis llamaba al mozo para que les sirviese más café—; aun concediendo que lo que vieron los testigos fueron sólo imágenes de una linterna mágica, la imagen de una linterna mágica no pudo matar a Grimaud. Fue una pistola maciza en una mano maciza. Y en cuanto a los demás puntos, Dios sabe que Grimaud no fue muerto por un dispositivo mecánico. Más aún, no se mató a sí mismo... haciendo luego que la pistola desapareciera por la chimenea, como ocurre en su ejemplo. En primer lugar, un hombre no puede pegarse un tiro desde una distancia, tan grande; y en segundo lugar, el revólver no pudo subir por la chimenea, cruzar los techos hasta llegar a la calle Cagliostro, dispararle a Fley y caer en tierra una vez cumplido su cometido. ¡Mal rayo, Fell, estoy hablando como usted! Me estoy dejando llevar demasiado por sus maneras de pensar. Espero una llamada de la oficina en cualquier momento y quiero volver a la cordura. ¿Qué le pasa?

El doctor Fell, que tenía sus ojillos desmesuradamente abiertos y clavados en la lámpara, dejó caer lentamente el puño sobre la mesa.

—¡La chimenea! —exclamó—. ¡La chimenea! ¡Cielos! Me pregunto si... ¡Señor! ¡Hadley, qué asno he sido!

—¿Qué pasa con la chimenea? —preguntó el comisario—. Hemos comprobado que es imposible escapar por ella.

—Sí, por supuesto; pero no quise decir eso. Empiezo a vislumbrar un destello de luz, aunque podría ser el destello de un desatino. Tengo que echarle otro vistazo a esa chimenea.

Pettis sonrió y golpeteó sus notas con el lápiz de oro.

—De todos modos —sugirió—, podría usted poner punto final a este análisis. Convengo con el comisario en una cosa: quizá sería mejor que esbozara las formas de utilizar puertas, ventanas y chimeneas.

—Las chimeneas, lamento decirlo —prosiguió el doctor Fell, volviendo a experimentar, en cuanto salió de su abstracción, el placer con que había estado hablando—, no están favorecidas como medios de fuga en la literatura policíaca...

excepto, por supuesto, como pasajes secretos. En ese carácter resultan insuperables. Tenemos la chimenea hueca con el cuarto secreto detrás, la parte posterior del hogar que se abre como una cortina, el hogar que gira hacia afuera..., hasta la habitación debajo del suelo del hogar. Además se puede dejar caer toda clase de cosas por las chimeneas, especialmente cosas ponzoñosas. Pero el asesino que huye trepando por ellas es muy poco frecuente. Además de estar muy cerca de lo imposible, es un asunto mucho más sucio que darse maña con puertas o ventanas. De las dos clasificaciones principales: puertas y ventanas, la puerta es con mucho la más popular, y podemos por tanto clasificar unos cuantos métodos de maniobrar con ellas de modo que parezcan tener la llave echada por dentro:

1. Operando con la llave que ha quedado puesta en la cerradura. Éste era el método preferido antiguamente, pero sus variantes son demasiado conocidas hoy día para que alguien lo use seriamente. El paletón de la llave puede ser alcanzado y hecho girar con pinzas desde fuera. Nosotros mismos hicimos esto para abrir la puerta del estudio de Grimaud. Un pequeño mecanismo práctico consiste en una pequeña varilla delgada de metal, de unos cinco centímetros de largo, a la que se amarra un cordel resistente. Antes de abandonar la habitación se introduce esta varilla en el ojo de la llave de manera que funcione como una palanca; se deja caer el cordel al suelo y se lo pasa por debajo de la puerta al otro lado: al tirar de él, la varilla hará girar la llave. Después se sacude el cordel hasta lograr que la varilla caiga al suelo, y luego se la arrastra hacia uno por debajo de la puerta. Hay varias aplicaciones de este mismo principio, y en todas ellas se hace uso de un cordel.
2. Sacar simplemente la espiga de los goznes de la puerta sin tocar el cerrojo o cerradura. Ésta es una limpia treta conocida por la mayor parte de los escolares, que la ponen en práctica cuando quieren asaltar un aparador cerrado con llave; claro está que los goznes deben hallarse del lado de afuera de la puerta.
3. Operando con el cerrojo. También aquí se echa mano de un cordel; esta vez se utiliza un mecanismo de alfileres y agujas de zurcir por medio del cual el cerrojo se cierra desde afuera por la acción de palanca de un alfiler clavado en el lado de adentro de la puerta, y el cordel se saca a través del agujero de la cerradura. Philo Vance, ante quien me descubro, nos ha mostrado una óptima aplicación de esta treta. Hay variaciones más simples, pero no tan efectivas. Una de ellas es la siguiente: se practica un lazo, más o menos flojo, en el extremo del cordel; se hace pasar el lazo alrededor de la manija del cerrojo y el cordel por debajo de la puerta. El cerrojo se corre tirando del cordel hacia la izquierda o hacia la derecha. Luego, mediante un tirón se hace saltar el lazo de la manija, y la cuerda se arrastra hacia afuera. Ellery Queen nos ha mostrado otro método, que implica

la utilización del mismo muerto..., pero una descripción escueta de ese método, sacado del contexto, parecería tan descabellada que cometeríamos una injusticia con ese brillante caballero.

4. Maniobrando con una aldaba. Este método consiste, por lo general, en colocar entre la aldaba y la hembrilla algún objeto que se sacará después de cerrada la puerta desde fuera, permitiendo así que la primera caiga dentro de la segunda. Hasta ahora no se ha encontrado, para ello, nada mejor que utilizar un cubo del siempre servicial hielo; pues como éste se derrite, evita la segunda parte del procedimiento. Hay casos en que un portazo basta para hacer caer la aldaba en la hembrilla.
5. Una treta simple, pero efectiva. El asesino, después de cometer su crimen, ha cerrado la puerta con Dave desde afuera y se ha guardado la llave. Se supone, sin embargo, que la llave está todavía en la cerradura, del lado de adentro. El asesino, que es el primero en provocar la alarma y encontrar el cadáver, rompe el vidrio superior de la puerta, mete a través de él su mano, con la llave escondida en ella, y pone la llave en la cerradura, abriendo así la puerta desde adentro. Esta estratagema también se puso en práctica rompiendo un panel de una puerta ordinaria de madera.

»Hay métodos diversos, tales como el de cerrar una puerta por fuera y volver la llave al interior de la habitación por medio de una cuerda, pero ya pueden ver ustedes por sí mismos que en este caso ninguno de ellos puede tener aplicación. Encontramos la puerta cerrada por dentro. Bien: hay muchas formas en que podría haberse hecho eso..., pero *no* se hizo, porque Mills estuvo vigilando la puerta todo el tiempo. La habitación sólo estaba cerrada con llave en un sentido técnico. Estaba vigilada, y eso lo desbarata todo».

—No me gusta traer a colación lugares comunes —dijo Pettis arrugando la frente—, pero parecería bastante sensato decir que hay que excluir lo imposible, y que lo que reste, por improbable que resulte, debe ser la verdad. Usted ha excluido la puerta; supongo que también lo ha hecho con la chimenea, ¿verdad?

—Sí —gruñó el doctor Fell.

—Entonces volvemos, moviéndonos en un círculo vicioso, a la ventana, ¿no es cierto? —preguntó Hadley—. Ha estado usted machacando sobre los métodos que evidentemente no han podido usarse. Pero en este catálogo de sensacionalismo ha omitido usted mencionar el único medio de salida que el asesino *pudo*, efectivamente, haber usado...

—Porque no se trata aquí de una ventana cerrada, ¿no lo ve usted? —exclamó el doctor Fell—. Podría contarle no pocos métodos mediante los cuales el asesino, desde afuera, hubiera podido hacer que la ventana apareciera como cerrada desde dentro. Métodos que incluyen desde las tretas más primitivas, como, por ejemplo, la

de utilizar falsos clavos, hasta las más recientes, verbigracia la de hacer añicos uno de los cristales de la ventana, dar vuelta cuidadosamente el pestillo, y luego, al retirarse, reemplazar sencillamente el cristal fijándolo con masilla, de modo tal que parezca ser el original. Pero ocurre que la ventana que nos preocupa no estaba cerrada con cerrojo, ni siquiera estaba cerrada: ella es, tan sólo, inaccesible.

—Me parece haber leído algo sobre moscas humanas... —sugirió Pettis.

El doctor Fell meneó la cabeza.

—No discutiremos la posibilidad de que alguien pueda trepar por una pared enteramente lisa. Puesto que he aceptado alegremente tantas cosas, podría admitir también eso. Pero es evidente que, para hacerlo, ese alguien tendría que haber partido de alguna parte y llegado a otra. Sin embargo, no hemos encontrado una sola huella ni en el tejado ni en el suelo —el doctor Fell se golpeó las sienes con los puños—. De todos modos, si quiere usted algunas sugerencias al respecto, le diré que...

Se detuvo y levantó la cabeza. Atropelladamente, una figura había penetrado en el apacible y ya entonces desierto comedor. Hadley lanzó una exclamación ahogada cuando se dio cuenta de que era Mangan. El muchacho miró a un lado y a otro, vacilando, y luego se precipitó hacia ellos. Estaba pálido.

—No hay nada nuevo, ¿verdad? —preguntó Hadley con la mayor frialdad posible. Empujó hacia atrás su silla—. No habrá nada nuevo acerca de abrigos que cambian de color o...

—No —dijo Mangan. Estaba de pie junto a la mesa, respirando afanosamente—. Pero sería mejor que fueran ustedes allá. Algo le ha ocurrido a Drayman, un ataque apoplético o algo así. No, no está muerto ni nada por el estilo. Pero está mal. Trataba de ponerse en comunicación con ustedes cuando tuvo el ataque... No cesa de hablar desatinadamente sobre algo que había en su cuarto, y sobre fuegos artificiales y chimeneas.



CAPÍTULO XVIII

LA CHIMENEA

OTRA VEZ había tres personas —tres personas en estado de tensión y con los nervios deshechos— esperando en la sala. Hasta Stuart Mills, que estaba de pie con la espalda hacia la chimenea, se aclaraba constantemente la garganta de un modo que parecía poner casi frenética a Rosette. Ernestine Dumont estaba sentada quietamente junto al fuego cuando Mangan hizo pasar al doctor Fell, a Hadley, a Pettis y Rampole. Las luces estaban apagadas, y la figura de Mills impedía que se extendiera el débil resplandor del fuego. Tan sólo la luz pálida de la tarde, anublada por la nieve, penetraba a través de unas pesadas cortinas de encaje en el aposento; Burnaby se había ido.

—No pueden verlo —dijo la mujer, con los ojos fijos en la penumbra—. Ahora está el médico con él. Todas las cosas vienen juntas. Probablemente está loco.

Rosette, cruzada de brazos, había estado paseándose a lo largo de la estancia con esa gracia felina que la caracterizaba. Se encaró con los recién venidos y habló con áspera precipitación.

—No puedo soportar esto, ¿saben? Puede continuar hasta cierto momento, y después... ¿Pero tienen ustedes idea de lo que ha pasado? ¿Saben cómo mataron a mi padre o quién lo mató? ¡Por amor de Dios, digan algo; aunque sólo sea para acusarme!

—¿Qué le parece si nos dice exactamente qué le ocurrió a Drayman —dijo Hadley calmosamente—, y cuándo le ocurrió? ¿Está grave?

La señora de Dumont se encogió de hombros.

—Es posible. Su corazón..., no sé. Se desmayó. Está sin conocimiento ahora. En cuanto a si volverá en sí, tampoco lo sé. Y acerca de lo que le ocurrió, no tenemos idea de qué puede haberle causado...

Mills volvió a aclararse la garganta. Mantenía la cabeza erguida y su fija sonrisa tenía algo de espectral. Dijo:

—Si abriga usted, señor, alguna idea de que es... ¡hum!... simulación o alguna sospecha de que ha sido atacado con intenciones criminales, puede dejarlas de lado. Y de un modo bastante extraño, nosotros le confirmaremos esto..., ¿cómo decirlo?..., por parejas. Quiero decir que esta tarde se hallaban juntas las mismas personas que estaban juntas anoche. La Pitonisa y yo —Mills hizo una grave inclinación a

Ernestine Dumont— estábamos arriba, los dos en mi pequeño cuarto de trabajo. Tengo entendido que la señorita Grimaud y nuestro amigo Mangan estaban aquí abajo...

Rosette movió bruscamente la cabeza.

—Mejor sería que oyeran todo desde el principio. ¿Les dijo Boyd que Drayman bajó aquí primero?

—No, no les dije nada —respondió Mangan con cierta acritud—. Después de ese asunto del abrigo, quería que alguien corroborara un poco mis palabras. —Giró sobre sus talones. Tenía los músculos de las sienes tensos—. Fue hace cosa de media hora. Rosette y yo estábamos aquí, solos. Yo había tenido una pelea con Burnaby...; bien, lo de siempre. Todo el mundo estuvo gritando y disputando a causa de ese asunto del abrigo, y luego nos separamos todos. Burnaby se había marchado. Yo no había visto a Drayman para nada; no había salido de su cuarto esta mañana. Como quiera que fuese, entró aquí y me preguntó cómo podría ponerse en contacto con usted.

—¿Quiere usted decir que había descubierto algo? Rosette lanzó un bufido de desprecio.

—O quería hacérselo creer. Estuvo muy misterioso. Entró con su andar temblequeante; y, como dijo Boyd, preguntó dónde podría encontrarlo a usted. Boyd le preguntó qué pasaba...

—¿Se condujo como si hubiera encontrado algo importante?

—Sí. Nosotros dos casi pegamos un salto...

—¿Por qué?

—A cualquiera le hubiera pasado lo mismo siendo inocente —dijo Rosette con frialdad. Encogió los hombros, con los brazos todavía cruzados, como si sintiera frío—. De modo que preguntamos: «¿De qué se trata?». Él temblequeó un poco y dijo: «Descubrí que desapareció una cosa de mi cuarto, y eso me trae a la memoria algo que olvidé anoche». Agregó un montón de tonterías sobre que había una memoria subconsciente, aunque no fue muy claro en esto, y acabó hablando de que anoche, mientras estaba tendido en la cama después de haber tomado el polvo somnífero, recordó súbitamente que alguien había entrado en su cuarto.

—¿Antes del... crimen?

—Sí.

—¿Quién era?

—¡Ahí está la cosa! O no lo sabía o no lo quiso decir; o bien todo no fue más que un sueño. Claro que probablemente no haya sido más que eso. No sugeriré la otra alternativa —dijo Rosette, que seguía hablando con frialdad—. Cuando lo interrogamos se limitó a darse palmaditas en la cabeza, y no soltó prenda; y con esa irritante manera que tiene dijo: «Realmente, no puedo revelarlo»... ¡Señor! ¡Cómo odio a esa gente que no se expresa claramente y no dice lo que piensa! Los dos nos sentimos bastante molestos...

—¡Oh!, ese hombre no tiene nada de malo —dijo Mangan, cuya incomodidad

parecía aumentar—. Sólo que, ¡maldito sea todo!, si yo no hubiera dicho lo que dije...

—¿Qué dijo? —interrogó Hadley prontamente.

Mangan se encogió de hombros y miró sombríamente el fuego.

—Dije: «Bueno, si ya ha descubierto usted todo eso, ¿por qué no sube hasta la escena del horrible crimen y ve si puede descubrir algo más?». Sí, estaba resentido. Él pensó que yo hablaba seriamente. Me miró un minuto y dijo: «Sí, creo que lo haré. Mejor será que me asegure». Y diciendo esto salió. Habrían pasado tal vez unos veinte minutos, cuando oímos un ruido como si alguien estuviera dando golpes abajo... No habíamos abandonado la habitación, ¿saben ustedes?... , aunque... —De pronto se detuvo.

—No hay inconveniente en que continúes y lo cuentes —le dijo Rosette con aire de sorprendida indiferencia—. No me importa que lo sepan. Yo quería seguirlo a hurtadillas y observar lo que hacía. Pero desistimos. Veinte minutos después le oímos bajar las escaleras dando traspiés. Y cuando al parecer acababa de llegar al último peldaño, oímos un ruido como de ahogo y algo que sonó así: *flap*. Boyd abrió la puerta, y lo vimos allí tendido, con el cuerpo contraído. Tenía la cara toda congestionada y las venas de alrededor de la frente muy hinchadas y azules. ¡Fue horrible! Naturalmente, mandamos llamar al médico. No dijo nada, sólo desvaría sobre chimeneas y fuegos artificiales.

Ernestine Dumont permanecía impasible, sin apartar los ojos del fuego. Mills dio un brinco hacia adelante.

—Si me permiten continuar con la historia —dijo, inclinando la cabeza—, creo que probablemente lograré llenar una laguna. Esto es, por supuesto, si cuento con el permiso de la Pitonisa...

—¡Oh, bah! —exclamó la mujer. Tenía el rostro sumido en la penumbra cuando levantó la vista, pero Rampole quedó sorprendido al ver que sus ojos fulguraban—. Siempre tiene usted que portarse como un tonto, ¿no? La Pitonisa esto, la Pitonisa lo otro. Muy bien, tengo que decírselo: soy lo bastante pitonisa para saber que a usted no le gusta el pobre Drayman, y que a mi pequeña Rosette tampoco le gusta. ¡Dios! ¿Qué saben ustedes del ser humano o de la simpatía...? Drayman es un buen hombre, aunque quizá esté un poco loco. Quizá esté equivocado. Quizá esté atiborrado de narcóticos. Pero es un hombre de buen corazón, y si muere, yo rezaré por su alma.

—Bien... ¿continúo? —preguntó Mills, imperturbable.

—Sí, continúe —remedó la mujer, y quedó callada.

—La Pitonisa y yo estábamos en mi cuarto de trabajo del piso alto, opuesto al estudio, como ustedes saben. Y también entonces estaba abierta la puerta. Yo estaba revolviendo algunos papeles, y advertí que Drayman subía y penetraba en el estudio...

—¿Sabe usted qué hizo allí? —preguntó Hadley.

—Infortunadamente, no. Cerró la puerta. Ni siquiera podría aventurar una

suposición sobre lo que estaría haciendo, porque no pude oír nada. Después de algún tiempo salió, en un estado que sólo lo puedo describir como de agitación y jadeo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Mills frunció el ceño.

—Lamento, señor, que me sea imposible ser más preciso. Sólo puedo decir que mi impresión fue como si Drayman hubiera estado practicando un violento ejercicio. No hay duda de que esto causó o apresuró el colapso, puesto que hubo claras muestras de un ataque apoplético. Si puedo corregir a la Pitonisa, éste no tuvo nada que ver con el corazón. Y... podría agregar algo que todavía no ha sido mencionado. Cuando lo levantaron después del ataque, observé que sus manos y mangas estaban cubiertas de hollín.

—Otra vez la chimenea —murmuró Pettis en voz baja, y Hadley se volvió hacia el doctor Fell. A Rampole le produjo una sacudida comprobar que el doctor no estaba ya en la habitación. Por regla general, una persona de su peso y volumen no logra mucho éxito cuando intenta escabullirse misteriosamente; pero el doctor Fell no se encontraba allí, y Rampole creyó saber adónde había ido.

—Sígalo —dijo Hadley rápidamente al norteamericano—, y no deje que empiece con alguno de sus malditos misterios. Ahora bien, señor Mills...

Rampole oyó restallar las inquisitivas preguntas de Hadley cuando salió al sombrío vestíbulo. La casa estaba muy silenciosa, tan silenciosa, que cuando al subir la escalera oyó el súbito y estridente campanileo del teléfono en el zaguán se sobresaltó un poco. Al pasar, arriba, frente a la puerta de Drayman, oyó un ronco resuello y pasos cautelosos que, de puntillas, cruzaban el aposento; a través de la puerta abierta pudo ver el botiquín del médico y su sombrero sobre una silla. Ninguna luz estaba encendida en el piso de arriba, y nuevamente reinó tal silencio, que pudo oír distintamente la voz de Annie contestando allá abajo la llamada telefónica.

El estudio estaba sumido en la penumbra. A pesar de la nieve que caía, una luz débil y fantasmagórica, del color rojo pálido y naranja del crepúsculo, se filtraba a través de la ventana. Fulgurando en la estancia, enriquecía los colores del escudo de armas, centelleaba sobre los cruzados floretes encima de la chimenea y tornaba vastos e indefinidos los blancos bustos de las estanterías. La imagen de Charles Grimaud, con un algo de estudioso y de rudo, como la habitación, parecía estar allí moviéndose y soltando su risa. El amplio espacio libre de la pared donde debía haberse colgado el cuadro encaraba burlescamente a Rampole. Inmóvil ante la ventana y envuelto en su capa negra, el doctor Fell, apoyado en su bastón, contemplaba el ocaso.

El rechinar de la puerta no lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Pudo usted...? —comenzó a decir Rampole.

El doctor Fell miró en derredor parpadeando. Su aliento, cuando lo exhaló con una suerte de fatigada brusquedad, se convirtió en vaho en el aire acre.

—¿Qué? ¡Oh! ¿Si pude qué?

—¿Pudo encontrar algo?

—Bien, creo haber dado con la verdad. Creo haber dado con la verdad —contestó con una especie de reflexiva obstinación—, y esta noche probablemente podré demostrarlo. ¡Hum!..., ¡ja! Sí. He estado aquí pensando qué hacer. Es el viejo problema, hijo, y se vuelve más difícil cada año que pasa: cuando el cielo se va tomando más noble, y el viejo sillón más confortable, y quizá el corazón humano... —Se pasó la mano por la frente—. ¿Qué es la justicia? Me lo he preguntado al final de casi todos los casos en que intervine. Veo rostros que se alzan, y almas enfermas y malos sueños... No importa. ¿Bajamos?

—¿Pero qué pasa con la chimenea? —insistió Rampole. Se acercó a ella, la observó escudriñadoramente, la golpeó, y sin embargo no pudo descubrir nada que fuera anormal. Había un poco de hollín esparcido en el hogar, y en la capa de hollín que cubría la pared del fondo se veía una raya quebrada. ¿Qué tiene de raro esta chimenea? ¿Es que hay realmente un pasaje secreto?

—¡Oh, no! La chimenea no tiene nada de raro en el sentido que usted se imagina. Nadie subió por allí. No —agregó, cuando Rampole metió la mano dentro del tubo y empezó a tantear—, me temo que esté perdiendo el tiempo; no hay nada extraordinario allí.

—Pero si ese hermano Henri... —dijo Rampole con desesperación.

—Sí —dijo una voz desde la puerta—, el hermano Henri.

La voz era tan distinta de la de Hadley, que en el primer instante no la reconocieron. Estaba de pie en el umbral, con una hoja de papel arrugada en la mano; tenía el rostro en la sombra, pero había tan apagada quietud en el tono de su voz que Rampole reconoció algo semejante a la desesperación. Cerrando la puerta suavemente tras de sí, Hadley quedó en medio de la penumbra, y continuó calmosamente.

—Fue culpa nuestra, lo sé, por dejarnos hipnotizar por una teoría. Nos arrastró y ahora tenemos que comenzar todo el caso de nuevo. Fell, cuando usted dijo esta mañana que el caso había quedado patas arriba no creo que supiera usted cuán cierto era. No sólo quedó patas arriba, sino que es un caso que no existe. Nuestra base principal quedó hecha trizas. ¡Maldito sea el infame, inconcebible...! —Clavó los ojos en la hoja de papel como si quisiera convertirla en una pelota—. Acaban de hacernos una llamada telefónica desde Scotland Yard. Tienen noticias de Bucarest.

—Creo saber lo que nos dirá usted —dijo el doctor Fell dejando caer la cabeza—. Nos dirá que el hermano Henri...

—*No hay tal hermano Henri* —replicó Hadley—. *El tercero de los tres hermanos Horváth murió hace más de treinta años.*

La débil luz rojiza se había vuelto turbia; en el frío y desapacible estudio se dejaba oír a lo lejos el zumbido de Londres, más intenso al caer de la noche. Acercándose al ancho escritorio, Hadley extendió sobre él la hoja arrugada de modo que los otros pudieran leer. La sombra del búfalo de jade amarillo la cruzaba sarcásticamente. Al

otro extremo de la estancia podían ver los tajos hechos en el cuadro de las tres tumbas.

—No hay posibilidad de error —prosiguió Hadley—. Parece que se trata de un caso bien conocido. El cablegrama que enviaron es muy largo, pero yo copié textualmente, de lo que me leyeron por teléfono, las partes importantes. Lean:

Ninguna dificultad respecto a la información deseada. Dos hombres, ahora a mi servicio, estaban empleados en Siebenturmen como carceleros en 1900, y corroboran los antecedentes. Hechos: Károl Grimaud Horváth, Pierre Fley Horváth y Nicholas Revéi Horváth eran hijos del profesor Károly Horváth (de la Universidad de Klausenburg) y de Cécile Fley Horváth (francesa), su mujer. Los tres hermanos fueron condenados en enero de 1899 a veinte años de presidio por robo en el banco Kunar, de Brasso, en noviembre de 1898. El sereno del banco murió de las heridas que se le infligieron, y el botín nunca se recuperó; se cree que fue escondido. Durante la alarma de peste de agosto de 1900, los tres hermanos, con ayuda del médico de la prisión, hicieron una audaz tentativa de fugarse: obtuvieron certificado de defunción y lograron que se les enterrara vivos en el cementerio de las víctimas de la peste. J. Lahner y R. Görgei, carceleros, al volver a las tumbas una hora más tarde, con cruces de madera para señalarlas, notaron que la tierra de la tumba de Károly Horváth estaba revuelta. La investigación reveló que el ataúd estaba abierto y vacío. Al cavar en las otras dos tumbas, los carceleros encontraron a Pierre Horváth ensangrentado y sin sentido, pero todavía vivo. Nicholas Horváth había muerto ya por asfixia. Nicholas fue enterrado nuevamente después de que se tuvo la absoluta seguridad de que estaba muerto; Pierre volvió a la prisión. Se ahogó el escándalo, no se persiguió al fugitivo, y la historia no se divulgó hasta el fin de la guerra. Pierre Fley Horváth no fue en adelante un equilibrado mental. Se le dejó en libertad en enero de 1919, luego de haber cumplido enteramente su condena. Puedo asegurar que no hay ninguna duda de que el tercer hermano está muerto.

ALEXANDER CUZA
Jefe de Policía, Bucarest

—¡Oh, sí! —dijo Hadley cuando terminaron la lectura—, corrobora bastante bien la reconstrucción, excepto el pequeño inconveniente de que hemos estado persiguiendo por asesino a un fantasma. El hermano Henri (o Nicholas, para ser exacto) nunca dejó su tumba. Todavía está allí. Y todo el caso...

El doctor Fell dio unos lentos golpecitos con los nudillos sobre el papel.

—Yo tengo la culpa, Hadley —admitió—. Le dije esta mañana que había estado a punto de cometer el mayor error de mi vida. ¡Estaba hipnotizado por el hermano

Henri! No podía pensar en otra cosa. Sabíamos singularmente poco acerca de ese tercer hermano, pero no obstante, con mi maldita e hinchada seguridad no pude dejar de basar en él toda clase de fantásticas interpretaciones.

—Bueno, no nos servirá de nada limitarnos a admitir el error. Pero ¿cómo demonios podremos explicar ahora todas esas descabelladas observaciones de Fley? ¡Una *vendetta* privada! ¡Venganza! Ahora que esto quedó desechado, no tenemos ningún indicio cierto que nos sirva de base. ¡Ni un indicio! Y si se excluye la venganza, ¿qué queda?

El doctor Fell apuntó con su bastón malignamente.

—¿No ve usted lo que queda? —rugió—. ¿No ve usted la explicación que, a no ser que prefiramos encerrarnos en un manicomio, debemos aceptar ahora?

—¿Quiere usted decir que alguien preparó todo el asunto para hacer creer que era la obra de un vengador? Estoy ahora en un estado de ánimo —explicó el comisario— en que podría creer casi cualquier cosa. Pero me da la impresión de ser un tanto demasiado sutil. ¿Cómo podría llegar a saber nunca el verdadero asesino que lograríamos escarbar hasta tan lejos en el pasado? Nunca lo hubiéramos hecho si no fuera, permítaseme la expresión, por unos cuantos tiros, al azar, afortunados. ¿Cómo podría saber el criminal que llegaríamos a relacionar al profesor Grimaud con un criminal húngaro, o con Fley y todo lo demás? —Se paseó de arriba abajo, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra—. Además, cuanto más pienso en eso tanto más confuso me parece. Teníamos razones endemoniadamente buenas para pensar que fue el tercer hermano quien mató a estos dos..., y cuanto más pienso en esa posibilidad, tanto más inclinado me siento a dudar de que Nicholas esté muerto. Grimaud dijo que su hermano menor le disparó el tiro..., y cuando un hombre está agonizando, y sabe que está agonizando, ¿qué condenado motivo puede tener para mentir? O..., ¡un momento! ¿No les parece que podría haberse referido a Fley? ¿No les parece que Fley pudo haber venido, dispararle a Grimaud, y después otra persona haber matado a Fley? Esto explicaría una cantidad de enigmas...

—Disculpe que lo interrumpa —dijo Rampole—, pero no explicaría por qué también Fley hablaba de un tercer hermano. El hermano Henri, o está muerto o no lo está. Sin embargo, si está muerto, ¿qué razón tenían las dos víctimas para mentir acerca de él? Si está realmente muerto debe ser un fantasma infernal.

Hadley sacudió la cartera.

—Lo sé. Eso es justamente lo que me fastidia. Tenemos que creer en la palabra de alguien, y parece más razonable creer en la palabra de dos personas que fueron heridas por él antes que en este cablegrama, en cuya redacción pudo haber obrado alguna influencia o que quizá, por algún motivo, está errado, o... ¡hum! Supongamos que realmente está muerto, pero que el asesino fingió ser aquel hermano muerto vuelto a la vida —Hadley se interrumpió, dejó caer la cabeza y se puso a mirar por la ventana—. Creo que ahora vamos acercándonos a la solución. Esto explicaría todas las incongruencias, ¿no es cierto? El asesino verdadero asume el papel de un hombre

al que ninguno de los dos hermanos ha visto desde hace casi treinta años, ¿verdad? Una vez cometidos los asesinatos, nosotros, ya sobre su pista —si es que realmente nos hallamos sobre su pista—, lo atribuimos todo a una venganza. ¿Qué le parece esto, Fell?

El doctor Fell, frunciendo tristemente el ceño, dio alrededor de la mesa unos pasos con su andar pesado.

—No estaría mal; no, no estaría mal como disfraz. ¿Pero qué podemos decir del verdadero motivo por el que fueron asesinados Grimaud y Fley?

—¿Qué quiere usted decir?

—Tiene que haber un lazo de unión entre ambas muertes, ¿no es así? Son innumerables los motivos, evidentes u oscuros, por los que una persona podría querer matar a Grimaud. El asesino hubiera podido ser Mills, o la Dumont, o Burnaby, o...; sí, cualquiera hubiera podido matar a Grimaud. Además, cualquiera hubiera podido matar a Fley; pero debo señalar que esa persona no pertenecería al mismo círculo o grupo de gente. ¿Por qué habría de ser Fley asesinado por un miembro del grupo de Grimaud, ninguno de los cuales, según es de presumir, lo había visto nunca anteriormente? Si estos asesinatos son la obra de una sola persona, ¿dónde está el lazo de unión? Un respetado profesor de Bloomsbury y un cómico de la legua con antecedentes en la policía: ¿dónde está el motivo que liga a estas dos personas en la mente del asesino, si no se trata de un lazo que se remonta al pasado?

—Hay una persona, pienso, que está asociada con los dos desde antiguo —indicó Hadley.

—¿Quién? ¿Se refiere usted a la Dumont?

—Sí.

—¿Entonces qué queda de la persona que se hace pasar por el hermano Henri? En cualquier hipótesis acerca de este asunto, debe darse por sentado que no ha sido ella quien cometió estos asesinatos. No, muchacho, la Dumont no es en modo alguno sospechosa.

—Yo no lo veo así. Atienda. Usted basa toda su creencia de que la Dumont no mató a Grimaud en el hecho de que piensa que lo amaba. Esto no es una excusa, Fell...; no es ninguna excusa. Recuerde, para empezar, que fue ella quien contó toda esa historia fantástica...

—En cooperación con Mills —tronó el doctor Fell dirigiéndose a Hadley con una sarcástica mirada. Estaba bufando nuevamente—. ¿Puede usted imaginar a dos conspiradores menos a propósito para asociarse a la pálida luz de la luna y embaucar a la policía con sus imaginarios cuentos de hadas? Ella usa tal vez una máscara, me refiero, claro está, a una máscara en sentido figurado. Mills tal vez use también una máscara. Pero la combinación de esas dos máscaras y su acción conjunta es demasiado inverosímil. Prefiero la careta verdadera y única. Además debe tenerse en cuenta que como asesina por partida doble Ernestine Dumont está absolutamente *fuera de cuestión*. ¿Por qué? Porque en el momento de la muerte de Fley, momento

que confirma el juramento de tres hombres honrados y verídicos, ella estaba aquí, en esta habitación, hablando con nosotros. —Se quedó pensativo y una chispa comenzó a brillar en sus ojos—. ¿O quieren ustedes complicar a la segunda generación? Rosette es hija de Grimaud; supongamos que el misterioso Stuart Mills es en realidad hijo de Henri, el hermano muerto, ¿qué les parece?

A punto ya de responder, Hadley se contuvo y escudriñó el rostro del doctor Fell. Se sentó en el borde del escritorio.

—Conozco esta disposición de ánimo. La conozco muy bien —aseveró, con el aire de quien confirma una sospecha siniestra—. Es el comienzo de algún otro maldito misterio, y es inútil discutir con usted ahora. ¿Por qué está usted tan deseoso de que yo crea la historia?

—Primero —dijo el doctor Fell—, porque quiero meterle en la cabeza que Mills dijo la verdad...

—¿Quiere convencerse de que Mills dijo la verdad para probarme más tarde que no lo hizo? Ya me jugó usted esa baja treta en el caso de la Velación del Cadáver.

El doctor expresó su desdén por esta suposición con un gruñido.

—Y en segundo lugar, porque sé quién es el verdadero asesino.

—¿Es alguien a quien hemos visto y con quien hemos hablado?

—¡Oh, sí!, mucho.

—¿Y tenemos alguna probabilidad de...?

El doctor Fell, con una expresión abstraída, violenta y casi compasiva en su rubicundo rostro, se quedó un momento mirando el escritorio.

—Sí, ¡el Señor nos ayude a todos! —dijo, con un tono singular—. Supongo que es su deber. Entretanto, me voy a casa.

—¿A casa?

—Para aplicar la prueba de Gross —dijo el doctor Fell.

Se volvió, pero no se retiró inmediatamente. Mientras la turbia luz oscurecía hasta llegar al púrpura y las sombras tocadas de oro invadían el aposento, permaneció largo rato contemplando el cuadro acuchillado, en el que también se reflejaban, intensamente, los últimos fulgores del ocaso, y los tres ataúdes que fueron al fin llenados.



CAPÍTULO XIX

EL HOMBRE HUECO

AQUELLA NOCHE el doctor Fell se encerró en el pequeño y confortable rincón de su biblioteca reservado para lo que él llamaba sus experimentos científicos, y la señora de Fell «esa horrible costumbre de revolverlo todo». Ahora bien: como Rampole y Dorothy pensaban que el gusto de revolverlo todo es uno de los mejores rasgos humanos, decidieron ofrecer su colaboración al doctor. Pero éste estaba tan serio, y tan inusitadamente preocupado, que, finalmente, para no perturbarlo, desistieron de su propósito. El infatigable Hadley ya había salido para verificar las coartadas. Rampole hizo una breve referencia a la cuestión:

—Sé que tratará usted de leer esas cartas quemadas —dijo—, y sé que opina que son importantes. Pero ¿qué espera encontrar en ellas?

—La peor cosa posible —dijo el doctor Fell—. La cosa que anoche hubiera podido convertirme en un tonto.

Y con un soñoliento movimiento de cabeza, cerró la puerta.

Rampole y Dorothy se sentaron a ambos lados de la chimenea, mirándose uno a otro. La nieve remolineaba afuera y no era noche para aventurarse lejos. A Rampole se le ocurrió invitar a Mangan a cenar, para revivir viejos tiempos; pero cuando lo llamó por teléfono, Mangan dijo que Rosette evidentemente no podría ir, y que sería mejor que él se quedara con ella. De modo que el matrimonio, pues la señora de Fell estaba en la iglesia, tenía la biblioteca a su disposición para debatir problemas.

—Desde anoche —comentó el marido— he estado oyendo hablar del método de Gross para leer cartas quemadas. Pero nadie parece saber en qué consiste. Supongo que hay que mezclar sustancias químicas o algo por el estilo, ¿no es verdad?

—Yo sé en qué consiste —declaró ella con tono de triunfo—. Lo estuve estudiando esta tarde mientras vosotros corríais de un lado a otro. Y, lo que es más, te apuesto a que no dará resultado, aunque es bien simple. Te apuesto cualquier cosa a que no dará resultado.

—¿Has leído a Gross?

—Sí, lo he leído en inglés. Es bastante simple. Dice que cualquiera que haya arrojado cartas al fuego habrá notado que la parte escrita de los fragmentos quemados resalta con bastante claridad en color blanco o gris sobre un fondo negro, o viceversa. ¿Lo notaste alguna vez?

—A decir verdad he visto muy pocos hogares abiertos antes de venir a Inglaterra. ¿Es cierto que así ocurre?

La mujer frunció el ceño.

—Ocurre con cajas de cartón que tienen inscripciones impresas, cajas de jabón en escamas o cosas por el estilo; pero en cuanto a la escritura corriente... Sea como sea hay que proceder así: se toman unas hojas de papel tela y se las fijan con chinchas en un tablero. A medida que se va recogiendo cada uno de los trozos de papel quemado se unta con goma un espacio del papel y se pega el trocito de papel quemado.

—¿Aun estando arrugado? Seguro que se rompe, ¿no?

—¡Ajá! Ahí está el truco, según Gross. Hay que ablandar los fragmentos. Se dispone encima y alrededor del papel tela un marco de seis o siete centímetros de alto, y se colocan todos los fragmentos de papel debajo. Después se extiende por encima un paño mojado, doblado varias veces. Eso hace que los papeles estén en una atmósfera húmeda, y se estiren. Una vez alisados y pegados todos los fragmentos, se recorta el papel tela siguiendo el contorno de cada uno de ellos. Después se arman los trozos sobre una lámina de vidrio. Es como un rompecabezas. Hecho esto se coloca una segunda lámina de vidrio sobre la primera, y se mira a través de ambos vidrios contra la luz. Pero te apuesto lo que quieras a que...

—Haremos la prueba —dijo Rampole, impresionado y entusiasmado con la idea.

Los experimentos no constituyeron un completo éxito. Primero Rampole sacó una vieja carta de su bolsillo y le acercó un fósforo encendido; pero a pesar de su frenético maniobrar, la carta se inflamó, se retorció, se le escapó de las manos y se encogió para posarse sobre el hogar reducida a cinco centímetros de crespas negras, enrollada como un paraguas. Aunque se pusieron de rodillas y examinaron minuciosamente el papel desde todos los ángulos, no alcanzaron a descubrir ninguna escritura. Rampole quemó aún otros papeles, que se dispersaron en el aire como suaves cohetes y espolvorearon el hogar. Entonces comenzó a enfurecerse y a quemar cuanto halló a su alcance. Y en la misma medida que su furia, crecía su convencimiento de que había un modo de salir airoso si se hacía el experimento en debida forma. Probó con escritura de máquina; tecléo una buena cantidad de veces la frase: «Éste es el momento en que todos los hombres buenos vengan en ayuda del partido» en la máquina del doctor Fell, y bien pronto la alfombra estuvo sembrada de fluctuantes trozos de papel quemado.

—Además —razonó, mientras los examinaba con la mejilla pegada al piso y un ojo cerrado—, no están chamuscados; están quemados como el infierno, se han quemado demasiado para llenar las condiciones. ¡Ajá! ¡Ya está! Puedo ver la palabra *partido* tan clara como el día. Está en caracteres mucho más pequeños que la escritura a máquina; parece sobrepuesta a lo negro, pero ahí está. ¿Has logrado algo con aquella carta manuscrita?

La excitación de ella también iba en aumento. De pronto hizo un descubrimiento. Las palabras *East 11th Street* resaltaban en letras de un gris sucio. Con algún trabajo

podieron al fin descifrar estas palabras: «sábado por la noche», «amigo», «malestar de la borrachera» y «ginebra».

Rampole se puso de pie con el semblante satisfecho.

—Si estos trozos pueden ser estirados con la humedad, entonces dará resultado —declaró—. Lo único que queda por saber es si se puede obtener un conjunto de palabras que formen sentido. Además, nosotros sólo somos aficionados; Gross hubiera podido descifrarlo todo. Pero ¿qué es lo que espera encontrar el doctor Fell?

Esto fue motivo de una discusión que se prolongó hasta muy avanzada la noche.

—Y presentándose ahora el caso al revés —observó Rampole—, ¿en qué dirección debemos dirigir ahora nuestras investigaciones en busca de un motivo? Ése es el quid del asunto. No hay ningún motivo capaz de relacionar a ambos, a Grimaud y a Fley, con el asesino. De paso, ¿qué se ha hecho de tu descabellada teoría de anoche de que el culpable debía ser Pettis o Burnaby?

—O la rubia de cara rara —corrigió ella poniendo cierto énfasis en sus palabras—. Yo digo, ya sabes, que lo que más me molesta es ese abrigo que cambia de color y desaparece, y todo lo relacionado con él. Parece conducir directamente de nuevo a esa casa, ¿o no? —Permaneció cavilosa—. No, he cambiado de opinión. No creo que Pettis o Burnaby estén complicados en esto; ni siquiera creo que lo esté la rubia. Hay que limitar la búsqueda del asesino a otras dos personas; ahora estoy segura.

—Y bien, ¿quiénes son?

—Drayman y O'Rourke —respondió ella con resolución, dejando caer la cabeza—. Ten en cuenta lo que digo.

Rampole ahogó una fuerte protesta.

—Sí, pensé en O'Rourke —admitió—. Pero tú lo eliges sólo por dos razones. Primero, porque es un trapeceista, y tú asocias alguna especie de huida por los aires con la manera en que se ejecutó el crimen. Pero, al menos por lo que puedo ver, eso es imposible. Segundo, y esto tiene mayor importancia, lo eliges porque no parece tener en absoluto ninguna conexión con el caso; parece que estuviera metido en esto sin ninguna razón valedera, y eso es siempre un signo sospechoso, ¿no es así?

—Quizá.

—Entonces Drayman...; sí, por el momento Drayman es tal vez el único que se podría relacionar con Grimaud y Fley en el pasado. Ya es algo. Además nadie lo vio en toda la noche, desde la hora de la comida hasta mucho más tarde, hasta las once. Pero no creo que sea culpable. Te diré por qué: esbochemos un cuadro horario de los sucesos de esa noche para poner las cosas en orden. Lo anotaremos todo, desde la cena en adelante. Tendrá que ser un horario muy estricto, con bastantes conjeturas respecto a los puntos de menor importancia. No es gran cosa lo que sabemos con precisión, excepto la hora efectiva de los crímenes y unas pocas declaraciones acerca de lo que ocurrió hasta entonces, pero ya trataremos de arreglarnos. Nuestro conocimiento de cómo sucedieron los hechos antes de la cena es también vago, pero supongamos...

Extrajo un sobre y escribió rápidamente:

- (Alrededor de las) 6.45 Llega Mangan guarda su impermeable en el armario del zaguán y ve un abrigo negro allí colgado.
- (Alrededor de las) 6.48 (Concedámosle tres minutos). Annie viene del comedor, apaga la luz del armario del zaguán que Mangan dejó encendida, y no ve allí ningún abrigo.
- (Alrededor de las) 6.55 (Esto no está especificado, pero sabemos que fue antes de la cena). La señora de Dumont mira en el interior del armario y ve un abrigo amarillo.

—Lo ordeno así —dijo Rampole— porque no es de presumir que la Dumont se haya precipitado a mirar allí en el brevísimo tiempo transcurrido entre el momento en que Mangan colgó su abrigo y se alejó dejando la luz encendida y aquél en que Annie vino a apagar la luz.

La muchacha entornó los ojos.

—¡Oh, espera! —exclamó—. ¿Cómo sabes eso? Quiero decir, si la luz no estaba encendida, ¿cómo pudo ver un abrigo amarillo?

Hubo una pausa mientras se quedaron mirándose el uno al otro. Rampole dijo:

—Esto se va poniendo interesante. Y, ya que lo estamos considerando, ¿qué necesidad tenía de mirar allí? La cuestión es ésta: si podemos establecer que los hechos se sucedieron según lo que he escrito, todo parece razonable. Primero hay un abrigo negro, que ve Mangan. Bien; luego alguien roba el abrigo (no sé por qué razón), justo después de irse Mangan, y Annie no ve nada. Más tarde el abrigo es reemplazado por otro de *tweed* claro. Esto no parece mal. ¡Pero —gritó apuntando con su lápiz— si las cosas no fueron así, entonces alguien mintió o todo el asunto resulta imposible! En ese caso no importa a qué hora llegó Mangan, porque la cosa debe de haberse realizado en pocos minutos o aun segundos. ¿Comprendes? Boyd llega allí, cuelga su impermeable y se aleja. Sale la Dumont, mira en el interior y se aleja. Inmediatamente después viene Annie, apaga la luz y se va. En este abrir y cerrar de ojos un abrigo negro se vuelve primero amarillo y después desaparece, lo que es imposible.

—¡Bien dicho! —exclamó Dorothy, radiante—. Entonces, ¿quién mentía? Supongo que insistirás en que no fue tu amigo...

Por cierto que lo haré... Es la Dumont, ¡te apuesto lo que quieras!

—Pero ella no es culpable. Esto está probado. Además, me gusta.

—No me confundas ahora —le rogó Rampole—. Sigamos con este cuadro y veamos si podemos descubrir algo más. Bien. ¿Dónde estábamos? Sí. La cena la pondremos a las siete, porque sabemos que terminó a las siete y media. Desde esa hora en adelante:

7.30 Rosette y Mangan se dirigen a la sala.

7.30 Drayman sube a su cuarto.

7.30 E. Dumont: no se sabe dónde va, excepto que permanece en la casa.

7.30 Grimaud se encuentra con Mills en la biblioteca de abajo y le dice que suba a eso de las 9.30, pues espera una visita para entonces.

—¡Hola! Aquí nos topamos con un obstáculo. Estaba a punto de escribir que Grimaud se encamina a la sala y dice a Mangan que espera al visitante a las diez. Pero esto está mal, porque Rosette no sabía nada al respecto; y, sin embargo, ella estaba con Mangan. La dificultad reside en que Boyd no dijo exactamente cuándo le informaron de eso. Pero no es nada importante; Grimaud puede haberlo llevado a un lado o algo por el estilo. De similar, no sabemos cuándo le dijo a la señora de Dumont que esperaba un visitante para las 9.30; probablemente antes. Pero da lo mismo.

—¿Estás seguro de que es indiferente? —preguntó Dorothy, buscando los cigarrillos—. ¡Hum! Bien, sigue.

(Alrededor de 7.35 Grimaud sube a su estudio.
las)

7.35 a 9.30 No ocurre nada. Nadie se mueve. Nieva copiosamente.

(Alrededor de 9.30 Cesa de nevar.
las)

(Alrededor de 9.30 E. Dumont recoge la bandeja del café en el estudio de
las) Grimaud. Grimaud observa que el visitante probablemente no vendrá esa noche. E. Dumont abandona el estudio en el mismo momento en que...

9.30 Sube Mills.

—No creo que haya ocurrido nada importante en el intervalo siguiente. Mills estaba arriba; Drayman en su aposento, y Rosette y Boyd en la habitación que da a la calle, con la radio conectada... ¡Espera! Olvido algo. Un poco antes de que sonara el timbre, Rosette oyó un golpe sordo proveniente de allí fuera, en la calle, como si alguien hubiera caído desde un lugar alto...

—¿Cómo pudo oír eso si tenían la radio funcionando?

—Al parecer la música no era lo suficientemente fuerte para... Sí, sin embargo, lo era. Armaba tal baraúnda que apenas pudieron oír la voz del falso Pettis. Pero pongamos esto en orden:

9.45 Suena el timbre de la puerta de calle.

9.45 a 9.50 E. Dumont acude a la llamada; habla con el visitante (sin

reconocer la voz). Recibe la tarjeta, le cierra la puerta, examina la tarjeta y ve que está en blanco, duda, y por fin empieza a subir la escalera...

9.45 a 9.50 El visitante, después que E. D. ha comenzado a subir, logra introducirse de alguna manera, encierra a Rosette G. y a Boyd M. en la habitación que da a la calle, contesta su saludo imitando la voz de Pettis...

—Lamento volver a interrumpirte —intervino Dorothy—, pero ¿no da la impresión de que les llevó demasiado tiempo preguntar quién era el visitante? Quiero decir, ¿esperaría uno tanto? Si yo estuviera aguardando a un visitante de esa laya, estoy segura de que hubiera exclamado «¡Hola!, ¿quién es?», apenas oyera abrir la puerta.

—¿Qué estás tratando de probar? ¿Nada? ¿Estás segura? ¡No seas tan dura con la rubia! No era aún la hora en que les habían anunciado que llegaría el visitante; recuérdalo, y ese bufido tuyo indica un prejuicio. Continuemos con el lapso que va desde las 9.45 hasta las 9.50; o sea el tiempo que pasó entre el momento en que X entró en la casa y el momento en que entró en el estudio de Grimaud.

9.45 a 9.50 El visitante sigue a E. Dumont al piso alto, la alcanza en el vestíbulo de arriba. Se quita la gorra y se baja el cuello del abrigo, pero sin despojarse de la máscara. Grimaud aparece en la puerta, pero no reconoce al visitante; éste se introduce de un salto en el cuarto y la puerta se cierra de un golpe. (Esto lo declaran tanto E. Dumont como S. Mills.)

9.50 a 10.10 Mills observa la puerta desde el otro extremo del vestíbulo; E. Dumont la observa también desde el descanso de la escalera.

10.10 Suena un tiro.

10.10 a 10.12 Mangan, en habitación que da a la calle, encuentra que desde afuera han echado la llave a la puerta que comunica con el vestíbulo.

10.10 a 10.12 E. Dumont se siente desfallecer o se indispone y se dirige a su cuarto. (N. B. Drayman, dormido en su habitación, no oye el tiro).

10.10 a 10.12 Mangan trata de forzar la puerta y fracasa en su empeño. Salta entonces por la ventana, en el mismo momento en que...

10.12 Llegamos a la casa; la puerta de la calle está abierta, subimos al estudio.

10.12 a 10.15 Abrimos la puerta del estudio con las pinzas; hallamos a Grimaud herido de bala.

10.15 a 10.20 Investigación, se manda buscar una ambulancia.

10.20 Llega la ambulancia. Se llevan a Grimaud. Rosette parte con la ambulancia. Boyd M., a pedido de Hadley, baja para comunicarse por

teléfono con la policía.

—Lo cual libra de sospechas tanto a Rosette como a Boyd —señaló Rampole con satisfacción—. Ni siquiera necesito determinar minuciosamente los tiempos al llegar aquí. Entre la llegada al piso alto de los hombres de la ambulancia, el examen del médico y el transporte del cuerpo a la ambulancia tienen que haber transcurrido, por lo menos, cinco minutos, aunque se hubieran dejado resbalar por el pasamanos con esa camilla. ¡Por Dios!, ¡resulta tan claro como el agua cuando uno lo escribe! Y habrá transcurrido bastante más tiempo hasta que llegaron al sanatorio... ¡Y, no obstante, Fley fue herido en la calle Cagliostro a las diez y veinticinco en punto! Ahora bien, Rosette partió, efectivamente, con la ambulancia. Boyd estaba en la casa, porque cuando llegaron los camilleros subió con ellos, y sólo bajó después que se hubieron retirado. Ésta es una coartada casi perfecta.

—¡Oh, no tienes por qué pensar en que deseo cargarles la culpa a ellos!... Especialmente a Boyd, quien, por lo que he podido ver, parece bastante simpático. —Frunció el ceño—. Eso siempre que se acepte tu suposición de que la ambulancia no llegó a casa de Grimaud antes de las diez y veinte. Rampole se encogió de hombros.

—Si no fuera así —observó—, tendría que haber venido volando desde la calle Guilford. No enviaron por ella antes de las diez y cuarto, y aun así es casi un milagro que hayan llegado a casa de Grimaud en cinco minutos. No, Boyd y Rosette quedan excluidos. Además, ahora que recuerdo, ella estaba en el sanatorio —en presencia de testigos— cuando vio a las diez y media aquella luz en el piso de Burnaby. Pongamos el resto en el cuadro y vayamos descartando a todos los que podamos.

10.20 a 10.25 Llegada y partida de la ambulancia con Grimaud.

10.25 Fley recibe un balazo en la calle Cagliostro.

10.20 a (por lo menos) 10.30 Stuart Mills permanece con nosotros en el estudio, contestando el interrogatorio.

10.25 Entra la señora de Dumont en el estudio.

10.30 Rosette ve desde el sanatorio una luz en la ventana del piso de Burnaby.

10.25 a 10.40 La señora de Dumont permanece con nosotros en el estudio.

10.40 Rosette vuelve del sanatorio.

10.40 Llega la policía respondiendo al requerimiento de Hadley.

Echándose hacia atrás en su asiento, para recorrer con la vista sus garrapatos, Rampole trazó un largo rasgo debajo del último punto.

—Esto no sólo completa nuestra tabla hasta donde lo necesitamos —dijo—, sino

que añade incuestionablemente dos personas más a nuestra lista de inocentes. Mills y la Dumont quedan excluidos; Rosette y Boyd quedan excluidos. Todos los de la casa quedan libres de sospechas, excepto Drayman.

—Pero esto se está poniendo cada vez más complicado —protestó Dorothy después de una pausa—. ¿Qué queda ahora de la brillante inspiración que tuviste con respecto al abrigo? Sugeriste que alguien estaba mintiendo. Ese alguien sólo puede haber sido Boyd Mangan o Ernestine Dumont; y los dos están descartados. A menos que esa muchacha, Annie... Pero esto no conduce a ninguna parte, ¿no es cierto?; o, al menos, no debería conducir.

De nuevo se miraron uno a otro. Rampole plegó su escrito cuidadosamente y se lo metió en el bolsillo. Sólo el ululante viento inquietaba el silencio de aquella hora nocturna; el viento y el doctor Fell, quien, torpemente, movíase en su huronera detrás de la puerta cerrada.

En parte a causa del cansancio y en parte porque el día estaba nublado, a la mañana siguiente Rampole no se levantó hasta pasadas las diez, cosa desacostumbrada en él. Reinaba tal oscuridad que las luces estaban encendidas, y se sentía un frío entumecedor. No había vuelto a ver al doctor Fell la noche anterior, y cuando bajó a tomar el desayuno al pequeño comedor del fondo, la criada le expresó su indignación.

—El doctor acaba de subir para lavarse, señor —dijo Vida mientras le servía el jamón y los huevos—. Estuvo levantado toda la noche con esas cosas de ciencia, y a las ocho lo encontré allí encerrado, dormido en el sillón. No sé qué dirá la señora Fell, de veras no lo sé. El comisario Hadley llegó hace un momento. Está en la biblioteca.

Hadley, a quien halló Rampole golpeando con impaciencia sus tacones contra el guardafuego, como si estuviera dando patadas en el suelo, le preguntó con cierta ansiedad si había novedades.

¿Ha visto a Fell? —inquirió—. ¿Se ocupó de esas cartas?

Rampole le explicó lo que sabía.

—Y usted, ¿tiene novedades?

—Sí, e importantes. Tanto Pettis como Burnaby quedan excluidos. Tienen coartadas sólidas como el acero.

El viento barría, ululante, Adelphi Terrace, y los altos marcos de las ventanas crujían. Hadley continuó golpeando con los pies, esta vez en un felpudo. Prosiguió diciendo:

—Anoche vi a los tres compañeros de juego de Burnaby. Entre paréntesis, uno de ellos es un juez de Old Bailey; ha de ser bastante difícil llevar a un hombre al banquillo cuando un juez puede atestiguar su inocencia. Burnaby estuvo jugando al póker el sábado por la noche, desde las ocho hasta cerca de las once y media. Esta mañana Betts estuvo en el teatro donde Pettis dice que concurrió aquella noche. Bien, asistió, efectivamente. Uno de los mozos del bar del teatro lo conoce perfectamente

de vista. Parece que el segundo acto del espectáculo acaba a las diez y cinco. Unos pocos minutos después, durante el intervalo, este mozo le sirvió un *whisky* con soda en el bar; no tiene inconveniente en jurarlo. En otras palabras, estaba en el bar, sobre poco más o menos, en el mismo momento en que Grimaud fue herido a kilómetro y medio de allí.

—Yo esperaba algo por el estilo —dijo Rampole después de un silencio—. Y sin embargo, oírlo confirmar...; me gustaría que viese usted esto.

Le alargó el cuadro que había confeccionado la noche anterior. Hadley lo recorrió rápidamente con la vista.

—¡Oh, sí! Yo también preparé uno. Está bastante bien, especialmente en lo que atañe a la chica y a Mangan, aunque no podríamos jurar que todo ocurrió así minuto por minuto. Pero creo que quedará así. —Golpeó el sobre contra la palma de la mano. Admito que reduce el margen de dudas. Haremos otra tentativa con Drayman. Llamé por teléfono a la casa esta mañana. Todos estaban un poco histéricos, porque habían traído de vuelta el cuerpo del anciano, y no pude sacar gran cosa de Rosette, excepto que Drayman estaba todavía semiinconsciente y bajo los efectos de la morfina. Nosotros...

Se interrumpió al oír los pesados y familiares pasos del doctor Fell acompañados del golpeteo de su bastón. Resueltos al comienzo, ya sobre la puerta, los pasos habíanse tornado vacilantes, como si el doctor hubiera tratado de escuchar, antes de entrar, lo que se decía en la habitación. Cuando, finalmente, penetró en ella, no había brillo en sus ojos. Daba la impresión de ser parte integrante de la triste mañana. Un sentimiento como de fatalidad parecía impregnar la cargada atmósfera.

—¿Y bien? —lo apremió Hadley—. ¿Le revelaron esas cartas lo que quería saber?

El doctor Fell hurgó en el bolsillo buscando su pipa; la encontró y la encendió. Antes de contestar cruzó bamboleándose la habitación para arrojar el fósforo en la chimenea. Luego se rió torvamente.

—Sí, encontré lo que quería saber. Hadley, dos veces lo he inducido a error, involuntariamente, con mis teorías acerca de la noche del sábado. Un error fatal, monstruoso, pasmosamente estúpido. Si no hubiera puesto a salvo mi autorrespeto dando ayer con la verdad, hubiera merecido el peor de los castigos reservados a los tontos. Sin embargo, no fui yo el único descaminado. El azar y las circunstancias cometieron una equivocación todavía más grave, y se combinaron para transformar en un enigma terrible, inexplicable, lo que en realidad sólo es un vulgar, feo e insignificante caso de asesinato. ¡Oh, admito que el asesino fue sagaz!; pero... sí, he descubierto lo que quería saber.

—¿Qué hay de lo escrito en esos papeles? ¿Qué había en esos papeles?

—Nada —dijo el doctor Fell.

Había algo imponente en el tono, lento y pausado, con que pronunció la palabra.

—¿Quiere decir —exclamó Hadley— que el experimento no dio resultado?

—No; quiero decir que el experimento dio resultado. Quiero decir que en esos papeles no había nada —tronó el doctor Fell—. Ni siquiera una línea o un fragmento o alguna pizca de escritura; ni siquiera un indicio o garrapato respecto de los mortales secretos que le dije el sábado por la noche que podríamos encontrar. Esto es lo que quiero decir. Excepto...; bueno, sí. Había unos pocos trozos de un papel más grueso, un cartón de bastante espesor, con una o dos letras impresas.

—Pero ¿por qué quemar cartas, a menos que...?

—Es que no eran cartas. He aquí lo que pasa; fue aquí donde nos equivocamos. ¿Ni siquiera ahora se percata usted de lo que eran?... Bueno, Hadley, mejor será que acabemos con esto y nos saquemos todo el embrollo de la cabeza. Usted quiere descubrir al asesino invisible, ¿no es así? Usted quiere descubrir al maldito vampiro y hombre hueco que ha estado causándonos obsesión en los sueños, ¿verdad? Muy bien, se lo presentaré. ¿Trajo el coche? Entonces vamos. *Veré si puedo obtener una confesión.*

—¿De...?

—De alguien que se encuentra en casa de Grimaud. Vamos.

Rampole vio que el fin estaba asomando, y se sentía temeroso de él, sin albergar una sola idea en su mareada cabeza respecto a quién podría ser. Hadley tuvo que poner en marcha un motor casi helado antes de que el coche comenzara a andar. En el trayecto varias veces tuvieron que detenerse al ser cerrado el tránsito, pero Hadley ni siquiera lanzó maldiciones. Y el más tranquilo de todos era el doctor Fell.

Todos los postigos de la casa de la plaza Russell estaban cerrados. Parecía aún más muerta que el día anterior, porque la muerte había penetrado en ella. Y estaba tan silenciosa que, aun desde fuera, pudieron oír el repiqueteo del timbre cuando el doctor Fell llamó. Después de un largo intervalo, Annie, sin cofia ni delantal, salió a abrir. Parecía pálida y fatigada, pero serena.

—Deseamos ver a la señora de Dumont —dijo el doctor Fell.

Hadley estiró la cabeza para mirar en derredor, aunque permanecía impassible.

—Está adentro con él..., está adentro —respondió la joven, y señaló la puerta de la sala—. Llamaré... —Tragó saliva.

El doctor Fell movió la cabeza. Cruzó el recinto con sorprendente calma, y abrió suavemente la puerta de la sala.

Las gruesas cortinas de encaje amortiguaban la poca luz que se filtraba a través de las persianas de un tono pardo apagado. La estancia parecía más amplia, y su mobiliario se perdía en las sombras, excepto un mueble de reluciente metal negro forrado de raso blanco. Era un féretro abierto. En torno a él ardían delgadas velas. Rampole recordó más tarde que desde el sitio en que estaba sólo podía ver la punta de una nariz. Las velas, o quizá la ligera sofocación que producían las flores y el incienso que se respiraba en el aire, transportaban mágicamente la escena desde el sombrío Londres hasta algún lugar torvo y escabroso en las montañas de Hungría, donde la fulgente cruz de oro montaba guardia contra los demonios y donde

guirnaldas de ajo mantenían a distancia a los vampiros vagabundos.

No obstante, no fue esto lo primero que notaron. Ernestine Dumont se hallaba de pie junto al ataúd, asiendo su borde con una mano. Encima de su cabeza, la alta y delgada llama de una vela convertía en oro su pelo grisáceo y suavizaba y volvía sumisa hasta la encogida postura de sus encorvados hombros. Cuando giró lentamente la cabeza, vieron que tenía los ojos hundidos y empañados... aunque todavía no podía llorar. Su pecho se alzaba convulsivamente. Se había echado sobre los hombros un chal amarillo, alegre, abigarrado, de largos flecos, con brocado rojo y un bordado en perlas que brillaba con cambiantes reflejos bajo la luz. Era el último toque de lo bárbaro.

Y de pronto los vio. Bruscamente asió con ambas manos los bordes del ataúd, como si quisiera proteger al muerto. Quedó recortada en silueta, una mano extendida a cada lado, bajo la fluctuante luz de las velas.

—Le hará bien confesar, señora —dijo el doctor Fell—: créame, le hará bien.

Durante un segundo a Rampole le pareció que la mujer había dejado de respirar. Después dejó escapar el ruido de una tosecilla, que sólo fue de dolor antes de transformarse en alegría histérica.

—¿Confesar? —dijo—. ¿De modo que esto es lo que piensan todos ustedes, tontos? Bien, no importa. ¡Confesar! ¿Confesar que soy la asesina?

—No —dijo el doctor Fell.

Su voz, al pronunciar este único monosílabo, resonó pesadamente en la habitación. Y entonces ella se quedó mirándolo; entonces, por primera vez, se pintó en su rostro una expresión de temor, mientras él se le iba acercando.

—No —dijo el doctor Fell—. Usted no es la asesina. Déjeme decirle lo que es.

Su figura, negra, contra la luz de las velas, dominaba ahora la de Ernestine Dumont; pero continuó hablando con suavidad.

—Ayer, sabe usted, un hombre llamado O'Rourke nos contó varias cosas. Entre otras, que la mayoría de las pruebas de magia, se realicen o no sobre un escenario, requieren la ayuda de un auxiliar. Este caso no fue una excepción. Usted ha sido la auxiliar del prestidigitador y asesino.

—El hombre hueco —dijo Ernestine Dumont, y de pronto se echó a reír histéricamente.

—El hombre hueco en el verdadero sentido de la palabra —dijo el doctor Fell, y se volvió calmosamente hacia Hadley—. El hombre hueco, a quien era una irónica y terrible broma llamar así, aunque no lo supiéramos, porque decíamos una verdad. En esto reside el horror y, en cierto sentido, la vergüenza. ¿Quieren ver ustedes al asesino a quien han estado persiguiendo a lo largo de todo este caso? El asesino yace aquí —dijo el doctor Fell—; pero no permita Dios que lo juzguemos ahora.

Y con un lento ademán señaló la cara blanca, muerta, de labios apretados, del doctor Grimaud.



CAPÍTULO XX

LAS DOS BALAS

EL DOCTOR FELL continuó mirando con fijeza a la mujer, que de nuevo había retrocedido hacia un costado del ataúd, como para defenderlo.

—Señora —continuó—, el hombre a quien usted amaba está muerto. Está fuera del alcance de la ley ahora, y haya hecho lo que haya hecho, ha pagado por ello. Nuestro problema inmediato, el suyo y el mío, es tapar esto de modo que no afecte a los vivos. Pero usted, aunque no tomó parte activa en el asesinato, está complicada. Créame, señora, si hubiera podido explicar el caso sin nombrarla para nada, lo hubiera hecho. Sé que usted ha sufrido. Pero verá usted por sí misma que tal proceder resultaba imposible si había de explicar todo el problema. De manera que tenemos que persuadir al comisario Hadley de que debe echar tierra a este asunto.

Algo que se percibía en su voz, algo de la infatigable, inalterable, ilimitada compasión de Gideon Fell, pareció alcanzarla suavemente, como el sueño después de las lágrimas. Su histeria había desaparecido.

—¿Lo sabe usted? —preguntó, después de una pausa, y casi con ansiedad—. ¡No me engañe! ¿Lo sabe realmente?

—Sí, lo sé realmente.

—Vayan arriba. Vayan a su habitación —dijo ella con voz apagada—, yo me reuniré con ustedes en seguida. No..., no puedo enfrentarme con ustedes ahora. Debo pensar y... Pero, por favor, no diga nada a nadie hasta que yo suba. ¡Por favor! No, no huiré.

El fiero gesto del doctor Fell hizo que Hadley no abriera la boca cuando abandonaron la habitación. Sin romper el silencio, subieron la sombría escalera que conducía al piso alto. No se encontraron con nadie, no vieron a nadie. Una vez más se hallaban en el estudio, donde reinaba tal oscuridad que Hadley encendió la lámpara que estaba sobre el escritorio. Después de asegurarse de que la puerta estaba cerrada, Hadley giró sobre sus talones con cierta impetuosidad.

—¿Quiere usted decirme que Grimaud mató a Fley? —interrogó.

—Sí.

—Mientras yacía, inconsciente y moribundo, ante los ojos de testigos en un sanatorio, fue a la calle Cagliostro y...

—Entonces no —dijo el doctor Fell calmamente—. Esto es lo que usted no

entiende. Esto es lo que le indujo a error. Esto es lo que quise decir cuando manifesté que el caso no estaba patas arriba, sino *enteramente al revés*. Fley fue muerto antes que Grimaud. Y lo peor de todo es que Grimaud trataba de decirnos la pura y exacta verdad. Nos dijo de hecho la pura verdad cuando se dio cuenta de que estaba muriendo sin esperanzas, fue uno de los destellos de bondad que tenía; pero preferimos no entenderlo. Siéntense y veré si puedo explicarlo. Una vez que hayan comprendido los tres puntos principales, no necesitarán ninguna aclaración. La cosa se explica sola.

Se hundió, resoplando, en el sillón situado detrás del escritorio. Durante un breve rato contempló abstraídamente la lámpara. Después prosiguió:

—Los tres puntos esenciales, pues, son los siguientes: 1) No hay tal hermano Henri; sólo hay dos hermanos. 2) Los dos hermanos decían la verdad. 3) Una cuestión de tiempo ha presentado el caso *enteramente al revés*.

«Muchas cosas en este caso han dependido de breves espacios de tiempo, y bien breves. El hecho de que el punto esencial de este caso estribe en haber equivocado la hora es parte de la misma ironía que nos hacía referimos a nuestro asesino como al “hombre hueco”. Podrán ustedes notarlo fácilmente si vuelven a meditar sobre el asunto.

»Ahora recuerden la mañana de ayer. Yo ya había tenido ocasión de pensar que algo raro había en ese asunto de la calle Cagliostro. El tiro, según nos dijeron tres testigos veraces que coincidían hasta en los segundos, fue disparado exactamente a las diez y veinticinco. Me pregunté entonces, ociosamente, por qué se corroborarían todos con tan asombrosa precisión. En el caso de un accidente callejero corriente, por lo general ni siquiera los testigos más calmosos pueden observar tanto, ni toman la precaución de consultar sus relojes, ni (si lo hacen) están de acuerdo acerca de la hora con tan pavorosa exactitud. Pero se trataba de personas veraces, y tenía que existir algún motivo que explicara su acuerdo. Respecto a su buena fe no cabía duda.

»Claro está que había una razón. Justo frente al lugar donde cayó el hombre asesinado, estaba el escaparate iluminado de una joyería, el único escaparate iluminado de las cercanías. Era lo más visible en primer plano. Derramaba su luz sobre el hombre asesinado y fue el primer punto adonde se precipitó el agente en busca del asesino: de modo perfectamente natural llamó la atención de los testigos. Y enfrentándolos desde aquel escaparate había un enorme reloj de diseño tan poco común que inmediatamente atraía las miradas. Era inevitable que el agente se fijara en la hora, y natural que también lo hicieran los otros. De ahí su concordancia.

»Pero una cosa, poco importante, al parecer, en tal momento, me tenía un poco preocupado. Después que le dispararon el balazo a Grimaud, Hadley hizo venir a sus hombres a esta casa y en seguida encomendó a uno de ellos que prendiera a Fley como sospechoso. Ahora bien, ¿a qué hora, aproximadamente, llegaron aquí esos hombres?».

—Aproximadamente a eso de las diez y cuarenta —dijo Rampole—. Lo tengo

consignado en mi cuadro horario.

—E inmediatamente después se envió a un hombre para que trajera a Fley —continuó el doctor Fell—. Este hombre debe de haber llegado a la calle Cagliostro..., ¿a qué hora? Entre quince y veinte minutos después del momento en que al parecer mataron a Fley. Pero ¿qué ha ocurrido en ese breve lapso? ¡Una increíble cantidad de cosas! Fley ha sido llevado hasta la casa del médico, ha muerto, se practicó un examen, se realizó un infructuoso esfuerzo para identificar al asesinado; y luego, pasado un rato, según las palabras de la crónica de los diarios, se envió la ambulancia y Fley fue conducido al Depósito Judicial de Cadáveres. ¡Todo esto! Porque cuando el detective de Hadley llegó a la calle Cagliostro para prender a Fley, encontró todo terminado... y al agente, ya de regreso, haciendo averiguaciones puerta por puerta. Toda la excitación había pasado, lo cual parecía increíble.

«Infortunadamente, fui tan torpe que no advertí la significación de esto ni siquiera ayer por la mañana, cuando vi el reloj en el escaparate de la joyería.

»Vuelvan a pensar en cómo ocurrieron las cosas. Ayer por la mañana desayunamos en mi casa; vino Pettis y estuvimos hablando con él..., ¿hasta qué hora?».

Se produjo una pausa.

—Exactamente hasta las diez —respondió Hadley de pronto, y chasqueó los dedos—. Sí, lo recuerdo porque el Big Ben estaba dándolas en el mismo momento en que se levantó para irse.

—Muy bien. Pettis se retiró, y después nosotros nos pusimos nuestros sombreros y abrigos y nos dirigimos *directamente* a la calle Cagliostro.

«Ahora, conceda el margen razonable de tiempo que quiera al acto de ponemos los sombreros, bajar y recorrer un corto trayecto en automóvil a lo largo de calles desiertas un domingo por la mañana —trayecto que sólo nos llevó diez minutos el sábado por la noche, a pesar del intenso tránsito de aquellas horas—. Estoy seguro de que calculará usted que el hacer todas estas cosas nos habrá llevado en total, veinte minutos escasos... pero en la calle Cagliostro me indicó usted la joyería, y ese fantástico reloj estaba dando las *once* en punto.

»Ni siquiera entonces, en mi torpe abstracción, se me ocurrió en ningún momento mirar ese reloj, como tampoco anoche en ningún momento se les ocurrió, en su excitación, a los testigos. Un momento después, ¿recuerda usted?, Somers y O'Rourke nos condujeron al piso de Burnaby. Hicimos una investigación bastante prolongada y después nos pusimos a hablar con O'Rourke. Y mientras éste hacía su exposición, percibí en la mortal quietud del día —la quietud de cuando sólo sentíamos gemir el viento en la calle— un nuevo sonido. Oí sonar las campanas de una iglesia.

»Bien empiezan a sonar las campanas de las iglesias? Nunca después de las once, pues a esa hora la misa, ya ha comenzado. Por lo general antes de las once, empezando con unas campanadas preliminares. Pero si yo aceptaba el testimonio de

aquel reloj alemán, debía ser entonces mucho más de las once. En ese instante mi embotada mente despertó. Recordé el Big Ben y nuestro viaje a la calle Cagliostro. La combinación de aquellas campanas y el Big Ben... contra un reloj extranjero de relumbrón. La Iglesia y el Estado, por así decirlo, no podían estar ambos equivocados... En otras palabras: *el reloj del escaparate de aquella joyería estaba más de cuarenta minutos adelantado. De ahí que el tiro de la calle Cagliostro, la noche anterior, no pudiera haber sido disparado a las diez y veinticinco. En verdad debió haber sonado un poco antes de la diez menos cuarto. Aproximadamente a las nueve y cuarenta.*

»Ahora bien: tarde o temprano alguien tenía que notar esto; puede que alguien lo haya notado ya. Una cosa semejante necesariamente sale a la luz en un juzgado de instrucción. Aparecería alguien que pondría en tela de juicio la hora del crimen. Sí, entonces se vería instantáneamente la verdad (como espero); o, por el contrario, aumentaría la confusión, no lo sé... Pero nos queda el hecho concreto de que lo de la calle Cagliostro se llevó a cabo algunos minutos antes de que el hombre de la careta tocara el timbre de esta casa a las nueve y cuarenta y cinco».

—¡Pero todavía no comprendo!... —protestó Hadley.

—¿La situación imposible? No, pero ahora tengo curso libre para contarle toda la historia desde el principio.

—Sí, pero déjeme poner esto en orden. Si Grimaud, como usted dice, le disparó el tiro a Fley en la calle Cagliostro un poco antes de las nueve y cuarenta y cinco...

—Yo no dije eso —replicó el doctor Fell.

—¿Qué?

—Entenderá usted todo si sigue mi paciente dilucidación desde el principio. La noche del miércoles de la semana última (cuando por primera vez surgió Fley del pasado, al parecer salido de su tumba con el objeto de hacer frente a su hermano con una amenaza bastante terrible en la cervecería Warwick) Grimaud resolvió matarlo. De todos los implicados en el caso, ¿comprende usted?, Grimaud era el único que tenía un motivo para matar a Fley. ¡Y vaya si lo tenía! Gozaba de seguridad, era rico, respetado: el pasado estaba enterrado, y de pronto el viento abre una puerta para admitir a este sonriente desconocido su hermano Pierre. Grimaud, al huir de la prisión, había asesinado a uno de sus hermanos dejándolo enterrado vivo; hubiera asesinado también al otro de no haber sido por una casualidad. Todavía podía ser concedida su extradición y colgado, y Pierre Fley había dado con su paradero.

«Ahora tenga en cuenta lo que dijo exactamente Fley cuando se coló en la cervecería aquella noche para encararse con Grimaud. Analice *por qué* dijo e hizo ciertas cosas, y verá usted que aun ese débil mental que era Fley estaba muy lejos de ser tan loco como se complacía en fingir. ¿Por qué, si le interesaba tan sólo llevar a cabo una venganza privada, prefirió enfrentar a Grimaud en presencia de un grupo de amigos y expresarse únicamente de aquel modo indirecto que usó? Se sirvió de su hermano *muerto* como amenaza, y ésa fue la única vez que habló de él. ¿Por qué dijo:

“Puede ser mucho más peligroso para usted que yo”? ¿Porque el hermano muerto podía enviar a Grimaud a la horca! ¿Por qué dijo: “Yo no quiero su vida; él, sí, la quiere”? ¿Por qué dijo: “Le digo que vaya a visitarlo”? ¿Y por qué, entonces, inmediatamente después, entregó a Grimaud su tarjeta, sobre la que estaba cuidadosamente escrita su dirección? El hecho de haberle entregado esa tarjeta, unido a sus palabras y acciones posteriores, es significativo. Lo que Fley quería decir en realidad, disimulado de un modo que pudiera producir miedo a Grimaud delante de testigos, era simplemente esto: “Tú, mi hermano, estás próspero y rico gracias al producto de un robo que ambos hemos cometido en nuestra juventud. Yo soy pobre... y odio mi trabajo. Bien, ¿vendrás a hacerme una visita a mi casa, de manera que podamos arreglar este asunto, o te denuncio a la policía?”».

Chantaje —dijo Hadley suavemente.

—Sí. Fley tenía un tornillo flojo, pero estaba lejos de ser un tonto. Ahora vean cómo alambicó lo que quería decir en las últimas palabras amenazadoras que dirigió a Grimaud: «Yo también estoy en peligro cuando me asocio con mi hermano, pero me siento dispuesto a correr el riesgo». Y esa vez, como siempre en adelante, se refería estrictamente a Grimaud. «Tú, mi hermano, podrías matarme también a mí, como mataste al otro; pero correré el riesgo; de manera que iré a visitarte amigablemente. ¿O prefieres que aparezca nuestro otro hermano muerto para hacerte colgar?».

«Piensen, si no, en su conducta durante la noche del asesinato. Recuerden la alegría que sentía por poder hacer añicos sus útiles de prestidigitador. Y con qué palabras se dirigió a O'Rourke. Con palabras que, si se las analiza debidamente a la luz de lo que conocemos, sólo pueden tener una explicación. Dijo: “No volveré a trabajar; ya no lo necesitaré. ¿No se lo he dicho? Voy a ver a mi hermano. Él pondrá fin a un viejo asunto que nos conviene a ambos”.

»Y quería decir, por supuesto, que Grimaud había accedido a llegar a un arreglo. Fley quería decir que abandonaba su vieja vida para siempre; que volvía a su tumba como hombre muerto y con mucho dinero; pero no podía especificar más sin revelarlo todo. Sin embargo, sabía que su hermano era desleal: tenía buenas razones para conocerlo. No podía dejar tras sí una seria advertencia cuando habló con O'Rourke, por si Grimaud pensaba realmente pagar; pero dejó un indicio: “En caso de que algo me ocurra después que él haya concluido con nuestro asunto, se podrá encontrar a mi hermano en la misma calle en que vivo yo. No es ése su verdadero domicilio, pero alquiló allí una habitación”.

»En seguida les explicaré esta última declaración. Pero volvamos a Grimaud. Bien. Grimaud jamás tuvo intención alguna de concertar un arreglo con Fley. Fley debía morir. Aquella mente astuta, sagaz y teatral de Grimaud (quien, como ustedes saben, estaba más interesado que nadie en pruebas de magia) había decidido no sufrir ningún perjuicio por parte de ese molesto hermano suyo. Fley debía morir..., pero era más difícil de lo que parecía.

»Si Fley se le hubiera presentado en privado, sin que nadie en el mundo pudiera

asociar jamás su nombre con el de Grimaud, la cosa hubiera sido simple. Pero Fley había sido demasiado astuto para obrar de ese modo. Había proclamado su nombre y dirección e insinuado misteriosos secretos concernientes a Grimaud delante de un grupo de amigos de éste. ¡El asunto era difícil! Si se hallaba a Fley asesinado, era muy posible que alguien dijera: “¡Hola! ¿No es el tipo que...”? Y entonces podría haber peligrosas indagaciones; porque sólo Dios sabía lo que Fley había dicho a otras personas acerca de Grimaud. Lo único que no parecía probable que hubiera confiado a nadie era ese último mortal secreto gracias al cual lo tenía en su poder; y era por ese secreto justamente, por lo que debía ser reducido a silencio. Por cualquier cosa que le ocurriera a Fley, muriera del modo que muriera, era de presumir que se harían investigaciones con respecto a Grimaud. Lo único que cabía, por tanto, era sostener francamente que Fley buscaba su muerte, enviarse a sí mismo cartas amenazadoras (en forma no demasiado abierta), perturbar a los de la casa de alguna manera ingeniosa; y, por último, informar a todos que Fley le había prometido una visita para el sábado, día en que él intentaría matar a su hermano. Verán ustedes en seguida cómo planeó ejecutar un brillantísimo crimen.

»El efecto que quería producir era el siguiente: el criminal Fley debía ser visto haciéndole una visita el sábado por la noche. Tenía que haber personas que la atestiguaran. Los dos deberían estar solos cuando Fley subiera a su estudio. Se oiría una disputa, el ruido de una lucha, un tiro y una caída. Al ser abierta la puerta Grimaud debía ser encontrado solo..., con una herida de bala, de aspecto alarmante pero superficial, en el costado. No se hallaría ninguna arma. De la ventana pendería una cuerda perteneciente a Fley, por la cual se supondría que había huido. (Recuerden ustedes que se había predicho que aquella noche no nevaría, de modo que sería imposible encontrar huellas de pisada). Grimaud diría: “Creyó que me había muerto; fingí estar muerto, y huyó. No, no lo denuncien a la policía, pobre diablo. No estoy herido”. Y a la mañana siguiente se hallaría a Fley muerto en su propia habitación. Se hallaría a un suicida que había colocado el caño de su propio revólver contra su pecho y apretado el gatillo. Sobre la mesa se encontraría una nota. Desesperado al pensar que había matado a Grimaud, había disparado contra sí mismo... Éste, señores, era el efecto que intentaba producir Grimaud».

—Pero ¿cómo lo hizo? —preguntó Hadley—. Aunque de todos modos no resultó así.

—No. Vean ustedes, el plan se echó a perder por completo. Desarrollaré en su debido lugar la última parte del truco, la parte en que Fley aparecería como visitándolo en su estudio cuando en realidad yacía muerto en la casa de la calle Cagliostro. Grimaud, que contaba con la ayuda de la señora de Dumont, lo había previsto todo.

«Había dicho a Fley que se encontraría con él en su habitación del último piso, encima de la tabaquería. Le había dicho que estaría allí el sábado por la noche, a las nueve, para entregarle dinero en efectivo. (Recuerden que Fley, abandonando

alegremente su empleo y quemando su equipo de prestidigitador, salió del teatro de Limehouse a eso de las ocho y cuarto). Grimaud había elegido la noche del sábado porque esa noche, según inveterada costumbre, permanecía solo en su estudio hasta muy tarde, sin estarle permitido a nadie molestarlo por ningún motivo. Eligió esa noche porque le era preciso utilizar la puerta del patiecillo y salir y entrar por el sótano, y la noche del sábado era la noche de salida de Annie, que tenía allí su cuarto. Recordarán ustedes que después de subir a su estudio a las siete y media, nadie *lo vio* hasta que, según los testimonios que poseemos, abrió la puerta para hacer pasar al visitante, a las nueve y cincuenta. La señora de Dumont sostuvo haber estado con él en el estudio a las nueve y treinta, cuando fue a recoger el servicio de café. Les diré en pocas palabras por qué no creí en esa afirmación: la verdad es que Grimaud ni siquiera estaba en su estudio; estaba en la calle Cagliostro. A la señora de Dumont se le había encargado que acechara la puerta del estudio a las nueve y treinta y que se hiciera ver con alguna excusa. ¿Por qué? Porque Grimaud había ordenado a Mills que subiera a las nueve y treinta y vigilara esa misma puerta desde el cuarto del lado opuesto del vestíbulo. Mills debía ser el engañado por la simulación que proyecto Grimaud. Pero si al pasar junto a la puerta del estudio se le metía a Mills en la cabeza, por cualquier motivo, tratar de hablar con Grimaud, o verlo, la Dumont estaría allí para disuadirlo. La Dumont debía estar apostada en el arco y mantener a Mills alejado de esa puerta si manifestaba alguna curiosidad.

»¿Por qué habían elegido a Mills como víctima del engaño? Porque, aunque era tan minuciosamente concienzudo que cumpliría sus instrucciones al pie de la letra, tenía tanto miedo de Fley que no intervendría cuando el hombre hueco apareciera en lo alto de la escalera. No se trataba tan sólo de que no debía atacar al hombre de la careta en aquellos pocos instantes de peligro que transcurrirían antes de que se introdujera en el estudio (como, por ejemplo, hubieran hecho Mangan o aun Drayman), sino de que ni siquiera debía aventurarse a salir de su cuarto. Se le había dicho que permaneciera en ese cuarto, y lo haría. Por último, se le había elegido porque era un hombre de muy corta estatura, requisito que inmediatamente quedará aclarado.

»Bien, le habían dicho que subiera y vigilara a las nueve y treinta. Esto se debía a que estaba dispuesto que el hombre hueco hiciera su aparición sólo un poco después: pero la verdad es que el hombre hueco se retrasó. Observen esta discrepancia: a Mills se le dijo que llegaría a las nueve y media, ¡pero a Mangan se le dijo que a las diez! La razón es obvia. Tenía que haber alguien abajo para atestiguar que realmente se había admitido a un visitante por la puerta de la calle, confirmando a la Dumont. Pero Mangan podía experimentar curiosidad por ese visitante; podía sentirse inclinado a desafiar al hombre hueco..., a menos que antes Grimaud le dijera en tono de broma que probablemente el visitante no vendría en absoluto, y que si venía no podría ser antes de las diez. Todo lo que se requería era tenerlo distraído y hacerle vacilar el tiempo suficiente para que el hombre hueco pudiera pasar frente a esa puerta

peligrosa y subir. Y si sucedía lo peor, siempre podría encerrar a Mangan y a Rosette.

»En cuanto a los demás, Annie había salido; a Drayman se le había regalado una entrada para un concierto; Burnaby, fuera de toda duda, estaría jugando a las cartas, y Pettis se encontraba en el teatro. El campo estaba libre.

»Un poco antes de las nueve (probablemente unos diez minutos antes), Grimaud se escurrió de la casa por la puerta que conduce del patiecillo a la calle. Las dificultades ya habían comenzado. Contrariamente a lo esperado, había estado nevando intensamente durante unas horas. Pero Grimaud no vio en esto un contratiempo serio. Creía que podría cumplir su cometido y volver a eso de las nueve y media, y que todavía estaría nevando con suficiente copiosidad para cubrir cualquier huella que dejara y no suscitar comentarios sobre la ausencia de las que el visitante *debiera* haber dejado más tarde, al bajar por la ventana, según se supondría que había hecho.

»De cualquier modo, ya había llevado demasiado lejos la realización de sus planes para retroceder.

»Cuando dejó la casa llevaba consigo un viejo revólver de marca Colt, de cuya existencia nadie sospechaba, cargado tan sólo con dos balas. No sé qué tipo de sombrero se había puesto, pero su abrigo, varios números más grande que su medida, era de un *tweed* de tono amarillo claro. Lo compró porque era una clase de abrigo que nunca se le había visto llevar, y porque nadie lo reconocería con él sí fuera visto. Tenía...».

Hadley lo interrumpió.

—¡Un momento! ¿Qué hay de ese asunto de los abrigos que cambiaban de color? Esto tiene que haber ocurrido a una hora más temprana de la noche. ¿Qué fue lo que pasó?

—Nuevamente tengo que pedirle que espere hasta que llegemos al último truco que realizo. Eso forma parte del mismo.

«Bien, el propósito de Grimaud era visitar a Fley. Allí, en su casa, le hablaría amigablemente durante un rato. Diría algo como esto: “¡Debes abandonar este agujero, hermano! Ahora podrás estar cómodamente instalado. Yo me preocuparé de eso. ¿Por qué no dejas todos estos inútiles objetos de tu propiedad y vienes a mi casa? ¡Que se quede tu casero con estas malditas cosas en lugar del preaviso!”. Le diría cualquier cosa, ¿saben ustedes?, con el propósito de que Fley escribiera una de sus ambiguas notas para el casero. “Me voy para siempre”. “Vuelvo a mi tumba”. Cualquier cosa *que pudiera interpretarse como la nota de un suicida cuando se hallara a Fley muerto con un revolver en la mano*».

El doctor Fell se inclinó hacia adelante.

—Y entonces Grimaud sacaría su Colt, pondría el caño contra el pecho de Fley, y sonriente apretaría el gatillo.

«Estaría en el último piso de una casa vacía. Como ustedes han visto, las paredes son extraordinariamente gruesas y sólidas. El casero vivía bastante más abajo, en el

sótano, y era el hombre más indiferente de la calle Cagliostro. Ningún tiro podría oírse, especialmente si mantenía el revólver pegado al cuerpo de Fley. Transcurriría algún tiempo antes de que el cadáver fuera descubierto; ciertamente no lo sería antes de la mañana. Y, entretanto, ¿qué haría Grimaud? Después de matar a Fley volvería el mismo revólver contra sí para inferirse una ligera herida, aunque tuviera que dejarse la bala metida en la carne...; tenía, según sabemos por aquel pequeño episodio de los tres ataúdes, la constitución de un toro y una fuerza infernal. Dejaría el revólver junto a Fley. Se aplicaría con toda calma un pañuelo o un trozo de algodón en la herida, que debía ser hecha por dentro del abrigo y atravesando la camisa; la vendaría con esparadrapo hasta que llegara el momento de descubrirla..., y volvería a su casa para poner en práctica su truco, destinado a probar que Fley le había hecho una visita. Ningún jurado dudaría después que Fley lo había herido y de que, tras volver luego a la calle Cagliostro, había utilizado el mismo revólver para suicidarse. ¿Lo ven ustedes claro hasta aquí? Era un crimen enteramente al revés.

»Esto, como digo, es lo que Grimaud intentaba hacer. Si hubiera llevado a cabo sus planes como pensaba, hubiera sido un crimen ingenioso; y no creo que hubiéramos puesto en tela de juicio alguna vez el suicidio de Fley.

»Ahora bien: sólo había una dificultad para el cumplimiento del proyecto. Si se veía entrar a alguien en el alojamiento de Fley —no solamente a alguien en quien se lograra reconocer a Grimaud sino a quienquiera que fuese—, el riesgo era grande. Podría no parecer tan fácilmente un suicidio. La casa sólo tenía una entrada desde la calle: la puerta contigua a la tabaquería. Y él usaba un abrigo llamativo, con el que había explorado el terreno previamente. (Entre paréntesis, Dolberman, el dueño de la tabaquería, lo había visto rondar por allí algún tiempo antes). Halló la solución de esta dificultad en el aposento secreto de Burnaby.

»Ustedes comprenderán, desde luego, que Grimaud tenía más probabilidades que nadie de conocer el piso de Burnaby en la calle Cagliostro. El mismo Burnaby nos dijo que unos meses antes, cuando Grimaud sospechaba que él podría tener algún motivo secreto para pintar ese cuadro, no sólo lo había interrogado: lo había *vigilado*. Y tratándose de un hombre que corría un peligro tan grande, según creía, la vigilancia ha de haber sido eficiente. Conocía la existencia del piso. Sabía, gracias a su espionaje, que Rosette poseía una llave del mismo. Y así, cuando llegó el momento y se le ocurrió la idea, se la robó.

»La casa en que Burnaby tenía su piso estaba sobre la misma acera que la casa donde vivía Fley. Todas esas casas están construidas una junto a la otra, y tienen techos planos; de modo que sólo hay que saltar una baja pared divisoria para recorrer la calle por encima de los techos de un extremo a otro. Los dos hombres, no lo olviden ustedes, vivían en el último piso. ¿Se acuerdan de lo que vimos al lado de la puerta cuando fuimos al aposento de Burnaby?».

Hadley hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, claro. Una escalerilla que conducía a una trampa del techo.

—Exactamente. Y justo frente al cuarto de Fley, sobre el descanso de la escalera, hay un bajo tragaluz que también comunica con el techo. Grimaud sólo tenía que ir a la calle Cagliostro por la parte trasera, sin aparecer nunca en la calle misma, sino atravesando el sendero que vimos desde la ventana de Burnaby. Penetró por la puerta trasera (como vimos hacer después a Burnaby y Rosette), subió hasta el piso alto, y de allí al techo. Después siguió por los techos hasta el alojamiento de Fley, descendió por el tragaluz, y pudo de ese modo entrar sin ser visto por alma viviente. Además, sabía con absoluta certeza que aquella noche Burnaby estaría en otra parte, jugando a las cartas.

«Y desde ese momento todo empezó a andar mal.

»Tendría que haber llegado al alojamiento de Fley antes que éste; no convenía infundirle sospechas dejándose descubrir al bajar del techo. Pero nosotros ya sabemos que Fley abrigaba algunos recelos. Esto puede haberse debido al requerimiento de Grimaud de que trajera una de sus largas cuerdas de prestidigitador. (Grimaud quería aquella cuerda como un elemento de prueba para usar más adelante en contra de Fley). O quizá a que Fley supiera que Grimaud había estado rondando por la calle Cagliostro los últimos dos días, tal vez por haberlo visto cruzar los techos agazapado en dirección del piso de Burnaby después de un reconocimiento, haciéndole pensar además de este modo que había alquilado un cuarto en esa calle.

»Los dos hermanos se encontraron a las nueve en aquella habitación, alumbrada por gas. ¿Qué fue lo que se dijeron?, no lo sabemos. Nunca lo sabremos. Pero evidentemente Grimaud disipó las sospechas de Fley; los dos se pusieron amables y cordiales y olvidaron las viejas querellas; Grimaud lo persuadió jocosamente de que escribiera aquella nota para el casero. Entonces...».

—No discuto todo esto —dijo Hadley calmamente—, ¿pero cómo lo sabe usted?

—Grimaud nos lo dijo —respondió el doctor Fell.

Hadley se quedó mirándolo.

—¡Oh, sí! Una vez que descubrí aquel tremendo error respecto a la hora, puede comprenderlo. Pero continuemos: Fley había escrito su nota. Se había puesto el sombrero y el abrigo para partir..., porque Grimaud deseaba que se supusiera que se había suicidado inmediatamente después de una *salida*, es decir, después de volver de su visita fantasmal a Grimaud. Estaban ambos listos para salir. Y entonces Grimaud dio el salto.

«Si Fley estaba inconscientemente en guardia; si giró sobre sus talones para cerrar la puerta, puesto que no era hombre para medirse con el vigoroso Grimaud; si la cosa sucedió en medio de la lucha y el forcejeo, no lo sabemos. Pero Grimaud, con la pistola apretada contra el abrigo de Fley, mientras éste se retorció para librarse de él, cometió un espantoso error. Disparó. Y metió la bala en donde no debía. En lugar de atravesarle el corazón a su víctima, lo hirió debajo de la paletilla izquierda; una herida casi de la misma especie que la que ocasionó la muerte de Grimaud más tarde,

aunque en la espalda. Era una herida fatal, pero no moriría instantáneamente. Una ironía dramática del destino obraba para matar a ambos hermanos precisamente de la misma manera.

»Por supuesto, Fley se dejó caer. No podía hacer otra cosa, y era la medida más prudente, pues de lo contrario Grimaud hubiera podido liquidarlo. Pero Grimaud, por un segundo, debe de haber perdido su calma, presa del terror. Esto podía hacer fracasar todo su plan. ¿Podía un hombre dispararse un balazo a sí mismo en semejante sitio? Si no era así, que Dios ayudara al asesino. Y había algo peor todavía: Fley, no sorprendido con la suficiente rapidez, había gritado antes de que lo alcanzara la bala, y a Grimaud le pareció oír que venía gente.

»Tenía bastante sentido común e hígados bastantes, aun en ese momento infernal, para no perder la cabeza. Puso la pistola en la mano del inmóvil Fley, que yacía boca abajo. Recogió el rollo de cuerda. De alguna manera, a pesar del fracaso y de la confusión, había que llevar adelante el plan. Grimaud era demasiado sensato para correr el riesgo de disparar otro tiro cuyo ruido podría llegar a los oídos de personas que posiblemente estaban al acecho, o para perder más tiempo. Se precipitó fuera del cuarto.

»¡El techo!, ¿comprenden ustedes? El techo era su único camino. Oía perseguidores imaginarios por todas partes: tal vez lo asaltaba algún horrible recuerdo de tres tumbas en medio de una tormenta al pie de las montañas de Hungría. Se figuraba que lo oirían y le seguirían la pista a través de esos techos. De modo que se lanzó como una exhalación hacia la trampa del aposento de Burnaby y descendió a las oscuras habitaciones.

»Sólo entonces empezó a reponerse su inteligencia.

»Y, entretanto, ¿qué ha sucedido? Pierre Fley está mortalmente herido. Pero tiene todavía aquella constitución de hierro que una vez le permitió sobrevivir enterrado vivo. El asesino se ha ido. Y Fley no renuncia a la vida. Debía ser socorrido. Debe ir en busca de un...

»*De un médico*, Hadley. Usted preguntó ayer por qué se dirigía Fley hacia el otro extremo de la calle, hacia el fondo de un callejón sin salida. Era porque (como supo usted por los diarios) allí vive un médico. El médico a cuyo consultorio se llevó más tarde a Fley. Éste se halla mortalmente herido, y lo sabe, ¡pero no se declarará vencido! Se levanta; todavía tiene puestos el sombrero y el abrigo. Grimaud le ha dejado la pistola en la mano; se la mete en el bolsillo, porque puede serle útil. Baja, descendiendo la escalera con toda la firmeza que le es posible, hacia la silenciosa calle, donde no se ha producido ninguna alarma. Sigue andando...

»¿Se han preguntado ustedes por qué iba por el medio de la calle y no cesaba de mirar en derredor con tanta vivacidad? La explicación más razonable de esto no es que iba a visitar a alguien, sino que sabía que el asesino estaba al acecho en alguna parte, y esperaba otro ataque. Cree estar a salvo. Delante de él dos hombres marchan apresuradamente. Pasa frente a una joyería iluminada y ve un poste de alumbrado

unos pasos más allá, a la derecha...

»Pero ¿qué le ha ocurrido a Grimaud? Grimaud no ha oído nada que indicara una persecución, pero está semienloquecido por las conjeturas. No se atreve a volver al techo y arriesgarse a investigar. ¡Pero un momento! Si han descubierto algo, podrá saberlo con echar una ojeada a la calle; puede bajar hasta la puerta, sacar la cabeza y dirigir un vistazo a la calle, ¿no es cierto? Esto no encierra peligro, puesto que la casa donde vive Burnaby está desierta.

»Baja con pasos cautelosos. Abre la puerta suavemente, habiéndose desabotonado ya el abrigo a fin de arrollarse la cuerda en torno del cuerpo. Abre la puerta — iluminada de lleno por la luz de un farol situado a un paso de allí—, y ve, frente a él, andando lentamente por el medio de la calle, al hombre a quien dejó por muerto en la otra casa menos de diez minutos antes.

»Y por última vez se encuentran estos dos hermanos cara a cara.

»La camisa de Grimaud ofrece un blanco excelente a la luz de ese farol y Fley, a quien el dolor y la histeria vuelven loco, no vacila. Grita estas palabras: “¡La segunda bala es para ti!”, y levantando la misma pistola que lo hirió, dispara. El esfuerzo resulta excesivo para él. La hemorragia ya ha comenzado, y él lo sabe. Lanza otro grito y trata de arrojar la pistola (ahora descargada) contra Grimaud; y entonces cae de bruces en el suelo. Éste, compañeros, es el tiro que oyeron los tres testigos en la calle Cagliostro. Es el tiro que hirió a Grimaud en el pecho antes de que tuviera tiempo de cerrar la puerta».



CAPÍTULO XXI

EL DESENLACE

—¿Y ENTONCES? —apremió Hadley cuando el doctor Fell se interrumpió y bajó la cabeza.

—Los tres testigos no vieron a Grimaud, por supuesto —dijo el doctor Fell con un bufido, después de una larga pausa—, porque en ningún momento se apartó de la puerta; en ningún momento se aventuró a llegar a los peldaños; en ningún momento estuvo a menos de seis metros del hombre que *pareció* haber sido asesinado en medio de un desierto de nieve. Es claro que Fley ya tenía la herida, que empezó a arrojar sangre a causa de la última convulsión. Es claro que cualquier deducción que se hiciera basándose en la dirección de la herida era inútil. Es claro que no se encontrarían huellas digitales en la pistola, puesto que yacía en la nieve y había sido literalmente lavada por ésta, quedando limpia de impresiones digitales.

—¡Por Dios! —exclamó Hadley, con tanta serenidad que parecía, estar haciendo una declaración—. Esta explicación aclara todas las circunstancias de lo sucedido; y, sin embargo, nunca se me ocurrió... Pero prosiga. ¿Grimaud...?

—Grimaud está adentro, detrás de la puerta. Sabe que está herido en el pecho, pero no cree que se trate de algo muy grave. Ha sobrevivido a cosas peores que balas y hay otras cosas (cree) que son más graves.

»Al fin de cuentas, no ha recibido sino lo que él mismo pensaba inferirse: una herida. Ante una cosa semejante, debió soltar esa risita suya que parecía un ladrido. ¡Pero su plan ha fracasado por completo! ¿Cómo podría saber, entre paréntesis, que el reloj de la joyería estaba adelantado? Ni siquiera sabe que Fley está muerto, porque lo vio andar por la calle, lleno aún de vida y furor. La suerte, por obra del reloj de la joyería, sigue acompañándolo cuando él cree que lo ha abandonado; ¿pero como puede saberlo? Sólo está seguro de que ahora Fley no podrá ser hallado muerto y tomado por un suicida en aquel pequeño aposento. Fley —probablemente herido de gravedad, sí, pero capaz de hablar todavía— está fuera, en aquella calle, y un agente de policía corre hacia él. Grimaud está perdido. A menos que pueda hacer uso de su ingenio, está en vías de ser entregado al verdugo, porque ahora Fley no guardará el secreto.

»Todos estos pensamientos acuden a él en el instante que sigue al disparo, agolpándose en la mente el tropel de conjeturas. No puede permanecer allí, en aquel

zaguán oscuro. Mejor será que eche un vistazo a su herida, y se asegure de que no dejará rastros de sangre tras sí. ¿Dónde hacer esto? En el piso de Burnaby, allí arriba, claro está. Sube, abre la puerta y enciende las luces. Aquí está la cuerda arrollada en torno a su cuerpo...; ahora ya no le sirve; no puede pretender que Fley vino a hacerle una visita cuando quizá Fley esté declarando ante la policía en ese mismo momento. Se desembaraza de la cuerda y la deja allí.

»Ahora hay que examinar Ja herida. La parte de adentro de aquel abrigo claro de *tweed* y su ropa interior están manchadas de sangre. Pero la herida es de poca importancia. Cuenta con su pañuelo y esparadrapo, y puede taponarse la herida, como se hace con un caballo corneado en una corrida de toros. Károly Horváth, a quien nada logra matar, puede permitirse una risita ante eso. Se siente tan firme y tan fresco como siempre. Se venda —de ahí la sangre en el cuarto de baño del piso de Burnaby—, y trata de ordenar sus ideas. ¿Qué hora es? ¡Buen Dios! Está retrasado: son casi las diez menos cuarto. Es indispensable salir de allí y apresurarse a llegar a casa antes de que lo atrapen...

»Y deja las luces encendidas. Si se apagaron cuando se consumió energía eléctrica por valor de un chelín o en el transcurso posterior de la noche, no lo sabemos. Estaban encendidas aún tres cuartos de hora más tarde, cuando las vio Rosette.

»Creo que Grimaud recobró la cordura mientras se dirigía apresuradamente a su casa. ¿Está atrapado realmente? Parece inevitable. Sin embargo, ¿queda todavía alguna escapatoria, alguna última probabilidad, por pequeña que sea? Fuera como fuese Grimaud en otros aspectos, no cabe duda de que era un luchador. Era un tunante astuto, teatral, imaginativo, burlón y lleno de sentido común; pero también, no lo olviden, un luchador. No era enteramente malo, ¿saben ustedes? Era capaz de matar a un hermano, pero no creo que hubiera matado a un amigo o a una mujer que lo amara. De cualquier modo, ¿hay alguna salida? Sí, queda una probabilidad, tan débil que es casi inútil intentarla, pero es la única. Consiste en llevar adelante su plan original y sostener que Fley le ha ido a visitar y le ha inferido aquella herida *en su propia casa*. Fley tiene aún la pistola. Grimaud contará, y sus testigos lo confirmarán, que no salió de la casa en toda la noche. Y al mismo tiempo jurarán que Fley fue efectivamente a verlo..., ¡y luego que la condenada policía trate de probar algo! ¿Por qué no? ¿Y la nieve? Pero ha cesado de nevar y Fley no habría dejado ninguna huella. Grimaud se deshizo de la cuerda que se supondría usó Fley. Pero esto era como tirar una moneda a cara o cruz, un último reto al demonio, el único que queda en un apuro...

»Fley le ha disparado el tiro a eso de las diez menos veinte. Él llega a su casa a las diez menos cuarto o algo después. ¿Cómo penetrar en ella sin dejar huellas de pisadas? Eso es fácil para un hombre que tiene el vigor físico de un toro y sólo está ligeramente herido. (Entre paréntesis, creo que es cierto que sólo estaba ligeramente herido, y que de no haber hecho ciertas cosas, hubiera vivido para ser ahorcado; ya

verán ustedes). Descenderá los escalones del patiecillo y entrará por la puerta de éste, como había dispuesto. ¿Cómo? Bueno, los peldaños del patiecillo, como es lógico, han de estar cubiertos por un manto de nieve. Pero la escalerilla se halla junto a la casa de al lado, ¿no es así? Sí. Y la puerta del sótano, al pie de la escalerilla, está protegida de la nieve por una saliente: la saliente que forma arriba la escalera principal. De modo que enfrente justo de la puerta del patiecillo no hay nieve. Si pudiera llegar allí sin dejar huellas...

»Puede hacerlo. Puede aproximarse desde la dirección opuesta, como si se dirigiera a la casa de al lado, y luego saltar simplemente los peldaños del patiecillo hasta el espacio limpio de abajo... ¿No recuerdan que alguien oyó un golpe sordo, como el de una caída justamente antes de que sonara el timbre de la puerta de calle?».

¡Pero Grimaud no tocó el timbre de la puerta!

—¡Oh, sí!, lo hizo, pero desde el lado de adentro. Después de haberse introducido en la casa por la puerta del patiecillo y subido hasta donde estaba esperándolo Ernestine Dumont. Ahora estaban listos para representar la treta.

—Sí —dijo Hadley—. Ahora llegamos a la treta. ¿Cómo se efectuó y cómo sabe usted de qué manera se efectuó?

El doctor Fell se repantigó en su asiento y comenzó a golpetearse las puntas de los dedos, como para ordenar los hechos.

—¿Cómo lo sé? Bien, creo que el primer indicio me lo proporcionó el peso de aquel cuadro —señaló soñolientamente el ancho lienzo desgarrado, apoyado contra la pared—. Si, fue el peso del cuadro.

Pero eso no me sirvió de mucho, hasta que recordé otra cosa...

—¿El peso del cuadro? Sí, el cuadro —gruñó Hadley—. Me había olvidado de él. De todos modos, ¿qué papel desempeña en este maldito asunto? ¿Qué pensaba hacer con él Grimaud?

—¡Hum..., ja! Sí. Esto es lo que también me pregunté yo.

—Pero el cuadro no pesa mucho. Usted mismo lo levantó con una sola mano y lo hizo girar en el aire.

El doctor Fell se enderezó con aire un tanto excitado.

—Justamente. Dio usted en el clavo. Lo levanté con una sola mano y lo hice girar... Entonces, ¿por qué habían sido necesarios dos hombres fornidos para subirlo al piso alto?

—¿Qué?

—Así fue, como ustedes saben. Nos lo dijeron dos veces. Grimaud, cuando se lo llevó del estudio de Burnaby, lo bajó con facilidad. Sin embargo, cuando volvió aquí con el mismo cuadro en las últimas horas de la tarde, tuvo que emplear a dos hombres para transportarlo. ¿Dónde había cobrado tanto peso de repente? Su dueño no le había hecho poner vidrio, pueden ustedes verlo por sí mismos. ¿Dónde había estado, pues, Grimaud durante todo el tiempo que transcurrió desde la mañana, cuando compró el cuadro, hasta la tarde, cuando regresó a su casa con él? Era una cosa demasiado

pesada para andar llevándola de un lado para otro por simple gusto. ¿Por qué insistía de tal modo Grimaud en que el cuadro estuviera enteramente envuelto?

«No es una deducción demasiado traída por los cabellos pensar que usaba ese cuadro como pantalla para esconder alguna cosa que los hombres, sin saberlo, llevaban juntamente con él. Alguna cosa metida en el mismo envoltorio. Alguna cosa muy voluminosa..., de algo más de dos metros por uno veinte... ¡Hum!...».

—Pero no puede haber habido nada allí —objetó Hadley—, pues en caso contrario lo habríamos encontrado en esta habitación, ¿no es así? Además, en cualquier caso el objeto debe de haber sido casi completamente chato, ya que de otro modo lo habrían descubierto bajo la envoltura del cuadro. ¿Qué objeto puede ser tan grande como ese cuadro y, sin embargo, susceptible de hacerlo desaparecer de la vista en cualquier momento en que uno lo desee?

—Un espejo —dijo el doctor Fell.

Después de un silencio cargado de truenos, mientras Hadley se levantaba de su silla, el doctor Fell prosiguió soñolientamente:

—Y es susceptible de hacerlo desaparecer de la vista, para decirlo con sus palabras, con sólo empujarlo hacia arriba por el cañón de esa anchísima chimenea — por donde, entre paréntesis, todos tratamos de meter el puño—, y apoyarlo encima del retallo de adentro, donde la chimenea cambia de dirección. No hace falta recurrir a la magia. Sólo son necesarios unos hombros y brazos endemoniadamente fuertes.

—¿Quiere decir usted —exclamó Hadley— que esa maldita treta de teatro...?

—Una nueva versión de la treta —dijo el doctor Fell—, y una versión muy eficaz, pues si uno se toma el trabajo de ensayarla, obtiene éxito. Ahora mire esta habitación. ¿Ve esa puerta? ¿Qué ve usted en la pared directamente opuesta a ella?

—Nada —dijo Hadley—. Es decir, Grimaud hizo retirar las estanterías en un ancho espacio, a ambos lados. Están los paneles de la pared desnudos, nada más.

—Exactamente. ¿Y ve usted algunos muebles entre la puerta y esa pared?

—No. Está todo despejado.

—De modo que si uno estuviera en el vestíbulo y mirara hacia adentro, no vería más que la alfombra negra, ningún mueble, y, al fondo, sólo la pared desnuda, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora, Ted, abra la puerta y mire hacia el vestíbulo —dijo el doctor Fell. ¿Qué puede usted decirme de las paredes y la alfombra de allí afuera?

Rampole hizo como que miraba, aunque ya sabía lo que había allí.

—Parecen iguales —dijo—. El piso está cubierto por una alfombra que llega hasta el zócalo, como la de aquí, y los paneles son iguales.

—¡Bien! De paso, Hadley —prosiguió el doctor Fell, todavía soñoliento—, usted podría traer el espejo. Está detrás de aquella estantería, allí. Ayer por la tarde Drayman lo encontró en la chimenea. Fue el esfuerzo para bajarlo lo que le produjo el ataque. Haremos un pequeño experimento. No creo que ninguno de los de la casa

venga a interrumpirnos aquí; pero, de todos modos, podremos impedirselo al que lo intente. Tome usted ese espejo, Hadley, y colóquelo frente a la puerta, de manera que al abrirla (se abre hacia adentro y hacia la derecha viniendo del vestíbulo), su borde, al llegar a la abertura máxima, quede a unos pocos centímetros del espejo.

El comisario, con alguna dificultad, logró sacar el objeto que encontró detrás de la estantería. Era más grande que un espejo de vaivén de sastre, y varios centímetros más alto y más ancho que la puerta. Su base descansaba sobre la alfombra, y se mantenía derecho, merced a un pesado eje de rotación que se hallaba a la derecha cuando uno lo miraba de frente. Hadley lo observó con curiosidad.

—¿Quiere usted que lo coloque frente a la puerta?

—Sí. La puerta sólo se abrirá un poco; verá usted una abertura de unos sesenta centímetros de ancho, a lo sumo... ¡Haga la prueba!

—Muy bien, pero si abro la puerta..., bien, alguien que estuviera sentado en el cuarto del otro extremo del vestíbulo, donde estaba Mills, vería aparecer su propia imagen en el espejo.

—De ningún modo. Si se ladea según el ángulo que elegiré (un ángulo pequeño, pero suficiente, se trata de algo muy sencillo que descubrí por mi cuenta), si se ladea, decía, según ese ángulo... Bueno, pues, ya verán... Mientras yo lo acomodo, ustedes dos vayan al sitio donde estaba Mills. No miren hasta que yo les avise.

Hadley, murmurando que todo aquello era una maldita tontería, pero no obstante intensamente interesado, siguió a Rampole. No miraron hasta oír el aviso del doctor, y entonces se volvieron.

El vestíbulo estaba sombrío y parecía bastante alto. La alfombra negra se extendía hasta la puerta cerrada. El doctor Fell, de pie junto a aquella puerta, parecía un obeso maestro de ceremonias a punto de descubrir una estatua. Estaba un poco hacia la derecha de la puerta, pegado a la pared, y tenía la mano extendida hacia el picaporte.

—¡Ahí va! —gruñó, y abrió rápidamente la puerta..., vaciló y volvió a cerrarla—. Bien, ¿qué han visto?

—Vi el interior de la habitación —repuso Hadley—. O al menos me pareció verlo. Vi la alfombra y la pared del fondo. Parecía un cuarto muy espacioso.

—Usted no vio nada de eso —replicó el doctor Fell—. Lo que usted vio, en verdad, fue la imagen de la pared que se encuentra inmediatamente a la derecha de la puerta donde se hallan ustedes y el trozo de alfombra que llega hasta ella. Por eso parecía un cuarto tan espacioso: estaban ustedes mirando una doble longitud, debido a la reflexión. El espejo es más grande que la puerta, como ustedes observaron antes. Y no han visto la imagen de la puerta porque se abre hacia adentro y hacia la derecha. Si hubiesen observado cuidadosamente, hubieran visto una línea semejante a una sombra a lo largo del canto superior de la puerta. Aparece donde el borde superior del espejo, por ser más alto, refleja inevitablemente dos o tres centímetros del canto superior interior de la puerta. Pero de cualquier modo toda su atención se concentraría en cualquier figura que vieran... Entre paréntesis, ¿a mí me vieron?

—No, usted estaba demasiado desviado. Tenía la mano extendida a través de la puerta, hacia el picaporte, y se mantenía apartado de ella.

—Sí. Así estaba la Dumont. Ahora ensayemos un último experimento antes de que les explique el funcionamiento de todo el mecanismo. Ted, siéntese usted en el sillón de detrás del escritorio, donde se hallaba sentado Mills. Usted es mucho más alto que él, pero esto servirá para ilustrar la idea. Yo permaneceré afuera, teniendo la puerta abierta, y me mirará en el espejo. Ahora bien, no es posible que me confunda con otro, ni desde delante ni desde atrás; pero el caso es que yo soy más fácil de distinguir que otra gente. Dígame sencillamente qué es lo que ve.

En medio de la luz fantasmal, con la puerta parcialmente abierta, el efecto era bastante medroso. Una imagen del doctor Fell se hallaba del otro lado de la puerta, contemplando a otra imagen del doctor Fell que se hallaba de pie en el umbral, encarándose consigo misma..., fija e inmóvil, y con una apariencia de sobresalto.

—No toco la puerta, ¿ve? —tronó una voz. Por el efecto engañoso de los labios que se movían, Rampole hubiera jurado que quien hablaba era el doctor Fell del lado de adentro de la puerta. El espejo devolvía el sonido como un tornavoz—. Es indispensable que alguien me abra y cierre la puerta... alguien que debe encontrarse a mi derecha. Yo no toco la puerta, pues si lo hiciera, mi imagen tendría que reproducir mi ademán. Pronto, ¿qué observa usted?

—Bien, una de sus imágenes es mucho más alta que la otra —dijo Rampole, estudiándolas.

—¿Cuál?

—La suya propia; la figura del vestíbulo.

—Exactamente. En primer lugar porque la ve desde lejos, pero la razón más importante es que está usted sentado. A un hombre de la estatura de Mills yo le parecería un gigante. ¿Eh? Sí. Ahora bien: si yo hago un rápido movimiento para meterme adentro (suponiéndome capaz de una maniobra semejante), y al mismo tiempo mi cómplice de la derecha realiza un movimiento también rápido y confuso y cierra la puerta de un portazo, en la embrollada percepción que se obtiene de todo esto la figura de adentro parece...

—Dar un salto ante usted para no dejarlo entrar.

—Sí. Ahora vengan aquí y leamos los testimonios, si es que Hadley los tiene.

Cuando volvieron a entrar en la habitación, pasando ante el espejo ladeado, que Hadley empujó hacia atrás, el doctor Fell se dejó caer en un sillón, suspirando ruidosamente.

—Lo siento, señores. Debería haber comprendido la verdad mucho antes, basándome en el cuidadoso, metódico y preciso testimonio de Mills. Déjenme ver si puedo repetir de memoria las palabras exactas. Vaya verificando lo que digo, Hadley. ¡Hum! —Se golpeó los nudillos contra la cabeza y frunció el ceño—. Dijo lo siguiente:

Estaba (la Dumont) a punto de llamar a la puerta del estudio, cuando me sobresalté al ver que el hombre alto había subido detrás de ella. La señora de Dumont dio vuelta y lo vio. Dijo ciertas palabras... El hombre alto no respondió. Avanzó hasta la puerta, se levantó pausadamente el cuello y se quitó la gorra, que metió en el bolsillo...

—¿Ven, señores? Tenía que hacer eso, porque la imagen no podía mostrar un gorro ni un cuello subido, cuando la figura de adentro debía aparecer vistiendo una bata. Pero me pregunté *por qué* se mostró tan metódico en esto, cuando al parecer no se quitó la máscara.

—Sí. ¿y la máscara? Mills dice que no se...

—Mills no vio que se la quitase; yo le haré comprender por qué, si me permite analizar su declaración:

La señora Dumont gritó algo, retrocedió hasta la pared y se apresuró a abrir la puerta. El doctor Grimaud apareció en el umbral...

¡Apareció! Eso es precisamente lo que hizo. Nuestro metódico testigo es desagradablemente exacto. ¿Pero la Dumont? Ahí encontramos la primera falla. Una mujer aterrorizada, que mira una figura espantosa y que está junto a la puerta de un cuarto donde hay un hombre que la protegerá, *no retrocede*. Se precipita hacia la puerta en busca de protección. En fin, sigamos con la declaración de Mills. Dice el testigo que Grimaud no llevaba puestos los lentes (no le hubieran cabido detrás de aquella máscara). Pero el movimiento natural del hombre de adentro, me parece, hubiera sido llevarse los lentes a los ojos. Grimaud, según dice Mills, permaneció *enteramente inmóvil* todo el tiempo; como el desconocido, con las manos metidas en los bolsillos. Veamos ahora la parte más complicada. Mills dijo:

Tengo la impresión de que la señora de Dumont, aunque retrocedió hacia la pared, cerró la puerta tras él. Recuerdo que tenía la mano sobre el picaporte.

«¡Tampoco ésta era una actitud natural! La Dumont lo contradijo..., pero Mills estaba en lo cierto».

El doctor Fell hizo un ademán.

—No tiene objeto continuar con esto. Pero lo que me causó mayores dificultades fue lo siguiente: si Grimaud se hallaba solo en esa habitación, si simplemente fue al encuentro de su propia imagen, ¿qué se hizo de sus ropas? ¿Qué de aquel largo gabán negro, la gorra de color pardo y la careta? No estaban en el cuarto. Entonces recordé que la profesión de Ernestine Dumont había sido la de costurera de trajes de ópera y de bailables; recordé algo que nos había contado O'Rourke, y comprendí...

—¿Qué?

—Que Grimaud las había quemado —dijo el doctor Fell—. Las había tirado al fuego porque estaban hechas de papel, como el uniforme del jinete mágico descrito por O'Rourke. No podía correr el riesgo de dedicarse a la larga y peligrosa tarea de quemar ropas verdaderas en ese hogar; tenía que obrar con la máxima rapidez. El traje debía ser destrozado y quemado. Y encima había que quemar pliegos de papel de escribir, en blanco, ¡perfectamente en blanco!, para ocultar el hecho de que parte de los papeles eran de color. ¡Cartas peligrosas! ¡Por Baco!, me dan ganas de matarme por haber pensado semejante cosa. —Sacudió el puño—. ¡Cuando no había un reguero de sangre, ni siquiera una mancha, en dirección al cajón de su escritorio donde guardaba los papeles de importancia! Y había otra razón para quemar papeles: la detonación...

—¿Detonación?

—No olviden que se suponía que habían disparado un tiro en la habitación. Naturalmente, lo que en realidad oyeron los testigos fue el ruido de un poderoso petardo, sustraído de los que siempre guarda atesorados Drayman, como ustedes saben, para la noche de Guy Fawkes. Drayman descubrió que le faltaba uno; creo que es así como cayó en el plan; por eso no cesaba de farfullar algo referente a «fuegos artificiales». Bien, los fragmentos de un petardo se dispersan rápidamente. Son de grueso cartón reforzado, difíciles de quemar, y tenían que ser destruidos en el fuego. Encontré algunos. Naturalmente, tendríamos que habernos dado cuenta de que en realidad no se había disparado ningún tiro. Los cartuchos modernos —tales como los que según me informó usted se usaron en ese revólver Colt— tienen pólvora sin humo. Se la puede oler, pero no se la ve. Y, sin embargo, se percibía una especie de niebla en este cuarto (niebla que había producido el petardo) aun después de subir la ventana.

«Bien, recapitulemos. El pesado disfraz de papel *crêpe* de Grimaud consistía en un gabán negro; negro como una bata, largo como una bata, y con unas solapas brillantes que también darían la impresión de pertenecer a una bata cuando se bajara el cuello para enfrentar su propia imagen. Y además lo completaba una gorra de papel a la que estaba fijada la careta, de manera que al quitársela pudiera plegar ambos a la vez, y metérselos en el bolsillo. (Les diré de pasada que la verdadera bata estaba ya en esta habitación mientras Grimaud estaba afuera). Y este “uniforme” negro había sido cuidadosamente colgado en el armario de abajo en las primeras horas de la noche.

»Mangan, infortunadamente, lo descubrió. La vigilante Dumont se dio cuenta de que lo había descubierto y lo sacó de ese armario llevándolo hacia un lugar más seguro tan pronto como Mangan se alejó.

»Ella, por supuesto, nunca vio colgar allí un abrigo de *tweed* amarillo. Grimaud tenía el abrigo de *tweed* arriba, listo para su expedición. Pero ayer por la tarde lo encontraron en el armario y ella tuvo que fingir que había estado allí todo el tiempo.

De ahí el abrigo camaleón.

»Pueden ustedes reconstruir ahora lo que ocurrió cuando Grimaud, después de matar a Fley, volvió a su casa el sábado por la noche. Justo al dar comienzo al truco él y su cómplice se hallaban en peligrosas dificultades. Grimaud estaba retrasado, ¿comprenden? Esperaba estar de vuelta a las nueve y media..., y no llegó hasta las diez menos cuarto. Cuanto más tardaba, tanto más se acercaba la hora en que Mangan debía esperar a un visitante, y ahora Mangan estaría aguardándolo ya, para vigilarlo. Todo pendía de un hilo, e imagino que el calmoso Grimaud estaría bastante cerca de la locura. Subió por la escalera del sótano, donde lo estaba esperando su cómplice. El abrigo de *tweed*, manchado de sangre en la parte interior, fue a parar al armario del zaguán con la intención de deshacerse de él más tarde... pero no se llegó a sacarlo de allí, porque Grimaud murió. La Dumont abrió con suavidad la puerta, tocó el timbre sacando la mano afuera, y después acudió a *atender la llamada* mientras Grimaud se ponía el uniforme.

»Pero tardaron demasiado. Mangan gritó. Grimaud, cuya mente no se hallaba aún en la plenitud de sus medios, se vio acometido por pánico, y en su intento de evitar que lo descubrieran inmediatamente cometió un craso error. Había llegado allí; no quería fracasar ahora a causa del alboroto que levantaba un condenado jovencito que no tenía donde caerse muerto. De modo que se hizo pasar por Pettis y los encerró. (Observen ustedes que Pettis era el único de sus amigos cuya voz tiene el mismo tono bajo que la de Grimaud). Sí, fue un error de apresuramiento, pero su único deseo era hurtar el cuerpo en la difícil situación en que se encontraba en aquel momento.

»Se llevó a cabo la treta; un minuto después Grimaud estaba solo en su habitación. La Dumont se había hecho cargo de su chaqueta probablemente manchada de sangre. Llevaba el disfraz directamente sobre la camisa y sobre la herida vendada. No tenía más que cerrar la puerta tras sí, ponerse la bata, destruir el disfraz de papel y meter ese espejo dentro de la chimenea...

»Eso, vuelvo a repetirlo, fue el fin. La sangre comenzó a manar nuevamente. Ningún hombre corriente, herido, hubiera logrado resistir los esfuerzos que ya había realizado. No fue la bala de Fley lo que lo mató. Él mismo desgarró el pulmón como un trozo de goma reseca cuando intentó —y sobrehumanamente lo consiguió— subir ese espejo hasta su escondite. Fue entonces cuando se dio cuenta. Fue entonces cuando empezó a echar sangre por la boca como una arteria abierta; se apoyó tambaleante contra el sofá, tumbó la silla y avanzó haciendo eses en una última tentativa afortunada de encender el petardo. Después de todos los odios y planes y artimañas, el mundo ya no era para él sino sólo una cosa que iba oscureciéndose poco a poco. Trató de gritar y no pudo, porque la sangre le llenaba la garganta. En ese momento Charles Grimaud comprendió de pronto lo que jamás hubiera creído posible: que se había desbaratado la última y más frágil prueba de espejos de su amarga vida...».

—¿Y bien...?

—Comprendió que se estaba muriendo —dijo el doctor Fell—. Y lo que parecía más extraño que ninguno de sus sueños, estaba contento.

La turbia luz plomiza volvió a palidecer al empezar de nuevo a caer la nieve. La voz del doctor Fell resonaba misteriosamente en la desapacible habitación. De pronto vieron que la puerta se abría, y en el vano apareció la figura de una mujer con un rostro maldito. Un rostro maldito y un vestido negro, aunque llevaba aún ceñido en torno a los hombros un chal rojo y amarillo, por amor al muerto.

—Y confesó, ¿comprenden ustedes? —dijo el doctor Fell en el mismo tono bajo, monótono—; trató de decirnos la verdad sobre su asesinato de Fley y sobre la manera en que Fley lo hirió a él. Sólo que no acertamos a comprenderlo. Y, de hecho, yo no lo entendí hasta que, gracias al reloj, me di cuenta de lo que debía haber ocurrido en la calle Cagliostro. ¡Hombre, hombre!, ¿no lo ve usted? Recuerde ante todo su última declaración, la declaración que hizo justo antes de morir:

Fue mi hermano quien lo hizo. Nunca pensé que dispararía. Dios sabe cómo salió de esa habitación...

—¿Se refería a lo que hizo Fley en la calle Cagliostro después que Grimaud lo dejó por muerto en su habitación? —preguntó Hadley.

—Sí. Y a la horrible impresión de su súbito ataque, cuando Grimaud abrió la puerta a la luz del farol. Oigan:

Desapareció de repente, en un instante... Quiero decirle quién es mi hermano, para que no piense que estoy desvariando...

«Porque, por supuesto, creía que nadie sabía lo referente a Fley. Ahora, a la luz de esto, analicen las palabras embrolladas, confusas, semiahogadas, con las que, cuando oyó la aseveración de que estaba muriéndose, trató de explicarnos todo el misterio.

»Primero quiso hablamos de los Horváth y de las minas de sal. Pero continuó con el asesinato de Fley y lo que éste a su vez le había hecho. *No es un suicidio*. Una vez que hubo visto a Fley en la calle, no pudo convertir su muerte en el suicidio que quería. *No pudo usar la soga*. Después de eso no podía suponerse que Fley había usado la soga que Grimaud había descartado como inútil. *Tejado*. Grimaud no se refería a este tejado, sino al otro, el que atravesó al abandonar el cuarto de Fley. *Nieve*. La nieve había dejado de caer y eso había destrozado sus planes. *Demasiada luz*. ¡Ahí está lo fundamental, Hadley! Cuando miró hacia afuera, hacia la calle, había demasiada luz a causa del farol; Fley lo reconoció y disparó. *Tenía una pistola*. Naturalmente, Fley tenía la pistola en ese momento. *Zorro*. Se refería a la careta, a la máscara de Guy Fawkes con que se había disfrazado. Por último tenemos: *No culpen al pobre*... Drayman no; no quería decir Drayman. Era una última súplica de perdón

por la única cosa, se me ocurre, de que estaba avergonzado; la única impostura que nunca habría querido hacer. *No culpen al pobre Pettis; no he querido complicarlo*».

Pasó un largo rato sin que nadie pronunciara una palabra.

—Sí —convino Hadley con voz apagada—. Sí. Está todo explicado, excepto una cosa. ¿Qué nos dice usted de los cortes del cuadro? ¿Y cómo desapareció el cuchillo?

—El acuchillar ese cuadro, imagino, fue un último elemento pintoresco para completar la ficción. Fue el mismo Grimaud quien lo hizo, o al menos yo lo supongo. Lo del cuchillo, francamente, no lo sé. Es probable que Grimaud lo haya escondido en la chimenea, al lado del espejo. Pero no lo he encontrado. Yo diría que Drayman lo descubrió ayer y se lo llevó...

—Éste es el único punto en que está usted equivocado —pronunció una voz.

Ernestine Dumont continuaba de pie en el vano de la puerta, sonreía. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, detrás del chal.

—He oído todo lo que usted dijo —prosiguió—. Quizá pueda usted enviarme a la horca, quizá no. Esto no tiene importancia. Bien sé que después de tantos años casi no vale la pena continuar viviendo sin Charles... Yo me llevé el cuchillo, señor mío. Tenía que darle otro uso.

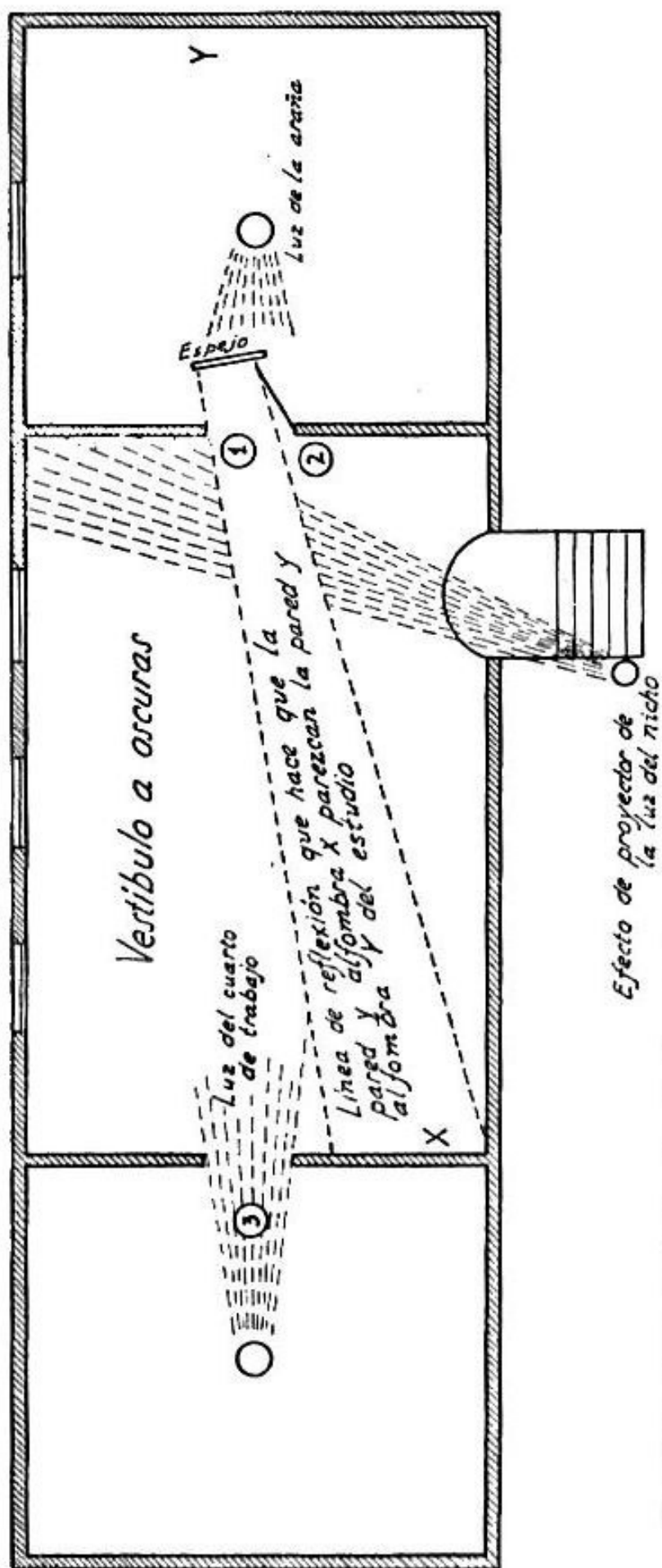
Seguía sonriente, y en sus ojos brillaba un fulgor de orgullo. Rampole vio lo que ocultaban sus manos. De pronto la mujer vaciló, pero era ya demasiado tarde para sostenerla cuando cayó de bruces al suelo.

El doctor Fell se levantó pesadamente de su asiento y se quedó mirándola con una cara tan blanca como la de ella.

—He cometido otro crimen, Hadley —dijo—. Nuevamente he descubierto la verdad.

— **FIN** —

DIAGRAMA PARA ILUSTRAR EL TRUCO



1. Hombre cuya imagen ve el observador, pero que parece ocho centímetros más alto que su imagen porque el observador, situado a nueve metros de allí, está sentado y se halla a un nivel mucho más bajo.
2. Cómplice que abre y cierra la puerta.
3. Observador.

Al realizar este experimento ninguna luz debe dar directamente en el espejo, pues su resplandor revelará su presencia. La luz del proyector del

nicho atraviesa la línea de la puerta, pero en posición que no produce reflexión. En el vestibulo no hay luz, y la del cuarto de trabajo no ilumina a distancia. En el estudio la luz proviene de la araña, que pende de un cielo raso muy alto, iluminando así casi directamente la parte superior del espejo. Arroja, pues, muy poca sombra del espejo en el vestibulo, y esta sombra es absorbida por la del hombre detenido ante la puerta.



Colección de «El séptimo círculo»

1. *LA BESTIA DEBE MORIR* (*The Beast Must Die*), Nicholas Blake, 1945^[18]
2. *LOS ANTEOJOS NEGROS* (*The Black Spectacles*), John Dickson Carr, 1945
3. *LA TORRE Y LA MUERTE* (*Lament for a Maker*), Michael Innes, 1945
4. *UNA LARGA SOMBRA* (*The Long Shadow*), Anthony Gilbert, 1945
5. *PACTO DE SANGRE* (*Double Indemnity*), James M. Cain, 1945
6. *EL ASESINO DE SUEÑO* (*The Murderer of Sleep*), Milward Kennedy, 1945
7. *LAURA* (*Laura*), Vera Caspary, 1945
8. *LA MUERTE GLACIAL* (*Corpse in Cold Storage*), Milward Kennedy, 1945
9. *EXTRAÑA CONFESIÓN* (*Novosti dnia*), Anton Chejov, 1945
10. *MI PROPIO ASESINO* (*My Own Murderer*), Richard Hull, 1945
11. *EL CARTERO LLAMA DOS VECES* (*The Postman Always Rings Twice*), James M. Cain, 1945
12. *EL SEÑOR DIGWEED Y EL SEÑOR LUMB* (*Mr. Digweed and Mr. Lumb*), Eden Phillpotts, 1945
13. *LOS TONELES DE LA MUERTE* (*There's Trouble Brewing*), Nicholas Blake, 1945
14. *EL ASESINO DESVELADO*, Enrique Amorim, 1945
15. *EL MINISTERIO DEL MIEDO* (*The Ministry of Fear*), Graham Greene, 1945
16. *ASESINATO EN PLENO VERANO* (*Midsummer Murder*), Clifford Witting, 1945
17. *ENIGMA PARA ACTORES* (*Puzzle for Players*), Patrick Quentin, 1946
18. *EL CRIMEN DE LAS FIGURAS DE CERA* (*The Waxworks Murder*), John Dickson Carr, 1946
19. *LA GENTE MUERE DESPACIO* (*The Case of the Tea-Cosy's Aunt*), Anthony Gilbert, 1946
20. *EL ESTAFADOR* (*The Embezzler*), James M. Cain, 1946
21. *ENIGMA PARA TONTOS* (*A Puzzle for Fools*), Patrick Quentin, 1946
22. *LA SOMBRA DEL SACRISTÁN* (*Black Beadle*), E. C. R. Lorac, 1946
23. *LA PIEDRA LUNAR* (*The Moonstone*), Wilkie Collins, 1946
24. *LA NOCHE SOBRE EL AGUA* (*Night Over Fitch's Pond*), Cora Jarret, 1946
25. *PREDILECCIÓN POR LA MIEL* (*A Taste for Honey*), H. F. Heard, 1946
26. *LOS OTROS Y EL RECTOR* (*Death at the President's Lodging*), Michael Innes, 1946

27. *EL MAESTRO DEL JUICIO FINAL (Der Meister des Jüngsten Tages)*, Leo Perutz, 1946
28. *CUESTIÓN DE PRUEBAS (A Question of Proof)*, Nicholas Blake, 1946
29. *EN ACECHO (The Stoat)*, Lynn Brock, 1946
30. *LA DAMA DE BLANCO (2 tomos) (The Woman in White)*, Wilkie Collins, 1946
31. *LOS QUE AMAN, ODIAN*, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, 1946
32. *LA TRAMPA (The Mouse Who Wouldn't Play Ball)*, Anthony Gilbert, 1946
33. *HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE (Till Death Do Us Part)*, John Dickson Carr, 1946
34. *¡HAMLET, VENGANZA! (Hamlet, revenge!)*, Michael Innes, 1946
35. *¡OH, ENVOLTURA DE LA MUERTE! (Thou Shell of Death)*, Nicholas Blake, 1947
36. *JAQUE MATE AL ASESINO (Checkmate to Murder)*, E. C. R. Lorac, 1947
37. *LA SEDE DE LA SOBERBIA (The Seat of the Scornful)*, John Dickson Carr, 1947
38. *ERAN SIETE (They Were Seven)*, Eden Phillpotts, 1947
39. *ENIGMA PARA DIVORCIADAS (Puzzle for Wantons)*, Patrick Quentin, 1947
40. *EL HOMBRE HUECO (The Hollow Man)*, John Dickson Carr, 1947
41. *LA LARGA BÚSQUEDA DEL SEÑOR LAMOUSSET (The Two of Diamonds)*, Lynn Brock, 1947
42. *LOS ROJOS REDMAYNE (The Red Redmaynes)*, Eden Phillpotts, 1947
43. *EL HOMBRE DEL SOMBRERO ROJO (The Man in the Red Hat)*, Richard Keverne, 1947
44. *ALGUIEN EN LA PUERTA (Somebody at the Door)*, Raymond Postgate, 1947
45. *LA CAMPANA DE LA MUERTE (The Bell of Death)*, Anthony Gilbert, 1948
46. *EL ABOMINABLE HOMBRE DE NIEVE (The Case of the Abominable Snowman)*, Nicholas Blake, 1948
47. *EL INGENIOSO SEÑOR STONE (The Ingenious Mr. Stone)*, Robert Player, 1948
48. *EL ESTRUENDO DE LAS ROSAS*, Manuel Peyrou, 1948
49. *VEREDICTO DE DOCE (Veredict of Twelve)*, Raymond Postgate, 1948
50. *ENIGMA PARA DEMONIOS (Puzzle for Fiends)*, Patrick Quentin, 1948
51. *ENIGMA PARA FANTOCHES (Puzzle for Puppets)*, Patrick Quentin, 1949
52. *EL OCHO DE ESPADAS (The Eight of Swords)*, John Dickson Carr, 1949
53. *UNA BALA PARA EL SEÑOR THOROLD (The Public School Murder)*, R. C. Woodthorpe, 1949
54. *RESPUESTA PAGADA (Reply Paid)*, H. F. Heard, 1949
55. *EL PESO DE LA PRUEBA (The Weight of the Evidence)*, Michael Innes, 1949
56. *ASESINATO POR REFLEXIÓN (Murder by Reflection)*, H. F. Heard, 1949
57. *¡NO ABRAS ESA PUERTA! (Don't Open the Door!)*, Anthony Gilbert, 1949
58. *¿FUE UN CRIMEN? (Was it Murder?)*, James Hilton, 1949
59. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS (The Poisoned Chocolates Case)*,

Anthony Berkeley, 1949

60. *EL QUE SUSURRA (He who Whispers)*, John Dickson Carr, 1949
61. *ENIGMA PARA PEREGRINOS (Puzzle for Pilgrims)*, Patrick Quentin, 1949
62. *EL DUEÑO DE LA MUERTE (Trial and Error)*, Anthony Berkeley, 1949
63. *CORRIENDO HACIA LA MUERTE (Run to Death)*, Patrick Quentin, 1949
64. *LAS CUATRO ARMAS FALSAS (The Four False Weapons)*, John Dickson Carr, 1950
65. *LEVANTE USTED LA TAPA (Lift up the Lid)*, Anthony Gilbert, 1950
66. *MARCHA FÚNEBRE EN TRES CLAVES (Dead March in Three Keys)*, Peter Curtis (Norah Lofts), 1950
67. *MUERTE EN EL OTRO CUARTO (Death in the Wrong Room)*, Anthony Gilbert, 1950
68. *CRIMEN EN LA BUHARDILLA (The Attic Murder)*, Sidney Fowler, 1950
69. *EL ALMIRANTE FLOTANTE (The Floating Admiral)*, "Detection Club", 1950
70. *EL BARBERO CIEGO (The Blind Barber)*, John Dickson Carr, 1950
71. *ADIÓS AL CRIMEN (Goodbye to Murder)*, Donald Henderson, 1950
72. *EL TERCER HOMBRE - EL ÍDOLO CAÍDO (The Third Man - The Fallen Idol)*, Graham Greene, 1950
73. *UNA INFORTUNADA MÁS (One More Unfortunate)*, Edgar Lustgarten, 1950
74. *MIS MUJERES MUERTAS (My Late Wives)*, John Dickson Carr, 1950
75. *MEDIDA PARA LA MUERTE (Measure for Murder)*, Clifford Witting, 1951
76. *LA CABEZA DEL VIAJERO (Head of a Traveller)*, Nicholas Blake, 1951
77. *EL CASO DE LAS TROMPETAS CELESTIALES (The Case of the Angel's Trumpets)*, Michael Burt, 1951
78. *EL MISTERIO DE EDWIN DROOD (The Mystery of Edwin Drood)*, Charles Dickens, 1951
79. *HUÉSPED PARA LA MUERTE (Tenant for Death)*, Cyril Hare, 1951
80. *UNA VOZ EN LA OSCURIDAD (A Voice From the Dark)*, Eden Phillpotts, 1951
81. *LA PUNTA DEL CUCHILLO (The Knife Will Fall)*, Marten Cumberland, 1951
82. *CAÍDOS EN EL INFIERNO (Headlong from Heaven)*, Michael Valbeck, 1951
83. *TODO SE DERRUMBA (All Fall Down)*, L. A. G. Strong, 1951
84. *LEGAJO FLORENCE WHITE (Folio on Florence White)*, Will Oursler, 1951
85. *EN LA PLAZA OSCURA (Above the Dark Circus)*, Hugh Walpole, 1951
86. *PRUEBA DE NERVIOS (A Matter of Nerves)*, Richard Hull, 1952
87. *EL BUSCADOR (The Follower)*, Patrick Quentin, 1952
88. *EL HOMBRE QUE ELUDIÓ EL CASTIGO (The Man Who Got Away With It)*, Bernice Carey, 1952
89. *EL RATÓN DE LOS OJOS ROJOS (The Mouse With Red Eyes)*, Elizabeth Eastman, 1952
90. *PAGARÁS CON MALDAD (Do Evil in Return)*, Margaret Millar, 1952

91. *MINUTO PARA EL CRIMEN (Minute for Murder)*, Nicholas Blake, 1952
92. *VEREDICTOS DISCUTIDOS (Verdict in Dispute)*, Edgar Lustgarten, 1952
93. *PELIGRO EN LA NOCHE (Don't Go Out After Dark)*, Norman Berrow, 1952
94. *LOS SUICIDIOS CONSTANTES (The Case of the Constant Suicides)*, John Dickson Carr, 1952
95. *EL CASO DE LA JOVEN ALOCADA (The Case of the Fast Young Lady)*, Michael Burt, 1952
96. *¿ES USTED EL ASESINO? (Monsieur Larose, est-il l'assassin?)*, Fernand Crommelynck, 1952
97. *EL SOLITARIO (La Brute)*, Guy Des Cars, 1952
98. *EL CASO DEL JESUITA RISUEÑO (The Case of the Laughing Jesuit)*, Michael Burt, 1952
99. *BEDELIA (Bedelia)*, Vera Caspary, 1953
100. *PESADILLA EN MANHATTAN (Nightmare in Manhattan)*, Thomas Walsh, 1953
101. *EL ASESINO DE MI TÍA (The Murder of My Aunt, Richard Hull)*, 1953
102. *BAJO EL SIGNO DEL ODIO*, Alexander Rice Guinness (Alejandro Ruiz Guiñazú), 1953
103. *BRAT FARRAR (Brat Farrar)*, Josephine Tey, 1953
104. *LA VENTANA DE JUDAS (The Judas Window)*, John Dickson Carr, 1953
105. *LAS REJAS DE HIERRO (The Iron Gates)*, Margaret Millar, 1953
106. *MIEDO A LA MUERTE (Fear of Death)*, Anna Mary Wells, 1953
107. *MUERTE EN CINCO CAJAS (Death in Five Boxes)*, John Dickson Carr, 1953
108. *MÁS EXTRAÑO QUE LA VERDAD (Stranger Than Truth)*, Vera Caspary, 1953
109. *CUENTA PENDIENTE (Payment Deferred)*, C. S. Forester, 1953
110. *LA ESTATUA DE LA VIUDA (Night at the Mocking Widow)*, John Dickson Carr, 1953
111. *UNA MORTAJA PARA LA ABUELA (A Shroud For Grandmama)*, Gregory Tree, 1954
112. *ARENAS QUE CANTAN (The Singing Sands)*, Josephine Tey, 1954
113. *MUERTE EN EL ESTANQUE (Rose's Last Summer)*, Margaret Millar, 1954
114. *LOS GOUPI (Goupi-Mains rouges)*, Pierre Very, 1954
115. *TRAGEDIA EN OXFORD (An Oxford Tragedy)*, J. C. Masterman, 1954
116. *PASAPORTE PARA EL PELIGRO (Passport to Peril)*, Robert Parker, 1954
117. *EL SEÑOR BYCULLA (Mr. Byculla)*, Eric Linklater, 1954
118. *EL HUECO FATAL (The Dreadful Hollow)*, Nicholas Blake, 1954
119. *EL CRIMEN DE LA CALLE NICHOLAS (The Key to Nicholas Street)*, Stanley Ellin, 1954
120. *EL CUARTO GRIS (The Grey Room)*, Eden Phillpotts, 1954
121. *LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO (Death Plays the Gramophone)*, Marjorie Stafford, 1954

122. *BLANDO POR DENTRO (Soft at the Centre)*, Eric Warman, 1955
123. *LA MUERTE BAJA EN EL ASCENSOR*, María Angélica Bosco, 1955
124. *LA LÍNEA SUTIL (The Thin Line)*, Edward Atiyah, 1955
125. *EL CÍRCULO SE ESTRECHA (The Narrowing Circle)*, Julian Symons, 1955
126. *SCOLOMBE MUERE (Scolombe Dies)*, L. A. G. Strong, 1955
127. *SIMIEN TE PERVERSA (The Bad Seed)*, William March, 1955
128. *SOY UN FUGITIVO (I'm a Fugitive From a Georgia Chain Gang!)*, Robert Burns, 1955
129. *CLAVES PARA CRISTABEL (Clues for Christabel)*, Mary Fitt, 1955
130. *SUSURRO EN LA PENUMBRA (The Whisper in the Gloom)*, Nicholas Blake, 1955
131. *EL FALSO ROSTRO (False Face)*, Vera Caspary, 1955
132. *EL CASO MÁS DIFÍCIL (Per Hills Schwerster Fall)*, Richard Katz, 1956
133. *EL 31 DE FEBRERO (The 31st of February)*, Julian Symons, 1956
134. *LA MUJER SIN PASADO (La femme sans passé)*, Serge Groussard, 1956
135. *UN CRIMEN INGLÉS (An English murder)*, Cyril Hare, 1956
136. *EL SIETE DEL CALVARIO (The Case of the Seven of Calvary)*, Anthony Boucher, 1956
137. *EL OJO FUGITIVO (The Fugitive Eye)*, Charlotte Jay, 1956
138. *EL MUERTO INSEPULTO (Dead and not Buried)*, H. F. M. Prescott, 1956
139. *MI HIJO, EL ASESINO (My Son, the Murderer)*, Patrick Quentin, 1956
140. *EL BÍGAMO (The Man with Two Wives)*, Patrick Quentin, 1957
141. *EL RELOJ DE LA MUERTE (Death Watch)*, John Dickson Carr, 1957
142. *EL MUERTO EN LA COLA (The Man in the Queue)*, Josephine Tey, 1957
143. *EL CASO DE LA MOSCA DORADA (The Case of the Gilded Fly)*, Edmund Crispin, 1957
144. *TRASBORDO A BABILONIA (Change Here for Babylon)*, Nina Bawden, 1957
145. *LA MARAÑA (A Tangled Web)*, Nicholas Blake, 1958
146. *LA PUERTA DE LA MUERTE (Lying at Death's Door)*, Marten Cumberland, 1958
147. *EL HOMBRE EN LA RED (The Man in the Net)*, Patrick Quentin, 1958
148. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1958
149. *PATRICK BUTLER, POR LA DEFENSA (Patrick Butler for the Defence)*, John Dickson Carr, 1958
150. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1958
151. *CIRCUNSTANCIAS SOSPECHOSAS (Suspicious Circumstances)*, Patrick Quentin, 1959
152. *ASESINATO EN MI CALLE (Murder on My Street)*, Edwin Lanham, 1959
153. *TRAGEDIA EN LA JUSTICIA (Tragedy at Law)*, Cyril Hare, 1959
154. *LA COLUMNATA INTERMINABLE (The Endless Colonnade)*, Robert Harling, 1959
155. *VIOLENCIA (Violence)*, Cornell Woolrich, 1960

- 156. *LA SOMBRA DE LA CULPA (Shadow of Guilty)*, Patrick Quentin, 1960
- 157. *UN PUÑAL EN MI CORAZÓN (A Penknife in My Heart)*, Nicholas Blake, 1960
- 158. *FANTASÍA Y FUGA (Fantasy and Fugue)*, Roy Fuller, s.d., 1960
- 159. *EL CRUCERO DE LA VIUDA (The Widow's Cruise)*, Nicholas Blake, 1960
- 160. *Las PAREDES OYEN (The Listening Walls)*, Margaret Millar, 1960
- 161. *LA DAMA DEL LAGO (Lady in the Lake)*, Raymond Chandler, 1960
- 162. *MUERTE POR TRIPLICADO (Death in Triplicate)*, E. C. R. Lorac, 1960
- 163. *EL MONSTRUO DE OJOS VERDES (The Green-Eyed Monster)*, Patrick Quentin, 1961
- 164. *TRES MUJERES (Three Women)*, Wallace Reyburn, 1961
- 165. *EVVIE (Evvie)*, Vera Caspary, 1961
- 166. *LUGARES OSCUROS (The Dark Places)*, Alex Fraser, 1961
- 167. *ASESINATO A PEDIDO (Murder by Request)*, Beverley Nichols, 1961
- 168. *LA SENDA DEL CRIMEN (The Progress of a Crime)*, Julian Symons, 1962
- 169. *VUELTA A ESCENA (Return to the Scene)*, Patrick Quentin, 1962
- 170. *PESE AL TRUENO (In Spite of Thunder)*, John Dickson Carr, 1962
- 171. *EL GUSANO DE LA MUERTE (The Worm of Death)*, Nicholas Blake, 1963
- 172. *SEMEJANTE A UN ÁNGEL (How Like an Angel)*, Margaret Millar, 1963
- 173. *SANATORIO DE ALTURA*, Max Duplan (Eduardo Morera), 1963
- 174. *CLARO COMO EL AGUA (The Nose on My Face)*, Laurence Payne, 1963
- 175. *EL MARIDO (The Husband)*, Vera Caspary, 1963
- 176. *EL ARMA MORTAL (Deadly Weapon)*, Wade Miller, 1964
- 177. *LA ANGUSTIA DE MRS. SNOW (The Ordeal of Mrs. Snow)*, Patrick Quentin, 1964
- 178. *Y LUEGO EL MIEDO (And Then Came Fear)*, Marten Cumberland, 1964
- 179. *UN LOTO PARA MISS QUON (A Lotus for Miss Quon)*, James Hadley Chase, 1964
- 180. *NACIDA PARA VÍCTIMA (Born Victim)*, Hillary Waugh, 1964
- 181. *LA PARTE CULPABLE (Guilty Party)*, John Burke, 1964
- 182. *LA BURLA SINIESTRA (The Deadly Joker)*, Nicholas Blake, 1965
- 183. *¿HAY ALGO MEJOR QUE EL DINERO? (What's Better Than Money?)*, James Hadley Chase, 1965
- 184. *UN LADRÓN EN LA NOCHE (A Thief in the Night)*, Thomas Walsh, 1965
- 185. *UN ATAÚD DESDE HONG KONG (A Coffin From Hong Kong)*, James Hadley Chase, 1965
- 186. *APELACIÓN DE UN PRISIONERO (Prisoner's Plea)*, Hillary Waugh, 1966
- 187. *BESA AL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS (Kiss the Dark Angel)*, Maurice Moiseiwitsch, 1966
- 188. *EL ESCALOFRÍO (The Chill)*, Ross MacDonal, 1966
- 189. *PELIGRO EN LA CASA VECINA (Danger Next Door)*, Patrick Quentin, 1966
- 190. *ESCONDER A UN CANALLA (To Hide a Rogue)*, Thomas Walsh, 1966

- !91. *TRASATLÁNTICO “ASESINATO” (S.S. Murder)*, Patrick Quentin, 1966
- !92. *NO HAY ESCONDITE (No Hiding Place)*, Edwin Lanham, 1966
- !93. *EL ÁNGEL CAÍDO (Fallen Angel)*, Howard Fast, 1966
- !94. *FUEGO QUE QUEMA (Fire, Burn!)*, John Dickson Carr, 1966
- !95. *AL ACECHO DEL TIGRE (Waiting for a Tiger)*, Ben Healey, 1966
- !96. *EL ESQUELETO DE LA FAMILIA (Family Skeletons)*, Patrick Quentin, 1967
- !97. *LA TRISTE VARIEDAD (The Sad Variety)*, Nicholas Blake, 1967
- !98. *LOS RASTROS DE BRILLHART (The Traces of Brillhart)*, Herbert Brean, 1967
- !99. *UN INGENUO MÁS (Just Another Sucker)*, James Hadley Chase, 1967
- !00. *DINERO NEGRO (Black Money)*, Ross MacDonald, 1967
- !01. *LA JOVEN DESAPARECIDA (Girl on the Run)*, Hillary Waugh, 1967
- !02. *UNA RADIANTE MAÑANA ESTIVAL (One Bright Summer Morning)*, James Hadley Chase, 1967
- !03. *UN FRAGMENTO DE MIEDO (A Fragment of Fear)*, John Bingham, 1967
- !04. *EL CODO DE SATANÁS (The House at Satan’s Elbow)*, John Dickson Carr, 1967
- !05. *LA CAÍDA DE UN CANALLA (The Way the Cookie Crumbles)*, James Hadley Chase, 1967
- !06. *EL OTRO LADO DEL DÓLAR (The Far Side of the Dollar)*, Ross MacDonald, 1968
- !07. *CAÑONES Y MANTECA (Gun Before Butter)*, Nicholas Freeling, 1968
- !08. *LA MAÑANA DESPUÉS DE LA MUERTE (The Morning After Death)*, Nicholas Blake, 1968
- !09. *FRUTO PROHIBIDO (You Find Him - I’ll Fix Him)*, James Hadley Chase, 1968
- !10. *PRESUNTAMENTE VIOLENTO (Believed Violent)*, James Hadley Chase, 1968
- !11. *LA HERIDA ÍNTIMA (The Private Wound)*, Nicholas Blake, 1968
- !12. *EL HOMBRE AUSENTE (The Missing Man)*, Hillary Waugh, 1969
- !13. *LA OREJA EN EL SUELO (An Ear to the Ground)*, James Hadley Chase, 1969
- !14. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1969
- !15. *30 MANHATTAN EAST (30 Manhattan East)*, Hillary Waugh, 1969
- !16. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1969
- !17. *EL ENEMIGO INSÓLITO (The Instant Enemy)*, Ross MacDonald, 1969
- !18. *OSCURIDAD EN LA LUNA (Dark of the Moon)*, John Dickson Carr, 1970
- !19. *EL FIN DE LA NOCHE (The End of the Night)*, John D. MacDonald, 1970
- !20. *EL DERRUMBE (The Breakdown)*, John Boland, 1970
- !21. *TRATO HECHO (You Have Yourself a Deal)*, James Hadley Chase, 1970
- !22. *¡TSING-BOUM! (Tsing-Boum!)*, Nicholas Freeling, 1970
- !23. *CORRA CUANDO DIGA: ¡YA! (Run When I Say Go)*, Hillary Waugh, 1970
- !24. *Y AHORA QUERIDA... (Well Now - My Pretty)*, James Hadley Chase, 1970
- !25. *MUERTE Y CIRCUNSTANCIA (Death and Circumstance)*, Hillary Waugh, 1970

26. *VENENO PURO (Pure Poison)*, Hillary Waugh, 1970
27. *LA MIRADA DEL ADIÓS (The Goodbye Look)*, Ross MacDonald, 1970
28. *LA ÚNICA MUJER EN EL JUEGO (The Only Girl in the Game)*, John D. MacDonald, 1970
29. *BESA Y MATA (Kiss and Kill)*, Ellery Queen, 1971
30. *ASESINATOS EN LA UNIVERSIDAD (The Campus Murders)*, Ellery Queen, 1971
31. *EL OLOR DEL DINERO (The Whiff of Money)*, James Hadley Chase, 1971
32. *PLAZO: AL AMANECER (Deadline at Dawn)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1971
33. *ZIGZAGS*, Paul Andreota, 1971
34. *LOS JUEVES DE LA SEÑORA JULIA (I giovedì della signora Giulia)*, Piero Chiara, 1971
35. *LAS MUJERES SE DEDICAN AL CRIMEN (A Lessons for Ladies)*, Ben Healey, 1971
36. *SÓLO MONSTRUOS (Beyond This Point Are Monsters)*, Margaret Millar, 1971
37. *MEDIODÍA DE ESPECTROS (The Ghosts' High Noon)*, John Dickson Carr, 1971
38. *ALGO EN EL AIRE (Something In The Air)*, John A. Graham, 1971
39. *EL ÚLTIMO TIMBRE (The Last Doorbell)*, Joseph Harrington, 1971
40. *UN AGUJERO EN LA CABEZA (Like a Hole in the Head)*, James Hadley Chase, 1971
41. *CARA DESCUBIERTA (The Naked Face)*, Sidney Sheldon, 1972
42. *NO QUISIERA ESTAR EN TUS ZAPATOS (I Wouldn't Be in Your Shoes)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1972
43. *EL ROBO DEL CEZANNE (The Aldeburg Cézanne)*, John A. Graham, 1972
44. *COSTA BÁRBARA (The Barbarous Coast)*, Ross MacDonald, 1972
45. *ACERTAR CON LA PREGUNTA (Ask the Right Question)*, Michael Z. Lewin, 1972
46. *EL PULPO (La pieuvre)*, Paul Andreota, 1972
47. *MANSIÓN DE MUERTE (Deadly Hall)*, John Dickson Carr, 1972
48. *PELIGROSO SI ANDA SUELTO (No Safe to be Free)*, James Hadley Chase, 1972
49. *EL FIN DE LA PERSECUCIÓN (Run Down the World of Alan Brett)*, Robert Garret, 1972
50. *RETRATO TERMINADO (Final Portrait)*, Vera Caspary, 1972
51. *LA DAMA FANTASMA (Phantom Lady)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1973
52. *SI DESEAS SEGUIR VIVIENDO (Want to Stay Alive?)*, James Hadley Chase, 1973
53. *¿QUIERES VER A TU MUJER OTRA VEZ? (If you want to see your wife again)*, John Craig, 1973
54. *EL TELÉFONO LLAMA (The Phone Calls)*, Lillian O'Donnell, 1973
55. *ACTO DE TERROR (Act of Fear)*, Michael Collins, 1973
56. *EL HOMBRE DE NINGUNA PARTE (Man from Nowhere)*, Stanley Ellin, 1973
57. *LA ORGANIZACIÓN (The Organization)*, David Anthony, 1973
58. *EL CADÁVER DE UNA CHICA (The Body of a Girl)*, Michael Gilbert, 1973

159. *LA SOMBRA DEL TIGRE (Shadow of a Tiger)*, Michael Collins, 1973
160. *EL SÍNDROME FATAL (The Walter Syndrome)*, Richard Neely, 1973
161. *¡PÁNICO! (Panic)*, Bill Pronzini, 1973
162. *PEÓN DAMA, (Queen's Pawn)*, Victor Canning, 1973
163. *CITA EN LA OSCURIDAD (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1974
164. *TRAFICANTE DE NIEVE (The Snowman)*, Arthur Maling, 1973
165. *ESTÁS SOLO CUANDO ESTÁS MUERTO (You're Lonely When You're Dead)*, James Hadley Chase, 1974
166. *SANGRE A LA LUZ DE LA LUNA (Blood on a Harvest Moon)*, David Anthony, 1974
167. *SIN DINERO, A NINGUNA PARTE (You're Dead Without Money)*, James Hadley Chase, 1974
168. *LA AMANTE JAPONESA (The Japanese Mistress)*, Richard Neely, 1974
169. *NO USES ANILLO DE BODA (Don't Wear Your Wedding Ring)*, Lillian O'Donnell, 1974
170. *ACUÉSTALA SOBRE LOS LIRIOS (Lay Her Among The Lillies)*, James Hadley Chase, 1974
171. *EL HOMBRE XYY, (The XYY man)*, Kenneth Royce, 1974
172. *LA EFIGIE DERRETIDA (The Melting Man)*, Victor Canning, 1974
173. *LA ESPECIALIDAD DE LA CASA (The Specialty of the House)*, Stanley Ellin, 1975
174. *LA ESTRANGULACIÓN (Stranglehold)*, Gregory Cromwell Knapp, 1975
175. *EL SUDOR DEL MIEDO (The Sweat of Fear)*, Robert C. Dennis, 1975
176. *ACUPUNTURA Y MUERTE (The Acupuncture Murders)*, Dwight Steward, 1975
177. *DING DONG (Dingdong)*, Arthur Maling, 1975
178. *CASTILLO DE NAIPES (House of Cards)*, Stanley Ellin, 1975
179. *EL LLANTO DE NÉMESIS*, Roger Ivynes (Roger Pla), 1975
180. *TÉ EN DOMINGO (Tea on Sunday)*, Lettice Cooper, 1975
181. *ASESINO EN LA LLUVIA (Killer in the Rain)*, Raymond Chandler, 1975
182. *LA CABEZA OLMECA (The Olmec Head)*, David Westheimer, 1976
183. *CRESTA ROJA (Firecrest)*, Victor Canning, 1976
184. *EL BUITRE PACIENTE (The Vulture is a Patient Bird)*, James Hadley Chase,
185. *EL GRITO SILENCIOSO (The Silent Scream)*, Michael Collins, 1976
186. *EL ORÁCULO ENVENENADO (The Poison Oracle)*, Peter Dickinson, 1976
187. *CON LAS MUJERES NUNCA SE SABE (You Never Know With Women)*, James Hadley Chase, 1976
188. *CIELO TRÁGICO (The Dreadful Lemon Sky)*, John D. MacDonald, 1976
189. *LUCHAR POR ALGO (Something Worth Fighting For)*, Reg Gadney, 1976
190. *HAY UN HIPPIE EN LA CARRETERA (There's a Hippie on the Highway)*, James Hadley Chase, 1976

291. *CINCO ACCESOS AL PARAÍSO (Five Roundabouts to Heaven)*, John Bingham, 1976
292. *LA NOVIA VISTIÓ DE LUTO (The Bride Wore Black)*, Cornell Woolrich, 1976
293. *LAMENTO TURQUESA (The Turquoise Lament)*, John D. MacDonald, 1976
294. *LA MUERTE DEL AÑO (This Year's Death)*, John Godey, 1977
295. *PRISIONERO EN LA NIEVE (Snowbound)*, Bill Pronzini, 1977
296. *GOLPE FINAL (Knock Down)*, Dick Francis, 1977
297. *TRAFICANTES DE NIÑOS (The Baby Merchants)*, Lillian O'Donnell, 1977
298. *SERENATA DEL ESTRANGULADOR (Strangler's Serenade)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1977
299. *UN AS EN LA MANGA (An Ace Up My Sleeve)*, James Hadley Chase, 1977
300. *LA DAMA DE MEDIANOCHE (The Midnight Lady and the Mourning Man)*, David Anthony, 1977
301. *CÁLCULO DE PROBABILIDADES (The Probability Factor)*, Walter Kempley, 1977
302. *LA MARCA DE KINGSFORD (The Kingsford Mark)*, Victor Canning, 1977
303. *DISQUE 577 (Dial 577 R-A-P-E)*, Lillian O'Donnell, 1977
304. *PECES SIN ESCONDITE (Goldfish Have No Hiding Place)*, James Hadley Chase, 1977
305. *NO ME APUNTES CON ESO (Don't Point That Thing at Me)*, Kyril Bonfiglioli, 1978
306. *OPERACIÓN LEÑADOR (The Woodcutter Operation)*, Kenneth Royce, 1978
307. *EL ESQUEMA RAINBIRD (The Rainbird Pattern)*, Victor Canning, 1978
308. *LA FORTALEZA (Stronghold)*, Stanley Ellin, 1978
309. *EN EL HAMPA (Spider Underground)*, Kenneth Royce, 1978
310. *LA HERMANA DE ALGUIEN (Somebody's Sister)*, Derek Marlowe, 1978
311. *TOC, TOC. ¿QUIÉN ES? (Knock, knock, Who's There?)*, James Hadley Chase, 1978
312. *LA MÁSCARA DEL RECUERDO (The Mask of Memory)*, Victor Canning, 1978
313. *PRÁCTICA DE TIRO (Target Practice)*, Nicholas Meyer, 1978
314. *SI USTED CREE ESTO... (Believe This, You'll Believe Anything)*, James Hadley Chase, 1978
315. *MIENTRAS EL AMOR DUERME (While Love Lay Sleeping)*, Richard Neely, 1979
316. *EL PAÍS DE JUDAS (Judas Country)*, Gavin Lyall, 1979
317. *MUÉRASE, POR FAVOR (Do Me A Favour - Drop Dead)*, James Hadley Chase, 1979
318. *LA HORA AZUL (The Blue Hour)*, John Godey, 1979
319. *EN EL MARCO (In the Frame)*, Dick Francis, 1979
320. *PREGUNTA POR MÍ, MAÑANA (Ask for Me Tomorrow)*, Margaret Millar, 1979
321. *FIGURA DE CERA (Waxwork)*, Peter Lovesey, 1979
322. *UNA NOVIA PARA HAMPTON HOUSE (A Bride for Hampton House)*, Hillary Waugh, 1979
323. *TRABAJO MORTAL (Leisure Dying)*, Lillian O'Donnell, 1979

324. *JUEGO DIABÓLICO (Schroeder's Game)*, Arthur Maling, 1979
325. *VIAJE A LUXEMBURGO (The Luxembourg Run)*, Stanley Ellin, 1979
326. *ASUNTO DE FAMILIA (A Family Affair)*, Rex Stout, 1980
327. *ZURICH / AZ 900, (Zurich / AZ 900)*, Martha Albrand, 1980
328. *POR ORDEN DE DESAPARICIÓN (In Order of Disappearance)*, Simon Brett, 1980
329. *CONSIDÉRATE MUERTO (Consider Yourself Dead)*, James Hadley Chase, 1980
330. *EL CABALLO DE TROYA (The Trojan Horse)*, Hammond Innes, 1980
331. *AMO Y MATO (I Love, I Kill)*, John Bingham, 1980
332. *TENGO LOS CUATRO ASES (I Hold the Four Aces)*, James Hadley Chase, 1980
333. *OLIMPIADA EN MOSCÚ (Trail Run)*, Dick Francis, 1980
334. *EL ASESINATO DE MRS. SHAW (The Murder of Miranda)*, Margaret Millar, 1980
335. *AL ESTILO HAMMETT (Hammett)*, Joe Gores, 1980
336. *UN LOCO EN MI PUERTA (Madman at My Door)*, Hillary Waugh, 1980
337. *LOS EJECUTORES (The Terminators)*, Donald Hamilton, 1980
338. *EL TOQUE DE SATÁN (Satan Touch)*, Kenneth Royce, 1981
339. *CRÍMENES IMPERFECTOS (Mes crimes imparfaits)*, Alain Demouzon, 1981
340. *EL NEGRO SENDERO DEL MIEDO (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1981
341. *DETRÁS, CON UN REVÓLVER (After You With the Pistol)*, Kyril Bonfiglioli, 1981
342. *LA ESTRELLA DESLUMBRANTE (Star Light, Star Bright)*, Stanley Ellin, 1981
343. *LA ESPECTADORA (The Watcher)*, Kay Nolte Smith, 1981
344. *RIESGO MORTAL (Risk)*, Dick Francis, 1981
345. *LA FOTO EN EL CADÁVER (Photo Finish)*, Ngaio Marsh, 1981
346. *NINGÚN ROSTRO EN EL ESPEJO (No Face in the Mirror)*, Hugh McLeave, 1981
347. *LA PRUEBA DECISIVA (Murder Mystery)*, Gene Thompson, 1981
348. *UN CADÁVER DE MÁS (One Corpse Too Many)*, Ellis Peters, 1981
349. *EL LARGO TÚNEL (Adieu, La Jolla)*, Alain Demouzon, 1981
350. *CAMBIO RÁPIDO (Quick Change)*, J. Cronley, 1982
351. *LOS ENVENENADORES (The Poisoners)*, Donald Hamilton, 1982
352. *HUELGA FRAGUADA (The Renshaw Strike)*, Ian Stuart, 1982
353. *VÍCTIMAS (Victims)*, B. M. Gill, 1982
354. *EL CASO DE LA MUERTE ENTRE LAS CUERDAS (Case with Ropes and Rings)*, Leo Bruce, 1982
355. *ASESINATO EN EL CLUB (Rubout at the Onyx)*, H. Paul Jeffers, 1982
356. *EL CASO PARA TRES DETECTIVES (Case for Three Detectives)*, Leo Bruce, 1982
357. *CONTRAGOLPE (Counterstroke)*, Andrew Garve, 1982
358. *Y SI VINIERA EL LOBO... (Wolf! Wolf!)*, Josephine Bell, 1982
359. *ROSTROS OCULTOS (Hidden Faces)*, Peter May, 1982
360. *TANTA SANGRE (So Much Blood)*, Simon Brett, 1982

- 361. *UN CASO PARA EL SARGENTO BEEF (Case for Sergeant Beef)*, Leo Bruce, 1982
- 362. *EL FALSO INSPECTOR DEW (The False Inspector Dew)*, Peter Lovesey, 1983
- 363. *LOS DESTRUCTORES (The Ravagers)*, Donald Hamilton, 1983
- 364. *CABEZA A CABEZA (Neck and Neck)*, Leo Bruce, 1983
- 365. *ENGAÑO (Dupe)*, Liza Cody, 1983
- 366. *LOS INTIMIDADORES (The Intimidators)*, Donald Hamilton, 1983
- 367. *SANGRE FRÍA*, Leo Bruce (novela anunciada para esta colección, pero finalmente publicada en la serie «Grandes maestros del suspenso» de Emecé)



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Firmó también muchos de sus libros, con los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] *Los anteojos negros*. (N.º 2 de «El séptimo círculo»). <<

[2] *El crimen de las figuras de cera*. (N.º 18 de «El séptimo círculo»). <<

[3] *El ocho de espadas*. (N.º 52 de «El séptimo círculo»). <<

[4] *Hasta que la muerte nos separe.* (N.º 33 de «El séptimo círculo»). <<

[5] *La sede de la soberbia*. (N.º 37 de «El séptimo círculo»). <<

[6] Calle de Londres donde está el Museo Británico. (*N. de la T.*) <<

[7] *Western Central* (distrito postal). (N. de la T.) <<

[8] *Criminal Investigation Departement*, Departamento de Investigación Criminal. (N. de la T.) <<

[9] Importante mercado de Londres. (*N. de la T.*) <<

[10] Chiflado. (*N. de la T.*) <<

[11] Interjección francesa: «¡Cáscaras!». (*N. de la T.*) <<

[12] 5 de noviembre, día en que se recuerda la fracasada Conspiración de la Pólvara quemando un muñeco que representaba a Guy Fawkes, el principal de los conjurados.
(*N. de la T.*) <<

[13] Honesto, honrado, sincero, en inglés. <<

[14] La asociación de *fox* (zorro) con *Guy Fawkes* se explica porque *fox* y *Fawkes* se pronuncian en inglés de la misma manera. (N. de la T.) <<

[15] Véase el admirable y emocionante libro de J. C. Cannell. <<

[16] Buen muchacho. (*N. de la T.*) <<

[17] Buen hombre. (*N. de la T.*) <<

[18] El año va referido siempre a la fecha de la publicación de la obra en esta colección, no al año de su edición original. (N. del E. D.) <<